
SARAH VALENTINE
ROSIE PROMISE
PROHIBIDO
FANTASEAR CON EL
JEFE
JEFES PROHIBIDOS, 3

Índice

Prohibido repetir con el jefe
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Nota de la autoras
¿Dónde puedes encontrarnos?
Encuentra aquí nuestras novelas

Prohibido fantasear con el jefe

Jefes prohibidos, 3

SARAH VALENTINE
&
ROSIE PROMISE

© Sarah Valentine, 2025
© Rosie Promise, 2025

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

A las que se hartaron de callar
y decidieron contarlo todo.

Capítulo 1

Bianca

Hay mañanas que deberían autodestruirse antes de empezar, rodear tu cama en un campo de fuerza y obligarte a quedarte dentro con una manta, un gato y una taza de café caliente como único contacto con el mundo real. Por supuesto, hoy no ha sido una de esas mañanas, sino una de esas otras, en las que sales tarde de casa, porque el despertador ha sonado solo en tu imaginación, eliges los tacones menos adecuados para recorrer Manhattan bajo la lluvia y descubres, cuando ya estás en la acera empapada, que has olvidado el paraguas, el café, el desayuno y, probablemente, la dignidad. Todo lo esencial para sobrevivir en la Kingsley Tower, el templo de cristal, mármol y tensión laboral en el que desempeño con gran teatralidad mi papel de recepcionista caótica con alma de actriz frustrada.

Mis pies, que ya llevan seis calles clamando auxilio, han dejado de comunicarse conmigo. El dolor ha entrado en la fase de entumecimiento que precede a la rendición. Me detengo un instante en el semáforo y contemplo mi reflejo en el escaparate de un banco: la falda pegada a las piernas como una segunda piel mojada, el moño que antes de salir de casa tenía un aspecto más o menos decente, ahora parece un nido enmarañado, y el delineado, que tanto me ha costado, escurriéndose por la comisura de los ojos como si incluso mi maquillaje quisiera abandonar este barco, que amenaza con hundirse en picado en cualquier momento.

Cruzo la calle como una heroína, aunque sin música épica de fondo, y empujo la puerta giratoria del edificio con la energía justa para no darme la vuelta y huir a un destino lejano. El mármol me recibe con el brillo obsceno, que solo tienen los suelos que no han conocido una fregona sucia en su vida, y justo cuando alzo la mirada veo a Logan Kingsley. El CEO de la empresa, el emperador, un

hombre que parece haber sido esculpido en mármol por el mismísimo Miguel Ángel, pero que también es mi pesadilla recurrente con traje a medida. Está de pie junto al mostrador de recepción, como si el universo no tuviera otra forma mejor de insultarme.

Sigo caminando, fingiendo que no estoy tan empapada de sudor como parece y que no me ha pillado llegando tarde. Él me observa sin moverse con una ceja alzada y sin hablar.

—Buenos días, señor Kingsley —musito al pasar junto a él y no me detengo del todo—. Su mirada homicida me ha despertado más que el café.

La frase sale sola de entre mis labios y se la lanzo, porque es mi única arma contra ese silencio suyo que lo dice todo sin decir nada.

Él no me responde. Solo gira ligeramente la cabeza, lo justo para mirarme con la desaprobación elegante y silenciosa que ha convertido en su marca personal. No necesita levantar la voz ni fruncir el ceño. Le basta con hacer un escaneo visual, que va desde mi frente hasta los tacones, como si estuviera evaluando una inversión de alto riesgo que no piensa renovar.

El ascensor se abre detrás de él, anunciando su salida escénica, pero antes de moverse, se ajusta el botón del puño de la camisa y entra en el habitáculo metálico sin decir ni una palabra más. Su perfume, un aroma caro que flota entre lo prohibido y lo judicialmente imputable, se queda en el aire mientras yo permanezco en recepción con el abrigo goteando, el alma en carne viva y una sola idea atravesándome la sien: que alguien lo empotre contra una pared de una maldita vez, o que lo atropelle un taxi. Todavía no lo tengo claro.

Han pasado exactamente dos años desde que puse un pie por primera vez en este edificio y me crucé con él en el ascensor. Dos años desde que descubrí que bajo esa fachada de CEO inmaculado se esconde el ser humano más irritantemente perfecto que he conocido jamás. Logan Kingsley no sonríe, ni bromea, ni titubea, ni le tiembla el pulso… ¡nunca!. Es de esos hombres que cuando entran

en una sala, hacen que todo el mundo se ponga en alerta. No por respeto, sino por instinto de supervivencia.

Logan Kingsley podría ser modelo de portadas de revistas de negocios, asesino en serie o protagonista de una saga de thrillers eróticos… no lo tengo muy claro, pero eso lo hace aún más peligroso.

Su voz es grave, medida y calibrada al milímetro. Cuando pronuncia mi nombre lo hace como si masticara cada letra antes de escupirla, aunque lo peor es que no siempre ha sido así. Al principio, cuando empecé en este trabajo, pensé que era uno más de esos ejecutivos narcisistas con mucho dinero y poco interés en los que respiramos aire con oxígeno normal. Pero con el tiempo he descubierto que bajo esa superficie de hielo hay algo más. Algo que no sé si quiero conocer o evitar para siempre. Porque a veces me mira como si viera algo que lo desconcierta o lo cabrea o lo excita, y otras, directamente, como si fuera totalmente prescindible.

Pese a todo eso, no puedo dejar de mirarlo, ni de escribir sobre él… En mi cabeza, claro…. O en correos que guardo en mi carpeta secreta titulada «NO ENVIAR NUNCA». Porque por mucho que me esfuerce, no consigo desconectar de su magnetismo, ni de su forma de estar en el mundo como si lo hubiera diseñado él y el resto de humanos fuéramos ruido de fondo en su jornada de perfección millonaria.

Mientras estoy perdida en mis pensamientos, fijo la mirada al fondo del *hall*, desde donde Fred, el guardia de seguridad más cotilla y adorable del universo, me lanza una mirada divertida desde su escritorio.

—¿Hoy toca puñales o preliminares? —pregunta con voz grave y una ceja alzada.

—Hoy tocan ganas de atacar a alguien con una grapadora.

—Apuntaré eso para el parte de incidencias.

Le dedico una sonrisa y me recoloco el bolso mientras me acerco a mi puesto. Amelia, la responsable de Recursos Humanos, pasa justo por detrás de mí, impecable como siempre, con su moño tirante y su perfume de frialdad embotellada. No me saluda, de

hecho, nunca lo hace, porque siempre camina como si estuviera por encima del bien y del mal.

«Un lunes más en el paraíso», me digo para mí antes de dejarme caer en mi silla, que chirría como si también quisiera dimitir, y dejo que el aliento me salga en forma de suspiro largo, mojado y con sabor a derrota matutina. El teclado está frío, el mostrador lleno de post-its, que no recuerdo haber escrito y mi reflejo en el monitor del ordenador me devuelve la imagen de una mujer que debería haberse quedado en casa. Pero estoy aquí y continúo viva. El jefe sigue en el edificio, lo que significa que hoy no será un día cualquiera, sino uno de esos…

La verdad es que no sabría decir en qué momento exacto empezó esta guerra fría con Logan Kingsley, aunque tengo bastante claro que el primer disparo lo hizo él con la mirada, y yo respondí con una frase sarcástica con más mala leche de lo que pretendía. Desde entonces, nuestra relación ha consistido en un intercambio constante de pullas en voz baja, choques visuales cargados de electricidad estática y silencios tan pesados como un informe trimestral sin corregir. Lo que iba a ser un trabajo temporal, mientras encontraba mi hueco en algún teatro de Nueva York, acabó convirtiéndose en un escenario permanente, donde interpreto el papel de recepcionista eficiente con alma de mujer al borde del colapso… y él, el de CEO imperturbable con traje a medida y cero tolerancia al caos emocional ajeno.

Recuerdo perfectamente la primera vez que lo vi: iba en el ascensor, mirando el móvil con su habitual gesto de hombre que no se distrae ni aunque el edificio arda, hasta que alzó la vista y se cruzó con la mía durante exactamente un segundo y medio. No exagero… Conté los segundos. En ese instante, sin previo aviso ni música de fondo, sentí que me atravesaba algo parecido a un rayo frío, un escalofrío que no venía de la temperatura del *hall* ni del aire acondicionado asesino, sino de su forma de mirarme tan directa, tan concentrada y tan clínicamente precisa. Pensé que era guapo, aunque su belleza era de esas que se impone y hace que el resto de los humanos nos sintamos versiones mal terminadas del molde original. Tres días después, ya sabía que también era brillante,

despiadado y completamente impermeable a cualquier intento de simpatía. A la semana, comprendí que lo odiaba con una intensidad preocupantemente parecida a la lujuria.

Logan Kingsley no gasta palabras, ni pierde el tiempo con cortesías y, por supuesto, tampoco sonríe si no es absolutamente necesario para cerrar un acuerdo o intimidar a un cliente inseguro. Su forma de estar en el mundo es tan eficaz como desquiciante, y eso explica por qué lleva años manteniendo en lo más alto esta consultora de *branding* que atiende solo a marcas de lujo que no pueden permitirse parecer humanas. Kingsley & Co. es como un templo de perfección sin alma, una torre de cristal, donde todo funciona según normas estrictas, y nadie levanta la voz ni se permite tener un mal día. Salvo yo, claro… porque yo sí levanto la voz y tengo malos días en serie.

Mi mesa está en medio del *lobby* principal y es el único espacio que parece resistirse a la estética minimalista que lo rodea: porque tiene post-its de colores pegados a la pantalla como si fueran escamas de dragón, una taza que dice «NO ME MIRES, NO HE COBRADO» y una planta que se debate entre la vida y la muerte desde hace semanas, aunque yo insisto en regarla. También hay un pequeño gato de cerámica con una corona torcida, cortesía de Daphne, mi mejor amiga y proveedora oficial de objetos que Amelia, la señora de Recursos Humanos, califica de «poco apropiados para un entorno corporativo de alto nivel como este».

Fred, el guardia de seguridad, aparece por mi derecha con la sonrisa que suele poner antes de una observación incómodamente certera.

—Swan, tu entrada triunfal ha tenido espectadores —me dice, mientras me tiende una hoja para firmar.

—¿Solo espectadores? Esperaba vítores y una ovación en *slow motion* —le respondo, cogiendo el bolígrafo.

Fred es ese tipo de hombre que parece haber nacido con voz de doblaje y alma de cotilla profesional. Nadie sabe exactamente cuánto tiempo lleva en el edificio, pero todos tienen claro que no hay conversación que no haya oído ni gesto que se le escape. Además,

tiene un radar para detectar tensión sexual no resuelta tan preciso que debería patentar la fórmula.

—¿Crees que algún día se decidirá a despedirme? —le pregunto mientras firmo sin mirar lo que pone.

—¿Antes o después de que le arranques la corbata a mordiscos? —me responde, sin despeinarse.

Levanto la vista despacio, muy despacio, y le lanzo una mirada que debería freírle las cejas, aunque él ni se inmuta, solo sonríe más.

—No voy a arrancarle nada —replico con tono neutro.

—Esta semana no, ¿no?

Su carcajada rebota contra las paredes de mármol justo cuando aparece Amelia, caminando como si desfilara sobre una pasarela invisible. Su conjunto de dos piezas gris perla, que probablemente cuesta más que el alquiler de mi apartamento, y su moño tenso podría usarse como oda a la tirantez. Me mira, aunque no dice nada, se limita a escanear la situación como quien evalúa una zona de desastre humanitario y decide que no hay nada que salvar. Luego, sin frenar el paso, desaparece tras las puertas del ascensor.

—Encantadora, como siempre —murmuro.

Fred asiente, se despide con un gesto de cabeza y se retira a su guarida de cámaras y monitores, mientras yo vuelvo a centrarme en mi pequeño caos funcional. El ordenador arranca con la lentitud de los lunes que no perdonan y la pantalla refleja mi cara, que tiene el mismo aspecto que después de una mala función: rímel corrido y gesto torcido.

A pesar de todo, me siento, me recoloco el moño, me seco las manos con una servilleta de cafetería arrugada, que encuentro en mi bolso y respiro. Sin poder evitarlo, vuelvo a pensar en Kingsley, en su mirada y en cómo se ha ido sin decir una sola palabra, como siempre, pero dejando tras de sí una especie de electricidad contenida que parece adherirse a las paredes.

Me fastidia lo mucho que me afecta y me molesta no poder controlarlo. Me indigna que con solo alzar una ceja consiga reducirme a una especie de animalillo nervioso y asustadizo.

Aunque, por encima de todo, me aterra la posibilidad de que él lo sepa.

De repente escucho cómo las puertas del ascensor se abren y lo veo salir. Atraviesa el *hall* con paso firme, sin mirar a nadie ni detenerse. Sin embargo, aunque no haya cruzado la mirada conmigo y haya fingido total indiferencia, he sentido el impacto igual y eso es lo peor de todo.

Me encantaría decir que, consigo concentrarme en las llamadas, recuperar la compostura y olvidar que lo he visto, pero la verdad es que sigo con el pulso alterado, el cuerpo tenso y el cerebro completamente inútil. Cada tecla que rozo del teclado parece sonar más fuerte de lo habitual, como si incluso la tecnología supiera que estoy tan descentrada, que ni el café ni la rutina consiguen que vuelva en mí.

Lo que ha pasado entre Kingsley y yo, si es que ha pasado algo, ha sido apenas un cruce de palabras con subtexto y una mirada demasiado cargada para que alguien como él la haya lanzado por error. Pero también podría haber sido simplemente uno más de sus gestos de superioridad o un recordatorio de que, en este edificio, él manda y yo solo soy parte del decorado. La recepcionista con tatuajes y labios rojos que le contesta más de la cuenta y que, por algún motivo que ni yo comprendo, sigue aquí.

Intento no mirarlo cuando vuelve a cruzar el *hall*, pero sé que está ahí porque el ambiente cambia, como si su presencia lo agitara todo y no pudiera ignorarse. Camina con un ritmo exacto, medido y deliberado, como todo en él. No lleva el móvil en la mano, ni consulta la agenda, ni finge ninguna distracción; su única misión parece ser atravesar el espacio sin alterarlo, aunque justo eso es lo que consigue: dejarme con un pellizco de nervios en el estómago que se niega a disolverse.

Justo cuando pasa delante de mi mesa, se detiene un instante a mi altura y me mira, aunque no dice nada. Yo, que podría simplemente asentir, sonreír con profesionalidad o fingir que no lo he visto, abro la boca antes de que mi sentido común tenga tiempo de intervenir.

—¿Se le ha caído algo, o ha vuelto para examinar si sé coger el teléfono?

La pregunta se escapa de mi garganta con un tono entre juguetón y provocador, aunque, en este momento, estoy demasiado revuelta como para sostener con firmeza el personaje que interpreto cada día. Él no se inmuta, ni siquiera ladea la cabeza o cambia la expresión; solo entrecierra los ojos con una intensidad, que nunca sé si significa «me estás molestando» o «me estás gustando más de lo que debería».

—Te ha calado bien la lluvia —dice finalmente, como quien informa de una evidencia científica—. Puedes coger un resfriado.

No sé si lo ha dicho como una preocupación, una crítica o una forma de recordarme que incluso empapada parezco una irresponsable. Su tono no me lo aclara. Mis piernas, en cambio, tiemblan lo suficiente como para confirmar que, sea cual sea la intención, ha surtido efecto.

Me levanto del asiento porque necesito poner un poco de espacio físico entre su presencia y mi autocontrol, que empieza a resquebrajarse. Camino hasta el baño, esforzándome por parecer tranquila, aunque las piernas me tiemblan más de lo que me gustaría. Abro la puerta y entro sin mirar atrás, como si no me importara si él sigue allí o no, y no estuviera deseando que venga conmigo o, al menos, que me mire una vez más.

Nada más entrar en el servicio, me veo reflejada en el espejo. Me observo a mí misma como si fuera otra persona, una versión más decidida de mí que no tiene miedo de enfrentarse al CEO más inaccesible del planeta. Me recuesto un segundo contra la pared, cierro los ojos y respiro hondo, como si eso fuera a calmar el torbellino que gira sin cesar dentro de mí. Activo el secador de manos y muevo la boquilla de aire caliente hacia mi fada y mis pies, que siguen mojados.

Cuando regreso de nuevo a recepción, Fred me lanza una mirada desde su garita que viene acompañada de un chasquido de lengua y un gesto que solo puede significar una cosa: «Sigo viendo lo que finges que no está pasando». No le digo nada. Solo me limito a encogerme de hombros mientras recojo mi abrigo, abro la bandeja

de correos y trato de hacer como que el mundo sigue girando con normalidad, aunque para mí no es cierto. Siento que algo ha empezado a moverse bajo la superficie después del encuentro con el jefe. Aunque no haya sido más que un cruce de palabras triviales, un gesto milimetrado o una mirada con más temperatura de la permitida en horas laborales, yo lo he notado y Kingsley también. Porque el modo en que ha entrado en el ascensor y se ha girado antes de que se cerraran las puertas, me ha dejado claro que esta guerra silenciosa se está convirtiendo en otra cosa. No sé aún qué, pero lo intuyo.

El reloj marca las seis, lo que me indica que mi jornada se ha acabado. El *hall* se vacía poco a poco, los últimos clientes se despiden con sonrisas forzadas, las luces cambian de tono, y mi reflejo en el cristal del vestíbulo me devuelve una imagen menos derrotada de lo que esperaba. Guardo mis cosas, apago el ordenador, me despido de Fred con un gesto cansado y camino hasta la puerta.

Cuando las puertas se cierran a mi espalda, permito que una frase me atraviese la mente sin censura. No la digo en voz alta, ni la susurro, ni la escribo. Solo la pienso, con la intensidad de quien está a punto de meterse en un incendio con una lata de gasolina en la mano. Algún día, daré un puñetazo… o un beso… o las dos cosas a Logan Kingsley.

Capítulo 2

Logan

Empiezo la mañana con una sala llena de hombres en traje que no dejan de mirarme y me hacen preguntas que ya se responden en la memoria de la presentación. Hablo de márgenes, posicionamiento, paletas cromáticas y retorno sobre la inversión como quien recita una partitura; mi voz suena segura y medida, y pronuncio cada palabra en su sitio, porque entrené mi cuerpo para que nadie pudiera encontrar grietas donde meter un dedo. De puertas hacia dentro me interesa la estrategia, las cifras y el ritmo de las campañas. Sin embargo, de puertas hacia fuera debo dar la sensación de que nada me distrae y tengo todo bajo control. No obstante, hoy, pese a la pantalla repleta de diapositivas y la voz de un inversor repitiendo frases protocolarias, hay otro centro de gravedad que me tira y me descoloca en la recepción de la Kingsley Tower, una recepcionista de labios rojos y piel tatuada, que tiene la costumbre de mirar demasiado y de usar el sarcasmo como defensa.

Mientras explico ratios y objetivos, mi atención hace trampas y se despista, no por falta de profesionalidad sino porque no puedo dejar de pensar en la forma en la que ella se planta detrás del mostrador, con la melena pelirroja suelta o recogida, que le da un aire deliberadamente desafiante, que mi mente recrea una y otra vez, a pesar de que intento forzarla a volver al gráfico que tengo proyectado. Me odio por ese lapsus, por la traición fisiológica que aparece en mi cuerpo cuando menos conviene y por la insistencia de su presencia dentro de mi cabeza, cuando el mundo exige disciplina. Tengo reglas para esto: no mezclar deseo con decisiones corporativas, ni permitir que una distracción de ningún tipo (y menos aún que tenga que ver con la señorita Swan) amenace a la empresa. Sin embargo, por mucho que me esfuerce, su imagen sigue repitiéndose en bucle dentro de mi cabeza.

No obstante, lo que me dispone a perder el foco es la manera en que ella se mueve y observa a su alrededor como si el lugar fuera suyo por derecho. Tal autoridad se manifiesta en una risa estridente, que corta la frialdad del *hall*, y en la forma de devolver una pulla con un guiño que impacta justo donde más molesta. Su mezcla de insolencia y naturalidad me desconcierta, porque no responde a los patrones propios de los entornos de poder, donde las personas tienen dos velocidades: sumisión o ambición calculada. Ella, en cambio, es imprevisible y, por tanto, peligrosa.

Hace dos años, ni en mis peores delirios de insomnio habría imaginado que acabaría observando con tanto detenimiento a una recepcionista. Por entonces, la empresa tambaleaba, Charlotte me traicionó y se largó con un cliente clave… y con algo más: la parte de mí que todavía creía en las lealtades sin letra pequeña. Cuando dos personas sellan una alianza y una decide romperla por interés, el daño no es solo profesional. Ante eso, respondí como se responde a una herida mal cerrada: cortando en seco. Reorganizaciones, despidos y contratos blindados. Quería un equipo sin fisuras y sin emociones ni grietas por donde se colaran debilidades. Fue en mitad de esa purga cuando apareció Bianca. No la contraté por su sonrisa torcida ni por esos labios de actriz de teatro *indie*. La contraté porque no parecía una amenaza. Además, en aquel momento, necesitaba una solución temporal, silenciosa y funcional. Una recepcionista de transición y de las que se evaporan al cerrar el mes. Pero Bianca Swan no se evaporó. Se quedó y se convirtió en la anomalía más persistente del edificio.

Lo de Charlotte dejó una marca, no tanto por el daño como por la lección. Aprendí que cuanto más se verbaliza una confianza, más expuesto estás a que te la destruyan. Por eso endurecí el tono, blindé las decisiones y convertí la distancia emocional en método. Funcionó… hasta que Bianca empezó a desafiarlo. Porque con ella no se trata de contratos ni de jerarquías, sino de algo más físico y desordenado. Con ella, el riesgo no está en una cláusula mal redactada, sino en una mirada fuera de lugar, en una frase con doble sentido o en el temblor leve de algo que nunca debería moverse dentro de mí.

Me jode reconocerlo, pero la tengo presente en escenarios que no benefician a la compañía.

La reunión se acaba entre aplausos moderados, métricas y frases huecas que se repiten como mantras corporativos. Yo recojo el dossier con el mismo gesto con el que tomo cada decisión importante: seco, firme y sin dramatismos ni dudas. Para el resto, es un simple cierre de jornada. Para mí, en cambio, una forma de recordarme que todo está bajo control, que no hay margen para distracciones y que nada ni nadie tiene permiso para colarse por las rendijas.

Pero al salir de la sala, esa certeza se tambalea. El cuerpo no me miente y siento el impulso, absurdo pero insistente, de verla. De comprobar con mis propios ojos si está en su sitio. No me digo que es por ella, sino que me invento un motivo administrativo.

Bajo hasta recepción, porque no quiero encontrármela por casualidad y en el momento más imprevisto. Necesito controlar el momento, el ángulo y la escena. Quiero que parezca casual y que no delate nada. El control siempre ha sido mi terreno: prefiero observar desde la distancia antes que dejar que el impulso gane la partida. Mientras el ascensor desciende un piso tras otro, aprovecho para repasar mentalmente datos inútiles. Cuando llego al *hall* de recepción, la escena es exactamente como la imaginaba, y, al mismo tiempo, peor. Ella está de espaldas, revisando unas carpetas con su melena pelirroja alborotada, que parece que ha despeinado adrede para despistarme. La falda le marca la figura con una precisión que no busca provocar… pero me provoca. Su naturalidad es su trampa. No juega a seducir, pero hay algo en cómo se mueve, y en cómo gira las caderas al cambiar de postura, que desactiva cualquier intento de contención por mi parte.

Extiendo la mano para darle el documento, que traigo como excusa, pero eso se convierte, de pronto, en un gesto cargado de peligro. Una operación donde el más mínimo contacto puede abrir una herida que no me puedo permitir mostrar. Entonces, justo en ese momento, se gira, me ve, y dispara.

—¿Inspección sorpresa o se ha cansado de su ático de cristal?

Tiene esa manera de hablar que no necesita permiso para soltar por la boca lo primero que se le pasa por la cabeza y siempre es, sin pasarse, lo bastante insolente como para hacerme sentir que me está retando. Le contesto con la frialdad que me salva y le tiendo la documentación como si no me afectara. Pero cuando su mano roza la mía por un instante, el sistema eléctrico se colapsa.

No debería afectarme, lo sé. Pero lo hace tanto que necesito alejarme de ella, respirar y pensar en otra cosa. Y me jode en proporción directa a lo mucho que intento negarlo.

Ella se aleja sin prisa, con la certeza del efecto que ha dejado atrás y no piensa disculparse.

Intento recolocar el pensamiento mientras camino hacia el ascensor. Sé que debería fingir indiferencia y olvidar todo esto, pero no lo hago. Llamo al ascensor con la esperanza de aprovechar ese espacio cerrado para recuperar la compostura. Cuando se abren las puertas y creo que voy a estar solo… aparece. Entra en el ascensor detrás de mí. No hablamos, pero su perfume, cálido, dulce y con un fondo de vainilla, me golpea con una violencia inesperada. Me recuerda a algo que no quiero recordar. A noches que no existieron, pero que mi cuerpo sí ha vivido.

La imagen se impone sin permiso en mi cabeza: ella sobre mi escritorio, riéndose y las manos en mi pecho. Una escena cruda, física y tan vívida que me invade como si ya hubiera ocurrido. No obstante, lo peor no es el deseo, sino saber que no es solo físico y que desordena incluso lo que creía enterrado.

Charlotte fue otra historia. Con ella hubo estrategia, promesas y una complicidad que acabó traicionándome. Bianca es otra cosa. Bianca no promete, no explica e interrumpe y lo hace de un modo que me descoloca por completo.

Las puertas del ascensor se abren. Ella no se mueve, solo me mira y sonríe de una manera que me indica que quiere jugar.

—Bonita corbata. ¿Es para sujetar tus impulsos o solo para impresionar a clientes?

No le contesto. No porque no tenga nada que decir, sino porque cualquier cosa que diga ahora sería una rendición. Así que dejo que la puerta se cierre tras de mí, que se trague mis

pensamientos y que me devuelva a una rutina que ya no reconozco. Cuando me quedo solo, el reflejo que me devuelven las paredes metálicas del ascensor no es el del hombre que era hace diez minutos.

Necesito poner fin a esto, cortarlo, expulsarla o follármela contra una pared.

La frase me estalla en la cabeza como una detonación sorda. No la digo, ni la escribiré, ni aceptaré que ni siquiera la he pensado. Pero ahí está, instalada como una maldita verdad dentro de mi cabeza.

Finalmente, el ascensor se detiene en la planta cuarenta y dos y avanzo con frialdad hasta mi despacho. Podría haberme quedado en la planta en que Bianca ha bajado, haber salido tras ella y haberle dicho algo que disolviera el aire tenso que acabamos de compartir, pero eso habría sido una forma de confirmar que su proximidad me afecta más de lo admisible. Me niego. Camino hasta mi despacho sin detenerme y sin saludar a nadie. Necesito el refugio que me proporciona el mármol del suelo, el cristal esmerilado de las puertas y el aire perfectamente climatizado de mi territorio. Mi despacho es mi zona de equilibrio, donde todo está en orden, en su sitio y cada objeto está colocado con intención, sin que haya ni el más mínimo resquicio para el caos. Sin embargo, al cerrar la puerta y quedarme solo, no siento alivio sino rabia.

Camino hasta el ventanal con las manos en los bolsillos y la mandíbula tensa. Tengo el pulso ligeramente acelerado y una presión molesta en el estómago que no se disipa. No es hambre ni ansiedad, sino una mezcla de excitación no resuelta y frustración contenida que me arde en las venas. Repaso mentalmente lo que acaba de pasar. Su voz y la forma en la que ha entrado en el ascensor sin pedir permiso, como si no me debiera respeto y su presencia no fuera una provocación en sí misma. Me molesta la naturalidad con la que me ha descolocado y me jode que lo sepa.

Camino hasta mi mesa, enciendo la pantalla del ordenador con un toque seco y consulto la agenda. No necesito hacerlo, porque me sé de memoria lo que tengo programado para hoy.. Pese a eso,

busco su nombre, como si verlo escrito me ayudara a ordenar los pensamientos.

«Bianca Swan».

La recepcionista con carácter.

La incordiante preferida de los clientes.

La distracción más persistente que me ha tocado soportar desde que dirijo esta empresa.

Me planteo borrarla del calendario, cambiar su nombre por un código, asignarle un número, deshumanizarla de algún modo, pero no lo hago, porque alguna razón estúpida me frena. Algo que no quiero verbalizar porque sería darle espacio a lo que debería quedarse enterrado bajo capas de indiferencia.

Me siento y lanzo un hondo suspiro. Lo reconozco, no he bajado las cuarenta y dos plantas que me separan de Swan por los papeles, sino por ella. Necesitaba verla con mis propios ojos y comprobar que lo que mi cabeza recrea con tanto detalle sigue siendo real. Confirmar que la curva de sus caderas, el brillo de su pelo y la forma en que aprieta los labios cuando piensa, siguen ahí. Porque llevo noches enteras despertando con su imagen clavada en la retina, con el cuerpo en tensión y la certeza de que no debería estar sintiendo lo que siento, aunque ahí está.

No obstante, la peor parte no es el deseo, porque eso puedo controlarlo. Lo que me cuesta digerir es el descontrol, porque no soy un adolescente, ni estoy en busca de aventuras, ni tengo tiempo ni espacio para juegos eróticos con una empleada que no se calla ni se asusta. Pero eso es, precisamente, lo que me descoloca. Que no me teme, ni se rinde, ni me provoca sin provocarme, como si fuera inmune a las reglas del entorno y el hecho de que yo sea el CEO de la empresa no le importara lo más mínimo.

Me paso una mano por la cara, me froto la mandíbula y noto la tensión en los hombros. Saco el móvil del bolsillo, lo desbloqueo y abro la aplicación de cámaras de seguridad del edificio. Tengo acceso a todas: las de seguridad, de control y de supervisión. Es parte de mi rutina y de mi necesidad de que nada escape a mi vista. Busco la cámara del vestíbulo y ahí está ella sentada en su puesto y fingiendo que trabaja, pero moviendo la pierna derecha con un ritmo

nervioso. Ese gesto lo conozco, porque es el mismo que hace cuando está molesta, incómoda o tensa.

Me observo a mí mismo por un instante, vigilándola a través de la cámara. Me repugna un poco ese gesto de vigilancia, pero no dejo de mirar, porque lo que siento no es solo la necesidad de vigilarla, sino realmente lo que siento es algo a medio camino entre la necesidad y el castigo. Quiero controlarla, borrarla y que desaparezca, aunque, al mismo tiempo, no consigo dejar de buscarla.

Mi móvil vibra. Acabo de recibir una notificación de Amelia, la responsable de recursos humanos. Me recuerda la reunión que tenemos mañana con los socios. Cierro el mensaje sin responder. Amelia tiene razón. Hay cosas más importantes que una recepcionista con talento para ponerme contra las cuerdas. Tengo cuentas que cerrar, informes que firmar y reputaciones que proteger. No puedo permitirme un desliz, ni repetir los errores del pasado. Con Charlotte me dejé llevar, confié y mezclé cosas que no debía mezclar. Aunque al final lo acabé pagando y no estoy dispuesto a cometer la misma estupidez.

Me levanto y camino hasta la puerta. La abro y veo que el pasillo está vacío. Me siento como un animal encerrado, como si mi despacho se hubiera vuelto pequeño de repente. Necesito aire, hielo o algo que me devuelva el equilibrio que he perdido. Cierro la puerta con fuerza y me apoyo un segundo contra ella, como si el frío del metal pudiera ayudarme a bajar la temperatura que me bulle en las venas, pero no funciona.

Regreso a mi mesa y abro la carpeta. Miro los papeles, aunque no los leo, porque solo hay una imagen fija en mi cabeza: ella, apoyada en el borde del mostrador, con la cabeza ladeada suavemente hacia el lado, la sonrisa torcida y el cuerpo en una tensión controlada. Yo me recreo en esa imagen como un idiota, sin saber si quiero echarla o empotrarla.

Me muerdo el interior de la mejilla y me odio un poco por mi última frase, pero sé que es verdad, porque no estoy seguro de cuál de las dos opciones me jodería más.

Ahora mismo, el cuerpo me pide movimiento. Salir, correr, beber, follar… Lo que sea con tal de no quedarme aquí, encerrado en este despacho que antes era bastión y ahora parece una celda. El problema no es lo que ha dicho, ni siquiera lo que ha hecho, sino lo que me provoca, lo que me despierta y lo que me arrastra. Me destroza su jodida facilidad para colarse en mis pensamientos sin permiso y joderme la concentración con un simple comentario envenenado.

Recojo mi chaqueta del respaldo de la silla, me la echo al hombro y salgo sin rumbo claro. Camino hasta el ascensor, otra vez, aunque al bajar el *hall* está vacío y ella no está. Respiro hondo. El olor a limpio no me relaja, ni tampoco el silencio, que lo único que consigue es amplificar la tensión que llevo acumulada bajo la piel.

Salgo del edificio por la entrada trasera, la que usan los empleados técnicos o los proveedores. Necesito espacio, un café, un whisky o un puñetazo en la cara… Me da igual, pero ansío algo que me devuelva el equilibrio.

Camino por la acera con la chaqueta colgando del brazo y el cuello de la camisa ligeramente desabrochado. No puedo seguir así.

Me detengo en una esquina, dejo que el tráfico pase frente a mí sin prestar atención y me paso una mano por el pelo. Tengo calor. El recuerdo de su perfume sigue clavado en mis fosas nasales como una punzada suave. ¿Cómo se puede ser una provocación andante y desprender ese aroma a fantasía nocturna? Es cruel, ridículo e intolerable. Pero también es verdad.

Vuelvo al edificio sin pensarlo y subo directo a mi planta. En cuanto entro en el despacho, me encierro y echo el pestillo. No suelo hacerlo, pero necesito ese aislamiento. Camino hasta la mesa y me apoyo en ella con las manos. Miro a través del ventanal y observo la ciudad extendiéndose al otro lado como si pudiera darme las respuestas que tanto ansío, pero no me las da. Solo me devuelve mi reflejo tenso, sucio de deseo y cansado de contener algo que cada vez me resulta más difícil de conseguir.

Pienso en la maldita escena del sueño de anoche: ella sobre el escritorio con los labios rojos y la sonrisa cruel. No hay ternura en

ese recuerdo, ni emoción. Solo piel, sudor, gruñidos y movimiento. La imagen me golpea otra vez, y esta vez la erección es real, palpable e incómoda. Me reprimo y me insulto mentalmente. Me obligo a girar la cabeza, a caminar y a alejarme de la mesa como si pudiera escapar de lo que llevo dentro, pero no funciona.

El problema no es el cuerpo, sino el control. Es saber que con Charlotte fue emocional y me destrozó. A pesar de que ahora esto es físico, me está rompiendo por dentro, porque aunque no he tocado a Bianca, siento que estoy demasiado cerca de caer en la tentación.

Agarro el respaldo de la silla con fuerza y la tensión en mis antebrazos me devuelve algo de foco. Cierro los ojos un instante y visualizo su cara. Sé que no debería hacerlo, pero lo hago. La visualizo sonriendo y desafiándome. Sentada sobre mi mesa, justo aquí, con las piernas cruzadas y su sonrisa invadida por la lujuria.

Deseo gritar, gemir o correr hasta el *hall* y pedirle que no me mire ni se ría de esa manera. Quiero hacer algo, pero no hago nada. Solo aprieto la mandíbula, juro por lo bajo y deseo que esto pase, pero no pasa, porque ella está aquí, aunque no esté.

La necesito fuera de mi cabeza, fuera de mi edificio y de esta versión de mí que no reconozco. Me remango la camisa y lo verbalizo para mí como una sentencia.

«Necesito echarla o empotrarla».

A pesar de que no tengo ni puta idea de cuál de las dos me jodería más.

Capítulo 3

Bianca

Si la testosterona tuviera nombre, apellido, despacho en la planta cuarenta y dos y un ego del tamaño de la Kingsley Tower, se llamaría Logan Kingsley. CEO de todo, dictador de nada que importe y un hombre tan absurdamente perfecto por fuera como emocionalmente disfuncional por dentro. Pero que conste, que no lo digo como insulto, sino como víctima o como experta en el arte de tragarme las ganas de lanzarle una grapadora a la cabeza cada vez que me mira como si yo fuera un virus en su sistema operativo de precisión suiza.

El día ha sido una sucesión de microhumillaciones, roces innecesarios y miradas que hablan sin necesidad de palabras. Todo muy sano y corporativo... He sobrevivido al enésimo enfrentamiento visual con él, a los comentarios pasivo-agresivos de Amelia, la de recursos humanos que se creen la reina del mambo, y a un cliente francés que me ha pedido un café como si fuera su sirvienta, con delantal y cofia incluidos, ¡por supuesto! Después de eso, lo único que quiero es llegar a casa, quitarme estos tacones criminales y meter la cabeza en un cubo llenito hasta arriba de vino tinto.

Subo las escaleras de mi edificio, sí, porque hoy, evidentemente el ascensor está estropeado, con el bolso colgando del hombro como si fuera el cadáver de un enemigo caído en combate y las medias pegadas a las piernas tras un día entero de humedad emocional y física. Cuando por fin abro la puerta de mi apartamento, me recibe la imagen inequívoca del desastre: un cojín del sofá por el suelo, una planta desparramada sobre la alfombra y, cómo no, un gato negro con la expresión satisfecha de quien ha cometido el crimen perfecto y ha decidido celebrar su victoria con una siesta.

—¿En serio, Voldemiau? —digo sin esperar respuesta.

Él me mira desde el sofá, indiferente, con esa cara de juez de talento que no ha sido impresionado por ninguna actuación humana desde 2018. Se lame una pata, se estira y bosteza como si acabara de supervisar una aburrida reunión de accionistas. A su lado, arrastrando con toda la dignidad del mundo, un calcetín que definitivamente no es mío... Prefiero no imaginar de dónde habrá salido.

—Genial. Perfecto. Lo que necesitaba para cerrar este lunes de mierda: un gato cleptómano con tendencia a la destrucción decorativa.

Me dejo caer de espaldas sobre la cama sin quitarme ni los zapatos y oigo como el colchón protesta bajo mi peso. Voldemiau salta desde el sofá y camina hacia mí con la lentitud calculada de quien sabe que es dueño del espacio y de toda mi atención. Se sube al cabecero y me observa. Durante unos segundos, nos miramos en silencio. Él parpadea muy despacio y yo también.

—No me mires así. Has tirado otra planta. ¡Otra! ¿Se puede saber qué te ha hecho el potus hoy, eh?

Voldemiau emite un maullido corto y sin emoción, que interpreto como un «se lo merecía».

El caos de este apartamento me acoge como siempre, con su mezcla de desastre bohemio, cojines desparejados, tazas sucias en la encimera y velas a medio derretir que ya ni recuerdo cuándo las encendí. Es mi santuario, mi guarida, mi refugio de toda esa estética minimalista impoluta que Kingsley impone en cada rincón de su torre. Aquí, las cosas tienen olor, textura e historia. Aquí nadie me pide que encaje, ni que me calle y, mucho menos, que me peine.

Me quito los tacones como quien se deshace de un grillete, me desabrocho el sujetador sin quitarme la blusa, dejo caer la ropa sobre el respaldo de la silla con desgana y me calzo las pantuflas de peluche con forma de tiburón sonriente, que Daphne me regaló. Voy hacia la cocina y abro la nevera. El panorama que me encuentro frente a mí es desolador. Solo hay una botella de vino, medio aguacate más negro que el sobaco de un grillo y un paquete de queso rancio. Así que la elección es fácil: cojo la botella y me sirvo una generosa copa de vino. Me acomodo en el sofá, al instante,

Voldemiau se instala como una esfinge peluda en mi regazo, y enciendo el portátil que reposa entre cojines como si fuera un animal dormido. El arranque es lento. Todo en este ordenador parece tener una pereza compatible con la mía. Mientras carga, acaricio el lomo de Voldemiau y él ronronea o me amenaza. A veces me cuesta distinguirlo.

—Hoy lo ha hecho otra vez —murmuro, aunque sé que no me escucha o sí… pero a su manera.

Logan ha vuelto a mirarme, a hablarme, aunque sin decir nada, y a lanzarme ese movimiento de ceja, que parece un cuchillo afilado envuelto en seda. Y yo, como una idiota con el deseo a flor de piel, he vuelto a temblar por dentro. Por suerte, nadie lo nota a excepción de este gato y mi teclado.

Porque aquí, en este portátil, guardo una carpeta que no enseño, ni nombro, ni toco y que se llama «NO ENVIAR NUNCA».

Creo que su nombre lo dice todo.

Me lleva exactamente tres sorbos de tinto reunir el valor para hacer clic en la carpeta, porque sé perfectamente lo que contiene y porque hoy sé que va a haber más.

La pantalla parpadea un segundo antes de mostrarme el índice de mi intimidad digital: catorce correos, todos sin enviar, pero con destinatario directo, claro e inequívoco. Todos están dirigidos al hombre que consigue que odie mis propias rodillas por debilitarse cada vez que aparece con ese traje oscuro, que le queda como un guante, y que parece insultar a mi lívido con la elegancia de quien no tiene ni idea de lo que me provoca… o sí, maldita sea, quizá sí que lo sabe pero le da igual… o no.

«logan.kingsley@kingsleyandco.com»

Ver ese correo escrito una y otra vez en la bandeja de borradores tiene algo de confesión adolescente y algo de patología crónica, lo sé. No debería haberlos escrito y mucho menos guardarlos. Pero hacerlo me calma y me permite canalizar esa mezcla de furia y deseo, que me tiene atrapada en un ciclo hormonal impropio de una mujer funcional y adulta.

Podría estar pagando a una terapeuta por escucharme hablar de lo mucho que me irrita, de lo mucho que me excita y de lo mucho

que me aterra reconocer que me excita que me irrite. Pero no, yo solo lo escribo, porque escribir es mi manera de desahogarme sin consecuencias. Teclear estos mensajes es mi refugio o mi válvula de escape o mi modo de decir lo que no me atrevería a susurrar ni en sueños.

Abro un nuevo mensaje. Dejo en blanco el asunto y me estiro los dedos como si fuera a componer una obra maestra y dejo que mi cabeza fluya sin filtro. Voldemiau, que se ha movido desde mi regazo hasta el brazo del sofá, me observa con los ojos entrecerrados y su gesto de «te estás metiendo en líos otra vez». Pero no me importa, hoy todo me da igual.

Empiezo a teclear.

> «Me gustaría que dejaras de mirarme como si fuera un error.

Me gustaría que dejaras de fingir que no sabes que me tiemblan los muslos cada vez que me rozas los dedos al pasarme una carpeta.

Me gustaría que te quitaras esa maldita corbata tan protocolaria y me ataras con ella a tu silla de ejecutivo para enseñarme de una vez qué clase de jefe eres realmente».

La risa me escapa de la garganta en forma de carcajada baja, ronca y siniestra. Me muerdo el labio y doy otro sorbo a mi copa. El calor del vino se mezcla con el de la vergüenza anticipada, pero no me detengo. La adrenalina que me invade es demasiado adictiva.

«Me encantaría sentarme sobre tu mesa. No para hablar de informes. Ni para responder al teléfono, sino para que me llames insolente con la boca ocupada. Para que me des órdenes con la mirada y para que me hagas callar sin decir ni una sola palabra».

Las teclas suenan más rápido ahora, como si tuviera prisa por vomitar lo que llevo semanas reprimiendo. Me arde la cara, pero la sensación es deliciosa y liberadora.

«No me interesa tu reloj de lujo. Ni tus trajes a medida. Prefiero escucharte cuando estés a punto de correrte. Esa voz que no usas en las reuniones y que solo utilizas cuando pierdes el control».

Paro un momento y me recoloco en el sofá. Voldemiau se ha movido y ahora tiene una pata estirada sobre mi muslo, como si intentara recordarme que no estoy sola. Le lanzo una mirada rápida.

—No te atrevas a juzgarme, peludo. Esto es más sano que perseguir palomas desde la ventana.

Él bosteza. No sé si su gesto significa aprobación, desprecio o aburrimiento existencial. En cualquier caso, vuelvo al teclado.

«¿Quieres saber lo que haría contigo si pudiera encerrarte en tu despacho y tirar la llave? Lo haría de pie, de rodillas y sobre tu silla giratoria. Con las medias puestas, la boca llena y las uñas clavadas en tu espalda mientras finges que no te importa perder el control por mí».

La copa ya está vacía y mi corazón late con una fuerza que no había previsto. La pantalla brilla frente a mí, con ese texto sucio, nacido del deseo y la rabia en proporciones peligrosamente iguales.

Cierro el mensaje sin releerlo, sin corregirlo, ni firmarlo y lo guardo en borradores con una sonrisa ladeada y una sensación de victoria íntima que no puedo compartir con nadie.

Me recuesto y Voldemiau vuelve a subirse sobre mí como si el universo estuviera perfectamente en equilibrio cuando sus zarpas tocan mi estómago.

—Ni se te ocurra pasearte sobre el teclado, porque seguro que tengo tan mala suerte de que le darías a la tecla de «Enviar», minino del demonio.

Él ronronea… o conspira contra mí, no lo tengo muy claro.

El portátil emite ese pequeño suspiro mecánico que indica que se ha puesto en reposo cuando lo dejo sobre la mesa del comedor. La pantalla negra refleja una imagen distorsionada de mi cara, desenfocada por el ángulo y por el vino. Al regresar al sofá Voldemiau se acomoda sobre mi tripa con una parsimonia digna de reverencia felina, se despereza como si acabara de finalizar una jornada laboral extenuante. Yo, en cambio, tengo la sensación de haber saltado en paracaídas sin paracaídas, pero con una copa de vino en la mano y un teclado como única red de seguridad.

Me quedo tumbada, en silencio, dejándome llevar por esa mezcla entre euforia y resaca emocional que deja escribir lo que no

puedes decir. No he revisado el mensaje y lo he guardado en borradores sin pensar en las consecuencias, porque mientras permanezca encerrado en esa carpeta, sigue siendo solo un secreto inofensivo o un juego perverso y seguro del que solo yo conozco las reglas.

Estiro una pierna, luego la otra, dejo caer el peso del día en el sofá y respiro con el alivio que solo se consigue cuando, al fin, dejas de fingir que no te pasa nada. Me arde la piel del cuello, tengo los muslos tensos y la cabeza más ligera que hace una hora, aunque no me engaño: lo que he escrito no es literatura, ni terapia, ni una anécdota graciosa para contar en un *brunch*. Es una fantasía cruda, directa, sexy y personal. Un acto de rebeldía íntima contra un deseo que llevo demasiado tiempo intentando esconder debajo de una pila de sarcasmos y normas corporativas.

En ese mismo instante, Voldemiau salta de mi cuerpo sin previo aviso, como si acabara de recordar que tiene asuntos urgentes que atender. Se pasea por el sofá con su andar imperial, se sube al escritorio y, sin el menor respeto por la privacidad ajena, se acomoda encima del portátil con la misma solemnidad con la que un juez se sienta en el estrado. Su cuerpo ocupa la mitad del teclado y su cola empieza a moverse de un lado a otro con un ritmo que no augura nada bueno.

—Ni se te ocurra moverte —le advierto, sin apenas levantar la cabeza del cojín—. No estamos para dramas felinos, minino del demonio.

La verdad es que mi voz suena más cansada que amenazante, y él, por supuesto, me ignora con la elegancia de quien sabe que tiene la sartén por el mango y las uñas afiladas para castigar a quien se atreva a cuestionarlo. Se lame una pata con lentitud ofensiva, después se estira, bosteza y deja caer su peso sobre la parte superior del teclado, como si ese fuera su lugar natural en el mundo. Yo me limito a observarlo desde el sofá, con la copa vacía todavía en la mano y una ceja arqueada que no logra disimular el ligero escalofrío que me recorre la espalda.

Hay algo en su mirada entornada que me incomoda. Ese punto de indiferencia interesada me recuerda sospechosamente a

alguien que dirige la empresa en la que trabajo. Ese alguien que viste trajes de corte impecable, que camina como si Manhattan fuera una extensión de su despacho y que me habla como si mis respuestas le resultaran siempre un poco inesperadas.

Me incorporo un poco y fijo los ojos en el portátil. No parece haber nada raro. La pantalla sigue negra, Voldemiau sigue espachurrado encima del teclado y todo parece estar exactamente donde lo dejé. Aun así, algo en mi estómago empieza a retorcerse. No sé si es la copa de vino mal digerida, el texto que acabo de escribir o el karma, que siempre llega con una sonrisa burlona y un gato como mensajero.

—Ni se te ocurra moverte —repito, con un tono un poco más alto—. Te juro que si has tocado algo, te compro pienso barato para el resto del mes y guardo esas *latitas* que te chiflan para siempre...

Él no me responde, por supuesto. Solo se recoloca y acaricia de forma sinuosa con la cola el borde del portátil y, con esa precisión cruel que solo los gatos dominan, presiona una tecla con su pata derecha. De repente, escucho un «ding» seco, breve y artificial. Mi cuerpo se tensa como si acabara de pisar una mina.

Me levanto de golpe y dejo la copa vacía sobre la mesa con un ruido que suena más fuerte de lo que debería. Camino hasta la mesa con pasos lentos y los ojos fijos en la pantalla, que acaba de encenderse. Voldemiau me mira sin moverse, con la expresión más inocente que puede fingir un animal. Me inclino con el corazón desbocado y abro el programa de correo. Por suerte, todo está cómo lo dejé. Suspiro aliviada.

Los textos más atrevidos, más explícitos e impensables que he escrito en mi vida siguen dentro de la carpeta que le corresponden. Voldemiau maúlla y yo me doy la vuelta con lentitud, como si mirar a otra parte fuera a cambiar la realidad. Él parpadea y me mira y yo vuelvo a soltar otro suspiro que sale de lo más profundo de mis pulmones.

Capítulo 4

Logan

Decido empezar el día haciendo algo tan estúpido como necesario: sacar a Bianca Swan de recepción. No por estrategia, ni por eficiencia, ni siquiera por estructura sino por supervivencia.

Necesito dejar de verla cada mañana tras ese mostrador, con su melena pelirroja rebelde, sus labios rojos y esa maldita forma de sentarse con una pierna sobre otra como si el *hall* de mi edificio fuera su patio de recreo. Necesito dejar de oír cómo se ríe cuando alguien le cuenta algo absurdo y pasar por la planta baja sin que me atraviese esa mezcla de calor y rabia cada vez que levanta la cabeza y me dice buenos días con un tono de voz que suena más a provocación que a saludo.

Así que convoco una reunión con Amelia a primera hora, con la excusa de revisar algunas «reubicaciones estratégicas» dentro del equipo de cara a la nueva temporada. Amelia, fiel a su perfil de psicóloga de Harvard convertida en *iceberg* con falda lápiz, no pregunta mucho. Solo asiente, abre el portátil y anota con su habitual expresión de estar valorando si me he vuelto loco del todo o solo estoy teniendo un día complicado.

—Recepción —digo, como quien abre un tema delicado—. He estado revisando los flujos de entrada y salida, las interacciones con clientes y la dinámica de canalización de visitas.

Amelia alza la vista, con las manos cruzadas sobre el teclado y espera, ella siempre espera. Nunca se anticipa, ni da opiniones si no se le piden. Tiene la capacidad de hacerte hablar más de lo que pensabas decir, y de hacerte sentir culpable por cada palabra que eliges.

—Quiero evaluar si es viable trasladar a la señorita Swan a otro punto del edificio —añado, y en mi cabeza intento que lo que digo suene profesional, lógico y justificado.

Ella tarda exactamente tres segundos en responder, lo justo para que mi seguridad empiece a resquebrajarse.

—¿A qué tipo de puesto se refiere?

—Uno menos… visible y estratégico. Algo más interno.

No la miro directamente, aunque no me hace falta para saber que ha alzado una ceja al escucharme.

—¿Tiene algún motivo específico? —pregunta.

—Rendimiento óptimo, pero con riesgo de distracción ambiental. Interacciones... imprevistas.

Sé que suena forzado y que acabo de describir el concepto más difuso del universo corporativo. Pero sigo adelante, confiando en que la rigidez de mis informes y la impecabilidad de mi currículum me respalden.

Amelia teclea algo en su portátil. Luego se recuesta ligeramente en la silla, una maniobra que en su lenguaje corporal equivale a lanzar un veredicto.

—Swan es uno de los activos relacionales más potentes que tenemos en recepción. Los clientes la adoran y el personal también. Gestiona tiempos, filtra información y detecta la tensión emocional en los visitantes antes incluso de que suban a las oficinas. A veces antes que nosotros. Es eficiente y emocionalmente inteligente. Además, por si no lo ha notado, representa exactamente lo que usted no. Lo cual, por cierto, funciona muy bien como primer contacto.

Siento la bofetada sin que Amelia levante la voz. Esta mujer tiene ese talento.

—Entiendo —le respondo, como si no me acabara de estrellar contra una pared de datos y diplomacia.

Ella asiente, cierra el portátil y da la reunión por terminada.

Salgo del despacho con la mandíbula apretada y las manos en los bolsillos. No estoy acostumbrado a que me digan que no. Menos aún que lo hagan en mi propia empresa y cuando se trata de un asunto que me afecta tan personalmente. Porque esto no tiene nada que ver con eficiencia, ni con imagen, ni con los clientes. Tiene que ver con que cada vez que Bianca abre la boca, pierdo un poco de control y con que ya no distingo si me desconcentra su forma de

hablar o el hecho de que imagine su boca haciendo cosas que no debería ni pensar.

Recorro el pasillo de la planta cuarenta y dos intentando recomponer la compostura, pero no llego a la mitad cuando el destino decide rematarme.

Veo a Swan con unos zapatos de tacón nuevos, que le alargan las piernas hasta el pecado, el pelo suelto y la camisa metida de forma informal en la falda, que está charlando con una compañera del departamento de diseño. Se ríe con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los hombros relajados. Como si reír fuera su forma natural de estar en el mundo. Me ve y me lanza una sonrisa, que es una jodida declaración de guerra.

Intento no quedarme mirándola, pero lo hago y durante demasiado tiempo. Lo suficiente para que Rob, mi socio, que camina a mi lado, me clave el codo en el costado.

—Bonita vista para empezar el día —me suelta sin bajar la voz.

Le lanzo una mirada seca de las que deberían matarlo en el acto.

—Cállate.

Él se ríe por lo bajo, encantado de haberme picado en el punto exacto.

Continúo andando, más tenso que antes y más consciente de cada paso que doy y de ella. La escucho reír otra vez mientras se aleja y tengo que apretar los dientes para no girarme. Me odio por ese segundo de duda y por permitir que una simple risa me golpee justo donde llevo semanas intentando levantar un muro para protegerme de ella.

Entramos en la sala de reuniones y me esfuerzo por centrar la atención en lo esencial: la presentación que tengo por delante, el proyector lanzando su luz blanca sobre el fondo, las carpetas ordenadas y el café recién servido sobre la mesa. Todo parece estar en su sitio o, al menos, debería ser así.

Rob repasa en voz alta la estrategia de posicionamiento para un nuevo cliente del sector hotelero. Logos, paletas de color, tono comunicativo… Yo asiento y tomo notas mientras habla. Miro la

pantalla, pero no le escucho de todo, porque en mi cabeza, la imagen de las piernas de Bianca sigue dando vueltas dentro de mi cabeza. Su melena pelirroja aparece en mi campo de visión como un maldito recordatorio de lo que no puedo tocar, aunque el problema no es que no pueda, sino que quiero hacerlo.

Rob lo nota y lo sabe. Es demasiado listo para no verlo.

—¿Te estás tirando a la recepcionista o solo te estás volviendo loco por ella? —me pregunta a bocajarro recostándose en el respaldo de la silla.

Levanto la mirada despacio, aunque no le respondo. Él sonríe con los labios apenas curvados.

—Tío, necesitas echar un polvo para volver a ser el Kingsley de hielo que yo conocía.

No le contesto, porque sé que cualquier palabra que diga en este momento sería una admisión. Así que me limito a fruncir el ceño y a negar con la cabeza, mientras extiendo la mano para coger el bolígrafo, aunque se me cae. Lo recojo del suelo sin mirar a nadie, ni decir nada y, por supuesto, sin admitir lo que ya es evidente: estoy perdiendo el control y todo por una recepcionista que no debería seguir en esa silla, ni en mi empresa y, mucho menos, ni en mi cabeza.

Regreso a mi despacho con la sensación de haber cruzado un campo de minas que nadie más que yo puede ver. El pasillo parece exactamente igual que antes, las luces perfectamente alineadas, el suelo sin una mota de polvo y el silencio corporativo en su punto justo de eficiencia impersonal. Pero algo ha cambiado, y lo llevo encima. El sonido de su risa, el impacto visual de sus piernas y la burla encubierta en la mirada de Rob. Todo se ha quedado pegado a mi ropa, al interior de mis párpados y a mi nuca que aún noto tensa.

Al cerrar la puerta de mi despacho, el clic metálico del pestillo me suena más íntimo de lo normal. Camino hasta el ventanal, más por rutina que por necesidad, y me apoyo en el marco con la vista perdida en la ciudad. Manhattan se despliega ante mí como una cuadrícula de cristal que en teoría debería devolverme la calma, pero que hoy no consigue atenuar ni una sola de las descargas eléctricas que me recorren de pies a cabeza desde hace horas.

Me obligo a ocupar la cabeza en algo, así que me siento, enciendo el portátil y abro la agenda digital. Sin embargo, lo primero que veo es su nombre: Swan, Bianca. Letras negras, sencillas y limpias, colocadas en el margen derecho de la pantalla. Me pide que firme unos documentos mañana y que revise dos notificaciones internas. Pero ver su nombre escrita en mitad de mi mañana, tiene un efecto tan físico como si ella misma estuviera al otro lado de la mesa, con su expresión insolente y esa voz que, aunque diga buenos días, siempre suena a algo más.

Durante unos segundos, no aparto la vista de su nombre. Me planteo cambiarlo y escribir algo más honesto, que no finja neutralidad. Algo como «Problema nº1» o «Error de contratación con patas». El cursor parpadea, esperando mi decisión, pero no toco nada, porque hacerlo sería admitir que algo ha cambiado, que no puedo seguir escondiéndolo detrás de la profesionalidad y que ya no basta con fingir que me irrita, porque en realidad me obsesiona.

Cierro la agenda con un gesto rápido. Me levanto de nuevo, cruzo el despacho hasta las estanterías y apoyo la mano en el lomo de uno de esos libros de estrategia que llevan ahí años sin que nadie los abra. No necesito consejos sobre liderazgo, ni claves para maximizar la productividad. Lo que necesito ahora mismo es sacármela de la cabeza y acabar con la tensión que llevo semanas acumulando entre los omóplatos y que ahora amenaza con instalarse en mi lengua, en mis manos y en mis putas venas, pero no hay manual de instrucciones para eso.

Vuelvo a sentarme frente al ordenador. Me echo hacia atrás en la silla, dejo caer la cabeza contra el respaldo y me paso una mano por el cuello, intentando descargar la tensión que no cede. Me conozco lo suficiente como para saber lo que está ocurriendo: la línea entre el control y el deseo está empezando a borrarse, y no tengo ni una sola herramienta para detenerlo.

Me levanto de nuevo, incapaz de quedarme quieto, y abro la puerta del despacho. No salgo, solo observo. El pasillo está desierto, la luz blanca proyecta un reflejo neutro sobre el suelo pulido, y todo parece en calma. Sin embargo, algo me mantiene alerta, como si una corriente subterránea atravesara el edificio sin que los demás la

noten. Justo cuando estoy a punto de cerrar de nuevo la puerta, escucho su risa. No es una carcajada sino un estallido suave, femenino e inconsciente. No sé si viene desde la recepción o si es mi cerebro el que la reproduce como un eco fabricado, pero la reconozco al instante. Tiene la misma textura que su voz cuando lanza una pulla y la misma cadencia que cuando se ríe. Esa risa es un sonido que no debería llegar hasta aquí, pero llega igual, como su perfume cada vez que pasa delante del ascensor o como su imagen cruzando el *hall* con esa manera suya de caminar que hace que el mundo parezca una pasarela y ella, la jodida amenaza pelirroja más letal del Upper East Side.

Me quedo quieto en el marco de la puerta. No me muevo, ni pienso, porque estoy convencido de que cualquier pensamiento que empiece con su nombre me lleva directo al punto exacto en el que empiezo a fallar. En el que dejo de ser el Kingsley que todos conocen y empiezo a convertirme en otra cosa menos fiable, más humano y peligroso.

Cuando esa risa se desvanece, el pasillo recupera su neutralidad. Pero yo no, porque una vez se instala en la cabeza, ya no hay forma de sacarla sin consecuencias.

Regreso a mi mesa y me siento de nuevo frente al ordenador, con la intención de ponerme a trabajar de una vez por todas. Abro el correo, aunque no busco nada concreto, ni espero un informe, ni un aviso.

Me levanto. Camino hasta el ventanal de nuevo, pero no veo nada. Las luces de la ciudad son un decorado sin sentido. Ahora mismo, lo único que soy capaz de visualizar es su boca, su cuerpo y su voz.

Mi despacho, normalmente un lugar aséptico, ahora me parece una caja cerrada llena de electricidad estática. Me recorre la piel una tensión que no tiene salida, que no se disipa por mucho que camine, que no desaparece ni siquiera cuando intento cerrar los ojos y alejarme mentalmente de lo que pone en ese mensaje. No puedo, porque su voz se ha quedado resonando en mi cabeza como un eco preciso y letal.

Reviso la hora. Las reuniones han terminado y no me espera nadie más. Así que cierro mi portátil, me levanto de la mesa y me ajusto el reloj. Voy a bajar al *hall* de recepción. No tengo un motivo profesional para hacerlo, porque no necesito firmar nada, ni hay documentos urgentes, ni ha habido llamadas que justifiquen mi presencia en la planta cero. Pero cada célula de mi cuerpo quiere verla y ver cómo me mira después de haber escrito eso. Ver si me aguanta la mirada, si se estremece o sonríe. Comprobar si su provocación es real o solo una fantasía que me estoy creyendo porque ya no soy capaz de pensar con claridad.

Podría tomar el ascensor. Sería lo lógico, lo rápido y lo habitual, pero elijo las escaleras. Lo hago porque necesito bajar peldaño a peldaño de los cuarenta y dos pisos que me separan de ella, quemar algo del calor que me inunda el pecho y canalizar la presión que llevo acumulada desde que leí su mensaje.

Cuando llego al vestíbulo principal, me detengo antes de cruzar el último tramo. Desde allí, escondida tras una columna de mármol negro, puedo verla. Está de espaldas. Sentada en su silla giratoria, moviéndose ligeramente de lado a lado, como si esa oscilación casual pudiera mantenerla centrada. Lleva una coleta con mechones sueltos que en otra mujer parecerían descuido, pero que en ella son extremadamente provocativos. Viste una camisa blanca que se ajusta a su cintura con un descaro que no puede ser involuntario, y una falda negra que revela justo lo suficiente como para que la imaginación trabaje sin descanso. No mira la pantalla del ordenador, porque está hojeando algo. Una revista, quizá, o uno de esos informes absurdos que se imprimen por inercia.

El vestíbulo está casi vacío. Solo hay dos personas en recepción, un par de asistentes caminando hacia los ascensores y Fred de seguridad charlando con alguien del equipo legal a unos metros, ajeno a mi presencia. Todo parece normal excepto yo, porque lo que hay dentro de mí está lejos de la normalidad.

Avanzo, aunque mis pasos no suenan. El suelo absorbe el ruido como lo hacen las paredes de esta torre que he construido para protegerme de cosas como esta. Ella no se gira hasta que estoy a escasos metros y el portapapeles que tiene entre las manos cae

sobre el mostrador con un golpe sordo. Entonces alza la vista, con ese gesto tan suyo, tan premeditado y arrogante, que por un segundo me entran ganas de retroceder. Pero no lo hago, porque hay algo en su mirada que no ha cambiado. Continúa esa chispa en su mirada que no desaparece cuando estoy delante de ella y ese silencio cargado de palabras que no se dicen, pero se entienden. Ambos nos quedamos callados.

La tensión entre nosotros podría servir para encender los fluorescentes del vestíbulo sin necesidad de red eléctrica. Quiero hablar, pero no me sale. Porque sé que, si empiezo a hablar, corro el riesgo de decir cosas que no quiero y que se parezcan demasiado a una confesión.

Así que solo extiendo la mano hacia el paquete de documentos que tiene a su derecha. Ella tarda una décima de segundo en reaccionar. Me los ofrece y al hacerlo, sus dedos rozan los míos.

No debería ser nada, pero lo es. Ese segundo en el que nuestras pieles entran en contacto activa algo más profundo que el deseo. Es una conexión inexplicable, pero que existe. Bianca retira la mano rápido, con una elegancia que no consigue camuflar el temblor mínimo en su pulgar. Yo me quedo con los papeles en la mano, sin abrirlos ni mirarlos.

Entonces ella habla con un tono de voz más grave y bajo, que el habitual.

—¿Inspección sorpresa o está aburrido en su ático de cristal?

Su ironía es perfecta y su frase se me clava en medio del pecho con puntería. Querría responderle con algo igual de cortante y efectivo, pero no lo hago. Solo la miro con la intensidad exacta para dejar claro que sé lo que ha hecho y que he leído cada maldita línea de lo que no debería haber leído.

Ella me sostiene la mirada sin inmutarse ni disculparse y yo… estoy a un segundo de perder todo lo que aún me quedaba de contención.

A mi espalda, el ascensor está abierto y sin nadie dentro.

El universo me ofrece una puerta de salida limpia. Puedo girarme, volver a mi despacho, fingir que este encuentro ha sido

fortuito, circunstancia y necesario para recoger unos papeles sin más. Podría refugiarme de nuevo tras mis pantallas, mi agenda y la estructura pulida del organigrama corporativo que tanto me ha costado construir. Pero no me muevo.

En ese momento, Bianca se levanta, cruza el vestíbulo caminando con paso seguro, como si no hubiera escrito nada del mensaje que me ha enviado. Su falda se ajusta a sus caderas como una segunda piel y su coleta y los mechones que caen a los lados de su cara, parecen un acto de sabotaje estético perfectamente orquestado para volverme loco.

Pasa junto a mí y sus dedos rozan mi muñeca con un descuido tan sutil que no estoy seguro de si ha sido un accidente o un castigo calculado. Su perfume intenso y avainillado flota a su paso.

—Voy al piso treinta y ocho —me dice, sin mirarme.

Su frase no es una invitación, ni una advertencia, sino una constatación.

Yo tengo dos opciones: dejarla subir sola… o entrar con ella, aunque mi decisión, en realidad, ya está tomada.

Entro tras ella. Las puertas del ascensor se cierran con un chasquido metálico. La luz interior es suave, casi íntima, como si el edificio supiera que en este compartimento no hacen falta fluorescentes, sino silencio contenido y respiración medida.

Nos colocamos uno al lado del otro, sin hablarnos ni mirarnos directamente. Solo compartimos aire, temperatura y latidos desacompasados. Ella mira el panel de control y yo su reflejo en las paredes metálicas. Sus labios no están pintados como esta mañana… o sí, pero el color ha cambiado o se ha desgastado, quizá porque se los ha mordido. O porque los ha humedecido varias veces. Pienso en eso más de lo que debería.

El ascensor empieza a subir. Piso 1. Piso 2. Piso 3… Cada segundo se convierte en un campo de minas invisible. Estoy al borde de lo que sea que venga después, al borde de perder el control, de decir algo que no debo o de acercarme demasiado. Ella no hace ningún movimiento, ni habla, ni rompe la tensión. Sabe exactamente

lo que está haciendo… O quizá no. Tal vez se limita a respirar y eso ya basta para joderme la tarde entera.

Recreo las imágenes que he construido dentro de mi cabeza. Pienso en su boca, en su risa mientras me provoca, en sus medias, en su cuerpo encima del mío en su voz llamándome «jefe» con la lengua entre los dientes. Entonces regresa a mí el recuerdo, no sé si llamarlo sueño, pero se repite desde que hace semanas empecé a mirarla demasiado.

Ella entra en mi despacho sin llamar. Cierra la puerta sin decir nada y se acerca hasta mi mesa. No lleva nada en las manos. Solo me mira de forma desafiante y sucia, como si supiera que estoy a punto de romper mi norma número uno.

Se sube a la mesa, se sienta y abre las piernas sin decir ni una palabra. La observo mientras se desabrocha la blusa con una lentitud que debería ser delito, mientras se quita las gafas que no lleva en la vida real, pero que en mi cabeza le quedan como una fantasía demasiado sexy como para ignorarla. Me dice que me calle y que use la boca para otras cosas y lo hago.

Esa imagen me golpea con tal fuerza dentro de la cabeza, que tengo que aferrarme a la barra lateral del ascensor para recordar que estoy despierto, vestido, en horario laboral y a escasos centímetros de la mujer que acaba de prenderle fuego a mis defensas sin pestañear.

El ascensor sigue subiendo. Piso 21. Piso 22. Piso 23.

Ella no dice nada, pero sé que ha notado el calor, la tensión y mi cuerpo al límite.

Me esfuerzo por mantener la respiración estable, por parecer indiferente y por adoptar esa máscara de CEO que tanto me ha servido en los últimos años. Pero dentro de mí hay un caos que ya no puedo negar.

La quiero fuera de mi vista, de mi cabeza y de esta empresa. Pero también la quiero contra la pared de este ascensor, con las piernas enredadas en mi cintura, gritando mi nombre mientras le arranco esa maldita falda que no me deja dormir.

Ahora mismo no sé cuál de las dos versiones me asusta más.

El ascensor avanza sin prisa, como si intuyera que detenerse antes de tiempo sería una traición a la combustión lenta que se está cocinando entre sus paredes. Bianca sigue en una esquina con los brazos cruzados, una ceja apenas alzada y esa expresión que parece neutral, pero que yo ya sé leer. Está ganando y lo sabe, pero no porque haya dicho nada, sino porque mi silencio es más revelador que cualquier respuesta. Porque sigo aquí, quieto, sin apartarme, con los hombros en tensión y el pulso disparado.

Piso 38.

La campana suena con un «bip» suave que se clava como un disparo en mis oídos. La puerta se abre y ella da un paso hacia delante, sin mirar atrás, como si no le importara lo que queda dentro de la cabina. Como si lo que ha dicho con palabras o sin ellas ya estuviera dicho y no necesitara refuerzo, ni réplica. Su coleta se ha soltado un poco más y veo que ahora también le cae un mechón sobre la nuca. Podría estirar la mano y apartárselo o empujarla contra la pared o cerrar la puerta del ascensor y dejar que el deseo haga el resto. Pero no me muevo, solo la observo mientras cruza el umbral con la certeza de que ha dejado una bomba detrás y no necesita comprobar si ha explotado. La puerta empieza a cerrarse y, por un instante, pienso que girará la cabeza, que lanzará una última frase, un gesto o una mirada, pero no lo hace y desaparece sin más.

Me quedo dentro a solas, con la garganta seca, los dientes apretados, las manos en los bolsillos para no romper nada, el cuerpo en alerta y la mente girando en una espiral que ya no puedo fingir que controlo. El ascensor continúa su ascenso hasta la planta cuarenta y dos, pero yo ya no estoy ahí. Finalmente, el ascensor se detiene y la puerta se abre, pero no salgo. Continúo ahí, atrapado entre el deseo, el orgullo y el límite que nunca debí cruzar.

La cabeza me dice que todo esto es una locura, que no puedo permitir que se repita lo de antes y que mezclar deseo con trabajo, tensión con poder, sexo con control, es el camino directo al desastre. Pero el cuerpo… El cuerpo no escucha.

Capítulo 5

Logan

Salgo del edificio como si acabara de cruzar una zona de guerra camuflada entre trajes, sonrisas educadas y protocolos que nadie se atreve a romper. Las puertas de cristal automáticas se abren con su susurro de obediencia corporativa y, de pronto, el mundo exterior me envuelve con el frío de Manhattan, ese que no congela del todo, pero que te araña la piel lo justo para recordarte que estás vivo. Me subo el cuello del abrigo, más por necesidad mental que física, y echo a andar sin rumbo concreto, con la urgencia de quien necesita perderse para no estallar.

He pasado toda la jornada ejerciendo el control con precisión: palabra a palabra, gesto a gesto, silenciando cada impulso como si la represión fuera un arte que dominara desde la cuna. He trabajado con eficacia, he firmado documentos, he sonreído cuando tocaba y negado con la cabeza en los momentos oportunos. Pero mientras fingía que todo seguía en orden, una parte de mí ardía bajo mi piel, atrapada entre la imagen de Bianca inclinándose sobre el mostrador y el puto correo que aún me quema en la médula espinal.

Necesito espacio, oscuridad, anonimato y un lugar donde nadie me exija decisiones ni liderazgo. Nada de cenas formales, de eventos de *networking* ni de camareros que me llamen señor Kingsley con una sonrisa educada en los labios. Solo quiero un bar con luces bajas, paredes oscuras y whisky sin hielo.

Ese lugar lo encuentro en el SoHo, entre dos locales pretenciosos que huelen a especias y ego. El interior es justo lo que necesito: madera vieja, cortinas gruesas, un hilo musical que apenas llega a los oídos y ningún idiota contando su vida a gritos por el móvil. Pido un whisky sin rodeos y el camarero, sin preguntar ni intentar entablar conversación, me lo sirve con la eficacia exacta que necesito esta noche.

El vaso me espera frente a mí en la barra, pesado y sencillo. Me siento. No busco compañía, ni quiero conversaciones, porque no estoy aquí para hablar con nadie. Pero ella llega igual. Rubia, alta, movimientos medidos con precisión, vestido negro que roza lo obsceno, aunque sin cruzar esa línea, sonrisa estudiada de quien ha elegido a su presa antes de sentarse. No pregunta si puede hacerlo, simplemente lo hace, como si ya conociera el terreno. Choca su copa con la mía sin pedir permiso, como si no fuéramos dos extraños sino dos animales urbanos que entienden las reglas sin necesidad de traducirlas.

—No pareces de los que se dejan morder —dice, con un tono entre la burla y la provocación.

—A veces lo parezco más de lo que soy —respondo, sin devolverle la sonrisa.

Ella se ríe y me estudia con la mirada. Sabe que algo en mí es distinto a los demás hombres del bar y se siente atraída por eso. Cree que es el misterio, la tensión en los hombros o la cicatriz invisible que llevamos los que tenemos que fingir firmeza incluso cuando no la sintamos. Pero no sabe que lo que me consume esta noche no tiene nada que ver con el pasado ni con ninguno de mis traumas. Es algo mucho más inmediato, físico y urgente… Además, tiene nombre, piernas infinitas, una boca que es un pecado y unas manos que escriben correos explosivos.

La rubia vuelve a hablar, aunque no escucho cada palabra que dice. Me limito a mirar sus labios con atención automática, su escote con educación disimulada y sus movimientos medidos. Su perfume flota en el aire, fuerte y afrutado, de esos que invaden la nariz antes que la memoria. No es tan dulce y avainillado como el de Bianca.

Dejo hablar a la rubia y yo le contesto lo justo. Le sostengo la mirada porque sé que eso es lo que espera y me dejo llevar por la mecánica del cortejo sin emoción, por el ritual de dos adultos que buscan apagar algo sin necesidad de conocerse. Ella cree que me está ganando y yo dejo que se lo crea. Porque esta noche, en algún rincón retorcido de mi mente, necesito que alguien me haga olvidar, aunque sea durante veinte minutos, que hay una recepcionista en mi edificio que escribe correos que me quitan el aliento.

No hacemos planes, ni hablamos de nada personal. Me pregunta si tengo algo que hacer después y le digo que estoy improvisando. Ella sonríe como si acabáramos de firmar un contrato tácito.

Pedimos la cuenta. Ella saca la tarjeta antes que yo y lo hace con una soltura que no me molesta. Me gusta que no se ande con rodeos, que no me mire con ojos de expectación y que no espere más de lo que vamos a intercambiar. Salimos juntos a la calle, sin palabras y sin fingir afecto.

Vamos a un hotel cercano con diseño minimalista, luces tenues y recepción discreta. Todo perfectamente anónimo.

Subimos en el ascensor sin tocarnos. La habitación que nos dan es grande, moderna y funcional. Después de cerrar la puerta tras nuestro paso, me quito la americana y ella se descalza sin detenerse. Su vestido cae con una elegancia aprendida sobre la moqueta y me besa sin miedo con la lengua firme y la boca abierta, mientras busca con las manos la hebilla del cinturón.

Todo va en la dirección esperada y todo debería funcionar, pero hay algo que no encaja.

Ella se arrodilla con una soltura que habla de experiencia, no de entrega. No hay devoción en su gesto, solo hambre práctica. Lo hace bien, demasiado bien. Sus dedos trabajan con destreza, su lengua se mueve con ritmo y sus labios envuelven cada centímetro de mí como si llevara semanas ensayando este número frente a un espejo. Cierra los ojos, gime apenas y acaricia mis muslos con movimientos calculados y expertos. Todo está en su sitio menos yo.

Miro al techo e intento vaciar la mente. Me obligo a estar aquí, ahora, con ella. A dejarme arrastrar por lo físico y a ignorar todo lo demás. Pero no puedo, mi cuerpo no responde como debería.

La sensación es agradable, sí. Pero está hueca y le falta algo que no sé nombrar, pero que reconozco por su ausencia. Cierro los ojos más fuerte, aprieto los dientes y trato de centrarme en su boca y en su lengua.

Nada.

Ni una maldita chispa. Solo imágenes que no me pertenecen. Recuerdos inventados que no deberían estar ahí, porque mientras una mujer arrodillada me lame el sexo con entrega, mi mente está en una oficina acristalada, frente a un mostrador, observando una sonrisa que me saca de quicio. Bianca, con su melena despeinada, la boca llena de sarcasmo y de pullas disfrazadas de cordialidad. Bianca, lamiéndose el pulgar para pasar una página. Bianca, cruzando las piernas en su silla como si no supiera que me desmonta por dentro cada vez que lo hace. Bianca, diciéndome «jefe» con esa entonación que convierte la palabra en una invitación.

La imagen me golpea como un puñetazo seco y sin aviso. Siento una punzada que no es placer sino rabia, frustración y un deseo mal colocado, que me tiene al límite desde hace semanas y que ni siquiera una felación precisa consigue apagar.

Abro los ojos y veo que la rubia sigue concentrada, ajena a la tormenta que asola mi cabeza. No es justo ni para ella, ni para mí. Así que le coloco una mano suave sobre su hombro y ella se detiene, alza la mirada y veo en su cara un gesto de confusión, molestia y un deje de hastío propio de las mujeres que ya han vivido demasiadas escenas similares. No me odia, ni me desprecia. Solo me lee, me clasifica y me olvida.

—¿Pasa algo? —pregunta, sin moverse del suelo.

Asiento despacio y trago saliva.

—No eres tú. Soy yo. En serio.

No hay cinismo en mi voz, ni rastro de ironía, solo una verdad que no puedo maquillar ni disimular de ninguna manera.

Ella se pone en pie con elegancia cansada. Se pone el vestido con dos movimientos y me lanza una sonrisa que no es burla ni consuelo, solo aceptación resignada.

—Tranquilo. Tengo amigas que coleccionan historias así. Esta va directa a la vitrina de las mejores.

Cojo mi camisa, me la pongo sin prisa. Me arreglo el cinturón. Ella me observa un segundo más, luego se gira y se encierra en el baño sin hacer preguntas.

Mientras, salgo de la habitación con la sensación de haber perdido algo que nunca tuve. Solo salgo a la calle y cada vez tengo más claro que el veneno Bianca Swan se ha metido bajo mi piel y ni siquiera con otra boca entre mis piernas he conseguido sacarla de ahí, ni siquiera, por unos minutos.

Manhattan sigue su ritmo propio mientras camino sin rumbo fijo, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y la mandíbula tan apretada que me duele la cabeza. Es una ciudad construida sobre la promesa de que todo puede olvidarse con suficiente ruido, luces, tráfico y whisky. Pero esta noche, por más que me lo repita, no consigo que funcione. La acera se extiende como una cinta de castigo que no me lleva a ninguna parte y cada paso que doy arrastra detrás el eco de su nombre: «Bianca». Como una palabra tatuada en el centro de mi pecho.

Ni siquiera sé por qué he salido andando de la empresa. Tal vez me he engañado pensando que el cuerpo podía moverse más rápido que la mente, que si caminaba lo suficiente conseguiría dejar atrás su imagen sentada en recepción, su voz cargada de sarcasmo y su maldita melena pelirroja. Pero el problema no es su cuerpo, sino el efecto que tiene sobre el mío y la forma en que aparece sin avisar, sin permiso y en cualquier momento del día. Incluso en medio de una felación, como si mi subconsciente se hubiera rebelado contra mí y ya no admitiera sustitutas.

Un taxi me frena a escasos centímetros del tobillo y me dedica un bocinazo furioso del que apenas me doy cuenta. No me detengo, porque el ruido no me afecta. La ciudad podría derrumbarse a mi alrededor y lo único que seguiría ardiendo sería el puto correo que tengo grabado en la cabeza y la forma en que su voz se cuela en mi memoria sin dejarme en paz.

Giro a la derecha sin pensar y, cuando me doy cuenta, estoy frente a la entrada de mi edificio. El portero me saluda con un gesto que apenas devuelvo. No tengo energía para fingir educación. Solo quiero cruzar el umbral, desaparecer en la soledad templada de mi ático y apagar la ciudad desde el cristal.

Cuando llego a casa, el ascensor me sube hasta mi ático con su habitual zumbido constante que suelo encontrar tranquilizador,

pero que ahora me parece una cuenta atrás sin destino. Cuando se abren las puertas, todo sigue igual que siempre: todo limpio y ordenado, y muebles carísimos que parecen recién colocados por un estudio de diseño. Pero yo no estoy igual. Nada lo está.

Dejo el abrigo sobre la banqueta de entrada y me aflojo la corbata sin molestarme en colgarla. Abro el mueble bar con un tirón seco, saco una copa y me sirvo bourbon con hielo. Esta vez lo necesito. Me siento frente al ventanal, con la ciudad desplegada a mis pies. Desde aquí, todo parece estar bajo mi control. Menos yo.

El móvil reposa sobre la mesa baja, con la pantalla negra e inofensiva, pero sé que basta con pulsar el botón para que aparezca su nombre. «Swan, Bianca». Sin florituras, diminutivos, ni emojis. Así la guardé desde el primer día, como quien intenta reducir una amenaza a una entrada en la agenda. Pero ahora, verla su nombre escrito me provoca un picor incómodo que no logro ignorar.

Podría escribirle. Bastaría un simple «ven» o… algo más sucio y directo. Algo que la descoloque, que le devuelva la jugada y que me haga recuperar la sensación de control que perdí en cuanto leí ese maldito correo. No porque no quiera, sino porque temo lo que pasaría si responde.

Bebo despacio, dejando que el alcohol me raspe la garganta como un castigo merecido. La copa está fría entre mis dedos, pero yo sigo ardiendo por dentro. La imagen de Bianca se repite como un bucle dentro de mi cabeza. No se trata solo de su cuerpo, aunque eso ya bastaría. Es el conjunto, su actitud, su lengua viperina y su seguridad. Esa manera de hablarme como si tuviera el poder de reírse de mí sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo.

Cierro los ojos y respiro hondo, intentando centrarme, buscar un ancla o una mínima paz interior. Pero entonces la veo en mi cabeza, con las rodillas sobre la moqueta de mi despacho, mirándome desde abajo, sin una pizca de sumisión. No está ahí para complacerme, sino para dominarme. Para decirme solo con su mirada, que puede arruinarme sin tocarme y que tiene la llave de mi maldito autocontrol y que la va a usar como y cuando le dé la gana.

Vuelvo a abrir los ojos. Si no la saco de mi cabeza pronto, voy a acabar metiéndola en mi cama.

Capítulo 6

Bianca

Hay noches en las que una copa de vino, una bata con más años que dignidad y una mascarilla verde fosforescente sobre la cara no solo son suficientes, sino necesarias, terapéuticas, curativas y salvadoras. Esta es una de esas noches.

Estoy en el sofá, con las piernas estiradas sobre la mesa como una emperatriz de saldo, mientras Lord Voldemiau, mi gato negro y tirano, duerme plácidamente sobre mis muslos, emitiendo un ronroneo que podría confundirse con desprecio si no lo conociera tan bien. El muy cabrón ha tirado dos plantas esta semana, ha vomitado encima de mi única alfombra decente y ahora duerme como si el mundo le debiera un trono y yo hubiera nacido para servirle.

—Debería donarte a una protectora con nombre en latín y gatos sin alma —le murmuro, mientras paso la mano por su lomo con un gesto automático, contradictorio y tan cariñoso como amenazador—. Aunque ni ellos te aguantarían.

Voldemiau no me responde, solo se revuelca un poco más y aprieta su culo contra mi vientre con toda la soberbia de quien se sabe intocable. Este gato es el jefe de esta casa, de la que yo solo pago el alquiler.

En la televisión, una serie de crímenes románticos se reproduce sola, pero no la estoy siguiendo. He visto al protagonista cargarse ya a tres amantes y aún no sé si me da morbo o pena. Lo que sí tengo claro es que no pienso levantarme a por el cargador de mi portátil, que murió hace una hora. Si tengo que escribir algo lo haré desde el portátil del trabajo. Total, lo único que quiero es abrir un documento nuevo, desahogarme y escribir todo lo que no me atrevo a decir de viva voz.

El portátil de Kingsley & Co me mira desde la mesa como si supiera que no es bienvenido en esta zona del apartamento, donde

los sujetadores van al respaldo de las sillas y los platos se fingen lavados con solo meterlos en agua. Lo abro sin ganas, paso el dedo por el *trackpad,* que siempre falla al segundo toque, y tecleo mi contraseña con precisión de francotiradora. El escritorio aparece todo ordenado y tan profesional que me da alergia.

Clico sobre la carpeta oculta titulada «NO ENVIAR NUNCA». Mi santuario. La prueba de que no estoy tan loca como para decirle a mi jefe todas las cosas que le haría si me quitara el filtro profesional y la ropa interior.

Dentro hay correos, muchos y todos dirigidos a **logan.kingsley@kingsleyandco.com**, pero no he enviado ninguno. Eso es lo importante o, diría más, crucial para mi carrera, mi estabilidad mental y mi posible entrada en prisión si existiera un código penal para la lujuria no autorizada en entornos corporativos.

Esta noche, abro un documento nuevo y me pongo a escribir. Supongo que esta mascarilla verde me inspira. Me acomodo mejor bajo el peso de Voldemiau, que ahora ronronea con más fuerza, como si supiera que estoy a punto de cometer un pecado y le pareciera entretenido verlo en directo.

Empiezo escribiendo su nombre. «Logan». Solo eso, cinco letras que en mi cabeza suenan como una condena… o como un desafío. A veces, depende del día, me excita una cosa u otra.

«Logan».

Lo dejo solo, seco, sin fórmulas de cortesía, sin introducción ni máscaras. Paso al párrafo siguiente y, en lugar de pensar, dejo que los dedos hablen.

«Hoy he vuelto a imaginarte de rodillas. Pero esta vez no para vengarme, ni para castigarte, sino para mirarte y verte rendido, por fin. Arrogante incluso cuando te humillas, con esa forma tuya de fingir que sigues teniendo control mientras te dejo sin palabras».

Mi copa está medio vacía y el vino, que me he tomado, me calienta el pecho. El teclado vibra suave bajo la yema de mis dedos. Ahora no me sale la risa, solo un temblor bajo la piel que no quiero racionalizar.

«Quiero marcar tu puta mesa de mármol con mis uñas y regalarte mis gemidos. Quiero oírte decir mi nombre sin apretar los

dientes, sin fingir que no te afecta, sin el tono neutro que usas cuando me miras desde el ascensor como si no pensaras en lo que hay debajo de mi falda».

Bebo otro sorbo, y siento el calor estirarse por mis clavículas y por de mi cuello. Voldemiau resopla. No sé si le molesta mi respiración más agitada o el movimiento de mis muslos, pero lo aparto con suavidad sin despegar la vista de la pantalla.

—No te metas. No eres mi corrector gramatical, Voldemiau.

Él se acomoda un palmo más lejos de mí, pero mantiene la vista fija en lo que hago con la mirada de demonio doméstico que lleva de serie.

«Quiero que me ates las muñecas con tu corbata y que tus dedos me arranquen la ropa con esa rabia que te muerdes cada vez que paso por delante de tu despacho. Quiero dejar tu calendario corporativo manchado de mis fluidos y que sigas siendo un cabrón al día siguiente, pero mío. Lo quiero todo solo por una noche o hasta que me lo pidas otra vez».

Mi respiración ha cambiado, lo noto. No estoy escribiendo para desahogarme, sino porque me está afectando y porque cada palabra que tecleo tiene una imagen, un sonido y una maldita sensación anclada al centro exacto de mi deseo. Pero esta noche no me da miedo, después de tanto tiempo fingiendo que no me importa.

«No quiero que me beses como si sintieras algo. Quiero que me folles como si te lo debiera, como si odiarme fuera la única forma de no reconocer que me deseas más de lo que puedes soportar».

Paro, porque, si sigo, acabaré empapada o llorando o ambas cosas.

Cierro el párrafo con una firma sin firma, sin nombre, sin despedida y sin filtro.

—Dios… —murmuro, sin pensar.

El cursor se queda quieto y parpadea con descaro. Me pregunta si voy a guardarlo y lo hago o eso creo. Con una sonrisa torcida, ebria de palabras y de vino, me levanto hacia el baño, aún hablando sola como si eso sirviera de exorcismo verbal.

—Esto debería patentarse. «Cómo sobrevivir a las fantasías con tu jefe en cinco copas o menos».

El baño está frío, la luz parpadea y la mascarilla empieza a secarse en los bordes de la mandíbula. Me miro en el espejo mientras me limpio el rostro con agua templada y me pregunto si alguien más en esta ciudad escribe correos sexuales a su jefe como forma de autocuidado. Lo dudo, pero también dudo que alguien más trabaje en recepción con un jefe que parece sacado de una novela *dark* en la que los traumas se visten de Armani.

Al volver al salón, veo que Voldemiau está sobre la mesa. No en el sofá, ni en el cojín que compré solo para él, sino en la puta mesa y encima del portátil. Además, no solo está tumbado, sino que también ha activado la pantalla, ha pasado su culo por el teclado y me mira con ese brillo sádico en los ojos que solo los gatos y los villanos de Disney comparten.

En ese momento, me quedo congelada literal y mentalmente. Lo primero que noto es que la pantalla no está como la dejé. No está en el documento. Está… abierta, demasiado. El escritorio ha cambiado y la barra de tareas me muestra la aplicación de correo. Doy un paso y otro para acercarme hasta el ordenador. Voldemiau se incorpora, me da la espalda con lentitud felina, se pasa una pata por detrás de la oreja, se lame con parsimonia y me mira como si fuera él quien paga el alquiler. Acerco la vista a la pantalla, aunque no quiero hacerlo, pero lo hago.

«Bandeja de enviados».

La abro y lo veo. Todo. El puto correo que no era un correo. La fantasía que era solo mía. El texto que jamás debía ver la luz se ha enviado a su dirección de empresa con mi firma automática.

«Bianca Swan.

Recepción.

Kingsley & Co.».

—No… —susurro, pero es inútil, porque ahora ya no hay negación que me salve.

Mi cerebro activa todos los protocolos de alarma y, sin embargo, mi cuerpo se queda inmóvil. No me muevo, ni respiro, solo lo miro el correo enviado, abierto y frente a mis ojos.

Me giro muy despacio hacia Voldemiau. Él me observa desde el respaldo de la silla como un agente del caos con pelo y bigotes.

—Dime que no lo has enviado —murmuro, en voz baja, como si necesitara que él lo negara, como si eso bastara para que el universo lo deshiciera.

Voldemiau parpadea con lentitud y bosteza como respuesta.

—¡Dios mío! ¡Lo has enviado!

No grito, porque la frase me sale con una voz rota, medio risueña, medio muerta y con el tono exacto de alguien que acaba de ver su vida profesional derrumbarse mientras su gato se limpia el culo sobre su teclado.

Me dejo caer en el sofá sin pensar. Me tapo la cara con ambas manos, me río o lloro… No lo sé. Lo único que tengo claro en este momento es que estoy jodida. Jodida con todas las letras y tengo un gato que no tiene ni una pizca de remordimiento.

Me siento en el sofá sin darme cuenta de que Voldemiau me ha robado el sitio. Ni siquiera protesto. Me acomodo a su lado, con las piernas cruzadas, la bata abierta por un lado y la sensación exacta de haber cavado mi propia tumba con las uñas recién pintadas.

Vuelvo a mirar el portátil, como si en los últimos treinta segundos hubiera sucedido un milagro tecnológico y el correo hubiera regresado al limbo de los borradores donde debía estar. Pero no, el mensaje sigue allí, con su contenido gráficamente sexual y con mi firma profesional brillando al final como un sello de autenticidad.

No hay botón de «desenviar», ni tecla de rebobinado emocional, ni excusa creíble en el mundo que pueda justificar ese texto si llega a sus ojos.

Porque llegará.

Puede que ahora mismo esté en una reunión o que esté cenando con su puto Rolex brillante. O peor, puede que lo haya leído ya o que esté leyéndolo ahora o que esté guardándolo o que esté imprimiéndolo para enseñárselo a Recursos Humanos y explicarle a Amelia con su voz perfecta, que tiene una empleada inestable que fantasea con follárselo en su propio despacho.

Me llevo las manos a la cara. No puedo llamar a nadie. No puedo contarle esto a Daphne, porque sé que me diría que lo reivindique como una *performance* feminista sobre la represión sexual en entornos patriarcales. No puedo contárselo a mi madre, ni al espejo, ni a Google.

Mi única compañía en este naufragio emocional es un gato que ha saboteado mi vida con la gracia impasible de quien lanza una bomba y luego se duerme.

Voldemiau bosteza otra vez.

—¿Qué tienes en la cabeza, eh? ¿Un pacto con el diablo? ¿Te ha contratado Charlotte en secreto para vengarse de Logan a través de mí?

Me responde girándose y poniéndome el culo en la cara. Fantástico. Respiro hondo y me obligo a pensar, a analizar y a buscar soluciones.

Quizá… si me levanto a las seis, puedo interceptar el correo. No, idiota, eso solo funcionaría si el servidor de Kingsley & Co funcionara con magia negra. Quizá puedo hackear su bandeja de entrada. Pero… ¿quién me creo que soy si no tengo ni idea de informática? Quizá puedo fingir que ha sido un virus o que alguien ha accedido a mi equipo desde Tailandia para mandarle un correo porno a mi jefe con mi nombre. Quizá me crea o se ría o… me despida en el acto.

—¿Y si lo ha disfrutado? —pregunto al vacío, sin atreverme a decirlo más alto.

Porque hay una posibilidad… Una ínfima y microscópica posibilidad de que lo lea y no me fulmine. De que lo lea… y reaccione. De que no me odie y de que quiera más.

Pero esa posibilidad está escondida detrás de años de miradas frías, frases con doble sentido y su forma de hacerme sentir transparente incluso cuando me observa con esa intensidad que me enciende el estómago.

Aunque esa posibilidad exista, no tengo derecho a desearla, porque esto no era parte del juego. Esto era mío, solo mío, y ahora está en su bandeja de entrada. Y yo… yo estoy sentada aquí, en

bata, con la cara aún húmeda por el agua y el alma en llamas por un deseo que ya no sé si era una fantasía o una confesión maldita.

Lord Voldemiau me mira como un dios del caos con bigotes y yo, arrodillada frente al portátil, me pregunto qué se va a ir a la mierda primero si mi empleo o mi vida sexual.

Capítulo 7

Bianca

No he dormido ni un segundo y no porque no lo haya intentado. Puse música suave, apagué el móvil, probé con respiraciones profundas, me preparé una infusión de valeriana, hice visualizaciones absurdas de campos de lavanda… hasta intenté rezar, y eso que no creo ni en mí misma antes del café. Pero nada ha funcionado.

La imagen del correo enviado está impresa en mi córtex cerebral con la nitidez de un pantallazo... La dirección de Logan en la línea de destinatario, las frases con *dirty talk* de alto voltaje, que ahora me parecen escritas por una versión poseída y extremadamente necesitada de mí, las fantasías que no eran broma… Lo peor es que eran verdad y ahora están en su bandeja de entrada o, peor aún, quizá ya las ha leído.

El amanecer en Brooklyn no me trae el consuelo que tanto ansío. Al contrario, me regala unas ojeras bien marcadas y un puño de nervios bien apretado en el estómago. Estoy convencida de que hoy es mi último día en Kingsley & Co. y no solo porque haya violado veinte normas de comportamiento laboral, sino porque nadie sobrevive profesionalmente a un «quiero marcar tu escritorio con mis gemidos» firmado y enviado por error directamente al jefe.

Me meto en la ducha en piloto automático. Abro el grifo del agua caliente, me lavo con jabón neutro, que no tiene ningún perfume que pueda delatarme. Hoy no me pongo nada de maquillaje brillante, ni falda. Me visto como quien va a su propio entierro laboral: pantalón negro de pinzas, americana oscura, camisa cerrada hasta el cuello, moño tirante y labios de color neutros, ni siquiera un poco de máscara de pestañas. No quiero parecer seductora sino inocente. Una mártir de la era digital que ha sido víctima de un clic felino.

Cuando me miro al espejo antes de salir, solo puedo pensar una cosa: si voy a perder el empleo, al menos que me recuerden bien vestida.

Voldemiau me observa desde la repisa con la misma expresión que tenía anoche, cuando firmó mi sentencia de muerte con el rabo. Me maúlla una vez, no sé si como despedida o burla, aunque no me paro a averiguarlo.

El metro va lleno de almas condenadas o quizá solo soy yo, que hoy llevo puesta la corona de la reina del drama, pero no puedo evitar mirar a cada pasajero con la paranoia de quien cree que todo el mundo sabe su secreto. No dejo de imaginarme a Logan leyendo mi correo en mitad de la noche, en su ático de mármol y cristal, y con un whisky en la mano. Imagino que lo imprime, lo plastifica y lo archiva como prueba de una conducta inapropiada. Aunque luego me imagino que lo ha disfrutado, algo peor aún…

Llego a la Kingsley Tower con las manos húmedas y el corazón donde debería estar el hígado. Paso el control de seguridad sin que me tiemble la voz, pero Fred, el guardia, me lanza una mirada que no sé si es cómplice o de despedida.

—Swan —me dice con su tono habitual—. Hoy llevas cara de funeral o de entrevista de trabajo.

—Qué va… de arrepentimiento —le respondo, sin detenerme a hablar con él.

Cruzo el *lobby* con pasos decididos pero suicidas y me preparo mentalmente para que el torno no funcione, que alguien me detenga y que Recursos Humanos me reciba con un maletín, un acuerdo de confidencialidad y una escolta de seguridad que me acompañe hasta la calle. Pero nada de eso ocurre, porque el universo, en su retorcida ironía, me deja entrar.

Justo cuando llego a mi mesa, suena el teléfono del mostrador. No es mi línea habitual, sino la directa, la que solo usan los ejecutivos.

—Swan —respondo, con un tono de voz que no reconozco como mía.

—Señorita Swan —me dice la secretaria de Logan, siempre tan correcta, tan neutra y tan de otro planeta—. El señor Kingsley

quiere verla. Suba, por favor.

No pregunta si puedo, ni me dice «cuando le venga bien». Tampoco me explica por qué, solo me suelta ese «suba» que me congela la sangre en las venas.

Dejo mi bolso y camino hacia el ascensor como quien se dirige al matadero. Intento regular la respiración, mientras ensayo excusas mentales con frases tipo: *todo ha sido un error*, *era para otra persona*, *estaba practicando escritura creativa erótica para un curso online*. Pero ninguna suena mínimamente plausible, ni siquiera para un jurado ebrio.

Trago saliva al pulsar el botón del ascensor que me llevará hasta la planta 42, el olimpo de los ejecutivos, la cima del rascacielos y el lugar donde se firman contratos millonarios, se deciden fusiones y se destruyen vidas con una firma.

El ascensor sube con lentitud cruel y tengo la sensación que cada número que se ilumina en la pantalla es un escalón más hacia la ejecución.

Cuando las puertas se abren y veo que estoy en la planta 42, salgo del ascensor y veo frente a mí una alfombra carísima y un suelo de mármol brillante e impoluto. La secretaria me hace un gesto para que pase y yo camino como una condenada hacia ella y sin levantar la mirada del suelo. Estoy lista para lo peor o para lo inevitable. Cuando la secretaria se para y abre la puerta del despacho. En ese momento, levanto la mirada y lo veo de pie junto a la ventana con las manos en los bolsillos del pantalón de traje, la espalda recta y su habitual expresión gélida, inalterable y absolutamente perfecta. No se gira cuando entro, ni dice nada. Solo veo que tiene una carpeta negra sobre la mesa y el peso exacto de mi error colgado del techo como una soga, preparada para colgarme.

Durante un segundo, tengo la absurda esperanza de que no se gire. Que me deje estar allí, de pie, sin pronunciar palabra, para luego decirme que todo ha sido un error, que me han llamado por otra razón, que el correo fue filtrado por un virus, por los rusos o por el karma. Pero Logan se da la vuelta y me mira, su mirada me atraviesa el pecho como una espada afilada.

Lleva puesto uno de esos trajes oscuros tan propios de él, que parecen cosidos directamente sobre su piel. La camisa blanca está impoluta, como siempre y la corbata la lleva ajustada con un nudo perfecto. Pero lo que más me impacta no es la ropa, sino su mirada, en la que encuentro una calma extraña, como si ya hubiera diseccionado todo lo que tenía que saber sobre mí.

—Siéntate —me ordena, sin levantar la voz.

Me muevo como un autómata y me siento frente a él, aunque sin saber dónde mirar. El despacho parece más grande, más frío y hostil que nunca. El sol entra por los ventanales altos, pero no tengo la sensación de que caldee la estancia, al contrario. No obstante, lo único que soy capaz de ver en este momento es la carpeta frente a él y sobre su mesa. Es de color negro y está cerrada, parece un ataúd de papel.

Él la empuja hacia mí, deslizándola sobre la mesa con un gesto lento.

—Ábrela —me dice.

Aunque en un primer momento dudo, finalmente lo hago. Al abrirla encuentro mi correo impreso en papel con el membrete de la empresa arriba, mi nombre en el remitente y el suyo como destinatario. Y el contenido… que no quiero volver a leer jamás, ni mentalmente, ni en voz alta… ni en sueños.

—Léelo —me ordena, mientras se apoya en el respaldo de su silla.

—¿Perdón?

—El primer párrafo.

—No voy a…

—Bianca.

Mi nombre suena distinto cuando lo dice así. No como una amenaza, ni una súplica, sino como un aviso.

Trago saliva y siento que me tiemblan las manos y las piernas.

—Por favor —musito.

Pero él no se inmuta. Coge el papel y empieza a leerlo él. Lo hace con su voz grave de locutor de radio, con dicción precisa y entonación perfecta.

Lee mi fantasía con su boca perfecta, palabra por palabra, sin acelerarse ni fingir escándalo, como si estuviera leyendo el contrato más rutinario de su vida.

—«Lo quiero de rodillas, mirándome con esa cara de arrogante derrotado. Quiero marcar su escritorio con mis gemidos. Quiero arañarle la espalda con las uñas mientras me suplica que no me vaya». —Hace una pausa y alza la mirada buscando mis ojos—. ¿Sigo?

—No —le respondo con un hilo de voz.

Mi cuerpo arde de vergüenza y de rabia. Intento hablar, pero mi lengua no coopera. Mi cerebro está en modo pánico y lo único que sale por mi boca es una versión atropellada y absurda de la verdad.

—Fue un error. Yo… estaba en mi portátil personal. No quería enviarlo, ni siquiera iba a guardarlo. No pretendía… no pretendía que lo viera. Jamás habría…

Me interrumpe con un gesto, como si le divirtiera escucharme tartamudear y le gustara hacerme sentir pequeña, avergonzada y nerviosa.

—¿Estás diciendo que lo escribió otra persona? —quiere saber.

—No. Digo que lo escribí yo, pero no para usted. O sea, sí para ti, para usted, quiero decir… pero no para que tú…

—¿Lo leyera?

—Exacto.

—Entonces, ¿para qué lo escribiste?

—¡Para desahogarme! —exploto, antes de poder contenerme —. Porque tú, usted… porque me hace la vida imposible, y porque no puedo decirle todo lo que pienso sin que me despidan, y porque tengo derecho a tener fantasías sin que me… que me obligue a recitarlas en voz alta como en un juicio.

Nos quedamos en silencio. Él se inclina hacia delante, apoya los antebrazos sobre la mesa, entrelaza las manos y sonríe con una media sonrisa peligrosa.

—No te voy a despedir.

—¿Qué?

—Ni a denunciar, ni a amonestar.

—¿Entonces qué vas a hacer?

Él ladea la cabeza y clava la mirada en mí.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si vas a tener el valor de hacerlo realidad.

Al escucharlo el aire se me paraliza en los pulmones y abro mucho los ojos mientras lo miro sin entender si me está amenazando, provocando o simplemente disfrutando del caos que acaba de desatar dentro de mí.

—¿Cómo dice? —pregunto, con una voz que no suena como la mía.

—Lo has oído perfectamente y, por cierto, deja de hablarme de usted—responde sin moverse un milímetro.

—¿Esto es un chantaje? —le pregunto y me muerdo el labio inferior.

—No. Es una invitación.

Me quedo callada. En este momento, me gustaría tener una respuesta brillante preparada, alguna frase sarcástica con la que desmontar su seguridad de ejecutivo alfa y volver a tener el control. Pero la verdad es que mi cerebro está demasiado ocupado decidiendo si me echo a llorar, a reír o a tirarme por la ventana más cercana.

—¿Una invitación a qué? —pregunto, con los brazos cruzados y la espalda rígida, como si esa postura me sirviera como escudo de protección.

—A que dejes de esconderte detrás de tus fantasías —contesta sin vacilar— y te pongas al nivel de lo que escribes.

Siento que se me tensan los músculos de la mandíbula al escucharle.

—No soy una cobarde.

—Entonces no huyas.

—No estoy huyendo —respondo, con más firmeza de la que siento—. Estoy intentando salvar mi trabajo, mi dignidad y mi vida.

Me sostiene la mirada con una serenidad que me descoloca. Parece saber exactamente lo que está haciendo y lo que me provoca con esta conversación en este despacho que, de repente, parece

que se ha convertido en una celda de cristal cargada de electricidad estática.

—No voy a hacer nada de lo que he escrito —digo finalmente —. Por muy bien que te lo hayas tomado.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

Él se pone de pie. Rodea la mesa hasta colocarse a medio metro de mí. No me toca, aunque no necesita hacerlo, porque todo su cuerpo irradia una energía peligrosa y contenida, como una tormenta que se acumula tras una fachada de control milimetrado.

—Porque yo sí estoy seguro de que en cuanto te vuelva a mirar como lo estoy haciendo ahora, te vas a acordar de cada palabra y vas a querer repetirlas —susurra.

Trago saliva con un gesto mínimo, pero que él capta, porque se da cuenta de todo lo que hago, por mucho que intente disimularlo.

—Estás cruzando una línea —digo, sabiendo que esa línea la crucé yo anoche, en bata, copa en mano y con un gato cómplice sobre las rodillas.

—Tú la cruzaste primero.

—No tenías que leerlo.

—Me lo mandaste.

—Fue un error.

—Pero no lo niegas.

Me quedo callada, como si mi silencio fuera una confesión silenciosa, porque, evidentemente, no lo estoy negando.

Logan se inclina ligeramente y su mirada se vuelve más oscura y peligrosa.

—Quiero saber si tienes el valor de mirarme a los ojos y decirme que todo lo que has escrito es mentira.

Abro la boca, pero no digo nada, porque no puedo. Al verlo, sonríe de medio lado, cierra la carpeta y empuja la carpeta hacia mí con un gesto seco, como si fuera un contrato innegociable.

—Empieza el juego, Swan. A no ser que prefieras perder sin jugar.

Recojo la carpeta con la misma delicadeza con la que se manipula una bomba sin manual de instrucciones. Logan no añade nada, ni se retracta. Solo se echa hacia atrás en la silla y con eso me da la señal para que pueda salir, como si así sellara el primer movimiento de una partida que ya sabe que va ganando.

Camino hacia la puerta del despacho con la sensación de que parece que mi cuerpo siga un guion que no ha leído mi cerebro, con los talones firmes sobre el parqué, la espalda erguida hasta la rigidez y los dedos crispados sobre la cubierta negra de la carpeta que atesora mi correo impreso. No le miro por última vez antes de salir, aunque sienta sus ojos pegados a mi piel, observando cada centímetro de mi retirada.

En cuanto cruzo el umbral, el aire del pasillo me da de lleno como un bofetón helado. Su secretaria me saluda con la misma sonrisa con la que me ha recibido hace un rato y yo le devuelvo una mueca que pretende ser profesional, aunque no sé muy bien qué gesto se espera de alguien que acaba de escuchar de los labios de su jefe sus propias fantasías sexuales en el despacho del CEO.

Mientras espero frente a las puertas metálicas, tengo la sensación de que el ascensor tarda una eternidad en llegar. Cuando por fin se abren las puertas, entro sin mirar a nadie y sin respirar siquiera. Pulso el botón de planta baja, con la certeza de que eso me basta para devolverme a un mundo donde aún conservo el control sobre algo.

La cabina se cierra y me veo reflejada en el acero pulido de las paredes: mi moño continúa impecable, al igual que la ropa que he elegido para hoy, pero la mirada la tengo rota. Mi reflejo es el de una mujer que parece entera por fuera, pero que por dentro tiene el sistema operativo colapsado.

Apoyo la espalda en la pared, cierro los ojos y dejo que el descenso me arrastre, mientras trato de pensar con claridad, pero mi mente sigue prisionera en ese despacho, entre esas frases impresas y la mirada de Kingsley. Durante esos segundos que parecen eternos, todo dentro de mí es una mezcla imposible de rabia, deseo, incredulidad y una excitación que no me atrevo ni a nombrar. Porque lo más insoportable no ha sido la humillación, sino

descubrir que parte de mí no ha querido huir. Una parte que ha vibrado con cada una de sus provocaciones y que ahora, contra toda lógica, quiere saber qué pasaría si aceptara el juego que Kingsley me ha propuesto.

Llego a recepción con el estómago en un puño y una sonrisa que no me pertenece. Me siento en mi sitio y miro la pantalla del ordenador sin verla. Saludo a la gente que pasa por el *hall*, aunque realmente lo hago sin procesar. Alguien me pregunta si estoy bien, y yo digo que sí. Miento con la facilidad de quien está demasiado cerca del abismo como para detenerse a comprobar si alguien lo ha notado.

Cierro los ojos un instante y me repito que esto se queda aquí. Que el correo, la escena que acabo de vivir y la mirada de Kingsley atravesándome no cambiarán nada y que no voy a jugar a nada, porque no quiero. Pero entonces me descubro preguntándome en voz muy baja, casi sin quererlo, qué pasaría si lo hiciera.

Qué pasaría si, en lugar de esconderme detrás de correos sin destinatario real, decidiera responder a su invitación dando un paso que no pueda borrar. Aunque lo más peligroso de todo es que no sé si tengo miedo a que pase… o a que me guste demasiado cuando pase. Porque por mucho que me niegue a admitirlo en voz alta, mi cuerpo ya ha contestado y la respuesta que ha dado no me deja margen de error.

Capítulo 8

Logan

Me repito que todo forma parte de una estrategia y que cada palabra que le dije ayer en mi despacho no fue más que un recordatorio de quién tiene el poder dentro de Kingsley & Co. Me repito que no se trató de un impulso, ni de una debilidad. Me repito que fue control puro y mientras lo hago, mientras construyo ese discurso dentro de mi cabeza, noto cómo se resquebraja por los bordes como un cristal mal templado.

La verdad es que no debería estar pensando en ella, ni recordar la forma en que su garganta intentaba tragar cuando le leí sus propias frases, ni el temblor casi imperceptible de sus manos cuando intentaba explicarse. No debería estar visualizando esa mezcla de miedo y excitación en su mirada como si fuera un mapa que solo yo puedo descifrar. Pero lo estoy haciendo ahora, aquí, mientras apoyo las manos sobre el cristal frío de la ventana de mi despacho y observo Manhattan a primera hora de la mañana, con su tráfico lento, sus taxis amarillos y su gente que corre creyendo que llegar puntual a algún sitio les va a salvar la vida.

Me digo que he visto a cientos de personas venirse abajo delante de mí y que nada me impresiona ya. Me digo también que Bianca no es distinta a todos ellos y que su correo no es más que un arma que yo puedo usar para devolverle cada mirada insolente que me ha lanzado desde recepción durante los dos años que hace que trabaja para mí. Me digo que esto no es deseo, ni obsesión, simplemente estoy ejerciendo mi poder sobre ella. Sin embargo, el problema de todo esto, es que ni yo mismo me lo creo del todo.

Camino por el despacho con el vaso de café en la mano, sin probarlo, solo para mantener ocupado los dedos. Sobre la mesa, su correo, que he impreso de nuevo y he guardado en otra carpeta como la que se llevó Bianca. Me he planteado guardarla en la caja

fuerte, destruirla en la trituradora e incluso escribir un correo a Recursos Humanos pidiendo que la trasladen a otra planta para sacarla de mi vista. Pero no lo hago, porque trasladarla sería admitir que me ha afectado y no estoy dispuesto a hacerlo, ni siquiera, a que lo pueda parecer.

Así que esta mañana, en lugar de dar marcha atrás, he decidido doblar mi apuesta. La he citado de nuevo en mi despacho, a la misma hora. Sin un motivo oficial, ningún informe pendiente, ni ningún cliente que la requiera aquí arriba. Solo la necesito tener delante de mí y verla entrar después de haber pasado una noche entera sabiendo que me ha enviado sus fantasías más sucias. Necesito ver qué le hace eso en los ojos, en la boca y en el cuerpo.

No es deseo, ni obsesión me digo. Solo es un juego que voy a ganar.

La puerta se abre con ese sonido preciso que reconozco al instante, aunque no levanto la vista de la pantalla del portátil todavía. Dejo que entre, que camine esos seis pasos desde la puerta hasta la silla frente a mi escritorio. Que se siente y que coloque el bolso con ese gesto innecesariamente brusco que delata más nervios de los que quiere reconocer. Solo cuando sé que me está mirando, levanto la mirada y la poso en ella.

Va vestida con una americana gris de líneas rectas que no encaja con su estilo habitual. Hoy también lleva un moño alto, sin mechones rebeldes, aunque confieso que me gusta mucho más cuando lleva el pelo suelto, y los labios pintados de un rojo más oscuro que de costumbre. Podría parecer que ha venido a una entrevista de trabajo o a defender una propuesta ante un consejo de administración. Pero la conozco y su sobriedad no es profesionalismo, sino armadura.

—¿Sabes por qué te he citado, Swan? —le pregunto, sin rodeos, sin cambiar el tono de mi voz y sin suavizar la mirada.

—Supongo que vas a hacerme leer otra fantasía delante de Recursos Humanos y después vas a grabarlo para Netflix —responde con una sonrisa cargada de sarcasmo.

No reacciono a su provocación y me limito a cerrar el portátil, apoyar las manos sobre el escritorio y mirarla con la misma calma con la que se negocia una cláusula de penalización multimillonaria.

—Te voy a hacer una propuesta —le digo—. Un acuerdo como los que firmamos con nuestros clientes, pero mucho más interesante.

Ella no dice nada. Se limita a alzar las cejas y cruza las piernas, dejando ver un centímetro más de piel bajo su falda que juraría que no estaba ahí hace un segundo. No sé si lo ha hecho a propósito o si soy yo quien ya está viendo provocación donde solo hay estrategia.

—Por cada fantasía que cumplamos —continúo, sin moverme —, tendrás derecho a un deseo concedido. Un día libre, un aumento de presupuesto para recepción, un proyecto creativo propio… Tú decides. Lo negociaremos.

Bianca entrecierra los ojos y aunque su cuerpo no se ha movido, pero la tensión en su mandíbula es visible. Sé que está a punto de reírse en mi cara, pero pese a eso, continúo.

—Se trata de un contrato. Lo que tú escribiste, lo que yo leí y lo que ambos sabemos que existe. No me interesa hacer como si no hubiera pasado, sino que quiero ver qué pasa si lo usamos a nuestro favor.

—¿A nuestro favor? —repite, con una carcajada seca—. ¿Y qué pasa si no firmo?

—No hay contrato que obligue —respondo—. Solo hay condiciones. Tú tienes las tuyas y yo las mías.

Abro el cajón izquierdo de mi mesa y saco la carpeta. La coloco frente a ella con la misma naturalidad con la que ofrezco un informe de resultados.

—Aquí están tus palabras subrayadas, enumeradas y clasificadas. Algunas incluso tienen notas al margen.

Sus ojos se abren un poco más. Se echa hacia adelante, como si no pudiera evitarlo, abre la carpeta y hojea las páginas. Las reconoce, porque evidentemente son suyas. Pero ahora tienen algo más: han sido leídas, analizadas y archivadas por alguien que no está dispuesto a olvidarlas.

—Podrás ir tachándolas a medida que se cumplan —le explico —. Hasta entonces, este es nuestro nuevo tablero.

Ella cierra la carpeta despacio y me mira. Tiene una expresión que mezcla incredulidad, rabia y algo que huele a miedo o… a deseo.

—Estás completamente loco —me suelta mirándome directamente a los ojos.

—Llevas dos años escribiendo un manual sobre mi locura —respondo, con una media sonrisa—. Ahora toca ponerlo a prueba.

Pasan los segundos, pero Bianca no se mueve ni yo tampoco. La carpeta sigue cerrada entre ambos, como si pesara más de lo que aparenta. Supongo que, en cierto modo, lo hace, aunque no por su contenido, sino por todo lo que implica: deseo verbalizado, límites desdibujados y una confesión sin retractación posible. Ella me ha dejado entrar en su cabeza, pero ahora soy yo quien marca el ritmo y ambos sabemos que esto ya no tiene marcha atrás.

—Para que no haya dudas —le digo alzando una ceja—, empezaremos por algo fácil.

Me inclino hacia delante y abro la carpeta en una página concreta. La hoja está subrayada en rojo y en la parte superior hay un título que yo mismo he escrito: *Fantasía número tres: el ascensor*.

La miro directamente, aunque Bianca mantiene la vista fija en el texto, aunque sus mejillas se tiñen de un leve rubor y eso me confirma lo que necesito saber: lo recuerda. No necesita leerlo de nuevo para que sepa qué contiene.

—¿La recuerdas? —pregunto, en voz baja.

—Perfectamente —murmura, sin levantar la vista.

—Perfecto. Entonces ya sabes cuál es el primer movimiento.

Ella suspira, se echa hacia atrás en la silla y cruza los brazos con fuerza sobre su pecho. Está a la defensiva, pero su cuerpo la delata: el rubor en el cuello, el temblor sutil en una pierna y el modo en que sus ojos van de la carpeta a mi rostro, buscando alguna fisura por la que escapar.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Me pongo contra la pared del ascensor y gimo tu nombre mientras tú finges que no te importa?

—No exageres, Swan —le respondo con calma—. No habrá contacto físico. Solo contexto, tensión y repetir lo que tú escribiste. Un ensayo, nada más.

—Un ensayo —repite, sarcástica—. ¿Quieres que recreemos una fantasía sexual como si estuviéramos en una lectura dramatizada?

—Exacto —le contesto sin inmutarme—. Lo llamaremos exploración de narrativa erótica corporativa, incluso podríamos incluirlo en el próximo dossier de innovación.

Ella se ríe, pero es una risa hueca. Está mucho más nerviosa de lo que quiere aparentar. Se pasa una mano por la frente y luego por el cuello, como si intentara bajar la temperatura corporal a base de fricción, aunque no lo consigue y yo tampoco.

—Estás enfermo —murmura, sin demasiada convicción.

—Estás más enferma tú —respondo—. Tú lo escribiste. Yo solo estoy leyendo el guion.

Hay un momento, apenas un segundo, en el que me mira con una mezcla de furia, deseo y vulnerabilidad que no había visto antes en ella. La mujer que tengo delante ahora no es la Bianca altiva que me lanza pullas desde recepción, ni la que sostiene la mirada en las reuniones con una sonrisa desafiante. Esta es otra versión. Una que solo aparece cuando la provocación roza algo más íntimo, algo que duele o que excita. A veces, ambas cosas.

—¿Y qué pasa si me niego? —pregunta.

—Nada. Te vas. Yo archivo la carpeta y fingimos que nada de esto ha ocurrido.

—¿Y si acepto?

—Entonces empieza el juego.

Se queda en silencio. Cierro la carpeta con lentitud y la acerco hacia ella. Sin prisas y sin insistencia, solo se la ofrezco. El resto depende de ella.

Bianca se levanta, toma la carpeta y no dice nada más. Solo me mira una última vez, como si quisiera memorizar mi expresión para estudiarla después, se gira sobre sus tacones y sale del despacho, con un movimiento de caderas que no puedo dejar de

mirar. Cuando se va, me quedo solo de nuevo preguntándome si acabo de ganar la primera ronda… o de perder toda la partida.

Después de que se haya marchado, el aire cambia aquí dentro. No es una sensación metafórica, sino física, como si su presencia hubiera alterado la presión atmosférica, y ahora todo estuviera volviendo, poco a poco, a una normalidad que ya no reconozco. Me obligo a soltar el aire, a relajar los hombros y a girar el cuello, pero no consigo calmar el ritmo galopante de mi corazón después de haberla visto tan cerca, tan retadora y tan a punto de decir que sí.

Regreso a mi silla y abro el portátil, intento concentrarme en el informe pendiente, en los números y en las proyecciones del trimestre, pero nada funciona. Cada cifra se convierte en una silueta que no es la suya, cada párrafo en una reproducción mental del correo que escribió que no sé si excita más por lo explícito o por lo emocional. No sé cuál de los dos me está jodiendo más la cabeza.

Saco la carpeta del cajón de nuevo, aunque sin abrirla esta vez. Solo apoyo la palma sobre ella y pienso en todo lo que debería estar haciendo ahora. Debería redactar un correo a Recursos Humanos y argumentar que, a raíz de ciertos incidentes, es necesario recolocar al personal de recepción para evitar conflictos de interés. Debería blindarme y enterrar esto antes de que crezca y, sobre todo, antes de que me crezca dentro.

Pero no muevo un dedo. En lugar de eso, me quedo mirando la pantalla en negro de mi portátil, como si en cualquier momento fuera a iluminarse sola con una nueva fantasía enviada por error, una confesión sin filtro, un «lo quiero de rodillas» que haga que se me tensen hasta los dientes. En el fondo, sé que no va a pasar, porque Bianca no va a cometer el mismo error dos veces.

Me levanto y me acerco a la ventana. El cristal refleja parte de mi cara, lo suficiente como para que me vea en él y no me reconozca del todo. ¿Quién cojones soy ahora mismo? Un CEO de Manhattan que no es capaz de echar a una recepcionista, o un cabrón que convierte los correos privados de una empleada en cláusulas de un contrato sexual implícito o un hombre que finge

estar al mando, mientras una carpeta y un par de frases bien escritas le remueven de pies a cabeza.

Me apoyo contra el cristal con ambas manos, cierro los ojos y me dejo golpear por la única verdad que ya no puedo negar: estoy demasiado dentro de esta historia y de esta mujer que no se comporta como ninguna otra que haya conocido. Bianca Swan ha conseguido colarse en mi cabeza, en mi cuerpo y en la estructura interna de mis días de tal manera, que ya no es una distracción, sino mi puto sistema operativo.

No puedo fingir que no lo sé, ni actuar como si aún tuviera el control después de todo lo que he leído y de verla mirarme con ese temblor mal disimulado. El problema es que ya no hay marcha atrás ni correo que pueda desleer.

Estoy jodido hasta el cuello, pero no pienso echarme atrás.

Capítulo 9

Bianca

Lo único que escucho antes de que la puerta se cierre tras de mí es su voz grave e implacable.

—Tómate tu tiempo para pensarlo.

No le contesto. No porque no tenga nada que decir, sino porque temo que si abro la boca no saldrá una frase, sino un jadeo.

Mis tacones suenan huecos sobre el suelo de mármol y cada paso desde su despacho hasta el ascensor me parece una escena de esas películas bélicas en las que alguien cruza un campo minado sabiendo que no va a llegar al otro lado entera. Siento las piernas flojas y el corazón desbocado, como si acabara de correr los cien metros lisos en bragas y con todo el edificio mirándome. Me arde la cara, la nuca y las palmas de las manos. Ni siquiera cuando me pillaron robando una botella de vino del súper con diecisiete años me sentí tan expuesta.

Pulso el botón del ascensor y rezo porque no haya nadie dentro. Por suerte, el destino se apiada de mí y cuando las puertas se abren con un suspiro metálico, me cuelo en su interior como si huyera de una escena del crimen. Bajo sola, en un cubículo silencioso donde las paredes me devuelven mi reflejo y mi vergüenza. La americana me aprieta, el sujetador me roza justo donde más me duele y el moño perfecto, que me hice esta mañana, parece un chiste comparado con el caos que llevo dentro. Me miro y compruebo que sigo entera por fuera, aunque por dentro… soy un cóctel de adrenalina, humillación y algo que se parece demasiado al deseo.

Cuando llego a recepción, todo sigue igual. Las plantas no han muerto, las pantallas siguen encendidas y los teléfonos parpadean con llamadas. Nadie me mira ni me apunta con el dedo. Es tranquilizador y, al mismo tiempo, aterrador, porque eso solo

significa que él no ha dicho nada a nadie. Lo cual me plantea una pregunta aún peor que todas las anteriores.

¿Por qué no lo ha hecho?

Me siento en mi silla de oficina, que cruje un poco cuando me inclino hacia atrás, y trato de recuperar la compostura, aunque eso ahora mismo es misión imposible. Tengo los labios secos, los dedos agarrotados, y el recuerdo de su voz leyéndome el correo... clavado en la piel como un tatuaje.

«Lo quiero de rodillas…»

Me tapo la cara con las manos. ¿En qué momento se me fue tanto la olla? ¿En qué universo paralelo pensaba que escribir ese tipo de cosas, aunque fuera en una carpeta privada, no iba a volverse en mi contra?

Intento concentrarme, me pongo el auricular en su sitio y tecleo la clave en la pantalla del ordenador. En ese mismo instante, entra una llamada y marco la extensión, aunque me equivoco y me cuelgan. Vuelvo a intentarlo. Me tiemblan las manos y me atraganto con mi propio aliento. Una compañera me pregunta si estoy bien y le sonrío como una lunática en plena catarsis y le digo que sí, que solo he dormido poco, porque anoche vi una peli de terror y he tenido pesadillas.

Qué irónico… porque mi pesadilla lleva corbata y me acaba de proponer que convierta mis fantasías en realidad con él. Aunque lo peor no es que lo haya leído, ni siquiera que me lo haya hecho leer delante de él. Lo peor de todo es lo que ha dicho después.

«Si has tenido el valor de escribirlo, deberías tener el valor de hacerlo realidad».

No me ha despedido, ni me ha echado la bronca, ni me ha amenazado con demandarme… En lugar de eso me ha hecho una puta invitación a hacer realidad todo eso que ha leído. ¿El mundo se ha vuelto loco o soy yo?

Respiro hondo y saco un pañuelo de papel del cajón y me limpio la frente. Recojo un vaso de papel del suelo y me pongo una mano en la nuca. Hago lo que sea con tal de no pensar en que tengo una carpeta entera en mi bolso con extractos de mis propios correos eróticos impresos, subrayados y numerados como si fueran

cláusulas contractuales… Estoy a una gota de sudor de declararme loca en firme.

La jornada se me hace eterna. Las horas no avanzan, se arrastran. Me equivoco al transferir llamadas, anoto nombres mal, contesto a un cliente como si fuera otro y en un momento glorioso de mi decadencia personal, derramo café sobre un post-it donde había apuntado la contraseña de la red corporativa. Kingsley pasa por recepción una vez, y aunque no se detiene, siento su mirada sobre mi nuca como si me la hubiera tatuado con láser. No sé si me observa o me imagina, pero mi cuerpo reacciona con la misma violencia: calor entre las piernas, piel erizada y nudo en el estómago. Me odia o me desea o ambas cosas, aunque lo peor es que yo también estoy empezando a desear odiarlo menos.

A las seis y media, cuando por fin apago el ordenador y recojo mis cosas, me sorprendo a mí misma escribiendo un mensaje con los dedos temblorosos:

Bianca:
¿Cerveza hoy?
Emergencia vital.

Daphne:
¿Nivel «me han echado» o «me han follado»?

Bianca:
Nivel «las dos podrían pasar pronto».
Mi jefe ha leído mi carpeta «NO ENVIAR».

Daphne:
Te espero en el sitio de siempre.
Llevo pintalabios y poca vergüenza.

Sonrío un poco, lo justo para recordarme que todavía hay oxígeno en mis pulmones y un mundo fuera del rascacielos de los horrores. Media hora más tarde, atravieso la puerta del Roscoe, un *pub* medio *hípster*, medio ruinoso de Brooklyn que huele a cerveza artesanal y donde tanto Daphne como yo hemos tomado decisiones cuestionables. Nosotras somos parte del mobiliario desde hace dos años. El camarero nos conoce por el nombre y sabe que Daphne

siempre pide una IPA que no esté «ni muy amarga ni muy maricona», mientras yo me quedo con una rubia fría que no me juzgue por tener el coño incendiado de ansiedad.

Daphne me saluda con los brazos abiertos como si acabara de salir de prisión.

—¡Mi reina del porno accidental! —me grita desde la mesa del fondo.

Me acerco en modo ninja, con el abrigo hasta el cuello y las orejas rojas. Me siento frente a ella con el alma hecha trizas y los labios temblando.

—No lo digas muy alto, que seguro que hay algún abogado de Kingsley & Co. infiltrado entre las mesas.

Daphne da un sorbo a su cerveza, deja el vaso sobre la mesa y me mira con esa expresión de gato que ha olido drama.

—Suelta. Todo. Ya.

Yo intento empezar con elegancia. Algo tipo «he cometido un pequeño error informático», o «Voldemiau tiene una relación complicada con los teclados». Pero al final sale la versión sin filtrar.

—He mandado un correo sexual a Logan.

Daphne parpadea.

—¿Un qué?

—Un correo. Sexual. A Logan. El puto CEO. El Jefe Supremo del Imperio Kingsley. El hombre que lleva trajes a medida y mira como si pudiera verte desnuda con solo pestañear.

Daphne se echa hacia atrás en la silla, sube las cejas y suelta una carcajada que rebota contra las paredes de ladrillo del local y hace que tres tíos de una mesa cercana se giren. Ella los ignora con la gracia de quien ya ha nacido sin filtro ni remordimientos.

—¿Estás intentando decirme que tu jefe buenorro tiene en su poder un correo en el que le cuentas cómo lo quieres empotrar en su despacho?

Yo me hundo en el asiento.

—No lo cuentes así.

—¿Y cómo quieres que lo cuente? ¿Como una novela de Jane Austen?

—Daphne, es serio.

—Es porno. Elegante, pero porno. ¡Y encima le ha gustado!

—No sabes si le ha gustado.

—¿Te ha despedido?

—No.

—¿Te ha demandado?

—Tampoco.

—¿Te ha leído en voz alta tus propias fantasías y luego te ha propuesto un juego para cumplirlas?

Me quedo callada.

Daphne alza su vaso a modo de brindis.

—Confirmado. Le ha gustado. ¡Brindemos por eso, hermana!

—Estás muy callada —dice Daphne, que ya se ha bebido media cerveza mientras yo apenas he tocado la mía—. Y cuando tú te callas es porque algo huele a desastre emocional.

—No es eso…

—Es exactamente eso. A ver, tía, ¿qué pasa? ¿Te pone y te da miedo admitirlo?

Me remuevo en el asiento. No porque no tenga razón, sino porque la tiene totalmente. Logan Kingsley no es un hombre, sino una maldita entidad. Una tormenta de traje gris voz de whisky caro, manos que deberían estar prohibidas por la ONU y una mente que no pestañea ni cuando le lanzas un correo sexual con más fantasías que una trilogía erótica entera.

—Claro que me pone. ¿Tú lo has visto?

—Le haría un hijo aunque estuviéramos en mundos paralelos. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que tú llevas dos años escribiéndole monólogos sucios. Dos años, Bianca. Tu teclado está más caliente que tus sábanas.

—Gracias por la imagen.

—No, gracias a ti. Estoy viviendo esta historia como si fuera una serie de Netflix y me niego a que cancelen la temporada.

Me río, aunque me tiemblan los dedos alrededor de mi cerveza. Daphne es ese tipo de amiga que haría un PowerPoint para convencerte de acostarte con tu ex si cree que eso puede curarte el

insomnio. La adoro, aunque la temo a partes iguales, y ahora mismo la necesito.

—No es solo que me atraiga —confieso, bajando la voz—. Es que me desarma. Me cabrea. Me hace sentir como si llevara la piel al revés.

—Entonces la pregunta no es si te gusta. La pregunta es: ¿vas a atreverte?

—¿A qué? ¿A perder mi empleo? ¿A acostarme con un jefe emocionalmente disfuncional, que probablemente solo quiere ganar un juego que no debería haber empezado?

Daphne chasquea la lengua y se inclina sobre la mesa.

—¿O a descubrir que tú también quieres jugar? Porque lo que te acojona es que a lo mejor te encanta, o que a lo mejor no es solo sexo, o que a lo mejor no eres tan indiferente como finges.

Trago saliva y me trago lo que me queda de cerveza en el vaso sin saborearla. Me dan ganas de pedir otra o cinco y también estoy tentada de pedir un Logan para llevar y después devolverlo con una nota que diga: «Gracias, pero no puedo permitirme este tipo de electrodoméstico emocional».

—No puedo.

—Puedes. ¡Claro que puedes, tía!

—No debería.

—Probablemente no, pero dime una cosa, Bianca Swan: ¿qué te dolería más? ¿Cagarla por lanzarte o quedarte quieta sabiendo que podrías haberte tirado a Logan Kingsley sobre su mesa de roble y no lo hiciste?

Respiro hondo y veo que el camarero pasa cerca, pero no lo llamo. No quiero más cerveza. No necesito más alcohol para tener aún más nublado el juicio. Lo único que soy capaz de hacer en este momento es mirar el fondo del vaso vacío y murmurar:

—Estoy jodida haga lo que haga.

Daphne sonríe, cruza los brazos y asiente con esa sabiduría callejera que le da haber sobrevivido a cinco relaciones tóxicas, dos despidos y un curso de tarot.

—Bienvenida a la vida adulta, nena.

En el metro de vuelta, las ruedas chirrían como si intentaran acompasar el caos que reina dentro de mi cabeza. El vagón está medio vacío, pero a mí me sobra gente, pensamientos e incluso me sobro yo. Apoyo la frente en el cristal sucio, sin importarme el maquillaje que probablemente ya no está donde debería, y me dejo llevar por el traqueteo del tren como si pudiera sacudirme las dudas con el movimiento. Pero no, mis dudas no vibran, se agarran.

¿Qué coño estoy haciendo? Ni siquiera soy de las que se enganchan a los jefes. Nunca me ha gustado la autoridad, y mucho menos con gemelos de oro y reloj caro. Pero Logan no es un jefe, es una anomalía. Un algoritmo emocional programado para no sentir... excepto cuando me mira y ahí sí… Ahí siento yo y se me desarma todo.

Me repito que esto es una locura y que lo que empezó siendo una válvula de escape se ha convertido en una invitación con cláusulas que no estoy segura de querer aceptar o quizá sí quiero. Y ese es el problema.

Daphne tiene razón. Lo que me aterra no es decir que sí, sino disfrutarlo y descubrir que debajo de su traje perfecto hay un hombre que me rompe en mil pedazos y me recompone solo con una frase susurrada al oído. Me destroza también darme cuenta de que puedo perder algo más que el empleo si me lanzo, porque puedo perderme a mí misma. Pero también puedo encontrar otra versión de mí que no esté siempre en guardia y que no se limite a sobrevivir entre pullas y sarcasmos. Una que sepa lo que quiere y lo pida sin miedo, aunque lo que quiera lleve corbata y tenga un despacho con vistas a todo Manhattan.

El vagón frena de golpe y me arranca de mis pensamientos. Me bajo en mi parada como si lo hiciera por inercia, porque mi cuerpo lo tiene memorizado, pero mi mente sigue anclada a esa carpeta negra que Logan dejó sobre la mesa y que ya no es solo un error sino una elección.

Subo las escaleras del metro, saco las llaves y entro en el edificio. Cada paso hacia mi piso me pesa como si fuera una cuenta atrás silenciosa. Cuando abro la puerta, Voldemiau está sentado sobre el respaldo del sofá como una gárgola doméstica. Me mira con

la misma expresión que me dedicó anoche y la misma con la que vio cómo se enviaba ese correo. Una mezcla de desprecio, sorna y superioridad moral felina.

—Ni una palabra —le advierto mientras dejo el bolso en el suelo—. Ni un puto maullido.

El cabrón bosteza y se estira con ese descaro impune que solo tienen los gatos y los jefes ricos. Me dejo caer en el sofá, me descalzo y me quedo ahí, medio tumbada, con la americana arrugada, la cabeza llena de Logan Kingsley y el estómago vacío de respuestas.

No sé qué haré mañana. No sé si entraré por la puerta principal o por la de emergencia, ni si aceptaré el trato, si fingiré demencia o si me compraré un billete solo de ida a cualquier sitio donde los hombres como él no existan.

Lo único que tengo claro ahora mismo es que si digo que no, me arrepentiré, pero si digo que sí… probablemente también. Estoy jodida haga lo que haga.

Capítulo 10

Logan

Lo primero que hago al llegar a la oficina no es revisar el informe de Shapiro, ni comprobar la cotización de nuestras acciones, ni siquiera saludar a Rob, que ya está sentado en la sala de juntas con cara de tener una nueva genialidad entre manos. Lo primero que hago, sin pensar, como quien respira o parpadea, es encender el monitor que tengo oculto en el lateral de mi escritorio, una pantalla pequeña, sin sonido, que conecta directamente con el *hall* principal de Kingsley & Co.

La imagen se carga con lentitud. Un retardo de apenas tres segundos, lo justo para que no sea en tiempo real, pero lo suficiente para calmar la ansiedad que me arde por dentro.

Cuando el monitor se conecta veo a Bianca. Sigue en su sitio, sentada tras ese mostrador que para mí debería ser irrelevante y que, sin embargo, se ha convertido en el epicentro de mi desequilibrio. Viste de azul oscuro hoy con un moño alto, pendientes discretos y un color de pintalabios natural. En cualquier otra mujer, ese conjunto sería invisible, pero en ella veo algo perversamente calculado en su sobriedad, como si supiera que quiero arrancárselo con los dientes antes de perderme en su cuerpo.

Durante unos segundos no ocurre nada. Ella pulsa las teclas de la centralita, responde al teléfono y anota algo en una libreta. Pero un instante después, se equivoca al transferir una llamada. Lo deduzco por el gesto de frustración que le cruza la boca y por el modo en que se lleva el bolígrafo a los labios, como si morderlo pudiera arreglar el desliz.

No lo sabe, pero la estoy observando. Sé que debería sentirme avergonzado por ello, pero no lo estoy. Solo la analizo para confirmar lo que sospecho desde ayer: está nerviosa. Después de lo que le dije en mi despacho su mundo se tambalea y eso significa

que estoy ganando, que está pensando en mí y no ha podido sacarme de su cabeza desde entonces.

Me cruzo de piernas y me acomodo en mi silla. Aún tengo un informe que revisar en la bandeja de entrada y el móvil vibrando con avisos de la junta directiva. Los ignoro, porque hoy necesito comprobar hasta dónde llega la grieta que le abrí ayer y descubrir cómo le ha calado.

—Kingsley —interrumpe Rob al asomar la cabeza por la puerta—. ¿Vienes o vas a seguir acechando a la recepcionista como un exnovio despechado?

No me inmuto, ni aparto la vista de la pantalla.

—Dame cinco minutos.

Él se ríe, masculla algo como «estás jodido hasta las trancas» y se va sin más.

Efectivamente, Rob no se equivoca. Estoy metido hasta el cuello y cuanto más intento salir, más quiero hundirme.

Cierro el monitor, me recoloco la corbata y respiro hondo antes de coger el teléfono. Marco el número interno de recepción con la misma frialdad con la que se aprieta un gatillo.

—Swan, a mi despacho. Ahora —le ordeno sin esperar respuesta y le cuelgo.

Exactamente dos minutos después, ni uno más, ni uno menos, la veo entrar. Noto algo distinto en ella, quizá no tiene la misma tensión en los hombros que la última vez que cruzó esa puerta, ni la misma expresión de pánico. Esta vez, Bianca entra como si supiera que no tiene escapatoria y ya hubiera asumido que el juego ha empezado y que sus propias reglas la han condenado.

—¿Querías verme? —pregunta, con la barbilla ligeramente alzada y la mirada igual de desafiante que siempre.

Me tomo un segundo para observarla en silencio, una pausa larga que se vuelve incómoda, hasta que asiento despacio.

—Entonces, Swan. ¿Ya has decidido si vas a jugar… o si prefieres rendirte antes de empezar?

No me responde, aunque tampoco se gira, ni se encoge, ni frunce el ceño, lo que, tratándose de ella, es una rendición en toda

regla. Ella nunca se calla, por lo que cuando guarda silencio es porque algo le obliga.

Me levanto y rodeo mi mesa con calma. Abro el cajón superior y saco la carpeta negra. La misma que ayer contenía su fantasía impresa. Hoy, en cambio, dentro guarda una invitación a cruzar la línea que ella misma trazó y sobre la que lleva dos años bailando con zapatos de cristal.

—Aquí tienes —le digo, tendiéndosela.

Ella la mira, como si temiera que fuera a explotar en cuanto la toque.

—Cada vez que cumplamos una fantasía, la marcarás y no habrá marcha atrás una vez tachada. Si decides seguir adelante y jugar… esta carpeta será tu diario de guerra.

Bianca la coge sin decir nada y la sujeta con ambas manos.

—¿Hay sangre en la letra pequeña? —bromea, aunque le tiembla la voz.

—Aún no —respondo, mirándola a los labios—. Pero no descarto que la haya.

Ella traga saliva y baja la mirada hasta la carpeta que tiene entre las manos. El juego ha empezado y ambos lo sabemos.

Sigue en silencio y sin moverse con la carpeta sujeta con cuidado, como si temiera que empezara a arder en cualquier momento, aunque no se atreve a abrirla ni a pronunciar una sola palabra. No obstante, lo más revelador no es su silencio, sino lo que se oculta en él. No hay sarcasmo, ni pullas, ni chistes defensivos que amortigüen la tensión. Pero su cuerpo habla por ella con el pulso acelerado en la base del cuello y la respiración, que ya no es del todo tranquila. Sin duda, está intentando resistirse a algo que no puede controlar y lo sabe.

Sé que podría provocarla aún más, de hecho, me resultaría muy fácil. Bastaría con una palabra, una insinuación o leer una línea de su correo con la entonación adecuada. Pero no lo hago, no porque me falten ganas, sino porque prefiero que sea ella quien cruce esa línea.

—Para marcar el inicio —le suelto con una calma que no tengo— he elegido una entrada suave o una especie de ensayo

general, si prefieres que lo llame así.

Ella arquea una ceja, no con sorna sino con el desconcierto que aparece cuando las reglas del juego cambian sin previo aviso.

—¿Ensayo? —repite.

—Sí, la fantasía número tres —respondo sin vacilar.

Sus labios se curvan apenas, no en una sonrisa sino en la línea tensa que aparece justo antes de la incredulidad. No necesita consultar la carpeta para saber de cuál hablo.

—¿El ascensor?

Asiento sin añadir nada más, porque no es necesario.

—No hay contacto físico, sino solo tensión. Las mismas palabras que escribiste. Lo único que harás será interpretar tu propio guion.

Ella no me responde enseguida. Me observa, aunque no se fía de nada, ni siquiera de lo que desea, aunque lo está considerando. Lo sé porque no ha salido aún por la puerta, ni ha soltado la carpeta y sus pupilas siguen fijas en mí.

—¿Esto es en serio? —pregunta al fin.

—Tan en serio como lo escribiste tú —respondo, sin alterar el tono de voz ni un ápice.

Nos quedamos en silencio, hasta que ella se ríe con una carcajada breve y seca, como si no supiera del todo si echarse a llorar o a reír. Suena como un resorte que se acciona cuando el cerebro no sabe cómo procesar lo que está ocurriendo.

—Estás enfermo.

—Llevas dos años redactando el historial clínico de mi enfermedad. Lo justo sería que ahora pusieras a prueba tu diagnóstico.

Ella niega con la cabeza, como si todo esto le pareciera una distorsión de la realidad tan grotesca que ni siquiera merece ser contestada, pero no retrocede, ni tira la carpeta, ni me amenaza con un abogado. Simplemente respira hondo, mientras decide su siguiente movimiento. Hasta que, sin más dramatismo que el de una decisión que ya ha tomado me pregunta:

—¿Cuándo?

Solo dice una sola palabra, aunque es suficiente.

—Mañana a las siete y media en el ascensor privado que conecta la planta 42 con el garaje. Estará libre.

Asiente con una lentitud casi mecánica. No hace más preguntas, ni condiciones, ni amenazas. Solo un asentimiento que, en su boca, tiene más valor que un contrato.

Se gira para irse, sin rematar con una frase ingeniosa, y se marcha con la misma tensión con la que entró.

Yo me quedo de pie, frente a la puerta cerrada. Su perfume flota débilmente en el aire, mi despacho ya no es el mismo, ni yo tampoco y eso empieza a resultarme incómodamente familiar.

Debería sentarme, volver a mi agenda y a las decisiones importantes, a los informes pendientes y a las llamadas que requieren mi atención. Pero no lo hago. Me obligo a esperar un minuto más, hasta que confirmo que no voy a poder concentrarme en nada que no tenga su nombre escrito en mayúsculas.

Me acerco al escritorio y me recuesto contra la mesa. Saco del primer cajón una copia del correo de Bianca. No la he leído desde que decidí numerar las fantasías como si fueran cláusulas de un contrato, pero ahora, con ella fuera, siento el impulso de hacerlo de nuevo. No para regodearme, ni para reafirmarme, sino solo para recordarme el alcance de lo que acabo de provocar.

Me detengo en la primera página. Su escritura no es delicada ni falsa, sino impulsiva, viva y con una mezcla extraña de rabia y deseo que rezuma verdad. A pesar de que sé que debería haber archivado, borrado o ignorado por completo este mensaje, lo cierto es que cada vez que lo releo se me queda grabado con más fuerza.

No puedo dejar de pensar en ella de espaldas al espejo del ascensor e imaginar cómo se refleja su deseo en todos los ángulos, sus labios entreabiertos o sus manos crispadas. No puedo parar... aunque sé que debería.

Estoy perdiendo el control o ya lo he perdido, aunque ya ni siquiera me importa. Me levanto de la silla y lanzo una mirada al reloj. Todavía queda más de media jornada por delante, pero mi cabeza ya está en ese ascensor aún vacío que mañana dejará de serlo.

¿Es una locura? Probablemente. ¿Estoy preparado para las consecuencias que pueda comportar? En absoluto. ¿Voy a parar? Ni de coña.

Me obligo a sentarme de nuevo y abro el portátil. Intento enfocar la mirada en la pantalla. Cierro las notificaciones de correo, el calendario y la pestaña con la previsión bursátil del día. Hago todo lo que haría un CEO responsable y blindado emocionalmente, pero entonces aparece una notificación en la pantalla de mi teléfono que no puedo dejar pasar: Swan, Bianca. Reunión: pendiente de confirmar.

La cita está programada para mañana a las 7:30. Exactamente lo que le he dicho y lo que ella ha aceptado y lo que no debería estar deseando con tanta intensidad.

Desbloqueo mi teléfono, borro el asunto del calendario y lo sustituyo por una sola palabra: «Juego». Porque eso es, ¿no? Un juego de poder y de deseo. Una guerra que ninguno de los dos ha declarado en voz alta, pero que ya llevamos demasiado tiempo librando con las armas equivocadas.

Cierro la pantalla, me inclino hacia atrás y miro al techo, como si pudiera encontrar en el diseño de los paneles alguna respuesta que me convenza de que aún soy el hombre racional que finge seguir al mando. Pero no la encuentro. En cambio, veo la imagen de Bianca Swan, con esos labios que siempre parecen a punto de insultarme o besarme y esa mirada que no se doblega ante nada, ni siquiera ante su propio deseo.

Mañana, en el ascensor, no habrá testigos. Solo acero, reflejos y una tensión que lleva demasiado tiempo acumulándose. Ella lo sabe y yo también. Cuando se cierre la puerta, nadie podrá detener lo que ocurra, ni siquiera nosotros.

Las horas siguientes son una farsa. Intento fingir que estoy ocupado, que cada correo que respondo es crucial para el futuro de la empresa y que cada llamada que atiendo no es una cortina de humo para evitar pensar en ella. Pero la realidad es otra. Estoy en piloto automático, como si los clientes, los contratos, las acciones, las decisiones hubieran perdido la importancia que solían tener antes

de que Swan convirtiera mi rutina en un campo minado de imágenes que no puedo borrar de mi cabeza.

Pido que me traigan un café, aunque lo acabo dejando enfriarse sobre la mesa sin probarlo. Abro un informe de estrategia, pero no paso de la primera página. Miro el móvil más veces de las que debería, aunque no espero ningún mensaje de ella. Swan es demasiado orgullosa para escribir primero y demasiado lista para hacerlo en caliente.

A media tarde, abro la aplicación del sistema de cámaras de seguridad. No para espiarla o, al menos, es lo que me digo a mí mismo con una hipocresía insultante, sino para asegurarme de que todo está en orden. Seguridad corporativa, le llaman. En la planta baja, la recepción aparece vacía durante unos segundos. Luego, ella vuelve al encuadre, con una carpeta en las manos y el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera a punto de decirle algo muy feo al mundo…o a mí.

Se mueve por el vestíbulo con su habitual paso rápido, como si siempre llegara tarde a algún sitio importante, aunque en realidad solo esté huyendo de sus propios pensamientos. Lleva una falda lápiz y una camisa blanca remangada. El moño se le empieza a deshacer por la nuca y se le ha soltado algún mechón pelirrojo. A pesar de que no ha mirado la cámara, ni se ha tocado el escote, ni se ha cruzado las piernas con intención tengo que apagar la pantalla antes de que la imagen se me quede tatuada en la retina.

—Joder, esta mujer me va a matar —susurro para mí.

Me levanto de la silla, doy una vuelta por el despacho como un león enjaulado y luego salgo, alegando una reunión informal con un cliente. Nadie me pregunta nada. A estas alturas, todos saben que cuando el jefe se pone de pie, los comentarios sobran. Me detengo unos segundos junto al ventanal que da al este de la ciudad y respiro hondo.

El ascensor privado está en la esquina del pasillo, tras una puerta que casi nadie utiliza. Es un acceso directo al garaje subterráneo, reservado para los ejecutivos que odian compartir espacio con los empleados en los trayectos verticales. Lo diseñé así a propósito, aunque hasta hoy no lo había usado más que para

escapar de alguna reunión indeseada. Ahora, de pronto, ese ascensor tiene otra historia por escribir.

Mañana, a las 7:30, estaré dentro y ella también. Aunque todo esté medido al milímetro, no haya contacto físico y nos limitemos a repetir las palabras que ella misma escribió, sé que lo que va a pasar allí no será solo un ensayo sino una prueba silenciosa de hasta dónde estamos dispuestos a llegar sin tocarnos. Pero ese es el problema, que no quiero detenerme ahí, porque quiero verla rendirse y temblar por dentro mientras finge que todo está bajo control. Ansío saber qué ocurre cuando una fantasía deja de ser imaginada y empieza a vivirse.

Me giro y regreso a mi despacho con una media sonrisa. Me obligo a volver a la agenda, al Excel y a los números, aunque la imagen de ella en ese espacio cerrado, frente a mí, respirando el mismo aire, con las pupilas dilatadas y la voz al borde del colapso, no se borra.

La ciudad se oscurece antes de tiempo, como si supiera que hay días que conviene enterrar cuanto antes. Afuera, las luces empiezan a encenderse en las ventanas vecinas, como pequeños ojos brillantes observando desde edificios que ni conozco ni quiero conocer. En mi despacho, sin embargo, no hay más luz que la que proyecta la pantalla del portátil, abierta de nuevo sobre los papeles con las fantasías de Bianca. Lo tengo delante como si fuera un manual de instrucciones escrito por ella para destruirme lentamente.

Paso las páginas con la yema de los dedos, sin apresurarme. Fantasía tras fantasía, palabra tras palabra. Me fijo en la precisión con la que describe cada gesto, cada intención, cada detalle físico. No se limita a decir lo que desea, sino que lo escenifica con la misma claridad con la que se diseña una campaña. Ahora soy yo el que no puede quitarse de la cabeza la idea de verla ejecutar cada uno de esos escenarios, no en papel, sino frente a mí con el cuerpo, la boca y su forma de mirar como si no esperara permiso para hacer nada de todo lo que desea.

Podría decir que estoy perturbado y que esto compromete mi ética, mi liderazgo y mi reputación. Pero nada de eso me preocupa

realmente. Lo único que me inquieta es la certeza de que la quiero ver cumplir cada una de las líneas que ha escrito, aunque no para satisfacer su deseo, sino el mío. No para complacerla, sino para doblegarla.

Saco el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y reviso los mensajes, aunque no hay ninguno de ella, por supuesto.

La imagino en su piso de Brooklyn, ese caos encantador del que habló alguna vez con desprecio burlón. La imagino quitándose los tacones mientras le echa en cara al gato que le arruinó la vida y cómo después se tumba en el sofá, bebiendo vino barato en una copa cara, con el portátil en las rodillas y la cabeza llena de insultos dirigidos a mí o, tal vez, no haya dejado de sonreír desde que salió de aquí. Porque sabe que ha ganado algo, aunque aún no sepa el precio.

Mañana, cuando entre en ese ascensor, lo descubrirá y yo también.

Cierro el portátil y me levanto despacio, como si cualquier movimiento en falso pudiera provocar una reacción en cadena. El reloj marca las 20:12, es demasiado tarde para seguir en la oficina, aunque demasiado temprano para justificar que no tengo a nadie esperándome en casa.

Recojo el abrigo, dejo todo en orden y apago la luz del despacho. Al salir al pasillo, veo que todo está en calma. El suelo pulido refleja las líneas blancas de las lámparas de emergencia y el ascensor central emite su pitido discreto y lejano. Camino hacia el privado, porque quiero ver el espacio, medirlo y recordar cada centímetro de acero inoxidable que mañana nos servirá de tablero. Pulso el botón y las puertas se abren. Cuando entro, observo el interior que está limpio, aséptico y brillante. Cierro los ojos y respiro hondo, a pesar de que todavía no huele a ella. Miro el techo, las paredes y el ángulo en el que se reflejará su perfil si se apoya de espaldas. El lugar exacto donde podría acorralarla sin tocarla.

La veo en mi cabeza con claridad con las manos a los lados, el mentón levantado y la voz firme. Pero sus ojos no podrán mentirme y si lo hacen, me aseguraré de que dejen de hacerlo.

Capítulo 11

Logan

Llego a la oficina más temprano de lo habitual. No porque lo necesite, sino porque quiero estar aquí antes que ella y dominar el tablero antes de que aparezca la reina. Mi equipo de seguridad ya tiene instrucciones. Hoy nadie puede usar el ascensor privado entre las 07:30 y las 08:30. El aviso figura como una revisión técnica, aunque lo único que vamos a revisar aquí es la capacidad de autocontrol de dos adultos disfrazados de ejecutivos.

Son las 07:28 y ya estoy dentro.

El ascensor me recibe con su reflejo impersonal de acero. Es limpio, hermético, elegante y diseñado para ejecutivos con alergia a la plebe. Siempre me ha parecido un lugar anodino, pero esta mañana, mientras observo mi propia figura reflejada en las puertas cerradas, hay algo que me resulta diferente.

Me recoloco el cuello de la camisa, me ajusto la corbata y compruebo que el reloj marca la hora exacta. No es vanidad, sino estrategia. He leído cada una de sus fantasías y sé qué detalles le obsesionan, qué versión de mí quiere ver aquí dentro y pienso mostrársela.

Escucho el sonido de sus tacones antes de verla. Tres segundos después, la puerta se abre con un leve pitido y Swan aparece al otro lado. Va vestida de forma insultantemente neutra: un pantalón oscuro, una blusa blanca sin escote, un moño tenso y maquillada como si fuera a declarar en un juicio. No obstante, para mí todo en ella grita intención. Hasta el intento de querer pasar desapercibida es una provocación, porque lo que de verdad me corta el aire no es su ropa, sino su mirada. Clava sus ojos en los míos sin pestañear. No me pregunta nada, ni siquiera me saluda. Solo entra y pulsa el botón de la planta 42. Las puertas se cierran, aunque ninguno de los dos decimos ni una palabra. El ascensor arranca y

seguimos en silencio, aunque el ambiente se carga en tres segundos. Es como una tormenta que no necesita truenos, solo cuerpos demasiado cerca.

Ella se apoya ligeramente contra la pared trasera sin cruzar los brazos, ni moverse. Mientras, yo permanezco de pie junto al panel, sin tocar nada, con las manos a los lados, la espalda recta y la vista fija en el reflejo de ambos sobre el acero.

—Swan —suelto con un tono bajo, más para probar mi propia voz que para provocarla—. ¿Estás segura?

—No he firmado ningún contrato —responde, sin girarse—, pero estoy aquí.

No hace falta decir más, porque esto no es un ensayo, sino una ejecución.

Vuelvo la cabeza despacio y la observo de perfil. Veo cómo le vibra el pulso en su cuello y la veo tragar saliva y respirar hondo. Pero no retrocede ni parpadea.

—No hay contacto físico —le recuerdo—. Solo tensión.

—Ya lo sé.

—Entonces hazlo.

—¿El qué?

—Lo que tú escribiste.

Se queda en silencio y me mira despacio, como si estuviera decidiendo si devorarme o abofetearme. Después se incorpora, camina dos pasos, me rodea y se detiene justo a mi espalda.

—Fantasía número tres —dice, con la voz más suave que le he oído nunca—. Ascensor, hora punta, cuarenta y dos pisos y ninguna salida.

Noto su aliento tras mi nuca, pero no me toca, porque no se acerca del todo. Aunque su presencia es tan física que tengo que cerrar los puños para no romper mi propia regla.

—Él entra —sigue—. Ella ya está dentro. Le huele. Le odia. Le desea. Lo mira por el reflejo, pero no de frente. Piensa en su boca, en sus manos y en lo que haría si se le ocurriera decir una palabra.

—¿Y si la dice?

—Entonces se acabó el juego.

Vuelvo la cabeza, muy despacio hacia ella, pero no se aparta. Ahora mismo estamos tan cerca, que puedo contar los puntos de luz reflejados en sus pupilas y, aunque no la toco, me corre fuego por las venas.

Capítulo 12

Bianca

—Empecemos el juego, entonces —suelto con convicción.

—Adelante —me responde al instante sin dejar de mirarme a los ojos.

—Lo quiero de rodillas —empiezo, con voz firme—. Mirándome con esa cara de arrogante derrotado.

Logan no dice nada, ni se inmuta. Pero puedo ver, con la precisión que da la obsesión, cómo la comisura de su boca se tensa apenas un milímetro y el músculo de su mandíbula se marca con esa contención que lleva días perfeccionando. Continúo.

—Quiero marcar su escritorio con mis gemidos y arañarle la espalda con las uñas mientras me suplica que no me vaya.

No sé qué me posee, pero cada palabra que sale de mi boca suena más real que cuando las escribí. Es mi voz, sí, pero cargada de una electricidad que no sabía que tenía dentro. No tiemblo ni me disculpo. Lo miro de frente, con una mezcla de rabia y deseo que ya ni intento disimular.

Él sigue sin moverse y sin decir nada, pero su respiración empieza a volverse más lenta y profunda. El ascensor sube, los números parpadean. Piso 10. Piso 11. Piso 12, pero de pronto, todo se para en seco entre dos plantas, como si alguien hubiera pulsado el botón de emergencia. Logan gira el rostro hacia mí, muy despacio, como si acabara de ganar la primera mano de una partida en la que yo aún no sé las reglas. No dice ni hace nada, pero el mensaje es claro.

Esto también forma parte del juego.

El acero de las paredes parece reflejar no solo nuestras imágenes, sino la tensión que nos envuelve. Estoy de pie frente a él, a menos de un metro, notando cómo la adrenalina me sube por la nuca y el calor me recorre el cuerpo en una ola densa y peligrosa. Él

me observa como si hubiera estado esperando este momento desde mucho antes de leer ese maldito correo y puede que lo haya estado haciendo.

Doy un paso hacia él y el espacio entre nosotros desaparece casi del todo. Levanto la mano con lentitud, buscando su cara y su mandíbula perfecta, esa línea recta que siempre está tensa. Me inclino, aunque no para besarlo, sino para que mi aliento roce su boca.

—No te atreves —le susurro, aunque sé que, en realidad, soy yo la que no se atreve.

Logan no responde. Su mirada permanece fija en la mía, tan contenida que parece casi esculpida en mármol. Pero bajo esa superficie de piedra sé que algo se mueve. Lo noto en la forma en que su pecho se mueve agitado y en cómo sus pupilas dilatadas se clavan en mi boca. Sin embargo, no se mueve ni reacciona. Es como si quisiera ver hasta dónde estoy dispuesta a llegar antes de romper el hechizo.

Me mantengo firme, o eso intento, porque cada célula de mi cuerpo está gritando para que lo toque y cierre esa distancia con un beso que no sería suave ni dulce, sino una explosión de todo lo que llevamos días tragándonos. Pero no lo hago, no me lo permito, porque sé que en cuanto cruce esa línea, no podré retroceder. Ninguno de los dos podrá.

—¿Esto es lo que querías? —pregunto en voz baja, casi ronca.

Logan me sostiene la mirada durante lo que parecen siglos comprimidos y mueve la cabeza, un gesto mínimo que podría significar muchas cosas, pero que yo interpreto como un sí, porque este hombre es una declaración constante de cosas que no dice.

El ascensor sigue detenido y las luces parpadean. Afuera, el mundo continúa girando, pero aquí dentro todo está suspendido en una tensión que arde cada vez con más fuerza. Me aparto un paso de él, lo justo para que el aire vuelva a circular entre nosotros. Me apoyo contra la pared y cruzo los brazos como si eso fuera a contener el temblor que recorre mis dedos.

Logan da un paso hacia el panel de control, pulsa un par de botones y, como si nada, el ascensor vuelve a arrancar. Piso 15. Piso

16. Piso 17.

El hechizo se resquebraja, pero no se rompe, al contrario, se transforma en algo aún más peligroso: una promesa tácita.

—Una fantasía menos —dice cuando nos detenemos.

Su voz me llega como un susurro rasgado por el deseo, tan grave que parece sacado de otro plano. Me giro lentamente hacia él y veo que me mira con una media sonrisa que no tiene nada de amable. Es satisfacción, peligro y poder.

—Y cada vez juegas mejor, Swan.

Las puertas se abren y la luz del pasillo nos inunda. Él no se mueve. Me deja decidir si salir o quedarme, pero esta vez, no dudo. Salgo sin girarme y camino con el pulso desbocado, las piernas flojas y la sensación de que acabo de abrir una caja que no se puede volver a cerrar después de esto.

Cuando llego a recepción, nadie parece haber notado nada. Todo sigue igual, excepto yo, porque yo ya no soy la misma. Hay algo dentro de mí que ha hecho clic, algo que ha cruzado la línea entre la fantasía privada y la realidad compartida y ese algo tiene nombre, apellidos y un maldito traje hecho a medida.

Paso el resto de la jornada funcionando en piloto automático. Contesto correos sin leerlos dos veces y paso llamadas equivocadas. Nadie sospecha nada, pero yo sigo ardiendo por dentro.

Cuando por fin termina la jornada, recojo mis cosas y salgo del edificio con las mejillas aún encendidas. Necesito distancia, respirar y no pensar en su cuerpo inclinado sobre mí, ni en él susurrándome al oído. Pero claro, eso sería demasiado fácil.

En el metro de vuelta a casa, repaso mentalmente cada segundo del ascensor como si fueran las escenas de una película prohibida que solo yo he tenido el privilegio de protagonizar. Mientras el vagón me zarandea, llego a una única conclusión: he perdido el control o quizá nunca lo tuve.

Brooklyn me recibe con sus ruidos de siempre: sirenas en la distancia, vecinos gritando por la ventana y un niño llorando en el tercer piso como banda sonora estable de mi vida. Mientras me deleito con todos los estímulos que me rodean, subo las escaleras con resignación, porque el ascensor continúa estropeado.

Al abrir la puerta de mi apartamento, veo que Lord Voldemiau me espera sobre la alfombra del salón, sentado con la dignidad de un emperador bizantino. Al verme entrar, no se digna a maullar. Solo entrecierra los ojos y me da la espalda con ese desprecio tan suyo y yo le lanzo una mirada agotada.

—No empieces —le advierto mientras me dejo caer en el sofá como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

El portátil está sobre la mesa de centro. Dudo unos segundos antes de abrirlo. Miro al gato, que ahora se ha subido al respaldo del sofá como si fuera su trono personal.

—Hoy no, Voldemiau. Ni te acerques al teclado.

Él bosteza y me ignora. Abro la carpeta. *Esa* carpeta. La de las fantasías que nunca debieron salir de mi cabeza y busco la línea del ascensor. Está ahí, tan inocente, tan simple, tan irónica. Tomo el ratón. Hago clic y la subrayo de amarillo, como señal de que está cumplida.

Cierro los ojos.

—¿Qué coño viene después?

Dejo el portátil abierto unos segundos más. Miro la pantalla como si en ella pudiera encontrar respuestas, pistas o al menos una excusa para justificar lo que estoy haciendo. Pero no hay nada. Solo esa línea amarilla, el símbolo de un juego que ha dejado de serlo, al menos para mí.

Me levanto del sofá y camino hasta la cocina. Necesito una copa de vino, para calmar el fuego que aún me corre las venas. Pero cuando abro el armario de la cocina, me detengo. No quiero apagarlo todavía, porque en el fondo, esa parte de mí que nunca admite nada, me gusta cómo me hace sentir. No Logan como persona, ni como jefe, sino esta provocación que me ha devuelto algo que creía perdido.

Me gusta no saber qué va a pasar, cómo me mira y cómo me obliga a sostenerle la mirada cuando lo último que quiero es que vea lo que realmente siento.

Regreso al salón con la copa entre los dedos, sin prisa, y me dejo caer de nuevo en el sofá. Voldemiau se acomoda a mi lado,

ronroneando como si estuviera al tanto de todo y se sintiera orgulloso de su obra maestra.

—Eres un demonio con pelo, ¿lo sabías? —le murmuro, acariciándole el lomo.

Él cierra los ojos con esa paz de los gatos que no tienen remordimientos.

La carpeta sigue abierta en la pantalla. Las demás fantasías esperan, ordenadas, numeradas, impresas y con esa tipografía limpia que convierte mis delirios en algo casi corporativo.

Recorro los títulos con la mirada: el escritorio, el despacho de cristal, el coche de empresa, la sala de juntas, el baño de invitados... Todo sigue esperando su turno. El problema es que lo que me asusta no es que él quiera cumplirlas, sino que yo también lo quiero. Porque lo deseo, me excita y me hace sentir viva. Porque, por mucho que me repita que esto es una locura, una idea suicida para mi carrera, un error colosal, hay algo en mí que ha decidido ignorar todas las alertas y lanzarse de cabeza.

Quizá sea la adrenalina, el vino o quizá sea ese deseo retorcido de dejar de ser siempre la que controla todo. La que mide, la que calcula y la que nunca se permite fallar.

Con Logan no hay espacio para las reglas, al menos, no las de siempre. Solo las suyas y lo peor de todo es que... me tienta seguirlas.

Me termino la copa, apago el portátil, apago la lámpara y me quedo a oscuras, con Voldemiau acurrucado en mi regazo y la ciudad zumbando al otro lado de la ventana. En mi mente, el ascensor aún no se ha detenido. Todavía estoy ahí dentro, con su mirada clavada en la mía, sus susurros en mi oído y su cuerpo tenso por no tocarme.

El maullido de Voldemiau me saca del trance. Se despereza, salta al suelo con la elegancia de siempre y se va hacia la cocina, probablemente a preparar su próximo sabotaje. Yo me quedo sola en el salón, pero no en paz. Porque esta historia no ha hecho más que empezar y lo que viene después… es mucho peor.

Capítulo 13

Logan

La puerta del ascensor se cierra con un sonido metálico a mis espaldas, dejándome solo con el reflejo distorsionado de lo que acaba de pasar. Bianca se ha marchado sin mirar atrás, pero su sombra sigue aquí dentro. Puedo oler su rastro en el acero, ver la forma de su cuerpo impresa en el espacio que acaba de abandonar y sentir su pulso resonando todavía en mi pecho como si fuera el mío. No me ha tocado, ni yo a ella, pero el deseo ha sido tan físico que podría contar sus huellas con los dedos.

Apoyo la frente contra el panel frío del ascensor y cierro los ojos, intentando rebobinar la escena con objetividad, como si fuera una reunión o uno de los contratos que pasan por mis manos a diario. Pero lo único que consigo es volver a verla inclinada ligeramente hacia mí, con la espalda recta y los labios entreabiertos. Su voz, su provocación, su entrega sin entregarse… me están destrozando.

Esto no es una fantasía. No lo ha sido desde que empecé a memorizar sus horarios y desde que hice instalar las cámaras en recepción alegando motivos de seguridad cuando, en realidad, solo necesitaba una forma de observarla sin que lo supiera. Desde que imprimí sus correos, no por precaución legal, sino porque quería leerlos una y otra vez, hasta saberme cada línea de memoria. Esto ha dejado de ser un experimento, pero el problema no es ella, sino yo.

Yo, con mi traje perfecto y mi contención habitual, con este despacho lleno de cristales que no me protegen de nada, y con la boca seca de tanto contener lo que no digo. Yo, el que no repite errores, el que dejó que Charlotte lo rompiera en mil pedazos y se juró no volver a pasar por algo así. Pero ahora estoy aquí,

empapado de sudor en un ascensor sin haber hecho nada más que mirarla de cerca.

El tiempo solía ser mi arma secreta, el aliado silencioso que me daba ventaja en cada negociación y movimiento. Pero con Bianca Swan todo se ha invertido: ahora cada minuto que paso sin rozarla es un minuto que me desangra. Ese correo que me envió que debería ser mi triunfo no es un botín, sino un campo de minas; cada fantasía subrayada y llevada a cabo no es una conquista, sino una grieta más en mi autocontrol. Estoy hasta el cuello y lo sé, aun así, no tengo la menor intención de salir de aquí.

Mañana tocará elegir la siguiente. La cuarta, la séptima… el número es lo de menos. Lo que importa es que ella ya ha cruzado una línea, aunque todavía no lo sepa y yo no solo la he seguido, he quemado el puto mapa y no pienso volver atrás. Porque esto ya no es un juego, sino una caída libre y estoy deseando ver hasta dónde llegamos.

Regreso a mi despacho con la máscara de siempre, cruzando la planta sin mirar a nadie y fingiendo que tengo todo bajo control. Por fuera soy calma, pero por dentro, cada paso me acerca un poco más hacia el momento en que esta tensión estalle. Cuando eso suceda no será elegante, ni limpio, ni razonable. Será ella gritando mi nombre entre estas paredes y seré yo, por fin, dentro de ella.

Vuelvo a abrir sus correos. No porque deba, ni porque sea prudente o estratégico, ni por una necesidad racional de control de daños o revisión legal. Lo hago porque no puedo evitarlo, porque hay algo en esas palabras y en la forma descarada y lúcida con la que me desea, que se me ha metido bajo la piel como una toxina lenta, adictiva y jodidamente eficaz.

Cada línea tiene el ritmo de un secreto bien guardado y el descaro de quien ya no teme que la descubran. Las escribió sin filtro ni decoro, como si su deseo fuera una confesión privada lanzada al vacío, sabiendo que nadie la leería jamás. Sin embargo, aquí estoy yo, leyéndolas cada dos por tres como un adolescente idiota con acceso prohibido a la mente de la única mujer que ha conseguido volverme loco sin tocarme.

Al principio, intentaba convencerme de que era parte de la evaluación del problema y que necesitaba conocer a fondo el terreno antes de mover una pieza, porque todo esto es parte de mi necesidad de controlarlo todo. Pero esa mentira se disolvió en cuanto empecé a llenar mis noches con la necesidad de abrir ese archivo y leer en voz alta frases como: «Quiero morderle la mandíbula hasta que se quede sin palabras. Quiero que me ate con su corbata, pero no para someterme, sino para retenerme y que no me escape de su boca».

No sé cuántas veces lo he leído ya. Tengo memorizadas cada palabra, coma y detonación de deseo cuidadosamente formuladas por una mujer que, sin saberlo, ha convertido mi vida profesional en un infierno de autocontrol constante.

Podría cerrar el documento ahora mismo, borrarlo y fingir que nunca ha existido, pero no lo hago, porque el daño ya está hecho. Además, cada vez que la veo cruzar el vestíbulo con esa expresión de fingida indiferencia, o que pasa junto a mi mesa sin mirarme, o que clava su lengua afilada en algún comentario sarcástico delante de otros, lo único que pienso es en cómo se vería con las muñecas atadas con mi corbata y la espalda arqueada sobre mi escritorio.

El problema es que eso no es nada profesional, sino completamente personal y peligroso.

Esta mañana he llegado al despacho antes que nadie. Me he servido un café negro y me he sentado en el sofá con el portátil sobre las rodillas. Desde aquí se ve todo Manhattan, aunque lo único que me interesa ahora mismo no tiene nada que ver con esta ciudad, ni en esta empresa, ni en ningún consejo de administración, sino con ella y conmigo.

Vuelvo a abrir su correo y recorro con los ojos el texto buscando el fragmento exacto que quiero y lo subrayo. Lo leo en voz baja, solo para mí: «Su escritorio golpea mi espalda. Su corbata me ata, mientras él me suplica que no me detenga.»

No pestañeo ni sonrío. Solo siento cómo se me tensa la mandíbula y cómo la sangre empieza a fluir demasiado deprisa hacia mi entrepierna. Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria, me

incorporo despacio, ajusto el nudo de la corbata y marco su extensión directa.

—Swan. A mi despacho. Ahora.

No necesito decir nada más. Ella sabrá por qué la llamo y si no lo sabe todavía, lo sabrá en cuanto vea la pantalla de mi portátil.

El reto está servido y yo ya no estoy dispuesto a fingir que esto es solo un juego.

Cuando Bianca aparece en el umbral de la puerta de mi despacho, lo hace sin rastro de sorpresa ni miedo en la cara, ni tampoco con la altivez provocadora de otros días. Por lo que parece, se ha colocado la armadura exacta para esta ocasión: una mezcla de desafío, elegancia y el rastro mínimo de ironía en la comisura de los labios. Se ha tomado su tiempo para responder a mi llamada, lo cual significa que está eligiendo con cuidado el personaje que quiere interpretar hoy.

Perfecto, porque yo también estoy preparado para el mío.

—Cierra la puerta —le indico sin alzar la voz, señalando con un leve gesto hacia la manivela.

Ella lo hace sin prisas y sin bajar la mirada. No me pregunta por qué la he hecho venir, pero sabe que no se trata de informes ni de contratos. En cuanto sus ojos caen sobre la pantalla de mi portátil con su texto en ella, lo entiende todo.

Se mantiene de pie, frente a mí, sin hablar.

—Fantasía número seis —empiezo, como si leyera el encabezado de un documento—. El despacho.

Ella no reacciona de inmediato, pero la veo parpadear. Apenas una vibración del párpado izquierdo, aunque con eso tengo suficiente para saber que lo recuerda.

—¿Me vas a recitar la lista entera? —quiere saber, cruzando los brazos.

—No. Tú lo vas a hacer —respondo, con la calma de quien tiene todas las cartas en la mano—. En voz alta y desde el principio.

Bianca frunce los labios, se acerca un paso a la mesa y me mira con los ojos entrecerrados.

—Ni de broma —espeta.

—Es el reto, Swan. O lo lees o pierdes —respondo sin dejar espacio para la negociación.

—¿Y si pierdo?

—Ya sabes lo que eso implica.

Se produce un silencio tenso, de esos que no duran más de tres segundos, pero que contienen dentro el peso de decisiones demasiado grandes para un momento como este.

Ella suelta el aire por la nariz, sin dramatismos y luego ladea la cabeza con expresión de falsa inocencia.

—Muy bien, pero con una condición —me dice, apoyando las manos en la mesa y mirándome directamente a los ojos—. Si voy a leerlo, tú no te moverás ni dirás nada. Ni una sonrisa, ni un ruido, ni un jadeo. Si rompes el trato, se anula el reto.

Su voz suena clara, firme y casi impertinente, aunque yo detecto un temblor sutil detrás de la teatralidad. Sin duda, está nerviosa. Igual que yo.

—Acepto —le respondo, inclinándome hacia atrás en mi silla.

Cruzo los tobillos, entrelazo las manos sobre el regazo y le cedo todo el espacio del mundo, el control y la carga.

Ella se acerca a mi portátil y busca el fragmento subrayado en rojo. Cuando lo encuentra, lo lee en silencio un instante. Después, alza la vista y empieza.

—«Me imagino entrando en su despacho, cerrando la puerta con llave» —su voz resuena en la estancia con nitidez—. «Él está en su silla, con la corbata floja, los ojos fijos en mí. Quiero subirme sobre él, inmovilizarle las muñecas y hacerlo suplicar. Quiero morderle la mandíbula hasta que se quede sin palabras».

Cada sílaba es un golpe y cada pausa, una tortura. La ironía de su tono no consigue disimular el voltaje que se filtra en cada palabra que pronuncia. Sabe exactamente lo que está diciendo y cómo me afecta.

Yo no me muevo, ni hago ni el más mínimo gesto, tal y como ella me ha exigido, aunque por dentro, mi cuerpo arde.

Bianca sigue leyendo como si no estuviera recitando una maldita bomba sexual escrita con su propia voz. No vacila en sus movimientos, pero su respiración se ha vuelto entrecortada.

—«Su escritorio golpea mi espalda. Su corbata me ata. Él suplica que no me detenga. Su boca en mi cuello, sus manos en mis muslos, su voz rota de tanto desear. Yo decido cuánto y cuándo».

Levanta la vista, me mira y durante unos segundos no dice nada más, como si esperara que yo rompa el pacto que ella misma ha dictado. Que diga algo, me levante o haga cualquier cosa. Pero no lo hago. Mantengo el gesto neutro, aunque por dentro no queda ni rastro del control que he fingido desde que ha cruzado la puerta.

Estoy completamente erecto y ella lo sabe, porque lo ha visto. Es parte del juego.

Su sonrisa, si puede llamarse así, es mínima, como si supiera que acaba de ganar una batalla mucho más peligrosa que todas las anteriores. Se aparta del portátil y se recoloca el cuello de su *blazer* con un gesto automático. Antes de girarse, me lanza una última frase, como una granada explosivo.

—Un placer, señor Kingsley.

su voz con esa entonación perfecta entre burla y veneno, se me mete bajo la piel como una descarga eléctrica. Cada palabra que ha pronunciado sigue flotando en el aire de mi despacho, pegándose a las paredes y contaminando todas las superficies con deseo.

No digo nada ni siquiera cuando se va, ni cuando la puerta se cierra con un clic suave, como si no acabara de estallar aquí dentro un terremoto.

Mis nudillos están blancos de tanto apretar el borde del escritorio. Respiro por la nariz, con violencia y cierro los ojos, aunque no sirve de nada. Cada imagen que ha proyectado con su lectura sigue tatuada dentro de mi cabeza, en mi cuerpo y en la polla que me late bajo el pantalón con una desesperación que no recordaba desde hace años.

Estoy perdiendo y me odio por ello, pero no puedo parar.

El despacho se queda en silencio, aunque la palabra no le hace justicia a lo que siento. No es solo la ausencia de sonido. Es la reverberación de lo que ha dejado tras de sí. Me paso una mano por la nuca, intento recomponerme, recuperar la compostura y fingir que todo sigue bajo control. Pero mi cuerpo no colabora. La erección es real y dolorosamente tensa. Mi respiración sigue fuera de ritmo, y

cada uno de mis músculos está alerta como si acabara de salir de una pelea cuerpo a cuerpo. Aunque, en cierto modo, eso ha sido: una batalla sin contacto físico, pero con más impacto que cualquier roce.

Miro de nuevo el texto en la pantalla de mi ordenador y releo. Cada línea es un disparo directo a mi sistema nervioso. No sé qué tipo de masoquista hay en mí que sigue volviendo a ellas, pero regreso una y otra vez.

Me levanto de la silla con un movimiento brusco y me sirvo un vaso de agua, porque si me sirviera un whisky sería admitir que ya he cruzado el umbral. Camino hasta la ventana y observo la ciudad que sigue inmutable y perfecta en su arrogancia. La ciudad sigue su curso sin saber que yo, Logan Kingsley, CEO de un imperio que no responde ante nadie, estoy parado frente al cristal como un adolescente que acaba de tener su primer sueño húmedo.

Bianca Swan. Su nombre me recorre por dentro con una mezcla letal de deseo, rabia y admiración. Es brillante, pero también insoportable y un desafío constante. Pero también es mi droga y no una cualquiera. Es esa clase de adicción que entra por los ojos, arde en el pecho y se instala donde más daño hace.

Debería reubicarla, transferirla de departamento y aplicar el protocolo de crisis, blindarme legal y emocionalmente. Podría hacerlo, para algo soy el jefe. Tengo todos los recursos para desactivar esta bomba antes de que estalle, pero no quiero.

Cierro los ojos y vuelvo a escuchar su voz en mi cabeza. Esa entonación calculadamente inocente: «Su escritorio golpea mi espalda. Su corbata me ata…».

No hay forma de volver atrás después de eso. Estoy jodido como nunca lo he estado.

Capítulo 14

Logan

Hay noches que no pueden dejarse al azar cuando hay inversores volando desde California, periodistas financieros armados con sus habituales sonrisas falsas y socios estratégicos dispuestos a juzgar cada apretón de manos como si fuera una declaración de principios. Esta noche, en la terraza del edificio Delacroix, rodeado de copas de cristal y luces blancas colgadas como constelaciones artificiales sobre el skyline de Manhattan, Kingsley & Co. deberá brillar como una puta supernova. No bastará con exhibir números, proyecciones o promesas. Habrá que vender imagen, seguridad, influencia y estilo.

A pesar de que podría cumplir con esa exigencia solo, como he hecho durante años y tal y como esperan de mí, hoy decido no hacerlo. No porque necesite a nadie, sino porque hay algo más eficaz que la soledad estratégica: una acompañante que descoloque y hable con soltura mientras el resto intenta encajarla.

Podría elegir a cualquiera quizá a alguna ejecutiva de relaciones públicas o incluso podría pagarle a una actriz profesional, pero no me apetece fingir nada. Lo que quiero y eso es lo más jodido de admitir, es llevar a Swan, aunque no lo hago porque encaje, sino porque no lo hace en absoluto.

En cuanto lo decidí, traté de racionalizarlo. Me convencí de que era por su carisma involuntario y por su lengua afilada, con la que logra desactivar incluso a los tiburones con más horas de vuelo en la bolsa. Me repetí que su sentido del humor podía ser una herramienta útil para aligerar los formalismos típicos de estas situaciones, y que su presencia fresca e inesperada haría que los asistentes recordaran el evento como algo menos artificial, aunque todo eso me parecía demasiado lógico y razonable para justificar lo

que en realidad es una provocación personal que ni siquiera ella sabe aún.

Realmente, no deseo ver cómo se comporta en una fiesta sino verla a mi lado y lejos del mostrador de recepción, sin ese lugar que la protege y a la vez la encierra. Quiero comprobar qué hace cuando la arrojo al océano abierto y la obligo a nadar entre ejecutivos, fotógrafos y champán. Quiero ver si se ahoga o si empieza a morder.

Elijo el momento con cuidado. Son casi las siete, la planta ya se ha vaciado de los parásitos que solo cumplen horarios y los únicos que quedamos somos los que no miramos el reloj para decidir el momento de dejar de trabajar.

Pulso el botón del teléfono interno.

—Swan, a mi despacho.

Cuando entra en mi despacho, lo hace sin llamar, como si le perteneciera cada milímetro de mi suelo y aunque su rostro esté ligeramente tenso, la manera en la que me sostiene la mirada indica que ha venido preparada para la guerra.

—¿Me vas a decir de qué va esta reunión exprés o prefieres que lo adivine? —me pregunta con un tono de voz entre la ironía y el veneno.

Le señalo la silla que hay frente a mi escritorio y la observo, mientras disfruto de los segundos que tarda en decidir si sentarse o no. Cuando lo hace, cruza las piernas y se inclina hacia atrás con una actitud de falsa indiferencia, que lo único que consigue es acentuar el interés que intenta disimular.

—Mañana por la noche hay un evento en un *rooftop* en el Soho con inversores, clientes, ejecutivos internacionales… y habrá prensa especializada. Necesito que me acompañes.

No uso verbos dulces, ni disfrazo la orden de sugerencia. Sin embargo, ella no responde enseguida. Deja que las palabras se queden flotando entre los dos, como si fueran demasiado absurdas para tomárselas en serio.

—¿Quieres que te acompañe? ¿A un evento oficial? ¿De la empresa? —repite, con una carcajada incrédula que roza el sarcasmo—. ¿Por qué no invitas a alguna de tus novias de alquiler?

Seguro que hay alguna que cobra por evento y te hace descuento por repetir.

Suelto un suspiro imperceptible. Sabía que iba a reaccionar así. Lo esperaba y, en parte, lo deseaba. Pero ni eso disminuye el efecto que tiene su desdén cuando lo lanza con la precisión de un francotirador entrenado.

—No necesito una muñeca decorativa sino presencia, agilidad verbal y capacidad de reacción ante preguntas incómodas. Alguien que no se arrugue ante un CEO con tres apellidos o un periodista con hambre de titulares… Y, aunque me cueste admitirlo, tú encajas en esa descripción.

—Me halaga —me responde, ladeando la cabeza—. Aunque sigue sin quedarme claro por qué querrías llevar a la recepcionista cuando tienes socias con masters en Harvard y vestidos de Carolina Herrera.

—Porque ellas no me retan —le contesto sin pensarlo demasiado, y noto el destello que eso provoca en sus pupilas—. Porque no quiero compañía neutral sino un duelo de sonrisas, y tú tienes munición de sobra para eso y para más.

No sé en qué momento he dejado de hablarle como jefe, pero ya es tarde para corregirme. Las cartas están sobre la mesa y Swan, maldita sea, parece estar disfrutando del juego.

—¿Y cuál sería mi papel en todo esto? —quiere saber alzando una ceja—. ¿La asistente silenciosa? ¿La amante misteriosa? ¿La bomba de relojería que todos miran con curiosidad, pero nadie se atreve a tocar?

—Ninguno de esos —respondo, recostándome en la silla con una lentitud medida—. Eres Bianca Swan y con eso basta.

Ella no lo dice en voz alta, pero algo en su gesto cambia. Ya no se trata de obedecer o negarse, sino de entender por qué, entre todas las opciones posibles, la he elegido a ella. Lo está procesando, midiendo los riesgos y calculando las consecuencias.

No espero un «sí» inmediato, ni siquiera lo quiero. Lo que me interesa es verla dudar y contemplar cómo se retuerce bajo la certeza de que aceptará, aunque no le guste reconocerlo. Swan no

puede resistirse a un desafío, sobre todo si la propuesta viene empaquetada con el envoltorio de algo prohibido.

—No tienes por qué fingir entusiasmo —añado, consciente de que está a punto de decir algo mordaz—. Esto no va de ti, es una estrategia. Un peón movido con precisión.

—Ah, estupendo —responde con una sonrisa inteligente—. ¿Y qué me pongo para la humillación pública? ¿Tacones de aguja y un cartel que diga «¿No soy scort, lo juro?»

—Lo que te dé la gana, pero que no me avergüence.

—¿A ti? —su ceja se eleva como si acabara de oler sangre—. Lo dices como si eso fuera posible.

Me limito a clavar la mirada en la suya. De cerca, con la luz de mi despacho reflejada en sus pupilas, Swan es dinamita envasada con esmero. Su actitud es un cóctel peligroso de sarcasmo, orgullo y algo más oscuro que se asoma cada vez que deja de hablar. Esa cosa que vibra entre nosotros desde que leí el primer párrafo de su correo.

—Lo digo porque hay reglas. Estás entrando en una esfera, donde cualquier gesto se analiza y cada palabra cuenta. Así que no quiero comentarios maliciosos, ni titubeos, ni miradas que delaten que no sabes por qué estás allí.

—¿Y lo sé? —pregunta, sin moverse ni un milímetro.

—Lo sabrás cuando estemos allí.

Ella no dice nada durante unos segundos. Su boca se tensa, como si contuviera una frase que no debería decir, hasta que, finalmente, se inclina hacia delante, apoya los antebrazos en los brazos del sillón, y suelta:

—Solo lo haré si me prometes que no intentarás marcar territorio. No eres mi jefe esa noche, ni me vas a manejar como a tus socios. Si alguien se me acerca, no harás nada. Si alguien me pregunta si estoy soltera, responderé lo que quiera. Si sonrío demasiado, no me lo echarás en cara. ¿Estamos?

Sus reglas, lanzadas con tono burlón, son una trampa. Lo sabe y yo también lo sé, pero me da igual.

—Estamos —digo, con la voz más calmada de la que dispongo.

—Perfecto —se pone en pie, se alisa la falda como si acabara de cerrar un trato millonario y se dirige a la puerta con ese paso suyo de sarcasmo elegante y riesgo latente—. Entonces nos vemos mañana, jefe.

—A las ocho. Te recogeré en la torre.

Ella no se gira. Solo levanta una mano en señal de confirmación antes de desaparecer por el pasillo.

Me quedo solo, sentado en la misma posición, con los codos sobre los reposabrazos, los dedos entrelazados y el pulso alterado. Ni siquiera sé qué parte exacta de la conversación ha activado esta necesidad ridícula de controlar algo que ya se me ha escapado.

No sé si ha sido su voz, la seguridad con la que ha lanzado sus condiciones o la imagen mental repentina, feroz e imposible de borrar de ella caminando a mi lado entre copas de champán y las luces de Manhattan.

El evento se suponía que era una estrategia. Un simple movimiento de ajedrez para reforzar mi imagen. Pero ahora mismo, mientras contemplo el reflejo de mi despacho en los ventanales oscuros, tengo claro que hay algo en juego mucho más peligroso que la reputación de Kingsley & Co.

Swan va a venir vestida para la guerra y va a sonreír a mis enemigos, a incomodar a mis aliados, a provocarme sin siquiera tocar… y yo voy a permitirlo o, peor aún, voy a disfrutarlo.

La invitación al *rooftop* no ha salido todavía de la oficina de eventos. He ordenado que esperen hasta mañana por la mañana para enviarla. Quiero que llegue a su bandeja de entrada cuando esté sentada en su silla, con el café a medio terminar y atenta a la centralita. Quiero ver si se inmuta, si parpadea o si su dedo tiembla antes de abrir el archivo. Porque si algo he aprendido de Swan en estas últimas semanas más allá de su capacidad inquietante para sacarme de quicio, es que sus reacciones nunca son predecibles y, precisamente por eso, son adictivas.

Podría haberlo hecho todo de manera estándar: enviar una nota formal, añadir su nombre a la lista de invitados, decirle que se encargue del *check-in*, y dejar que lo interprete como lo que no es.

Pero esa ambigüedad ya no me interesa, no necesito medias tintas. La quiero allí, a mi lado y ver cómo sostiene una copa de vino blanco mientras desarma a la gente con una sola ceja levantada. Deseo verla disfrazar la provocación con un comentario casual y observar cómo los demás intentan entender si les está halagando o insultando.

Deseo verla incómoda, pero no desbordada, y atenta, pero no sumisa. La quiero observándome entre palabra y palabra, porque, aunque no lo admita, hay una parte de mí que solo se enciende cuando ella entra en mi campo de visión.

Durante la reunión con Simmons y los responsables del fondo BlackPearl, me esfuerzo por no imaginar el vestido que llevará. Me repito que da igual si elige uno de tirantes o de manga larga, si el escote será discreto o desafiante, o si dejará ver las clavículas o las ocultará. Pero, mientras Simmons divaga sobre la rentabilidad proyectada del nuevo fondo de inversión, mi mente visualiza la forma delicada de su cuello, el tono de sus labios y la manera en que se inclina hacia adelante cuando quiere decir algo que no debería.

—Kingsley —me llama Simmons, alzando la voz—. ¿Estás de acuerdo con el planteamiento?

Tardo medio segundo en volver al presente y asiento con la cabeza. Por suerte, nadie nota nada.

—Por supuesto.

Miento con profesionalidad. Luego desvío la vista hacia la agenda de papel abierta frente a mí, como si lo anotado allí pudiera ayudarme a borrar las imágenes mentales de Swan, aunque no lo consigue.

A las ocho en punto, estoy de pie junto a la cristalera de mi despacho, con una copa de bourbon en la mano. El reflejo me devuelve la imagen de un hombre que lo tiene todo bajo control, la americana perfectamente entallada, el nudo de la corbata aún impecable y la mirada atenta de quien no parpadea ni cuando está solo. No obstante, aunque por fuera parezco calmado, estoy nervioso. Mañana por la noche voy a presentarla al mundo no como

recepcionista, ni como subordinada, sino como mi acompañante, lo que, en mi mundo, es casi una declaración de guerra.

Podría cancelar el evento, cambiar de acompañante o fingir que fue solo una idea absurda dictada por la tensión sexual no resuelta que hay entre ella y yo. Podría, incluso, invitar a alguna de las mujeres con las que solía salir antes de que Swan apareciera con su correo lleno de fantasías sexuales, pero no lo voy a hacer. Quiero verla hablando con un CEO europeo mientras sabe que la estoy observando. Deseo descubrir cuántos segundos aguantará sin lanzarme una de sus miradas sarcásticas o cuántas copas le tomará empezar a jugar en serio. Aunque lo peor de todo es que lo que más anhelo es tenerla cerca, vestida como si supiera el efecto que tiene en mí, y con esa forma de mirarme… como si estuviera dispuesta a lo que sea, siempre que sea conmigo.

Reviso mi correo por enésima vez, como si esperara algún tipo de advertencia divina que me obligue a retroceder. Pero no hay mensajes nuevos, ni cancelaciones, ni reproches de Recursos Humanos. El mundo sigue girando como si yo no estuviera a punto de usar un evento corporativo para poner a prueba mis propios límites. No obstante, lo más inquietante de todo es que ya ni siquiera me preocupa lo que pensaría el comité si supieran que estoy metiendo a una recepcionista sarcástica y explosiva en un cóctel exclusivo para la élite financiera de Manhattan. Lo único que me interesa es la cara que va a poner cuando entre en ese *rooftop*, se quite el abrigo y entienda el calibre del escenario que le he preparado. Porque ese es el truco, ¿no? Darle un papel y ver cómo lo transforma.

Mañana será una prueba, pero también será una bomba de relojería con copas de champán, trajes caros y secretos a punto de saltar por los aires. Tendremos Manhattan a nuestros pies y ella caminará a mi lado con ese vestido que aún no sé cómo será, aunque estoy convencido de que será algo que no le deje margen de duda a nadie sobre quién la ha elegido. Aunque elegir no es la palabra, porque en este momento ya no se trata de decisiones sino

de consecuencias. La noche nos pertenece y no tengo ni idea de cómo diablos voy a sobrevivirla sin hacerla mía.

Las horas siguientes transcurren entre reuniones, firmas, ajustes presupuestarios y llamadas a tres bandas que me mantienen clavado al escritorio como si nada hubiera cambiado. Pero incluso dentro del orden perfecto de mi agenda, hay un margen de error que no consigo neutralizar, porque cada movimiento del día, cada decisión y cada firma, lleva la marca invisible de Swan.

He empezado a dividir mis pensamientos en dos columnas: lo profesional y lo que me arde en las venas. En la primera entran los datos, las cifras, los objetivos a largo plazo, la imagen pública, los contratos de inversión y las decisiones que marcan el curso de una empresa como Kingsley & Co. En la segunda… está ella, sus correos, su voz, la forma en que desafía cada norma sin levantar un dedo, la maldita necesidad de querer ver hasta dónde estaría dispuesta a llegar y lo peor de todo: hasta dónde estaría dispuesto a llegar yo.

Porque, a pesar de que el juego ha empezado con reglas, se han convertido en líneas borrosas. Sin embargo, ahora lo único que separa la provocación del deseo es un puñado de palabras demasiado bien escritas.

Cuando llega la hora de cerrar el despacho, no me muevo. El edificio empieza a vaciarse. Escucho las puertas del ascensor abrirse y cerrarse a intervalos espaciados. Podría irme y regresar a casa, preparar el evento de mañana con la cabeza fría y mantener la distancia que el protocolo exige, pero no lo hago.

Me quedo de pie junto al ventanal, contemplando la ciudad y vuelvo a verla en mi mente: su expresión cuando dije que me acompañaría, la manera en que reprimió una sonrisa y el relámpago de duda en sus ojos antes de enmascararlo con sarcasmo.

Sí, sin duda, está jugando, pero yo también. Ambos lo sabemos, aunque debato de ese juego hay una verdad que ninguno de los dos ha querido nombrar, porque hacerlo sería dinamitar el poco control que nos queda.

Bianca no es solo una distracción, ni un reto, ni siquiera es solo deseo. Ella es la única variable que me ha desestabilizado en

año y, precisamente por eso no puedo evitar seguir provocándola. Porque si ella cae, yo también caeré con ella.

Mañana por la noche, cuando entremos juntos en ese *rooftop*, quiero ver la reacción en sus ojos al descubrir que ya no juega en casa. Quiero comprobar si puede seguir en pie cuando le arranque el aire con solo una mirada y recordarle, con cada gesto, que fue ella quien escribió la fantasía. Yo solo estoy cumpliendo mi parte del trato.

Vuelvo al escritorio, apago el portátil, recojo el móvil y me ajusto los gemelos con la precisión de quien está a punto de asistir a su propia emboscada. Mientras camino hacia el ascensor, dejo que una última idea se asiente en mi cabeza con la nitidez de una predicción: Ya no es cuestión de si irá o no, sino de lo que sucederá cuando la tenga conmigo allí arriba, bajo las luces de Manhattan.

Estoy preparado para cualquier respuesta, porque mañana por la noche, Swan, será tu debut oficial. Yo estaré contemplando cada paso, cada duda y cada gesto. Esperando el momento exacto en que deje de fingir.

Capítulo 15

Bianca

Mi armario parece una escena del crimen. Hay zapatos desparejados, vestidos colgando de las puertas, cremalleras abiertas como heridas y perchas abandonadas por el suelo como si alguien hubiera intentado huir y no lo hubiera conseguido.

—Esto es una trampa —murmuro, sujetando un vestido negro que ni siquiera recordaba tener—. Es una trampa elegante, sofisticada y probablemente cubierta de champán caro, pero trampa al fin y al cabo.

Daphne, que lleva media hora tumbada en mi cama con una copa de vino y expresión de crítica de Vogue desquiciada, no aparta la vista del móvil.

—Eso no dice «trampa», eso exclama «cóseme a tu cuerpo y llévame al infierno, papi».

—¿Perdona?

—Es lo que diría el vestido si pudiera hablar… aunque, viendo tu cara, ya lo está intentando.

Tiro el vestido sobre la silla y me dejo caer junto a las botas, los demás vestidos descartados y el orgullo pisoteado. Esta noche tengo un evento en un *rooftop* de Manhattan con clientes importantes, gente con trajes que valen más que mi alquiler anual, vistas de infarto, fotógrafos y champán francés. Pura pornografía ejecutiva, mientras yo llevo dos días evitando a Logan por los pasillos, como si fuera un asesino en serie con traje a medida, pero acepté acompañarlo con una mezcla de valentía suicida y desesperación hormonal. ¿Qué demonios pinto yo allí?

—Nada me queda bien. Nada es lo bastante bueno. Nada dice «sí, soy la recepcionista, pero estoy aquí porque me sale del coño». Todo dice «me he colado por la puerta de atrás y estoy a punto de robar canapés».

—Tienes razón —responde mi amiga, dando un sorbo dramático a su vino antes de señalar el vestido burdeos que colgaba detrás de la puerta—. Ponte ese.

—¿Ese? —frunzo el ceño—. Ese es de hace dos años y me aprieta hasta el alma.

—Exacto. ¡Te aprieta! Eso es justo lo que necesitamos.

Intento protestar, pero me lanza una mirada que me recuerda por qué nunca le gano una discusión. Así que, con resignación teatral, me levanto, cojo el vestido y me encierro en el baño.

Mientras me lo pongo, intento no pensar en él, ni en lo que va a llevar puesto, ni en su forma de caminar, de ocupar el espacio y de mirar con esa mezcla de control absoluto y deseo apenas contenido. Pero claro, pensar en no pensar en algo es la forma más rápida de obsesionarse.

Cuando salgo del baño, Daphne se incorpora con los ojos entrecerrados, como si estuviera a punto de emitir un veredicto en un *reality* de transformaciones.

—Oh, nena… —se abanica con la mano libre—. Eso no es un vestido, es una amenaza.

—Me siento ridícula.

—Te sientes poderosa. Lo que pasa es que no te acuerdas de cómo es eso.

Abro la boca para replicar, pero no me sale ninguna frase que no sea un halago encubierto, así que simplemente suspiro, camino hasta el espejo y me miro de frente. El vestido es ceñido, de un rojo oscuro casi borgoña, con un escote que roza lo indecente, pero se queda en lo exquisito. Mis curvas están ahí, marcadas, orgullosas e imposibles de disimular. El maquillaje que Daphne me ha ayudado a hacerme me resalta los ojos, el labial hace juego con el vestido, y mis tacones favoritos están pidiendo guerra.

Voldemiau decide en ese momento que ha llegado su turno estelar. Salta sobre la cómoda con la ligereza de una diva felina, derriba un frasco de perfume y maúlla como si fuera el encargado de anunciar la sentencia.

Daphne se ríe, levantando la copa en su honor.

—Lo ha dicho claro: vas a romper corazones. Incluido el del jefe trajeado.

Acaricio a Voldemiau con cuidado, como si fuera mi tótem personal, y suspiro otra vez. Las piernas me tiemblan, pero no me voy a echar atrás ahora con todo lo que hay en juego, aunque todavía no sepa qué es exactamente.

Cojo mi abrigo, meto el móvil en el bolso y me dirijo hacia la puerta.

—¿Algún consejo final?

Daphne se incorpora y me acompaña hasta la puerta.

—Sonríe como si no odiaras a los ricos y, por favor, intenta no tirarte a tu jefe encima del catering o, al menos, no antes del postre.

—No prometo nada.

Bajo las escaleras sin mirar atrás, sintiendo una presión en el pecho que casi no me deja llenar los pulmones. El aire de Brooklyn es frío, las luces de la calle parecen más nítidas de lo normal y mi corazón late tan rápido que me da la sensación de que está corriendo hacia Manhattan antes que yo.

El coche que me envían es negro, brillante y tiene chófer incluido. Subo intentando no resbalarme con mis propios nervios, y durante los primeros minutos del trayecto me limito a observar las calles que aparecen al otro lado de la ventanilla. Brooklyn queda atrás mientras Manhattan se alza como un decorado diseñado para humillar a cualquiera que lleve una carrera en la media y tenga una autoestima cuestionable.

Cada vez que el coche se detiene en un semáforo, siento cómo mi estómago se enrosca un poco más. Repaso mentalmente las normas invisibles del evento: no beber demasiado, no hacer chistes sobre las élites, no decir tacos, no mirar demasiado a Logan… O sí, pero sin parecer desesperada… o no. Maldita sea.

Cuando llegamos frente al edificio, un rascacielos de cristal y acero donde el lujo parece escupirte en la cara nada más cruzar la puerta, respiro hondo, bajo del automóvil y camino hacia la recepción. El ascensor ya me está esperando, un cubículo con espejo tintado, suelo de mármol y música ambiental que debería

tranquilizarme, pero solo consigue aumentar la presión que siento en las sienes. A medida que subo piso tras piso, me repito que esto no es una cita, sino trabajo o una representación corporativa o puro teatro. Pero en cuanto se abren las puertas del *rooftop*, toda mi narrativa interna se evapora.

A mi alrededor veo luces cálidas, música de jazz en directo, camareros con bandejas de copas brillantes, un jardín vertical adorna una de las paredes, calefactores distribuidos con precisión y un bar iluminado en azul pálido que parece sacado de una película de espías. Entre todo ese despliegue de medios y derroche veo a Kingsley. Lleva un traje, una camisa blanca con una corbata del mismo azul que sus ojos. Sin duda, es la viva imagen del éxito. Está hablando con dos hombres y una mujer, todos con aspecto de tener acciones en empresas que inventan nuevas formas de hacerse ricos sin mover un dedo. Pero cuando me ve, su expresión se modifica de forma imperceptible en una décima de segundo. Hay una vibración en la comisura de su boca, aunque no llega a ser una sonrisa, es algo más peligroso, como un aviso.

—Bianca —dice cuando se acerca a recibirme, con voz grave y baja, como si estuviéramos solos, aunque haya cincuenta personas a nuestro alrededor—. Justo a tiempo.

—¿Para qué? —le pregunto, dejando que el sarcasmo suavice la tensión—. ¿Para evitar que eches a perder la reputación de tu empresa sin mí?

—Para lo contrario.

Me ofrece su brazo, lo miro y lo tomo. A partir de ahí, empieza el espectáculo. Me presenta a un CEO de una fintech que no sé pronunciar, a una inversora con voz de haber bebido litros whisky a lo largo de los años y a un asesor fiscal, que se pasa toda la conversación mirándome las piernas. Logan los despacha con eficacia, como si supiera que su única función es rellenar minutos de esta coreografía ejecutiva. Cada vez que alguien intenta coquetear conmigo, él se adelanta con una frase sutil, un toque en la espalda o una mirada que delimita su territorio sin tener que levantar la voz. Yo me dejo llevar por la burbuja de la noche, por el cosquilleo de sus dedos al pasarme una copa de champán y por la certeza de que está

jugando conmigo delante de todos como si yo fuera su pieza más inesperada.

—Estás sonriendo demasiado —me dice al oído en un momento en el que nadie mira—. ¿Te estás divirtiendo?

—Estoy fingiendo.

—Mientes muy bien.

—Tú también.

Logan se gira hacia otro grupo, mientras yo me quedo bebiendo en silencio. El vestido, por suerte, ahora solo noto que me aprieta justo en los lugares adecuados, aunque los tacones me están matando, pero la adrenalina lo compensa. Cada gesto suyo es un disparo calculado y cada palabra, una invitación envuelta en protocolo. Empiezo a comprender que todo esto no es un evento cualquiera, sino su forma de probarme.

¿Puedes estar en mi mundo, Swan? ¿Puedes dominarlo sin hundirte?

Decido que esta noche no voy a echarme a temblar, porque si me ha traído hasta aquí es porque, en el fondo, quiere verme brillar o arder, aunque ambas cosas se me dan bastante bien.

Cuando voy al baño para recomponerme y de paso comprobar si mi maquillaje sigue en su sitio y si el escote del vestido no ha mutado en un acto de rebelión estética, me encuentro con mi reflejo en el espejo. En él veo una mujer que parece tenerlo todo bajo control, aunque por dentro siga sintiéndose como una bomba a punto de estallar. Hay algo eléctrico en el aire, no es solo el vértigo de estar entre peces gordos sino también es por Kingsley. Su mirada, sus silencios, la forma en que no me toca pero logra que lo sienta incluso cuando está al otro lado de la terraza.

Al regresar del servicio, lo encuentro hablando con una mujer deslumbrante, una de esas relaciones públicas de sonrisa impoluta y piernas infinitas, que le apoya la mano en el brazo con una confianza que me irrita de forma tan inmediata como irracional. No tengo derecho a sentir celos, lo sé. De hecho, ni siquiera tengo derecho a estar aquí. Pero me acerco igual, decidida a recuperar el terreno que, hasta hace un minuto, parecía mío.

—¿Interrumpo algo? —pregunto con tono dulce, casi inocente.

La mujer me examina de arriba abajo, el tipo de escaneo rápido que solo las depredadoras saben hacer sin pestañear.

—Estábamos hablando de ti, precisamente —dice Logan, sin inmutarse—. Bianca Swan, esta es Marcy Belmont, directora de comunicación de Vantage Global.

—Encantada —miento con una sonrisa que podría utilizarse para afilar cuchillos y ella me responde con otra aún más peligrosa.

—Tu jefe tiene muy buen ojo.

Logan no dice nada, solo apura su copa. Pero noto una tensión sutil y elegante bajo su piel como una línea de pólvora a punto de prender.

Minutos después, cuando la multitud se dispersa alrededor del bar y la música suena más baja, Logan se me acerca de nuevo. Su rostro está sereno, pero hay algo en su postura y en la forma en que me sostiene la mirada, que indica que ha cruzado una línea interna que no piensa compartir conmigo todavía.

—¿Quieres tomar el aire? —pregunta.

—¿Esto no es aire? —le suelto mirando a nuestro alrededor.

—Quiero decir… otro tipo de aire.

Asiento y me guía a un rincón lateral del *rooftop*, justo donde se abre hacia una zona más privada con luces tenues y vista directa al *skyline* de Manhattan. Allí el ruido se atenúa. La temperatura desciende un poco, aunque ni siquiera lo noto, porque el calor lo llevo dentro.

—Te manejas bien en este mundo —dice él al recostarse contra la barandilla.

—¿Sorprendido?

—No. Pero admito que has superado mis expectativas.

—Eso espero, teniendo en cuenta que me has plantado aquí sin manual de instrucciones.

Él suelta una risa baja y seca, que no tiene nada de amable, pero que consigue que mi estómago se contraiga.

—Lo estás disfrutando —añade, con los ojos fijos en los míos.

—Tal vez o quizás estoy interpretando el papel de mi vida.

—Me gusta cuando actúas.

—Cuidado. Puedo ser muy convincente.

—Lo sé.

Nos quedamos callados y lo único que se oye es el sonido lejano del tráfico. Su mirada que ya no disimula nada y da un paso hacia mí.

—Swan —susurra.

Trago saliva, aunque me niego a bajar la vista. Si he llegado hasta aquí, no pienso retroceder ahora.

—Kingsley.

La tensión entre ambos podría cortarse con un cuchillo. El deseo se agazapa en cada centímetro de nuestros cuerpos. Entonces, sin previo aviso, él se inclina ligeramente. No me besa, ni me roza. Solo habla cerca de mi oído, con una voz que me hace perder el equilibrio interior.

—Esta noche estás preciosa. Pero lo que más me gusta no es el vestido.

—¿Ah, no?

—Es tu forma de desafiarme.

Me inclino, aunque no sé si para oírle mejor o para provocarle más.

—Entonces prepárate —susurro—. Porque esto no ha hecho más que empezar.

Logan sonríe, pero en sus ojos no hay ni rastro de humor, sino de peligro y eso me excita mucho.

Capítulo 16

Logan

El *rooftop* en el que tiene el lugar el evento es un espectáculo diseñado para impresionar. No en el sentido vulgar, sino con paneles de cristal negro, iluminación cálida que no deslumbra, copas de champán sostenidas por manos bien alimentadas de poder. Un cuarteto de jazz interpreta versiones suaves de clásicos que nadie escucha, pero que todos agradecen. La vista sobre Manhattan es pornográfica en términos de capital: rascacielos dorados en la distancia, tráfico brillante que serpentea como una arteria en hora punta, el Hudson recortado al fondo como una promesa de escape para quienes pueden permitirse huir.

Todo funciona. Todo proyecta éxito, control y ambición. Me siento en casa o me sentía hasta que llega ella.

Lo sé antes de girarme. Hay un cambio minúsculo en el murmullo general. Mi instinto me hace alzar la cabeza incluso antes que la mirada y cuando la veo, mi copa se me queda suspendida en los dedos como un accesorio innecesario.

Rojo, pero no un rojo cualquiera. Un rojo sangre, un rojo prohibido de los que se tatúan en la memoria incluso antes de poder nombrarlos. El vestido no es largo, ni exagerado, ni tiene encajes románticos. Es simple y ajustado, pero está hecho para matarme. Lo sé por cómo le abraza la cintura, por la curva perfecta que marca el escote y por la forma en que cada movimiento suyo tensa la tela. Bianca no camina como alguien que asiste a un evento, sino como alguien que domina el escenario. Y yo, que he pasado años perfeccionando el arte de no reaccionar, noto cómo mi mandíbula se tensa, cómo el trago se me queda atascado en la garganta y cómo mi corazón se salta un compás y luego late con rabia.

Ella se detiene a unos metros de distancia, justo donde la luz la recorta contra el *skyline*. No sonríe, ni hace ningún gesto

evidente. Solo levanta ligeramente la barbilla, lo suficiente para que su mirada encuentre la mía y en ese momento me queda claro que estamos jodidos.

Me obligo a bajar la copa con lentitud, como si tuviera todo bajo control y no me acabaran de clavar una estaca en el centro exacto de la rutina que llevo años perfeccionando. Me giro hacia el grupo de inversores, asintiendo con la expresión medida que uso cuando no me interesa lo que están diciendo pero quiero que crean que sí.

—Una ronda de financiación secundaria no es descartable —comento mientras el abogado de Bankstone diserta sobre tasas de crecimiento y riesgos de expansión europea—. Pero si ocurre, será en nuestros términos. No pienso regalar ni un decimal de control.

Asienten, satisfechos. Les encantan los hombres que no regalan nada, huelen a escasez emocional y exceso de poder. Los que, como yo, no pestañean, aunque esta noche sí que lo hago.

Bianca se ha movido y ahora está en la barra, cogiendo una copa de champán con una delicadeza que en otra mujer pasaría inadvertida, pero que en ella parece ensayada como parte de un crimen perfecto. El camarero la observa durante medio segundo más de lo necesario y le sonríe.

—Disculpadme un momento.

No espero respuesta y me alejo de los inversores, como si fuera a encender un cigarro o a responder una llamada urgente. En realidad, no hago ninguna de las dos cosas. Solo necesito aire, espacio y una distancia prudencial entre mi cuerpo y las ganas de arrancarle ese vestido con los dientes.

Ella nota mi presencia antes de que llegue. Lo veo en cómo se recoloca un mechón de pelo tras la oreja, con un gesto que no tiene nada de tímido y todo de advertencia. Como si dijera: «Estoy jugando. ¿Y tú?».

—Has tardado en mirarme —comenta sin girarse.

Su voz es baja y afilada como una daga envuelta en terciopelo.

—No quise parecer predecible —respondo, colocándome a su lado.

El camarero se aleja, y yo lo detesto un poco menos. Ella toma un sorbo de champán y, por el rabillo del ojo, me lanza una sonrisa de medio filo.

—¿Lo estoy arruinando todo ya o aún queda margen?

—De momento, solo a mí —respondo, y me odio por decirlo.

Porque en el fondo es verdad, toda esta noche está calculada al milímetro. Cada palabra, cada gesto y cada imagen que los medios captarán, pero no contaba con que ella alteraría las reglas desde el primer minuto, con que su presencia reventaría la lógica que me mantiene a salvo.

—Te miran —digo, fingiendo indiferencia.

—¿Y eso te molesta?

No respondo, porque he visto los ojos de Holloway, el socio de Franklin & Troy, recorrerle el escote como si evaluara un bien de lujo, y he tenido que contener el impulso de partirle la copa en la cara. Esto no formaba parte del trato, pero ella tampoco y eso la convierte en el único peligro real de esta noche.

La música cambia y la banda de jazz empieza a tocar algo suave y envolvente, lo bastante elegante como para no escandalizar a los viejos inversores y lo bastante íntimo como para que cada pareja que entra en la pista se vuelva más peligrosa de lo que aparenta.

—Sáquela a bailar, Kingsley —sugiere alguien con tono burlón desde el fondo—. No se le ocurra arrinconarla aquí entre tiburones.

No sé quién lo dice, aunque no me importa. Lo que tengo claro es que de repente hay demasiadas miradas puestas en ella, en mí y en lo que parecemos ser. Así que extiendo una mano con calma, con ese gesto que he perfeccionado para que nadie pueda llamarlo necesidad.

—Vamos, Swan. No queremos decepcionar a la prensa.

Ella deja su copa en la barra y me mira con una ceja arqueada.

—¿Eso es una orden o una propuesta indecente?

—Es Manhattan todo depende del contexto.

No espera más. Se acerca y posa su mano en la mía como si no supiera que a partir de este segundo, cada contacto de su cuerpo

con el mío va a ser una amenaza directa a mi autocontrol.

La llevo hasta el centro de la pista. Los focos dorados nos recortan contra el *skyline*. Ella coloca una mano en mi hombro, la otra en mi brazo y yo, por primera vez en toda la noche, dejo de fingir. Mi mano rodea su cintura y percibo que es más estrecha de lo que recordaba, más frágil y más jodidamente perfecta para romper todas mis normas. Empiezan los primeros compases lentos y envolventes.

—¿Sabías que este vestido es ilegal en siete estados? —pregunto, bajando la voz hasta el borde de su oído.

—¿Y aquí?

—Aquí es un castigo público.

Ella sonríe de forma maliciosa pero también casi dulce.

—Entonces me alegro de haberlo elegido. Nunca me han ido los premios.

Me aprieta un poco más y no es que lo haga de forma evidente, pero el efecto es devastador. Me esfuerzo por seguir el ritmo de la música y estrellarme contra ella delante de todo Manhattan. Por parecer el ejecutivo que soy, no el hombre al borde de la combustión que en realidad he sido desde que la vi entrar.

—¿Qué crees que están pensando ahora mismo tus socios?

—Que he perdido la cabeza.

—¿Y lo has hecho?

—No aún, pero no me tientes.

—¿Y si te quiero tentar?

La miro y veo que le brillan los ojos y también tengo claro que todo esto es una locura, porque no es profesional, ni inteligente, ni el tipo de jugada que un CEO con tres másteres en Harvard debería permitir. Pero también sé que ya es tarde. No hay rescate para quien no quiere salvarse.

El coche arranca en cuanto cerramos la puerta, dejando atrás las luces del *rooftop*, las copas de cristal y los inversores ebrios de cifras y champán. En el interior, solo hay oscuridad suave, cristal polarizado y una tensión tan densa que podría cortarse con un bisturí.

Bianca no dice nada, se limita a acomodarse en su asiento, se cruza de piernas despacio y mira por la ventana como si el mundo ahí fuera le interesara más. Pero yo la conozco y sé leer el leve temblor en su mandíbula, la velocidad del pulso que le late en la garganta y su respiración agitada.

Yo también respiro con dificultad y no es por el calor, ni por el alcohol, ni por el cansancio. Es porque la tengo al lado, enfundada en ese vestido rojo diseñado para arruinarme la vida, y porque su olor se ha metido en mi camisa, en mi piel y en mi sistema nervioso.

Las luces de la ciudad atraviesan el cristal y nos pintan a ráfagas: neón, sombra, neón, sombra. Cada parpadeo me devuelve a la pista de baile, a su cuerpo pegado al mío, a su sonrisa torcida y a la certeza de que estamos jugando a un juego que ninguno va a poder ganar.

El coche gira en dirección a Brooklyn, aunque no deseo llegar aún. De pronto, sin pensarlo y sin premeditación, pulso el botón de parada y el coche frena en seco en mitad de una calle lateral, oscura y vacía. El chófer no pregunta. Bianca gira la cara hacia mí, desconcertada.

—¿Qué haces?

—Cállate.

Me inclino hacia ella y la beso, sin aviso y sin pedirle permiso. Solo me dejo llegar por la descarga que me ha invadido. La beso con mis dedos en su nuca, su boca contra la mía y su aliento enredándose con el mío como si no hubiera otra manera de sobrevivir esta noche.

No es un beso dulce, ni medido, ni elegante. Es un choque de placas tectónicas, un grito reprimido, un castigo y una súplica a la vez. Ella me devuelve el golpe con lengua, con dientes y con las uñas enganchándose a mi camisa. Y durante unos segundos, el coche deja de ser un coche. Somos un incendio contenido dentro de una cápsula de cristal, mientras todo Manhattan arde afuera.

—Estás loco —susurra contra mi boca, con la voz rota, los labios hinchados y la mirada fuera de control.

—Y tú no tienes ni idea de lo que me haces.

Mis manos bajan por su espalda, encuentran la curva de su cintura y se detienen en sus caderas. La quiero. Ansío todo lo que ha descrito en esos malditos correos: la mesa, la corbata y su boca mordiendo la mía. Quiero arruinarla y que ella me arruine a mí, pero no lo hago. Me obligo a retroceder, a tomar aire y a separar mi cuerpo del suyo con un esfuerzo que me rompe por dentro. Recupero el control, aunque no sé cómo ni por qué. Solo sé que, si hubiera pasado un segundo más, esto dejaría de ser un juego y aún no estamos listos para eso.

El coche vuelve a ponerse en marcha y nadie dice nada. Cuando frenamos frente a su edificio, ella se gira, me observa un segundo con los ojos cargados de electricidad y desafío, y sin decir una palabra, abre la puerta y se baja. El portazo me suena como una condena. Me quedo solo y en llamas, mientras la veo alejarse con el vestido arrugado y los labios rojos, pienso en la única verdad que me queda: Estoy jodido y no en el buen sentido.

Capítulo 17

Bianca

Mi abrigo sigue colgado del brazo como si no hubiera tenido tiempo de ponérmelo, el bolso amenaza con resbalarse de mi hombro y mi vestido, este maldito vestido rojo que parecía buena idea hace unas horas, está arrugado a la altura de mis caderas, como si alguien me hubiera empujado contra el asiento de un coche y me hubiera besado como si no existiera mañana.

Oh, espera.

La puerta de mi apartamento se cierra tras de mí con un golpe seco que hace que Voldemiau levante la cabeza desde el sofá con cara de «otra vez vienes montando el drama». Yo también lo haría si fuera él, pero no soy él. Soy yo y estoy al borde del colapso hormonal, emocional y probablemente profesional.

—No me mires así —le suelto, mientras dejo el bolso sobre la encimera con más fuerza de la necesaria—. Ha sido un error, un… accidente, un descarrilamiento…

El gato no me responde, obviamente, pero su forma de acomodarse justo encima del único cojín que me gusta en el sofá, con ese gesto de desprecio ancestral, lo dice todo.

Lanzo los tacones al pasillo, me desabrocho el cinturón del abrigo sin sacármelo del todo y cruzo el salón con el corazón aún acelerado. No hay música, ni televisión, ni consuelo posible en este momento. Solo mi reflejo en la ventana y la imagen reciente, tatuada en el centro exacto de mi sistema nervioso, de Logan Kingsley inclinándose sobre mí con esa boca suya como un castigo esperado desde hace mucho.

—¿Cómo se supone que voy a dormir ahora, eh? —murmuro en voz baja, mientras Voldemiau bosteza y se lame una pata con parsimonia.

Me dejo caer sobre el sofá, aunque sigo sin quitarme el abrigo, ni el vestido, ni la rabia. Solo me hundo en el respaldo y me cubro la cara con las manos, como si eso pudiera borrar el beso, la forma en que sus dedos se clavaron en mi cintura, el calor, la rabia contenida y la tensión que ha estallado como dinamita bajo mi piel.

Ha sido un beso violento, feroz y descaradamente no profesional.

—Estoy jodida —respiro contra las palmas de mis manos, sin atreverme a abrir los ojos. Porque lo peor no es que me haya besado, sino que me ha gustado tanto que podría escribirle otro correo esta misma noche solo para describirle cómo he sentido ese beso en las rodillas, en los muslos, en la espalda y en zonas del cuerpo que ni siquiera estaban implicadas, pero que se han encendido por pura simpatía nerviosa.

Eso es lo peor y eso, precisamente, es lo que me niego a admitir. Así que me levanto de un salto, me voy directa al baño, me desmaquillo con furia, me quito el vestido como si me hubiera traicionado.

—Maldita tela roja del demonio— mascullo.

Y me pongo el pijama más aséptico de mi cajón: pantalón gris, camiseta sin forma y dignidad por los suelos. Luego me preparo una manzanilla, la gran aliada de los cobardes, como si eso fuera a solucionar algo.

Cuando vuelvo al salón con la taza humeante, Voldemiau está tumbado en mitad del teclado de mi portátil. Literalmente encima del teclado, como si fuera su trono imperial.

—¿Tú también estás de su parte? ¿Vas a bloquearme el acceso a mis correos para evitar que vuelva a ser idiota?

El traidor ronronea.

Abro la tapa con cuidado, apartando su cola, y la pantalla se enciende con el último documento abierto: Fantasía número seis: el despacho.

—No, otra vez no.

Intento cerrarlo, pero mis ojos se quedan pegados a la primera frase. Es como un hechizo. Una versión perversa del efecto mariposa: escribes algo como broma en una madrugada cualquiera,

y dos semanas después tu jefe te está empotrando con la boca en un coche.

Mi móvil vibra.

Daphne:
¿Sigues viva o te ha matado a besos?

La muy bruja… Apuro la infusión de golpe, hago captura mental de mi expresión derrotada y le hago una videollamada. Total, ya estoy en pijama y jodida, y ella no va a dejar de insistir hasta que le cuente todo con pelos y señales.

Cuando contesta, el fondo es una mezcla de luces tenues y risas de bar. Está en su salsa.

—¡Bianca Swan! ¡Ya era hora! Cuéntamelo todo o prometo aparecer en tu casa con una botella de tequila y una grabadora!

—Holaaaa —respondo con voz plana—. Ha sido una noche muy larga.

—No te enrolles. ¿Te ha besado?

Silencio.

—¿Bianca?

—Sí.

El chillido que lanza perfora mis tímpanos y los del gato, que salta de mi lado con la cola como un látigo.

—¡TE LO DIJE! ¡Sabía que ese hombre no podía resistirse al vestido rojo del pecado!

—Daphne…

—¿Cómo fue? ¿Lengua? ¿Manos? ¿Gemidos? ¿Quién hizo el primer movimiento? Espera, no, no me digas. Fue él, estos tíos son siempre los que dan el primer paso.

Me tapo la cara con una mano.

—Daphne, ha sido un desastre.

—¡Fue un éxito rotundo, querrás decir!

—Me besó en el coche. Me comió la boca como si llevara años deseándolo y luego volvió a sentarse como si no hubiera pasado nada.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Le devolviste el beso?

Trago saliva.

—Le devolví el infierno.

Daphne suelta una carcajada digna de un demonio satisfecho.

—Me das la vida, nena. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Ahora estoy en casa, en pijama, con Voldemiau juzgándome y tú acosándome por videollamada.

—No, me refiero a *¿ahora qué con él?*

—No lo sé —respondo, sincera.

Porque la verdad es que no lo sé,me aterra lo mucho que me ha afectado y que me está empezando a importar. Porque este juego que creía tener controlado ha cambiado las reglas, y ahora me doy cuenta de que el tablero ya no es neutral. Soy consciente de que lo que empezó siendo una broma se ha convertido en algo mucho más real y eso da miedo.

Daphne cambia de postura en la videollamada y se estira sobre su sofá como si fuera la terapeuta oficial de los dramas sentimentales ajenos, copa en mano y sonrisa en modo lobo.

—Vamos a hacer un ejercicio, ¿vale?

—¿Esto va a incluir respiraciones profundas y conectar con mi niña interior? Porque ya te digo que la niña esa no está disponible.

—Cierra el pico y escucha. Quiero que te visualices en una situación en la que ese hombre, Logan Kingsley, te vuelve a besar.

—Daphne…

—En un lugar público, en un ascensor, en una reunión con los socios... Da igual. Ahora dime: ¿te da miedo que vuelva a besarte o te da miedo lo que vas a hacer tú si eso sucede?

No le respondo. Me limito a mirar el reflejo de la pantalla, mi rostro borroso en la esquina, la camiseta fea, las mejillas aún enrojecidas por algo que ocurrió hace más de una hora... Daphne sonríe, satisfecha con mi silencio.

—Exacto. —Brinda hacia la cámara—. Lo que te asusta no es él. Eres tú.

—Acojonante. ¿Desde cuándo te ha poseído un terapeuta emocional?

—Desde que me has explicado lo que ha pasado esta noche. Ese tío tiene cara de CEO, pero ojos de lobo. Te aseguro que no te llevó ahí por estrategia empresarial. Eso era una cita y lo sabes.

—No fue una cita —respondo, pero mi contestación suena débil incluso dentro de mi cabeza—. Fue una trampa.

—Cariño, si eso fue una trampa, tú caíste en ella con los tacones bien puestos, el vestido matador y una sonrisa que gritaba: «*bésame o te arranco la corbata*».

Resoplo.

—No sé qué coño estoy haciendo, tía.

—Claro que lo sabes. Solo que te da miedo admitirlo.

Voldemiau se pasea por el teclado y corta la llamada sin querer o con toda la intención, lo cual tampoco me sorprendería viniendo de él. El portátil parpadea y me quedo sola otra vez. Bueno, sola no. Kingsley sigue ahí, en mi cabeza… El coche, el beso, su aliento rugiendo contra mi boca, esa forma de inclinarse como si fuera a devorarme y de detenerse justo a tiempo, como si torturarme fuera más excitante que tomar lo que claramente deseaba.

Me levanto del sofá con un resoplido y empiezo a caminar en círculos por el salón. Abro la nevera sin hambre y la cierro unos segundos después, me sirvo un vaso de agua, bebo un sorbo y lo dejo a medias.

Nada me sirve.

Me siento otra vez y abro la carpeta. *LA carpeta*. Esa condenada compilación de fantasías que empezó siendo una estupidez nocturna y ahora es la bitácora oficial del hundimiento de mi autocontrol. Busco la fantasía del despacho, la leo, me detengo, paso la página y la leo otra vez. No porque no me la sepa de memoria, sino porque necesito confirmar que no me lo he imaginado todo. Que ese hombre, ese jefe mío al que juré odiar eternamente, ha empezado a cumplir una por una las fantasías que yo escribí con vodka barato y mala leche corriendo por mis venas. Lo peor es que no se ha contenido y cada vez que convierte en realidad una de mis fantasías, me arrastra con él.

Tacho el reto del coche, aunque no estuviera en la carpeta y haya ocurrido sin aviso, sin condiciones pactadas y sin consentimiento explícito. Le pongo una equis enorme en mi cabeza: X Fantasía fuera de catálogo: el coche… Con beso incluido, con manos en mi cintura y con sus dedos apretándome las costillas como si necesitara anclarse a algo para no perder el control.

Me abrazo las piernas sobre el sofá y apoyo la frente en las rodillas. No estoy bien, porque por mucho que intente bromear, por muy irónica que me ponga, hay una verdad lista para reventarme en la cara en cualquier momento: quiero que vuelva a hacerlo.

Quiero que vuelva a besarme y no en el ascensor, ni en el coche, ni en una fiesta repleta de empresarios. Deseo que lo haga aquí y ahora con el pijama puesto, con Voldemiau de testigo y con mi dignidad entre paréntesis. Ansío ese maldito beso como si no hubiera un después y eso, para mi desgracia, no está en ninguna carpeta. Eso es real… lo sé, es una mierda.

No sé en qué momento exacto se jodió todo. Si fue cuando me puse el vestido rojo sabiendo perfectamente lo que provocaría o cuando acepté el reto del ascensor y sentí su respiración a centímetros de mi boca o si fue, tal vez, muchísimo antes. El primer día que entré en la Kingsley Tower, nerviosa, con los tacones torcidos y la lengua afilada, y él me miró como si ya supiera que iba a ser su tormento.

Quizá siempre estuvimos condenados o hubo una promesa secreta escrita en la forma en la que discutíamos, en la tensión que llenaba el aire cuando coincidíamos en el ascensor, en su costumbre de corregirme con una ceja alzada, en mi manía de provocarlo solo para ver si era humano…

Lo peor no fue el beso, sino el silencio que vino después, su mirada cuando me dejó en la acera sin decir una palabra, mis pasos desordenados hasta el portal.

Paso la noche entera reproduciendo la escena en bucle, intentando descifrar si fue deseo, venganza, impulso… o todo eso mezclado. Intento concentrarme y pensar con lógica, trazar una estrategia y levantar un muro de sensatez. Pero en cuanto cierro los ojos, me encuentro allí de nuevo, con su boca devorando la mía, con

su mano en la base de mi nuca y con esa rabia contenida entre los dientes como si no supiera si besarme o devorarme, aunque lo peor es que yo tampoco quiero que lo sepa.

Lo que me jode y más me saca de quicio es que Logan no es un error cualquiera. No es un lío de una noche ni un capricho hormonal. Es mi jefe, es decir, un problema con corbata. Es una trampa que he fabricado yo misma y en la que me estoy dejando caer gustosa. Pese a eso… sigo queriendo más.

Me levanto, doy una vuelta por el salón y me miro al espejo del pasillo. Tengo cara de desastre emocional. Tengo el pelo despeinado, los ojos brillantes y una expresión tonta en la cara de quien ha probado algo prohibido y no quiere renunciar a la adicción.

—¡Qué patético! ¡Qué absolutamente patético!

Vuelvo al sofá. Voldemiau, muy digno, ha recuperado su puesto de rey del cojín central y me observa con indiferencia felina, como si no acabara de confesarle que me estoy derritiendo por el tipo que me paga la nómina.

—Tú al menos no te enamorarías de tu jefe —murmuro.

El gato estira una pata y bosteza, completamente ajeno a mis desgracias sentimentales. Lo envidio, porque en su mundo no hay jerarquías de poder, ni carpetas de fantasías, ni besos que te dejan temblando durante horas. En su mundo solo hay siestas, comida húmeda y dormir sobre teclados ajenos.

Vuelvo a mirar la carpeta y la cierro con brusquedad. Esta noche ya no puedo más. Necesito dormir, desconectar y dejar de pensar en su boca, en su cuerpo y en esa tensión malsana que crece entre nosotros como una planta carnívora. Me urge una tregua mental, aunque, claro, intentar dormir sin pensar en Logan Kingsley es como intentar nadar sin mojarse.

Meto la cabeza en la almohada, apago la lámpara y me rindo a la oscuridad. Mis últimas palabras, apenas un susurro:

—Estoy jodida. Pero si vuelve a besarme… no pienso detenerlo.

A la mañana siguiente, llego a la Kingsley Tower con los nervios destrozados, el corrector de ojeras trabajando a jornada completa y

la dignidad cogida con pinzas. El ascensor parece más lento que nunca, la moqueta del *hall* más mullida y las miradas de los compañeros más intensas e interesadas.

¿Me lo estoy imaginando? ¿O todo el mundo me mira como si supieran que ayer estuve a punto de montarme a horcajadas sobre mi jefe en el asiento trasero de su coche?

—Buenos días, Bianca —me saluda Fred desde el puesto de seguridad, con una sonrisa tan amable que me da escalofríos.

—Buenos son si no se ha filtrado el vídeo del beso —murmuro para mí, mientras paso el control con la tarjeta temblando entre los dedos.

Cuando llego a recepción, el mostrador parece más grande o pequeño o más... amenazante. Me siento, dejo el bolso, enciendo la pantalla del ordenador e intento fingir que no estoy al borde del colapso. Pero entonces, oigo el sonido de sus pasos, que son inconfundibles y tan arrogantes como él.

Mi estómago hace un triple salto mortal sin red. Logan Kingsley aparece al final del pasillo con su traje oscuro, su andar lobuno de CEO y ese maldito brillo en los ojos que no sé si es deseo, burla o ambos a la vez. No me mira directamente, claro que no, porque él juega en otra liga. Una en la que cada movimiento está calculado para destruirte con elegancia. Sin embargo, cuando pasa junto a recepción, se detiene un segundo. No dice buenos días, ni me saluda como a una empleada más.

—Buen vestido el de anoche, Swan —deja caer con un tono de voz bajo y metálico y sigue caminando sin girarse, dejándome allí con la mandíbula descolgada y el corazón desbocado.

Miro a Voldemiau —que aparece en ese momento por el fondo de mi pantalla como salvapantallas improvisado— y suspiro. Estoy en problemas serios y la parte más retorcida de mí... empieza a disfrutarlo.

Capítulo 18

Logan

El sabor de su beso sigue ahí. No importa cuántas veces me lave la boca, ni cuántas reuniones rellene con cifras o cuántos informes firme sin leer. La forma en que me respondió el beso continúa ahí. El modo en que abrió la boca justo antes de que yo la devorara, la tensión en sus hombros y el temblor que sentí al rodearle la cintura con la mano está todavía impreso en mi paladar y es una maldita pesadilla… Un error, sí, eso fue… Un error absolutamente calculado, delicioso e imperdonable.

He traspasado una línea que juré no volver a cruzar. No solo por las normas de la empresa, ni por la reputación que tanto me ha costado construir, sino por mí y por lo que sé que ocurre cuando pierdo el control. Sin embargo, aquí estoy otra vez al borde del abismo, mirando la curva de su boca cada vez que paso junto a recepción como si se tratara de un maldito anzuelo que no puedo dejar de morder.

Hoy lleva el pelo recogido, pero con algunos mechones sueltos que consiguen que me entren ganas de hundir la mano ahí y tirar hasta deshacerle el moño. Lleva unos pantalones negros y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Un atuendo formal, aséptico e inofensivo, aunque en ella, esa combinación tiene algo de amenaza velada. Como un disfraz de pureza que solo acentúa lo sucia que puede llegar a ser su mente. Lo sé, tengo pruebas y lo peor es que ella lo sabe también.

—Señor Kingsley, han confirmado la reunión a las once con Lussier y la revisión de contrato con KPMG a la una —dice sin levantar la vista del ordenador, con voz seca y profesional. Como si anoche no me hubiera dejado besarla hasta arrancarle el aire de los pulmones.

Respondo con un asentimiento breve y cruzo el *hall* sin mirarla, aunque mis ojos la recorren entera en el reflejo del mármol pulido del suelo. En él veo cómo sus dedos tamborilean sobre el escritorio, se muerde los labios y tacha tres veces una nota adhesiva que se supone debería contener algo más importante que lo que sea que le pase por la cabeza. La noto alterada, igual que yo. Me gusta eso, significa que no soy el único jodido en esta historia.

Cuando llego a mi despacho, miro por los ventanales y me fijo en el tono gris perla del cielo que anuncia tormenta. Las nubes cuelgan bajas y cargadas, como mi maldita conciencia. Tengo el cuerpo tenso y la mandíbula tan apretada que me duele y ni siquiera he llegado a media mañana.

Me lanzo de cabeza a los documentos de Lussier, pero las cifras no me retienen más de dos páginas y me descubro mirando el correo, como un adicto. No uno de esos ejecutivos *workaholics* que buscan datos de madrugada. No. Lo único que hago es buscar su nombre en mi bandeja de entrada.

«Swan, Bianca».

No sé lo que daría porque apareciera un nuevo correo, solo uno más que no haya leído aún. Uno que me dé permiso para volver a besarla o para no parar nunca de hacerlo. Pero no encuentro ninguno y me odio por buscarlo.

Una notificación me saca del bucle en ese momento, aunque no es más que un recordatorio interno.

«Cena de inversores esta noche en Midtown, salón privado del Hotel Mercer».

Me froto la cara con ambas manos, respiro hondo y me obligo a recordar que no soy un adolescente caliente vestido con un traje de lujo. Soy el maldito director de Kingsley & Co. Tengo una reputación, un legado que defender y un objetivo por el que luchar. Sin embargo, solo pienso en con quién voy a aparecer esta noche en la cena de inversores.

Sé que no debería hacerlo después del beso que no debí iniciar ni permitir en el coche y de cómo sentí que me desarmaba con solo apretar los muslos a mi alrededor. Pero lo hago. Marco la extensión de recepción sin pensarlo dos veces. Me respondo a mí

mismo que es por imagen, por estrategia, por control de narrativa… Pero la voz que suena al otro lado del auricular basta para desmontar todas mis excusas.

—Recepción.

—A mi despacho. Ahora —gruño, y cuelgo antes de darle la oportunidad de inventarse una excusa.

Tardo exactamente un minuto y medio en oir el eco de sus tacones acercándose por el pasillo. Alzo la vista y observo la puerta justo cuando se abre sin que llame antes. Tiene la barbilla alzada y me clava la mirada.

—¿Algún motivo en especial para convocarme como si esto fuera el siglo XIX?

—Tengo una cena esta noche —respondo, sin levantarme del asiento.

—¿Y eso me afecta en qué medida?

—Vas a venir conmigo.

Se queda en silencio y me mira como si no hubiera entendido bien.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente. Tengo un evento privado con inversores clave para la empresa y quiero que estés a mi lado.

—Ah, ya… La empresa —dice con la sorna que utiliza cuando quiere sacarme de quicio—. ¿Y la agenda de señoritas de compañía estaba demasiado ocupada?

—No tengo tiempo para eso… Y tú caes bien incluso cuando incomodas, que es exactamente lo que necesito esta noche.

—Lo cual es exactamente una no-respuesta —replica, cruzándose de brazos y ese movimiento tensa la camisa blanca que lleva sobre su pecho. No me permito mirar.

—Es una orden, Swan. No un debate.

—Pues deberías saber que no me gustan las órdenes si no vienen acompañadas de un buen motivo… o una muy buena recompensa.

La forma en que pronuncia la palabra «recompensa» me perfora las sienes, porque me recuerda a su voz en el ascensor y a sus labios diciendo «castigo» entre susurros.

Inspiro despacio, me levanto con calma y rodeo la mesa hasta plantarme frente a ella. No la toco, no es necesario, porque la tensión se activa entre nosotros al instante.

—Tu presencia esta noche no es negociable. Ni por imagen, ni por estrategia. Te quiero a mi lado porque deseo verte otra vez en ese tipo de ambiente. Observar cómo te manejas en una sala llena de tiburones. Ver si te comes a alguno o si alguno intenta morderte y tengo que romperle los dientes.

—¿Eso es una amenaza o una invitación?

—Es una advertencia para ellos, para ti y para mí mismo.

Ella me sostiene la mirada y, aunque no sonríe ni pestañea, hay algo en su respiración apenas perceptible que cambia, como si su cuerpo respondiera antes que su mente.

—¿Código de vestimenta?

—Inteligente, letal y con un toque de escándalo…, o lo que es lo mismo: sé tú misma.

Da un paso atrás, ladea la cabeza y se permite una sonrisa de medio lado.

—De acuerdo, Kingsley. Me vestiré para la guerra, pero si alguien acaba herido, que conste que me lo ordenaste tú.

Sale del despacho sin despedirse y observo cómo sus caderas oscilan con un vaivén que es medio burla, medio veneno. Cuando sale, no sé por qué, me quedo mirando la puerta cerrada y dejo escapar el aire sin hacer ruido.

—Te estás metiendo en un juego muy peligroso, Kingsley.

El cielo sobre Manhattan amenaza con romperse en cualquier momento. La nieve aún no ha empezado a caer, pero se nota en el ambiente esa quietud sucia que precede al desastre. Me gusta esa sensación, porque me recuerda que algo se avecina y esta noche, lo sé, lo presiento, lo espero… ese algo tiene nombre.

El evento se celebra en el piso cuarenta y seis de un edificio de cristal en el corazón de Midtown. Un *rooftop* acristalado con vistas de infarto, champán que cuesta más que el salario anual de algunos asistentes, y luces tenues pensadas para fingir intimidad mientras se cierran acuerdos millonarios entre sonrisas estudiadas.

Cuando llego, todo está dispuesto como si fuera una obra de teatro. Camareros con pajarita, jazz suave en directo y palmeras decorativas entre columnas de acero. La decoración es artificial, pero también estratégicamente elegante, como todo en este mundo. La escenografía perfecta para lo que soy y para lo que he construido.

Esta noche no hay margen para errores. Cada palabra que diga, cada apretón de manos y cada gesto, será observado y recordado. Así que, al menos durante los primeros treinta minutos, me esfuerzo en parecer el Logan Kingsley que todos esperan ver: frío, aunque ligeramente encantador. Un tiburón con corbata que rezuma éxito por cada poro de su piel.

Hasta que ella aparece y entonces el decorado se resquebraja.

Bianca Swan entra en la terraza como si Manhattan fuera suya. No hay otro modo de describirlo. El vestido que lleva es un insulto a la cordura. Cae sobre su cuerpo como una maldición hecha seda. Tiene un escote discreto, pero la espalda abierta y la falda tiene una abertura que deja ver una pierna cada vez que avanza. El maquillaje que lleva es impecable. En los labios luce el color exacto que tendría el pecado si tuviera forma.

Aunque lo que más me impacta no es solo su aspecto, sino su actitud. Camina entre los inversores como si llevara haciéndolo toda la vida, saluda con una media sonrisa a los camareros, mientras me busca con la mirada… y me encuentra. En ese instante, la distancia entre nosotros se acorta en segundos, aunque apenas nos movemos.

Unos segundos después, me acerco hasta ella, no porque deba, pero no puedo evitarlo.

—Has llegado tarde —murmuro, inclinándome para que solo ella me oiga.

—No quería robarte el protagonismo —responde sin pestañear, alzando la barbilla.

—Demasiado tarde.

Le ofrezco el brazo y lo acepta sin decir palabra, aunque su mano sobre mi antebrazo es una provocación silenciosa.

Caminamos entre mesas y copas, entre conocidos que fingen no mirarla con hambre y mujeres que me escrutan como si no entendieran por qué alguien como yo ha traído a alguien como ella. Me importa una mierda.

Swan es el centro de la sala, de mi atención y de mi caos.

—Están mirando —me dice sin mover los labios.

—Que disfruten del espectáculo.

—¿Somos espectáculo o amenaza?

—Ambas cosas.

Nos detienen para una ronda de saludos consocios, abogados y directivos. Ella no se achanta y bromea, juega y lanza comentarios con la cantidad exacta de veneno y encanto. En un momento, un viejo cabrón de la junta le pregunta si es mi asistente personal. Bianca sonríe como si le acabara de contar un chiste obsceno.

—No. Soy mucho más peligrosa que eso.

Siento una oleada de orgullo y deseo, que me obliga a fingir que me interesa la conversación que tengo con un inversor de Chicago, mientras en realidad no dejo de observar la forma en que la tela de su vestido se adapta a sus movimientos.

En este momento de la noche en el que aún no ha empezado nada, mi copa está vacía, aunque mi autocontrol también.

La música cambia. El jazz se convierte en algo más envolvente, lento y oscuro. Un saxofón empieza a sonar con una cadencia que invita a perder el equilibrio. Alguien hace una sugerencia con voz de whisky caro:

—Kingsley, deberías sacar a tu acompañante a la pista. Nos estás haciendo sentir anticuados.

Los rostros se giran hacia mí, algunos riendo y otros evaluando, pero todos esperan mi reacción. No me dejan otra opción, así que extiendo la mano hacia Bianca, con la certeza de que este gesto, que parece tan simple, es el equivalente emocional a dispararme en el pie.

—¿Bailas?

—¿Tengo otra opción?

—Ninguna.

Me permite guiarla hasta el centro de la pista, bajo una de las cúpulas de cristal que deja ver el cielo ennegrecido y las primeras señales de nieve suspendidas en la noche. Las luces tenues nos rodean, los murmullos quedan atrás y la música impone un ritmo hipnótico.

Coloco una mano en su cintura, ya sé que no es un lugar inocente, pero no hay ningún punto de su cuerpo que lo sea. Con la otra mano tomo la suya. A pesar de que no le tiemblan los dedos, la noto respirar más rápido.

—¿Quién está castigando a quién esta noche? —me susurra al oído con una sonrisa tan peligrosa que me cuesta mirarla sin perder pie.

—Aún no lo he decidido.

Ella baja la mirada, como si eso fuera una rendija de vulnerabilidad, pero en realidad está ganando terreno. Sabe perfectamente que el rojo de su vestido es una bomba y que cada uno de sus movimientos en esta pista es una invitación a la perdición.

—¿Te incomoda que me miren?

—No soy tan básico —miento.

—Claro —responde, divertida—. Un CEO tan elegante y cerebral no siente celos primitivos.

—No lo confundas con celos, Swan. Si alguien se atreve a tocar lo que está bajo mi mano ahora mismo, no tendré reparos en estamparle mi copa en la cara. Pero no por celos, sino por propiedad.

—¿Y desde cuándo soy propiedad de nadie?

—Desde que te presentaste aquí con ese vestido, sabiendo exactamente lo que ibas a provocar.

Ella se ríe, pero sabe que hay algo más oscuro que brilla en su mirada.

La canción se enreda en sus notas finales y la última nota se alarga. La mano de Bianca roza mi pecho al separarse. Ese gesto podría haber sido un accidente, pero no lo ha sido. Cuando acabamos de bailar, la pista vuelve a llenarse de conversaciones, los

invitados aplauden y alguien grita una broma sobre el calor que hace en la sala, aunque yo ya no escucho nada.

Bianca se aleja con paso lento, sin decirme adónde va. No la sigo, aunque me quedo mirando el lugar por donde se ha marchado, como si el suelo todavía conservara el eco de sus tacones. Cada centímetro de mi cuerpo está en alerta. Ella no es una acompañante para impresionar inversores, sino una amenaza para todo lo que he construido, pero no pienso detenerla.

El resto de la noche transcurre como un fallido ejercicio de autocontrol por mi parte. A pesar de que intento enfocarme en las conversaciones, en los números que me lanzan los socios o en los brindis huecos que se repiten como un mantra de poder, mi atención, como un imán defectuoso, solo encuentra una dirección: ella.

Bianca se ha integrado con sorprendente soltura en este circo. Sonríe, responde con comentarios cargados de sarcasmo y finge que este mundo le resulta familiar cuando sé que cada palabra que oye debe de estar filtrada por su ironía. Pese a eso, todos la miran como si fuera la joya nueva del escaparate.

Ella no pertenece a este lugar. No nació en un ático de oro y mármol, ni aprendió a fingir en cenas de *networking* o cócteles con inversores. Por eso es tan magnética, porque no juega con las reglas de este mundo, aunque lo domina.

Uno de los inversores más jóvenes se le acerca. Un tipo con apellido compuesto y manos demasiado sueltas, aunque Bianca le lanza una sonrisa afilada y yo, desde la distancia, noto cómo se me dispara el pulso. No obstante, me obligo a quedarme donde estoy apretando la mandíbula y acallando al demonio que me dice que cruce la sala, lo aparte con una excusa estúpida y le recuerde quién la ha traído esta noche, pero no lo hago, no porque no quiera, sino porque sé que si empiezo a marcar límites, no voy a poder detenerme ahí.

Bianca vuelve a mi lado minutos después, con una copa de champán y los ojos brillantes.

—Tu amiguito de apellido largo me ha ofrecido un trabajo en su empresa. Dice que tengo demasiado talento para estar atrapada

en recepción —me cuenta retándome con la mirada.

—¿Y qué le has dicho?

—Que me lo pensaré, aunque creo que se refería a otro tipo de talento.

—¿Quieres que lo eche de aquí ahora o después?

—¿Siempre resuelves los problemas con despidos?

—No. A veces uso mi boca.

Ella se queda quieta, demasiado. El ambiente ya no es elegante, ni ligero, ni empresarial. Estamos en guerra abierta y ahora ya no hay reglas.

Poco después, uno de mis socios propone un brindis. Bianca se aparta, dando espacio, y aprovecho para observarla desde la distancia, en un rincón del *rooftop*. La nieve ha empezado a caer con copos lentos, suaves y casi cinematográficos. Pero ella no encaja en ningún plano relajado propio del cine, porque bajo las luces, que cuelgan sobre nuestras cabezas, con el vestido rojo ceñido a sus caderas, parece salida de una escena que nunca debí permitir.

En este preciso momento sé que he perdido esta particular guerra. Aunque no es el deseo lo que me jode, sino la certeza de que nada de lo que haga va a ser suficiente para volver a controlar esto, porque Bianca no es controlable. Sin embargo, quiero intentarlo.

Capítulo 19

Logan

El evento ha sido un éxito rotundo y la prensa económica ya debe de estar redactando sus titulares sobre el ascenso imparable de Kingsley & Co., aunque no recuerdo una sola palabra de lo que he dicho. Porque mientras hablaba de proyecciones y estrategias a cinco años, había un vestido rojo a tres metros de mí y dentro de ese vestido, Bianca Swan, con esa risa que desarma cualquier defensa, incluso las que he perfeccionado durante años.

No he escuchado mis propias cifras. Solo la oía a ella, decirle algo al camarero con un tono en la voz de actriz que finge inocencia mientras planea un asesinato emocional. Me desquicia, me enciende y me revienta por dentro, aunque lo peor es que esta noche lo ha hecho sin siquiera mirarme.

Al terminar la cena, salimos del hotel. El aire de Manhattan, normalmente cargado del sonido del claxon de los coches y de humo, ha mutado en cuchillas de hielo. Nieva con furia. Una tormenta blanca ha colapsado la ciudad en tiempo récord. El servicio de taxis está cancelado, porque las calles están impracticables.

—Genial —dice Bianca cruzándose de brazos—. ¿Pedimos un trineo?

—No hay taxis, ni Uber, ni nada —le respondo, mirando mi móvil—. Estamos atrapados.

Ella suelta una carcajada suave, de esas que no sé si quieren provocarme o matarme. El frío le ha puesto color en las mejillas y que se le marquen los pezones bajo el fino abrigo que lleva no me ayuda.

—Qué conveniente, Kingsley.

—No es conveniente, es Manhattan en diciembre.

—Claro y tú solo pasabas por aquí con una tarjeta *black* en el bolsillo, por si había que improvisar una suite presidencial.

—Eso es exactamente lo que acabo de hacer —le respondo mientras entro al vestíbulo del hotel con paso firme.

En recepción, la recepcionista me reconoce al instante.

—Señor Kingsley. Lo siento, el hotel está completo. Muchos huéspedes han solicitado habitaciones extra por la tormenta. Solo nos queda...

—Una suite —la interrumpo, sin perder el tono bajo—. Me la quedo.

Bianca espera detrás de mí. No dice nada hasta que nos entregan la llave y, entonces, me alcanza.

—¿Y si yo no quiero compartir una habitación contigo?

—Puedes dormir en el vestíbulo. Seguro que el mármol es muy acogedor.

No me contesta, pero me sigue. Subimos en silencio en el ascensor hasta el piso 36, donde las puertas metálicas se abren a una moqueta gruesa, luces indirectas y un pasillo alfombrado.

Camino con decisión hasta el final del pasillo y abro la puerta de la suite. Dejo que Bianca pase delante de mí y cuando lo hace, se detiene mirando a nuestro alrededor. La habitación es enorme. Tiene el suelo de madera, una pared entera de cristal con vistas a Manhattan cubierta de blanco y la chimenea encendida. En el centro del dormitorio una cama *king size* impecablemente hecha con pétalos de rosa incluidos sobre las sábanas y una botella de champán francés de cortesía, esperándonos en una cubitera sobre una mesa baja.

—Vaya. Qué oportuno —suelta Bianca.

No le respondo y me limito a cerrar la puerta. Después, me quito el abrigo y lo dejo colgado en el perchero. Me acerco hasta la mesa baja, descorcho el champán y sirvo dos copas. Ella no se ha movido del lado de la cristalera y sigue contemplando el skyline con los brazos cruzados mientras continúa la tormenta de nieve.

—¿Estás esperando que caiga un rayo y parta la cama por la mitad? —le pregunto con sorna.

—No. Estoy esperando a que se te ocurra otra forma creativa de manipularme sin tocarme.

Doy un sorbo lento a mi copa, no porque esté tranquilo, sino porque necesito parecerlo.

—Tú aceptaste venir al evento.

—Sí, pero no acepté quedarme atrapada aquí contigo.

—No sabía que Manhattan iba a colapsar por la nieve.

—Pues no parece molestarte demasiado.

Se gira y me lanza una mirada afilada, de esas que no saben si quieren defenderse o provocar una guerra.

—No me molesta —le respondo, dejando mi copa en la mesa —. Solo me complica la noche, que no es lo mismo.

Ella avanza un paso hacia mí.

—¿Y cuál era tu plan, exactamente? ¿Beber vino? ¿Mirarme dormir? ¿Fingir que esto no es exactamente lo que querías?

—¿Quieres que diga que lo planeé todo? ¿Que pagué a los meteorólogos para que nevara?

—Quiero saber si vas a dejar de controlarlo todo por una noche. Solo una.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—Cuidado, Swan. —Mi voz baja una octava—. No suelo dejar de controlar nada y mucho menos si sé que lo que viene después es peor.

—¿Peor para quién?

—Para los dos.

Entonces se calla, respira hondo, se quita el abrigo y lo deja sobre la silla con lentitud. Lleva el mismo vestido que me ha tenido desquiciado toda la noche, aunque se ha desabrochado la cremallera hasta media espalda, como si estuviera esperando que alguien más la bajara. Como si quisiera hacerme daño o acabar de volverme loco.

No me muevo, aunque mi mandíbula se tensa, mientras observo cómo coge su copa y bebe.

—Si crees que esta noche voy a obedecer tu guion, te has equivocado de fantasía.

—Yo no tengo guiones, solo finales y el tuyo está a punto de empezar.

La tensión vibra en el aire como un campo eléctrico. La ciudad entera podría apagarse, y aun así seguiríamos cargados de esto.

—Duerme donde quieras —le digo, sin levantar la voz—. Pero no me provoques si no piensas asumir las consecuencias.

Ella sonríe de lado como si ya supiera que lo haré y lo peor es que tiene razón.

Me tumbo en el sofá de la suite con una falsa parsimonia que no me creo ni yo. Me quito los gemelos y me aflojo la corbata, pero mis ojos no se apartan de ella ni un segundo.

Bianca se ha sentado junto a la ventana, con las piernas cruzadas, la copa en la mano y ese aire de actriz en plena crisis. Mira hacia fuera, como si la nieve fuera más interesante que lo que está ocurriendo entre nosotros y no tuviera ni idea del incendio que acaba de desatar dentro de mí.

—¿Sabes qué es lo peor de ti, Kingsley?

Me suelta esa pregunta sin preámbulos ni anestesia, aunque tengo claro que no espera una respuesta inmediata. Sé cómo juega.

—Sorpréndeme.

—Que finges que nada te afecta, pero controlas hasta el puto aire que respiras. Todo lo tienes calculado, incluso esto.

—No sabía que tenía que pedirte permiso para existir.

—No te hagas el irónico —responde, girándose hacia mí—. Te encanta tener el poder. Mandar, dirigir y decidir quién entra y quién no. Pero en el fondo estás cagado, porque en cuanto algo se sale de tu Excel emocional, entras en pánico.

Mi espalda se tensa. No lo demuestro, pero lo siento, porque ha acertado.

—¿De verdad has venido a psicoanalizarme, o solo quieres una excusa para pelear?

—Tal vez quería comprobar si debajo de ese traje hay algo que sangre.

—Tú sí que sangras cada vez que abres la boca, Swan.

Ella se ríe al escucharme.

—¿Y te duele?

—Más de lo que admitiré en voz alta.

El silencio cae como una bomba entre nosotros, aunque ella deja la copa sobre la mesa baja y se levanta. Camina hacia mí con

paso lento y desafiante. Observo cómo su vestido se mueve como un pecado con la cremallera de la espalda aún a medio bajar y el escote le vibra con cada una de sus respiraciones.

Se detiene a un metro de donde estoy yo y me mira desde arriba.

—¿No tienes miedo de perder el control?

—¿Tú sí?

—Yo nací sin control, Kingsley. Pero tú… tú sin él te deshaces.

Me pongo de pie despacio y sin apartar la mirada de ella. Ahora estamos al mismo nivel y casi tocándonos.

—Tú no sabes una mierda de mí.

—¿No? ¿Y quién te crees que ha estado escribiéndote durante meses, mientras tú fingías que ni siquiera sabías que existía?

—Tú no me escribías. Me provocabas.

—¿Y tú qué hacías, Logan? ¿Me mirabas para castigarte o para correrte pensando en mí?

Mis dientes se aprietan no porque quiera discutir, sino porque quiero follarla contra esa pared y no dejar nada de ella intacto, ni su orgullo, ni su vestido.

Doy un paso hacia ella, pero no se mueve.

—Estás jugando a un juego que no sabes cómo termina.

—Tal vez sí lo sé. Pero aun así quiero jugarlo.

Doy otro paso y ahora ya está contra la pared. La suite parece que se vuelve más pequeña, mientras la nieve sigue cayendo fuera como si el mundo se estuviera borrando, aunque aquí dentro, todo arde.

Mis manos la encierran, aunque no la toco todavía. Pero mi respiración está sobre su cuello y mi boca, a centímetros de la suya.

—Dímelo otra vez —susurro.

—¿El qué?

—Lo de la fantasía… Lo de que quieres marcar mi escritorio con tus gemidos. Dímelo ahora, a la cara.

Ella traga saliva. Se le acelera el pulso, lo noto en su pecho y en su voz cuando responde, más baja de lo que esperaba.

—Quiero que me folles hasta que olvides tu nombre. Hasta que dejes de ser Kingsley y solo seas Logan conmigo y dentro de mí.

El beso no es suave, ni tierno. Es un estallido de todo lo que llevamos meses acumulando. Nuestros cuerpos chocan como si la ropa y el orgullo estorbaran y no hubiera nada más importante que esto, que ella y que ahora.

La alzo sin esfuerzo y me rodea con las piernas. Nos giramos hasta tropezar con el borde de la cama y nos caemos como dos cuerpos que ya no pueden fingir que están enteros. Mientras su vestido se rompe y mi camisa vuela, sé que ya no hay vuelta atrás y que esto no es solo sexo, es una rendición.

Su piel tiene sabor a vino tinto, a desafío y a fantasías que han dejado de ser ficción para volverse carne. Carne viva, palpitante e irresistible.

La tumbo en la cama sin esfuerzo, como si su cuerpo no pesara nada o como si llevara meses imaginando exactamente este momento. El colchón cede bajo nosotros, mullido y amplio, pero no consigue contener el vértigo de lo que está ocurriendo. Bianca, con el vestido rojo hecho jirones, no parece pequeña ni vencida, sino enorme, desbordante, el epicentro de un cataclismo que yo mismo he provocado.

Mi boca se desliza por su clavícula, bebiéndome su respiración entrecortada mientras mis manos recorren sus costillas, su cintura y sus caderas, y bajan sin prisa por el interior de sus muslos, hasta descubrir que está tan preparada como yo para que esto deje de ser una amenaza. Sus uñas se clavan en mi espalda con la misma convicción con la que antes me desafiaba con la mirada, como si necesitara dejarlo grabado bajo mi piel.

—¿Esto estaba en el contrato? —murmura junto a mi oído, con la voz ronca, empapada de lujuria y sarcasmo.

—Esto rompe todos los putos contratos —le respondo, con la boca ya bajando por su escote mientras mis dedos se deshacen de su ropa interior.

Bianca se deja llevar como quien ya ha decidido que va a perderse, pero al menos va a disfrutar de cada curva del laberinto. La empujo con el cuerpo hasta el centro de la cama, sujetándola con una rodilla entre las suyas. La observo un segundo, aunque tengo suficiente para grabar la imagen: el pelo esparcido sobre las

sábanas, los labios entreabiertos, los pezones tensos, la piel erizada y una expresión en la cara de deseo, de desafío y de hambre que me hace perder lo poco que quedaba de mi control.

—Dímelo otra vez —susurro, sin apartar la mirada de ella.

—¿El qué?

—La parte en la que me suplicas.

—No voy a suplicarte, Kingsley.

—Entonces te haré rogar con el cuerpo.

Sin esperar, la embisto sin avisarla. Su gemido es crudo, grave e involuntario, una confesión animal que me incendia desde dentro. Me hundo en ella hasta el fondo, hasta el límite, y lo hago con la urgencia de alguien que ha fingido demasiado tiempo que no quería esto. No hay espacio para la ternura aún. El ritmo es duro, brutal y nacido de la tensión acumulada, de los correos enviados, de los silencios en la oficina y de cada maldito ascensor que hemos compartido sin tocarnos. Bianca me lo devuelve todo. Se arquea, me muerde, me araña y me obliga a rendirme también, sin necesidad de palabras. La oigo jadear mi nombre y no mi apellido, ni mi título, ni una pulla disfrazada de flirteo, sino mi nombre y esas simples sílabas convierten cada embestida en algo más peligroso.

La volteo, sin dejar de moverme ni darle tregua. Boca abajo sobre las sábanas, con la espalda a mi alcance, se convierte en un lienzo para mis dientes. La muerdo y ella gime. Me aferro a sus caderas, me hundo de nuevo y escucho cómo su voz se rompe contra la almohada.

—Dime que te gusta —le exijo, sin suavidad.

—Me gusta más de lo que debería —responde entre jadeos—. Me gustas más de lo que quiero.

Eso no estaba en el guion. Su frase me impacta en un punto que no es físico y que no se puede esconder bajo un músculo o uno de mis trajes, aunque no me detengo. La beso en la nuca, le acaricio la cintura y la vuelvo a girar para mirarla mientras me corro, dentro de ella, entre sus piernas abiertas y sus ojos clavados en los míos como si no pensara perdonarme nunca por esto… ni a sí misma.

Caigo sobre el colchón sin soltarla, con la respiración desbocada y el pulso martilleándome en las sienes. Ella se queda

quieta, casi inmóvil, con las mejillas enrojecidas y el labio inferior mordido. Sus ojos, abiertos en la penumbra, me buscan con una mezcla de vértigo y certeza.

Entonces, entre toda esa descarga física brutal de meses de deseo contenido, mis dedos entrelazan los suyos. No lo pienso, ni lo planeo. Simplemente lo hago y no tengo claro si es un error o una confesión.

Ella no dice nada, ni se aparta, ni tampoco se burla. Solo deja que nuestras manos se queden unidas un segundo más como si lo entendiera y también estuviera jodida.

Me separo un poco y me doy la vuelta. No porque quiera alejarme, sino porque no puedo sostener su mirada sin sentir que acabo de dejar demasiadas grietas al descubierto.

El silencio se instala entre nosotros como una manta pesada que nadie se atreve a quitar. La suite está en penumbra y la tormenta sigue ahí fuera, cubriéndolo todo con esa falsa calma blanca que esconde el caos. Manhattan ha desaparecido tras una cortina de nieve y yo también.

Cierro los ojos, respiro hondo y sin pronunciar palabra ni moverme, me rindo a lo único que tengo claro esta noche: estoy jodido y no hay tormenta de nieve que me libre de esto.

Capítulo 20

Bianca

Tardo unos segundos en entender por qué el techo que tengo encima no es el de mi dormitorio en Brooklyn. El aire no huele a café frío ni a plantas a punto de suicidarse, porque nunca las riego, y tampoco hay señales del caos encantador que me espera normalmente en cuanto abro los ojos. No hay tazas con frases ridículas en la mesita, ni cojines por el suelo, ni rastro de Voldemiau maullando desde el pasillo como si acabara de olvidarse de quién soy. Solo hay una cama descomunal, sábanas suaves como un chantaje emocional bien hecho y ese silencio aséptico que solo tienen los hoteles de lujo. Entonces recuerdo el champán, la tormenta, mi vestido rojo cayendo a plomo sobre la moqueta y su cuerpo sobre el mío, dentro y contra a pesar de todo. Logan, desnudo de traje pero igual de peligroso.

Me muevo bajo las sábanas con el cuerpo envuelto en la sensación pegajosa de una noche que fue demasiadas cosas a la vez: deseo, revancha y rendición. Extiendo el brazo hacia el lado derecho de la cama, buscando el hueco que dejó su cuerpo, su respiración y su condenada presencia de mármol con voz ronca, pero solo encuentro frío. El colchón está helado.

Me incorporo despacio, sin querer romper la mentira de intimidad que me he inventado mientras dormía. Me llevo una esquina de la sábana conmigo y atravieso la suite con los pies descalzos, sintiendo la moqueta mullida bajo las plantas y esa electricidad que queda en el aire cuando alguien ha follado con rabia, como si el sexo no hubiera sido suficiente para acabar con la guerra. Logan está de pie frente a la pared de cristal, vestido otra vez de CEO de su propia torre, traje perfecto, pelo milimétricamente peinado hacia atrás, corbata de nudo exacto y el reloj de lujo

brillando justo lo necesario como para recordarme que, en su mundo, todo vuelve a su sitio antes de que amanezca.
La escena sería poética si no me estuviera arrancando las entrañas.

—Vaya —comento, apoyándome en el marco de la puerta con la sábana envuelta como si fuera una toga griega poscoital—. ¿Ya has tenido tiempo de redactar el informe de riesgos sobre compartir cama con personal no autorizado?

—El servicio de habitaciones puede traerte café, si quieres —me responde, aunque no se gira. Su voz me llega desde el ventanal plana y distante, como si no estuviera hablando conmigo sino con una aplicación de reservas del hotel.

No sé qué duele más, si la frialdad del tono o la ausencia de cualquier intento de fingir otra cosa. Intento reírme, buscar refugio en el sarcasmo, pero ni siquiera tengo fuerzas para eso.

—Claro y también una cláusula de confidencialidad, ¿no? Por si el escándalo salta a los titulares: «Recepcionista rompe la hegemonía del hielo en la planta 42 de la Kingsley Tower».

Entonces se gira por fin, pero en sus ojos no hay rastro de la noche que compartimos, ni de deseo, ni de arrepentimiento, ni de ternura disfrazada, solo veo al Logan de siempre: el que sabe usar el silencio como castigo, el que calcula distancias con precisión y el que se viste a la perfección para ocultar cualquier debilidad que lo haga parecer humano.

—Bianca —me dice y esa sola palabra ya suena a despedida sin necesidad de punto final—. Tengo que irme en veinte minutos. He avisado al conductor por si prefieres que te acerque a casa.

Me quedo quieta. No sé si me molesta más que me llame por mi nombre como si no acabara de decírmelo todo con el cuerpo, o que hable del conductor como si fuera un botón de «salir del problema» que puede activarse con un solo clic.

—¿Estás ofreciéndome transporte o insinuando que ya he ocupado demasiado tu espacio y tu tiempo?

—Estoy siendo práctico.

Esa frase podría grabármela con tinta negra sobre el pecho, justo donde me duele ahora mismo. Me doy la vuelta sin responder y empiezo a vestirme en silencio. Encuentro el vestido rojo hecho

jirones en una silla, las medias hechas un ovillo en el suelo, los zapatos tirados junto a la cama. El sujetador ha desaparecido en combate, pero ni me molesto en buscarlo. Me pongo el vestido como puedo y me abrocho el abrigo. No me arreglo el pelo, ni me pinto los labios, ni intento parecer menos derrotada de lo que estoy.

Él tampoco habla. Solo revisa el móvil, se pone el abrigo sobre el antebrazo y mantiene ese gesto neutro que ha perfeccionado para sobrevivir a cualquier situación, incluida la que vivimos anoche entre las sábanas.

Cuando termino, cojo el bolso. El único sonido que se cuela en la suite es el leve clic del cierre de la cremallera. Él alza la vista un segundo, como quien revisa que la invitada no haya olvidado nada.

—No hace falta que me acompañes —le digo, sin mirarle a los ojos—. Ya sé salir sola.

—El conductor está abajo.

—Prefiero coger el metro.

No insiste ni me detiene, solo asiente con la cabeza, como quien confirma un trámite inevitable y ese gesto tan breve, tan correcto y propio de él me hace más daño que si me hubiera gritado.

Abro la puerta de la habitación y salgo, aunque esta vez no me doy la vuelta, porque sé que, si lo miro, voy a romperme en tantos pedazos que ni Voldemiau podría juntar con sus patas.

El metro huele a humedad, a abrigo mojado y a resignación colectiva envuelta en bufandas. Me acomodo en un asiento junto a la ventanilla mientras Manhattan sigue sacudiéndose la nieve como un perro molesto a quien también le sorprendió la tormenta. Afuera todo parece blanco, sucio y cansado, como yo.

Apoyo la frente en el cristal empañado y contemplo mi reflejo con desgana. El *eyeliner* ha aguantado el tipo, pero mis ojos tienen esa expresión post-coito emocional que no se borra con desmaquillante. Me juré que esto era un juego. Me repetí, una y otra vez, que no pasaba nada, que solo estaba cumpliendo una fantasía escrita con más alcohol que cordura y que Logan Kingsley no iba a

tocarme más allá del cuerpo. Pero ahora tengo los labios hinchados de su boca, la espalda marcada por su respiración, el vientre vacío de él, y un nudo bajo el esternón que no consigo que baje con ningún tipo de sarcasmo.

Me miro los muslos bajo el abrigo y recuerdo sus manos allí, firmes y desesperadas, como si no pudiera controlarse. Pienso que se ha contenido toda la maldita mañana y se ha enfundado el traje sin mirar atrás, ni decir una sola palabra que hiciera temblar sus paredes perfectas como si nada hubiera pasado y yo no siguiera temblando por dentro y no acabara de romperse algo entre los dos, aunque nadie lo nombre.

Cuando llego a mi parada, el vagón está casi vacío. Salgo sin prisa y me cruzo con un tipo que lleva un gorro de reno con campanitas y me mira con esa sonrisa de «Felices fiestas» que se le pone a la gente cuando cree que todo va bien. Ojalá pudiera devolverle el gesto, pero lo único que tengo ahora mismo es un cansancio viscoso pegado a la piel, una necesidad urgente de llegar a casa y desmontarme sin público.

Subo las escaleras del metro y me trago el aire frío como si pudiera borrar así el olor de su perfume que todavía arrastro en el cuello. Camino las dos calles que me separan de mi piso con los hombros encogidos y el corazón metido en un puño.

Al entrar en casa, Voldemiau está en su posición habitual: subido sobre la encimera, observándome con la dignidad altiva de un juez retirado. Me lanza una mirada lenta y acusadora, de esas que gritan: «¿Dónde coño has estado y por qué no me has traído atún?».

—Buenos días, Su Alteza —murmuro mientras dejo las llaves en el cuenco de cerámica que hice en una clase de alfarería para solteras creativas—. ¿Tú también piensas ignorarme hasta que me humille?

Él se estira. Se baja de la encimera con toda la arrogancia del mundo y, tras unos segundos de fingido desinterés, se acomoda en mi regazo en cuanto me dejo caer en el sofá. Su ronroneo tarda lo justo en encenderse, como si esperara confirmar que estoy suficientemente rota antes de activarlo.

Me quedo quieta acariciándole el lomo con la palma abierta, con los ojos clavados en el cojín de lunares, que una vez me ayudó a superar una resaca de gin-tonics, como si fuera una reliquia de otra vida. Entonces llega mi primera lágrima, aunque no es dramática, ni sonora. Es solo una línea fina que cae por la mejilla sin que yo la invite.

La verdad es que no lloro por Logan, sino por mí. Por haber creído, aunque fuera durante un segundo en mitad de una embestida, con la boca abierta y el alma en vilo, que Logan podía mirarme sin disfraz.

Voldemiau, en su infinita sabiduría gatuna, se acomoda mejor sobre mis piernas y apoya la cabeza justo sobre mi vientre, como si supiera que es ahí donde me aprieta todo. Su peso me calma y su calor me ancla. Entre respiración y respiración, entre ronroneo y pensamiento suicida de autoestima, me levanto. No enciendo el portátil, ni abro la carpeta con los correos sucios. No tengo ganas de imaginarle empotrándome contra el escritorio. Esta vez no quiero follármelo, lo que quiero es entender por qué su silencio me ha dolido más que cualquiera de sus frases sucias.

Abro un correo nuevo en blanco, sin asunto y sin dirección de correo. Solo una pantalla vacía y muchas cosas que me queman. Empiezo a escribir sin pensar, como si la única forma de vaciarme fuera sangrar a través del teclado. No hay humor, ni ironía, ni doble sentido en lo que escribo, solo palabras limpias, torpes y necesarias.

«No sé qué esperabas de mí, ni si esta historia te ha servido de algo, si cumplí alguna fantasía o solo te saqué de quicio lo justo como para que te apeteciera callarme con la boca llena. Pero lo que pasó anoche no fue solo sexo o no lo fue para mí y eso me deja jodidamente expuesta. Lo sé, pero aun así lo escribo.

Porque te miré y me miraste. Porque pensé que había algo real escondido bajo tu corbata y tus muros de mármol y ahora me siento invisible. Como si me hubieras soñado y luego borrado. Ahora, no sé qué es peor: que hayas fingido no sentir nada, o que de verdad no lo sintieras.

Lo que sea que esté pasando entre nosotros… si es que hay algo, me está rompiendo en lugares donde creía tener una cicatriz

enorme y seca».

Me detengo, leo el párrafo y trago saliva. Miro a Voldemiau, que duerme sin preocuparse por mis crisis existenciales y supiera que ninguna carta va a arreglar esto.

Entonces respiro hondo, mantengo el cursor parpadeando un instante más y cierro el correo. No lo voy a enviar, ni lo voy a leer otra vez. Así que mando ese correo a la papelera y repito para mí la única frase que no quiero admitir en voz alta.

«Ojalá nunca hubiera escrito nada».

Me quedo unos segundos mirando la papelera digital, como si de verdad esperara que la carta saltara sola y se rescatara del olvido. Pero no lo hace, nadie lo hace, ni él, ni yo, ni siquiera el universo, que parece haberse quedado sin milagros esta semana.

Voldemiau sigue dormido sobre mi vientre, ajeno al caos. Le acaricio la cabeza con los dedos entumecidos, buscando en su respiración algo parecido a consuelo. La ciudad, al otro lado de la ventana, sigue blanca, viva y sin esperarme. Yo también sigo, pero ya no soy la misma.

Capítulo 21

Logan

Ha sido una noche, una tormenta, una botella de vino y una cama compartida por circunstancias externas. Biología pura, por la tensión acumulada. Una válvula de escape para dos adultos funcionales con exceso de orgullo y escasez de límites. Nada que no haya sucedido antes, ni que merezca análisis, ni consecuencias, ni recuerdos.

Me repito esa versión de los hechos mientras me ajusto los gemelos frente al espejo del baño. No tengo la música, ni la televisión, ni ruido de fondo que maquille la mentira. Solo el reflejo de mi cara, afeitada con esmero y cuidada como si nada estuviera fuera de control. En el vestidor, escojo el traje más oscuro, neutro e infalible que tengo. La corbata sigue el mismo patrón, es de color gris acero y me hago un nudo Windsor, rígido e impecable. Sin embargo, nada de todo esto consigue anestesiar lo que siento en el pecho.

En la cocina, me dejo el café a medio tomar, porque no me pasa. Me arde en la garganta como si cada sorbo trajera de vuelta su voz, su risa y el gemido que soltó cuando la penetré.

Salgo de casa sin revisar el móvil. No quiero mensajes, ni llamadas, ni más palabras de las necesarias. La ciudad sigue cubierta de nieve, aunque no me paro a contemplarla, porque hoy no puedo permitirme el lujo de detenerme. Tampoco puedo pararme a sentir lo que sucedió anoche, porque eso lo dejaré guardado en el archivo de los errores que no se repetirán, porque no me lo puedo permitir.

«Bianca no significa nada».

«Nada».

Me lo repito tantas veces dentro de mi cabeza, que casi consigo que suene creíble. Pero al llegar a la oficina, me doy cuenta de que el problema no está fuera sino dentro de mí. En la reunión de

las nueve, corrijo a Rob dos veces por un error que ni siquiera era grave. Leo el informe de finanzas con el ceño tan fruncido que, al verme, el socio de inversiones que está al otro lado de la mesa empieza a sudar. Amelia, en lugar de su habitual expresión glacial, me lanza una mirada que trata de analizarme, aunque no dice nada, pero sé que se tiene la atención puesta en mí.

En el descanso, me encierro en mi despacho. Me quito la chaqueta y me aflojo el nudo de la corbata. Lanzo un hondo suspiro y releo el correo que tengo abierto desde hace quince minutos sin haber procesado todavía una sola línea.

Estoy perdiendo el hilo, el ritmo, el control… Todo. ¡No me reconozco! Aunque lo peor es que es por una maldita recepcionista, una mujer que no me busca y eso es precisamente lo que más me descoloca.

Un rato después, decido bajar yo mismo a recibir a los clientes, aunque no es lo habitual en esta empresa. Además, todos saben que yo no suelo moverme de la planta 42 a menos que el edificio esté en llamas. Sin embargo, no lo hago por los clientes, sino por ella. Quiero verla… Bueno, no, lo ansío. Necesito verla. Quizá, con suerte, esté nerviosa y no pueda sostenerme la mirada, le tiembla la voz o aún tenga mis marcas en la piel.

Entro en el ascensor y aprieto el botón de la planta baja, que se ilumina al instante. Me miro en el reflejo del acero pulido de las paredes, mientras desciendo hasta la planta de la calle. Entonces, las puertas se abren y al salir del ascensor la veo sentada en su sitio, tras el mostrador de recepción. Tiene puesto los auriculares de la centralita y una sonrisa en los labios, mientras habla con alguien del equipo de diseño que ha venido a entregarle unos documentos. Ríe, asiente, bromea y lo hace como si no hubiera sido mía anoche y no me hubiera gemido mi nombre en una cama de hotel mientras me rodeaba con las piernas.

No me ve o no quiere hacerlo, aunque lo cierto es que no me busca. Tampoco cambia el gesto al notar mi presencia, ni le tiembla el pulso, ni baja la mirada. Se comporta como si no hubiera pasado nada y sin dar ni la más mínima señal de estar afectada y eso me

rompe en dos. Porque puedo soportar sus pullas, su sarcasmo, incluso sus malditos correos con frases sucias, su descaro, sus provocaciones e incluso su forma de desafiarme en medio del vestíbulo. Pero esta indiferencia me destroza más que cualquier otra cosa.

Uno de los clientes se acerca. Me doy cuenta de que me ha estado hablando desde hace unos segundos, por lo que sonrío por inercia y asiento sin escuchar. Firmo un par de papeles que me tiende un asistente y tomo nota mental de algo que no pienso revisar. Todo se convierte en ruido blanco. Todo, excepto ella.

Bianca Swan con su melena pelirroja suelta, su vestido negro que no es sexy, pero en su cuerpo lo es igual, con su maldita risa, que resuena en mi cabeza con la misma intensidad que los jadeos de anoche, cuando le mordí el muslo antes de correrme dentro de ella…. Me va a volver loco. No puedo seguir de esta manera, así que me obligo a subir hasta mi planta otra vez. Tengo una reunión en quince minutos y no puedo permitirme estar así y debo tranquilizarme.

Cuando llego a la planta 42 está en silencio o eso quiero creer. Porque, aunque los teclados suenan, escucho murmullos y los ascensores se abren y se cierran con su cadencia habitual, todo me resulta lejano como si yo no perteneciera ya a este espacio y hubiera algo que no cuadra en mí.

Camino por el pasillo con una carpeta bajo el brazo y un informe que ni siquiera recuerdo haber leído. Sé que tengo que reunirme con los socios en cinco minutos y que tenemos una decisión entre manos de cientos de miles de dólares. Así que no puedo permitirme un desliz. Pero justo en este mismo instante la veo salir del ascensor, que conecta con la planta de logística, con un paquete pequeño entre los brazos. No hace ningún gesto especial, ni percibo ningún indicio de que haya abandonado su puesto para provocar. Nada que me dé excusa para llamarle la atención, aunque lo hago igual.

La voz me sale más baja de lo normal y con una frialdad que sé manejar mejor que cualquier otra emoción.

—Tu trabajo está en recepción, Swan. No entiendo qué haces en la planta 42.

Al escucharme, se detiene un segundo, aunque no se sobresalta, ni en su gesto veo ningún rastro de rubor y, mucho menos, de disculpa. Solo me mira un segundo y después continúa caminando, sin pararse a responderme y sin regalarme ni siquiera una réplica sarcástica. Eso, que en cualquier otro contexto me habría parecido una victoria, me fastidia, porque ese silencio no es sumisión, sino indiferencia y eso, en ella, es peor que cualquier pulla.

Camino tras ella sin pensarlo y me bastan solo tres pasos para alcanzarla. Giro a la izquierda, donde el pasillo se estrecha y da a las salas de reuniones más pequeñas. Allí, donde no hay cámaras ni ojos que puedan espiarnos, la acorralo, aunque no físicamente todavía, pero sí con la voz.

—¿Qué te pasa? —le pregunto mirándola directamente a los ojos.

Ella se detiene, se gira despacio y me mira como si supiera que estoy al borde del colapso.

—Nada. Solo que no me acuesto con hombres que se arrepienten antes de que yo termine de vestirme —me dice con calma, como si hubiera estado ensayando esa frase desde el momento en que me marché de aquella suite sin despedirme.

Al escuchar su respuesta, me quedo quieto, como si de repente me hubieran sacado el aire de los pulmones. Querría gritarle que no fue arrepentimiento, sino miedo, culpa y una defensa desesperada ante algo que no sé manejar. Que fue ella, joder, porque todo lo que me está jodiendo ahora tiene su voz, su olor y su risa. Pero no digo nada, porque hacerlo sería rendirme y eso no sé hacerlo bien.

Ella me sostiene la mirada un segundo más, pero luego se da la vuelta, viendo que sigo inmóvil, y se aleja.

El pasillo se queda en silencio mientras ella se marcha sin prisa. El eco de sus tacones rebota en las paredes y desaparece al doblar la esquina. Entonces sí: me quedo solo con la carpeta en una mano y la mandíbula tensa. Tengo la sensación de que el traje

me aprieta y el cuello me asfixia. La puta corbata podría estar estrangulándome y no sería tan incómoda como la sensación que ahora mismo me sube por la garganta.

Me quedo de pie, mirando al vacío como un imbécil al que acaban de desmontar con una frase. Podría seguir pensando que lo tengo todo bajo control y repitiéndome que esto era solo un juego, porque lo de anoche no significó nada. Podría, sí, pero no lo hago, porque sería mentira y, ahora mismo, la única verdad que tengo clara, es que estoy perdiendo y ni siquiera sé qué es lo que intento ganar.

Capítulo 22

Bianca

Hoy me he puesto el pintalabios rojo más agresivo que he encontrado. Del tono que dice «muérdeme si te atreves», aunque por dentro esté temblando como una hoja mecida por el viento. El delineado de mis ojos ha salido perfecto a la primera, un milagro digno de canonización, el moño lo llevo alto, tirante y sin una sola horquilla fuera de sitio. Las medias, sin carreras y el escote, lo justo para parecer segura sin rozar la desesperación. En resumen: hoy soy una obra de control emocional con forma de recepcionista con estilo o, lo que es lo mismo… una mentira andante con buenos tacones.

Sonrío al que entra y al que sale. Contesto llamadas con una voz tan dulce y profesional que ni yo misma me la creo. Registro paquetes, coordino mensajería urgente y reparto sonrisas en bandeja con mi mejor tono de «todo está bajo control». Como si no llevara días con una tormenta atravesándome el pecho y no me ardieran por dentro las brasas de algo que no se consume, pero quema. Algo que no tiene nombre... pero tiene boca, manos y traje.

Voldemiau, que es mucho más certero que yo, esta mañana se ha subido encima de mi portátil y se ha negado a moverse durante diez minutos, como si quisiera salvarme de mí misma, o de volver a escribir algo que me condene otra vez. Lo he apartado con delicadeza y he cerrado la tapa. Después, me he metido en la ducha con el agua más caliente que he soportado y he decidido que hoy nadie va a notar que me estoy deshaciendo por dentro. Porque si algo he aprendido en esta oficina es que aquí no hay sitio para los errores, ni para el deseo, ni para las mujeres que se atreven a creer, aunque solo sea un segundo, que un hombre como Logan Kingsley puede follarte el alma sin llevársela de recuerdo.

Me ajusto el auricular del teléfono y finjo que estoy centrada en mi trabajo, aunque mi cuerpo, traidor como él solo, registre cada

una de sus entradas, salidas y cada vez que se cruza conmigo y finge que no me mira. El edificio entero puede parecer un templo de mármol y acero, limpio, frío y perfecto, pero yo sé dónde están las pequeñas fisuras, por las que se cuela el temblor, se resquebraja la voz, la mía, la suya y todo lo que no nos atrevimos a decir.

Un zumbido me devuelve al presente. Hay una reunión en la sala de juntas, a la que asistirán los socios. Hay documentos por entregar. Nada fuera de lo habitual, ni nada que debería alterarme.

Cojo la carpeta y me miro en el reflejo de la puerta del ascensor. Me veo perfecta e intocable. Una Bianca Swan versión ejecutiva, lista para ser ignorada con elegancia. Pero mientras el ascensor asciende, algo en mí empieza a revolverse. Un temblor bajo la piel y una sensación de injusticia que no tiene que ver con el amor ni con el sexo, sino con la dignidad y con el hecho de que he soportado todas sus pullas, sus reglas y sus silencios. Me brindé a jugar, pero no a ser arrastrada fuera de él sin una sola explicación.

Respiro hondo, aprieto la carpeta contra mi pecho y las puertas del ascensor se abren.

La sala de juntas está helada, porque es un ecosistema corporativo de cristal, acero y aire acondicionado en modo Siberia. Logan está sentado al fondo, en la cabecera de la mesa, como un maldito emperador del marketing emocional. A un lado tiene a Caldwell, el socio con cara de estatua aburrida; al otro, la señora Nguyen, siempre impecable y con su mirada que lo analiza todo sin pestañear. Ambos revisan papeles con gesto de tener asuntos más importantes que hacer. Kingsley no levanta la vista cuando entro, ni hace el menor ademán, ni siquiera parpadea. Actúa como si no me viera, ni me conociera y mi cuerpo no hubiera estado temblando bajo el suyo, mientras él susurraba mi nombre.

Cruzo la sala con paso firme y dejo la carpeta sobre la mesa con precisión casi ceremonial. Podría darme la vuelta y salir. También podría hacer lo que se espera de mí: sonreír, asentir, cerrar la puerta con suavidad y volver a recepción a fingir que la sangre no me hierve, pero no lo hago, porque hay un punto exacto donde la humillación y la rabia se tocan y yo estoy justo ahí.

—No soy un pasatiempo, señor Kingsley.

Mi voz suena más fuerte de lo que pensaba, aunque no lo digo gritando, pero cada palabra que pronuncio suena como una sentencia.

—Ni un capricho de despacho, ni parte de un informe, ni una fantasía tachada en una lista.

El silencio es total: Caldwell deja de escribir, Nguyen parpadea por primera vez desde que tengo memoria y Logan… alza la vista y me mira con una expresión que me atraviesa y me vacía a la vez.

No me responde, ni dice absolutamente nada y eso duele más que cualquier réplica. Porque si me gritara, si se levantara, si dijera que estoy fuera de lugar, podría reaccionar y protegerme. Pero esa ausencia de palabras, me rompe.

Siento que algo dentro de mí se deshace como papel mojado. Pero no voy a suplicar, ni voy a rebajarme después de haberme reconstruido tantas veces.

—Renuncio.

Lo digo sin que me tiemble la voz.

—A este trabajo. A este juego. A todo.

Dejo el bolígrafo sobre la mesa, justo al lado de la carpeta, y doy un paso atrás. Nadie dice nada, ni se mueve lo más mínimo, ni siquiera él y eso ya no lo puedo perdonar.

Me giro, camino hacia la puerta sin mirar a nadie, la abro, salgo y la cierro detrás de mí con la suavidad exacta con la que una mujer se retira de un incendio que ya no va a intentar apagar nunca más.

Llego a casa sin saber cómo he cruzado la ciudad. Recuerdo vagamente haber subido al metro, haber bajado en la parada correcta, haber esquivado a una señora con un carrito y a un adolescente con casco de bici que escuchaba reguetón a todo volumen. Pero no tengo ni idea de qué día es, ni qué hora, ni qué coño estoy haciendo con mi vida.

Abro la puerta, la dejo entornada, me quito los zapatos sin desabrocharlos y los dejo tirados en el recibidor. Camino hasta el salón como un autómata con las tripas revueltas y el alma en modo avión.

Voldemiau, que está encima del respaldo del sofá, me mira sin levantarse, como si llevara horas esperándome para confirmar su hipótesis: que yo también tengo fecha de caducidad.

—No empieces —le susurro, con la voz rota.

Él no dice nada, por supuesto. Ni maúlla, ni se mueve, solo salta al asiento en cuanto me dejo caer. Me abrazo las piernas y me hago un ovillo de adulta derrotada. Me tapo la cara con las manos y entonces, sin aviso, me rompo.

No hay música de fondo, ni velas con olor a canela, ni cámara lenta que romantice este momento. Solo lágrimas torpes, sin *glamour*, que me recorren la cara con la prisa de lo que ha estado retenido demasiado tiempo. Me ahogo sin ruido. Me encojo sin teatralidad, porque esto no es una escena, porque no hay réplica, ni guion… Solo hay dolor del crudo y desbordado.

Lloro por el deseo que confundí con promesa, por las palabras que nunca dijo y por las que escribí y jamás debí enviar. Lloro también por la Bianca que pensó que podía con todo, que creía que era fuerte y que se rió en la cara del peligro mientras se desnudaba en un hotel de cinco estrellas.

Lloro por mí, por lo que fui y por lo que acabo de perder.

Voldemiau se acomoda sobre mis piernas, con la indiferencia clásica de los gatos que no necesitan hacer nada para estar. Ronronea, aunque no me lame, ni pretende consolarme. Solo está y eso me basta.

Le paso una mano por el lomo, como quien intenta sostenerse con algo que no se rompe. Él cierra los ojos, aunque yo los mantengo abiertos, porque si los cierro veo su cara, su traje, su silencio y su forma de mirar sin ver y de desear sin quedarse… y no puedo más.

Me duele el pecho, mientras mis lágrimas siguen saliendo. En mi cabeza solo hay una frase de tres líneas que me vienen desde lo más hondo, aunque estas no pienso escribirlas en ningún correo, ni en ningún papel, ni en la piel de nadie. Pero aquí, en mi sofá, con el rímel corrido y el alma en carne viva, por fin puedo admitirlo:

Me folló.

Me ignoró.

Me rompió.

Capítulo 23

Logan

Hay heridas que uno jura haber cerrado y mentiras que se repiten tantas veces que acaban sonando a verdad. Te convences de que el pasado ya no duele, de que las traiciones no dejan marca, de que puedes seguir adelante, levantar imperios, ganar guerras corporativas y mantener la cabeza fría incluso cuando lo único que importa se te escurre entre los dedos como agua helada. Pero basta una sola grieta para que todo regrese y cuando lo hace, no avisa.

Charlotte me dejó dos días antes de nuestra boda. No fue porque nos llevásemos mal, ni por miedo, ni por algún drama sentimental digno de una película barata. Lo hizo porque encontró una oferta mejor. Por lo visto, se había enamorado de un inversor con sonrisa de tiburón, una cartera de clientes internacional y promesas de expansión que yo no podía igualar. Me dejó un correo electrónico y una nota escrita en el espejo del baño. No hubo por su parte ni una lágrima, ni una explicación, ni una conversación adulta que mereciera ese nombre.

Todavía recuerdo cómo me sentí. Lo que más me dolió no fue el abandono, sino la humillación de descubrir que había apostado todo por alguien que, cuando tuvo que elegir entre mi mano y un balance positivo, eligió la segunda opción sin pestañear. Mientras yo ensayaba votos, ella repasaba cifras. Mientras buscaba anillos, ella ansiaba encontrar la salida y ahí está la diferencia con Swan. Con Charlotte vi la tormenta venir. Me traicionó con elegancia, sí, pero conocía las reglas del juego y sabía cuándo protegerme. Con Bianca, en cambio, no he tenido esa oportunidad. Se coló por una grieta que ni siquiera sabía que existía. Entró riendo, lanzando fantasías imposibles como si fueran bombas de humo y mirándome de una forma que no supe descifrar hasta que ya era demasiado tarde. Así

que, cuando quise darme cuenta, el muro había caído y yo estaba dentro.

Ahora el edificio duerme y mi despacho guarda silencio. Todo parece quieto, menos yo. El control, esa religión que me salvó cuando todo lo demás se desmoronaba, ya no me sirve. Las rutinas no me calman, los informes no me distraen y las reuniones no me blindan. Hay algo que me late en la garganta, un pulso incómodo que no se disuelve ni con whisky ni con excusas y tiene nombre: Bianca Swan.

Me paso media mañana fingiendo que trabajo. Leo lo justo, respondo lo mínimo y me encierro con la excusa de preparar la presentación de Zurich, pero la pantalla del portátil lleva en pausa desde hace más de una hora. El archivo sigue abierto y las cifras siguen parpadeando, pero no veo nada. Solo veo a ella en cada esquina, en el vestíbulo, el ascensor, tras la puerta entreabierta como cuando venía a entregarme cualquier cosa innecesaria, con esa insolencia dulce que conseguía hacerme olvidar hasta cómo se firmaban los contratos. Ahora, sin embargo, ya no está, aunque no se ha ido de vacaciones, ni tiene un día de fiesta. Está ausente como un órgano que ha sido extirpado sin anestesia.

Tiro del cajón derecho de mi mesa y saco la carpeta, la misma que guardaba el documento que le di a ella como si fuera un juego. La misma que contenía todas sus fantasías, ordenadas, subrayadas, numeradas y clasificadas con una pulcritud que solo un imbécil como yo podría convertir en estrategia de dominación.

Abro la carpeta y empiezo a leer ese mismo documento, aunque ya no hay excitación, ni superioridad, ni ese fuego que me hacía controlar cada palabra suya como quien acaricia una mecha encendida. Ahora solo siento vértigo y algo parecido a la nostalgia, porque ahora sé que esas frases, esas imágenes y esos deseos camuflados de provocación, eran también súplicas. También tengo claro que debajo del *dirty talk* había una mujer cayendo en picado… mientras yo me dedicaba a medir el alcance de su caída con una puta regla de CEO.

Paso las páginas sin orden. Ya me sé todas sus fantasías de memoria, la del ascensor, la del escritorio, la de la lluvia en el coche… Pero entonces veo un documento más que no me había parado a leer. No tiene un título provocador, ni empieza con una imagen sexual, ni está subrayado y, además, tienen una fecha que es anterior a todo.

Cuando empiezo a leerlo, me golpea de lleno. No empieza con un saludo, ni está firmado, solo hay un párrafo directo, seco, sin erotismo y sin juego, que lo cambia todo.

«A veces desearía que me odiaras de verdad, porque así no me mirarías con esa frialdad que me hace sentir invisible y demasiado expuesta al mismo tiempo. Porque si me odiaras, al menos significaría que me ves».

El primer impacto me sacude como un golpe bajo. Me obligo a seguir leyendo, aunque cada palabra me duele más que la anterior, como si Bianca hubiera clavado las frases con la misma precisión con la que yo solía redactar las cláusulas irrompibles de los contratos.

«Trabajo cerca de ti desde hace casi dos años y cada día tengo la sensación de que sabes exactamente cuánto poder tienes sobre mí. Lo manejas como un bisturí preciso, impecable y letal. A veces creo que no es el deseo lo que me mata, sino el silencio que viene después. Ese con el que me dejas cada vez que paso junto a tu despacho y no levantas la vista de lo que estás haciendo».

El texto sigue sin adjetivos innecesarios, sin giros teatrales, sin rastro de ese tono provocador que solía esconder su vulnerabilidad detrás de bromas o de frases cargadas de doble sentido. Aquí no hay máscaras, solo una tristeza limpia y sin filtros, que me duele más.

«No escribo esto para que lo leas, sino porque me está jodiendo sentir que no existo para ti. Porque cada vez que pasas por recepción y apenas dices dos palabras, siento que soy una más y no quiero serlo. Deseo ser algo que recuerdes cuando cierras la puerta, cuando te quitas el traje y te deshaces de todo ese hielo que llevas encima, aunque solo sea una vez».

No se despide, ni añade ningún cierre para redondear el texto. En sus palabras solo se esconde ese deseo pronunciado a

medias, esa súplica tan humana que ahora se me clava justo en el centro del pecho con una contundencia que ninguna de sus fantasías anteriores había tenido. Miro la fecha, más por inercia que por necesidad: fue escrita semanas antes de todo. Antes del ascensor, de la primera noche y de que yo abriera la carpeta y creyera que tenía el control de todo esto. Ella ya estaba cayendo cuando yo todavía seguía jugando a ser invulnerable.

De pronto, todas mis pullas, mi frialdad, mis reglas imbéciles disfrazadas de estructura, mi silencio tras su confesión pública, mi reacción ante su renuncia se revuelve dentro de mí como una montaña de escombros que me cae encima. No era solo sexo, ni solo poder, ni tampoco una provocación. Era algo más profundo, peligroso y real.

Cuando ella necesitó sostén, yo la traté como si fuera un archivo más de mi ordenador. Como si se pudiera guardar, clasificar o, directamente, borrar y olvidar para siempre.

Me incorporo tan rápido que la silla rueda hacia atrás y choca con la pared. Salgo del despacho sin dar explicaciones, sin saludar a nadie y sin fingir compostura. Mi cuerpo se mueve más rápido que mi cabeza, como si intentara corregir todo a golpe de urgencia, como si todavía pudiera deshacer el daño si llego a tiempo.

Tengo que verla, ahora.

Tomo el ascensor con el pulso acelerado y la mandíbula tan tensa que apenas puedo tragar saliva. El traje me pesa y el cuello de la camisa me ahoga. La pantalla del ascensor marca cada número como si se burlara de mí, como si supiera que no voy a llegar a tiempo. Bajo sin saber qué voy a decir y sin tener un plan ni una estrategia. Por primera vez en años, me estoy moviendo sin haberlo planificado antes. Ahora mismo solo siento una certeza que me destroza: si no la veo ahora, la pierdo.

Cuando las puertas del ascensor se abren, salgo pero ella no está en recepción. No está en su silla, ni hablando con el mensajero, ni haciendo ese gesto con el cuello cuando se estira porque lleva demasiadas horas sentada. El escritorio está perfectamente ordenado, pero vacío. El teléfono apagado y su taza con la frase irónica ya no está. El fondo de pantalla del ordenador es neutro y

aséptico, como si nunca hubiera estado allí y ese no hubiera sido su lugar.

Camino hacia el mostrador, todavía con la esperanza absurda de que esté en el baño, en la sala de descanso o en algún rincón del vestíbulo donde no la vea. Me acerco a Fred, que hojea una novela romántica con gesto distraído.

—¿Dónde está Swan?

Al escucharme, levanta la vista con lentitud, como si no esperara mi pregunta.

—Se ha ido —me contesta.

No lo dice con dramatismo, ni con pena. Solo lo suelta como quien constata un hecho irreversible. Ante su respuesta, no hago más preguntas, ni le pido explicaciones, simplemente no reacciono. Solo me quedo de pie, frente al lugar donde ella solía estar, con los puños cerrados y la garganta apretada, intentando fingir que esto no es una derrota, que no la he perdido y que no estoy al borde de algo que ya no puedo parar.

Vuelvo a subir a la planta 42 sin mirar a nadie. Mi reflejo en las paredes del ascensor ya no parece el mismo. Sigo teniendo el mismo traje, el mismo peinado y el reloj de siempre. Sin embargo, dentro de mí siento un vacío que no puedo disfrazarlo con nada.

Entro en el despacho sin molestarme en encender la luz; el resplandor apagado de la ciudad que se cuela por los ventanales es suficiente para ver lo esencial, y lo esencial ahora mismo no es otra cosa que el vacío que me acompaña, que se ha colado en este espacio donde durante tanto tiempo todo parecía estar bajo control. Me quito la americana y la dejo caer sobre el sofá con el mismo gesto con el que he intentado deshacerme de muchas otras cosas que me han pesado más de la cuenta, y me siento frente al portátil con el cuerpo encajado en la silla, los codos apoyados en los reposabrazos y el corazón demasiado presente para alguien que se ha pasado la vida entrenando su ausencia.

La pantalla cobra vida en cuanto toco el teclado. Abro la bandeja de entrada por pura inercia, no porque espere algo, ni porque crea que haya un milagro escondido en algún rincón digital, sino porque durante semanas fue ahí donde ocurría todo lo que no

me atrevía a mirar de frente. Este buzón dejó de ser un simple espacio de trabajo el día que ella lo convirtió en confesionario y en campo de batalla disfrazado de juego.

Pero ahora no hay nada. Ningún asunto nuevo, ninguna palabra, ni sucia ni dulce, ni cargada de rabia ni de deseo, ni escrita por error ni enviada sin pensar. Solo una bandeja de entrada vacía.

Miro la fecha del último mensaje. Repaso por costumbre los remitentes, los asuntos y los correos anteriores. Todo sigue, intacto, congelado en su orden cronológico, como si la historia pudiera retroceder si supiera en qué momento exacto cometí el error de dejarla sola. La carpeta que ella usó para escribirme sigue llena. Repleta de imágenes, de frases que aún hoy podría recitar de memoria, de confesiones disfrazadas de provocación que, en realidad, pedían lo mismo: que la mirara sin miedo, que la eligiera sin condiciones y que bajara de una vez la guardia sin pedir nada a cambio, pero yo no supe hacerlo.

Sigo mirando la pantalla mientras el cursor parpadea con cadencia mecánica, regular, indiferente. Parpadea como si lo que ha desaparecido no tuviera nombre, ni voz, ni risa. Cierro los ojos un segundo, porque necesito parar. Cuando los abro, todo sigue igual. Solo entonces lo acepto: no tengo ni idea de cómo recuperarla.

Capítulo 24

Bianca

El portátil que ahora uso no lleva ningún logotipo corporativo ni requiere contraseñas imposibles que den la sensación de estar accediendo a una instalación nuclear; tampoco hay correos de Recursos Humanos recordándome que debo completar un curso obligatorio sobre recursos emocionales en el trabajo o algo así. Mi escritorio digital está lleno de carpetas mal organizadas, de proyectos sin nombre, capturas de pantalla sin sentido y de documentos que empiezo con la intención de construir algo nuevo pero que, en realidad, lo único que logran es dejarme frente a una imagen de mí que no termina de encajar con nada.

He dejado atrás la ropa de trabajo, que me apretaba por dentro mucho antes de ceñirse a mi cuerpo por fuera. Ya no llevo moños de recepcionista eficiente, ni tacones que me convertían en una versión de mí misma pero que poco tenía que ver de verdad conmigo. Ahora salgo de casa con vestidos que no combinan con nada, con camisetas con demasiadas lavadas y con bufandas que gritan más sobre quién soy que cualquier frase de motivación corporativa. Se supone que eso es libertad o que esto es volver a ser yo. Sin embargo, cada vez que me miro en el espejo, veo una sombra que no se borra. No se llama tristeza, sino ausencia.

Mi rutina se ha convertido en algo parecido a la versión alternativa de una vida que nunca llegué a vivir del todo. Por las mañanas colaboro con una empresa de eventos que sobrevive gracias al caos creativo, a la improvisación, a las notas escritas en servilletas y a las llamadas de última hora. Por las tardes doy clases de teatro en un centro cultural de Brooklyn que tiene más goteras que focos, pero donde, por primera vez, me escuchan sin esperar que finja ser otra. Por las noches, escribo, pero ya no dejo fluir sobre el teclado fantasías sobre Kingsley. En teoría he recuperado el

control de mi vida y de lo que hago, aunque, en la práctica, no siento que haya vuelto a ser dueña de nada. Tengo la sensación de que me falta no sé muy bien qué, pero siento que todavía algo continúa dentro de mí, aunque yo siga adelante como si lo hubiera sacado de mi interior. Ese no sé muy bien qué no es otra cosa que Logan, jodido Kingsley.

Voldemiau, que antes era el ser más independiente del universo, se ha vuelto un policía con bigotes: me sigue por la casa como una presencia muda pero implacable, se sube a la mesa cuando intento escribir, se tumba sobre las hojas, me maúlla cada vez que abro el portátil y me lanza miradas largas y lentas, como si temiera que fuera a cometer el mismo error otra vez.

Esta mañana se ha metido en mi bolsa de tela y ha intentado robarme las galletas en forma de estrella que guardaba para los alumnos. Cuando lo aparto, le hablo como si entendiera todo lo que no puedo decirle a nadie más.

—¿Qué pasa, minino? ¿Temes que vuelva a escribir uno de esos correos que arruinan vidas?

Él no me contesta, claro. Solo me observa con la dignidad de un juez retirado y la paciencia de quien ya me ha visto perder el control más veces de las necesarias.

Me siento con el portátil en el regazo, me acomodo en el sofá con las piernas cruzadas, los dedos sobre el teclado y la intención de escribir algo nuevo, que no tenga que ver con él y que sea para mí. Sin embargo, lo único que me sale es una frase:

«Ojalá me hubieras pedido que me quedara».

Ni una coma, ni un adjetivo, ni una excusa y, mucho menos, una defensa. Escribo esas palabras con la misma facilidad con la que se llora cuando ya no se tiene energía para disimular. La miro un instante y cierro el documento sin guardarlo. Voldemiau me maúlla, como si aplaudiera desde su esquinita del sofá, y yo le dedico una media sonrisa, porque ahora lo sé: no fue el sexo lo que me desordenó por dentro, ni el juego, ni siquiera el poder que él intentó usar como escudo, sino lo que no dijo ni pidió.

Salir a la calle debería parecer una liberación, una pausa, una forma de que me dé el aire... pero desde que renuncié a todo lo que me unía a él, tengo la sensación de que Nueva York ha decidido cebarse conmigo y la ciudad supiera exactamente dónde me duele y lo apretara con saña. Veo a Logan en los reflejos de los escaparates, en gestos ajenos que no lo son tanto, en corbatas que no son la suya… pero casi y eso es lo peor: que casi son la suya.

Camino por las aceras de Brooklyn con la bufanda hasta la nariz, como si pudiera esconderme ahí dentro y el calor bastara para protegerme de su recuerdo. Cruzo los semáforos con el corazón en automático, esquivo ciclistas suicidas y parejas que discuten por quién paga el café, y aun así, no consigo pensar en otra cosa que no sean sus manos en mi cintura o su voz susurrándome al oído. Un taxi frena junto a mí, sin que lo haya pedido. Por un segundo, me quedo inmóvil, esperando que se abra la puerta trasera y baje él, como si estuviéramos en una escena que aún no se ha rodado, pero que ya estuviera escrita. No sucede, claro. Solo es un conductor con prisa y mala leche, que me insulta por quedarme en medio del paso de peatones y arranca entre gritos.

Veo Manhattan al fondo, con sus torres de cristal clavándose en el cielo como puñales afilados. Kingsley & Co. no se ve desde aquí, pero mi cuerpo sabe dónde está y en qué dirección mirar para evitarlo. Sé también por qué calle no pasar y qué café no pisar, porque él solía pedir allí lo mismo cada mañana, y yo hacía cola detrás fingiendo que no lo sabía.

Entro en una tienda a comprar una libreta para las clases de teatro y me topo con un expositor de bolígrafos de diseño. Uno de ellos es idéntico al que Logan usaba en la sala de juntas, ese que no prestaba a nadie, ni siquiera para firmar contratos de siete cifras. Paso los dedos por el cristal, aunque no lo compro y me obligo a continuar después de soltar un suspiro. Cuando salgo de la tienda, me detengo en un semáforo mientras el tráfico respira como una bestia contenida y veo a un ejecutivo cruzar la calle con un abrigo largo, el móvil en una mano y una carpeta en la otra. Camina igual que él, con una mezcla de arrogancia que intenta mostrar que tiene

el control absoluto del entorno. Me descubro conteniendo el aire mientras lo observo, pero no es él, nunca lo es.

Doblo la esquina y, de pronto, el aire se llena de olor a pan recién hecho… y a whisky. Me detengo sin querer, como si el cuerpo recordara antes que la cabeza, porque la memoria es así de hija de puta y se cuela por la nariz, por la piel, por cualquier rendija, y te lanza de bruces contra lo que más te duele sin pedirte permiso y sin avisar. De repente, vuelve a mí su aliento, cálido y grave, justo al lado de mi oído. Vuelve su voz, diciendo mi nombre y me dan ganas de gritarle a esta ciudad que no fue culpa mía, que lo intenté y le ofrecí más que deseo y correos sucios, que estuve ahí, no huí y fui valiente, pero no lo hago. Solo aprieto el paso, con el corazón latiendo donde no debería y la bufanda subida hasta los ojos, como si eso pudiera bastar para esconderme del mundo y dejar de verlo a él en cada esquina y en cada hombre con traje.

Brooklyn se vuelve más lento a medida que avanzo por calles menos transitadas, como si la ciudad entendiera, por fin, que necesito un respiro. Las hojas secas arrastradas por el viento no se hacen movimientos poéticos, solo suenan al pisarlas y se pegan a los bordes de mis botas. El cielo está sucio y lleno de nubes bajas que amenazan lluvia, y yo camino con las manos enterradas en los bolsillos del abrigo y una idea clavada bajo la piel que no consigo quitarme de encima. Es una especie de eco que me acompaña desde que dejé el trabajo sin que él moviera un músculo y entendí que hay gente que, por mucho que lo desee, no te sabe pedir que te quedes.

La ciudad sigue funcionando con su arrogancia habitual. Todo se mueve a su propio ritmo. Todo, excepto ese rincón dentro de mí que se quedó congelado en su despacho, donde eligió no luchar. Doblo otra esquina y entro en una plaza pequeña. donde nunca he estado. Hay un banco de madera gastado y un olivo que parece fuera de lugar. Me siento, porque necesito detenerme en algún sitio donde nadie me reconozca y pueda permitirme estar quieta sin parecer frágil. A mi lado, entre otro banco, una pareja de ancianos se reparte un bocadillo. Ella le quita la cebolla sin decir una palabra y él lo acepta como quien firma un acuerdo tácito que lleva años

vigente. Me pregunto si alguna vez tendré algo así y dejaré de verlo todo como heridas que no sangran pero tampoco cierran.

Meto la mano en mi bolso y toco sin querer un boli mordisqueado, una libreta con esquinas dobladas, la entrada arrugada de una obra de teatro que aún no he visto y en mitad del desorden, se forma una frase dentro de mi cabeza, que se me clava en medio en la boca del estómago como un dardo. La repito en silencio y después lo hago en voz baja, como si necesitara oírla de mí para aceptarla.

—Jodido Logan Kingsley… ¿cómo se desama a alguien?

El viento no responde y Voldemiau no está para mirarme con desaprobación. A mi alrededor, no escucho ninguna risa, ni recibo ningún tipo de consuelo. Solo continúa esa pregunta, suspendida entre mis labios y el aire, como la única verdad que aún no estoy lista para aceptar.

Capítulo 25

Logan

Las cifras están bien, los gráficos suben donde deben hacerlo y las previsiones son sólidas, los márgenes de beneficio siguen siendo aceptables, y la operación de San Francisco está cerrada con una firma que debería hacerme sentir invencible, pero no siento nada. Frente a mí, la pantalla muestra un informe de treinta y seis páginas que antes habría diseccionado sin pestañear. Ahora, sin embargo, lo repaso como quien mira una pared. No encuentro un solo dato capaz de acabar con este embotamiento mental, que arrastro desde que Bianca se fue.

—Logan —me llama Arthur, el socio más antiguo de la mesa, con ese tono que siempre anticipa una crítica, pero que disfraza de preocupación—. ¿Estás siguiendo?

Levanto la mirada y lo observo. También están allí Helen, Victor, el chico nuevo de Estrategia y una de mis secretarias, que debería estar tomando notas para el acta, pero no ha tecleado una palabra desde hace diez minutos. Todos me observan como si esperaran que una frase, un plan o una bomba brillantes, pero no digo nada. Lo único que me viene a la cabeza es ella. El modo en que me miró cuando dije que no entendía qué hacía en la planta 42 y la forma en que me sostuvo la mirada antes de darme la estocada que aún llevo clavada en medio del pecho: «No me acuesto con hombres que se arrepienten antes de que termine de vestirme».

La verdad es que ninguna reunión, por estratégica que sea, me ha dejado tan jodido. Me paso una mano por la mandíbula, con los dedos cerrados, con ese gesto que más que disimular el cansancio intenta contenerlo. No puedo seguir fingiendo, aunque tampoco sé cómo explicarlo. Así que simplemente lo digo.

—He perdido algo importante —lo suelto simplemente, aunque no es una confesión, sino una verdad.

Arthur se inclina ligeramente hacia delante, como si esperara que continúe, pero no digo nada más. Solo eso, una pérdida que no puedo cuantificar, que no aparece en ninguna casilla del balance, que no se corrige con una renegociación ni se entierra bajo cláusulas contractuales. El resto del equipo se queda en silencio, porque no están acostumbrados a verme así y yo tampoco. Así que cierro el portátil, me levanto, recojo mi chaqueta del respaldo y salgo sin dar explicaciones. No escucho si alguien me llama, ni me detengo a firmar los papeles que me tiende la asistente.

Necesito respirar e irme, aunque no tenga ni idea de a dónde.

Entro en mi despacho, el único lugar donde nadie me observa y todo responde exactamente a mis reglas. La iluminación indirecta se enciende sola al detectar movimiento, bañando los suelos en un resplandor que antes habría considerado elegante y ahora solo me parece funcional. Camino hasta el mueble, lo abro, cojo el whisky y saco la botella sin mirar cuál es. No necesito leer la etiqueta, porque sé que es uno de los caros. Uno de esos que se compran no por gusto sino por prestigio, como casi todo lo que poseo. Lo sirvo sin hielo y me lo llevo a los labios, pero ni el primer trago me hace efecto. Lo dejo sobre la encimera y empiezo a andar en círculos, como un animal que ha olvidado cuál era su jaula y ahora se desconcierta con tanta libertad vacía.

Miro el sofá de piel oscura donde, durante años, he cerrado acuerdos, leído informes y follado con mujeres a las que no volví a llamar. Pero aquí también ha estado Bianca. Vuelvo a beber, pero ahora doy un trago más largo a mi whisky, aunque ya no me sirve como anestesia. Ni a pesar de que esté en el último piso de la Kingsley Tower me salvo de sentirme en el barro. Apoyo las manos sobre la mesa y bajo la cabeza. La imagen de ella tumbada en la cama de la suite, desnuda bajo las sábanas y buscándome con la mano dormida, regresa sin permiso a mi cabeza. Pero no es eso lo que más me descompone, sino lo que vino después. Imaginarla despertar sola, con el cuerpo aún con mi olor, pero con el corazón ya roto.

El pasado regresa a mi cabeza sin pedirme permiso y lo hace con sensaciones que me duelen. Recuerdo el primer correo y cómo

me sorprendí al leerlo, creyendo que era una provocación fácil. Recuerdo también cómo me aferré a él como si fuera una excusa perfecta para tomar el control de algo que, desde el principio, no lo estuvo nunca, ni lo estaría.

Todo el juego se me viene encima de golpe: la carpeta, los retos, la cita en el *rooftop*, el ascensor, la tormenta… Su voz rota cuando dijo que no era un pasatiempo y cómo yo me mantuve, en silencio, porque hablar significaba ceder, sentir era perder y amar… amar no estaba en las cláusulas, ni en el plan y mucho menos en mi vocabulario.

Me termino el whisky de un trago y noto cómo me arde la garganta, pero me alegro. Me lo merezco.

Caigo en el Chester del despacho con el cuerpo pesado y la cabeza hacia atrás, como si el techo pudiera ofrecerme alguna respuesta. Cierro los ojos e intento recordarme todo lo que hice bien: los ascensos, los contratos firmados, las reuniones ganadas, las cifras disparadas… Cada logro es como un ladrillo y cada victoria, una pared más alta superada, pero en medio de toda esa arquitectura perfecta, hay un hueco que no se llena con nada: Ella.

Levanté un imperio para no volver a caer, pero, entonces, apareció con su sarcasmo, su melena pelirroja despeinada, su descaro y lo derrumbó todo. Pero yo, como un imbécil, la dejé ir.

La ciudad sigue ahí sin detenerse por mí, ni por ella, ni por nadie. Me acerco al ventanal y apoyo la frente contra el vidrio frío, como casi todo en mi vida últimamente. Las luces de los rascacielos parpadean en la distancia, formando constelaciones artificiales que no tienen nada que ver con el cielo, pero que yo conozco una por una. Podría señalar cada edificio que ayudé a levantar, cada firma que conseguí, cada cliente que convencí a base de cifras, de estrategia y de silencio. Conozco la ruta del poder como si la llevara tatuada bajo los párpados. Sin embargo, no hay ni un solo punto en ese mapa que me indique dónde está Bianca Swan ahora.

Me gustaría pensar que está en su sofá, con ese gato imbécil encima, viendo alguna serie absurda en la que todo el mundo muere menos el mayordomo, que lleva puestas las gafas que no usa en la

oficina, que come cereales directamente de la caja y que se burla de mí en voz alta entre risas. Me gusta imaginarla así, porque si ha dejado de pensar en mí… entonces sí estoy jodido de verdad.

Respiro despacio y veo en el reflejo del cristal una imagen de mí que apenas reconozco. Estoy ahí, sí con el mismo traje, la misma postura, el mismo reloj , pero hay algo distinto en mi mirada, algo roto.

Este soy yo. El tipo que nunca pierde, el que entra, manda y sale. El que siempre calcula, al que nunca le tiembla el pulso y el que no se arriesga hasta que apareció ella.

Me gustaría decir que todo empezó con aquel correo, con su fantasía enviada a traición por el gato más peligroso de toda la ciudad. Pero sería mentir. Empezó mucho antes. El día que la vi desde el ascensor y que escuché su risa por primera vez mientras hablaba con Fred o el día que dijo mi nombre con desprecio… y yo supe que quería volver a oírlo una vez más y otra y otra.

He sacrificado muchas cosas por mantener el control: tiempo, descanso, vínculos y certezas. Lo he hecho convencido de que era el único camino posible, porque el poder podía blindarme contra todo, incluso contra el abandono, pero esta vez el precio ha sido ella y eso… no lo puedo pagar.

Doy un paso hacia atrás y me separo del cristal pasándome una mano por la nuca, como si con eso pudiera soltar el nudo que tengo en la garganta. Camino hasta la mesa y cojo mi móvil, aunque no voy a llamarla, ni a escribirle. Solo necesito sentir su nombre a un solo gesto de distancia. Saber que está ahí, aunque no lo esté.

No toco la pantalla todavía, porque no tengo un plan. Sin embargo, por primera vez en años, estoy dispuesto a actuar sin uno. Voy a recuperarla cueste lo que me cueste.

Incluso si lo que cuesta es todo lo que creía que era importante para mí.

Capítulo 26

Bianca

Hay días en los que ni el espejo se atreve a decirme nada y hoy es uno de ellos. Tengo el pelo recogido en un moño tan mal hecho que parece un insulto a la gravedad, la camiseta de una campaña de teatro universitario raída y unos pantalones de chándal que juré no volver a ponerme fuera de una cuarentena mundial. No llevo sujetador, ni ganas, solo llevo peso difuso, pegajoso y constante. Es un peso que no se mide en kilos, sino en preguntas sin respuesta.

Estoy sentada en el sofá con Voldemiau encima, medio aplastándome las costillas. No se mueve desde hace horas, como si su instinto animal hubiera detectado que algo se ha roto y hubiera decidido sellarlo con su barriga peluda. Me ha seguido por la casa como una sombra con bigotes, se ha tumbado sobre el portátil cuando intenté contestar un correo, ha maullado cada vez que me levantaba para ir al baño y ahora ronronea con una intensidad que parece una amenaza pasivo-agresiva.

—¿Qué pasa, tío? ¿Temes que vuelva a escribir un correo de los que arruinan vidas?

Levanta la cabeza un segundo, como si supiera exactamente de qué estoy hablando, y después se vuelve a acomodar, con la dignidad de un juez supremo que ha dictado sentencia: culpable, pero demasiado rota para ser castigada.

En este momento de mi vida, sé que debería sentirme libre y orgullosa por haber salido del rascacielos y haberme quitado de encima el uniforme de recepcionista y los ejecutivos con trajes caros que solo miraban por encima del hombro. Pero no lo estoy, ni me siento libre, solo vacía de expectativas, de entusiasmo, de futuro y de ese impulso que antes me empujaba a escribir, a crear y a fantasear con hombres imposibles desde la seguridad de mi teclado. Ni siquiera tengo ganas de abrir la carpeta de los correos, ni de

escribir. El último documento que intenté abrir sigue en blanco salvo por una frase estúpida que me salió sin pensar: «Ojalá me hubieras pedido que me quedara». La cerré sin guardar y recuerdo que Voldemiau se estiró como si aplaudiera.
Desde entonces, no he vuelto a escribir ni una línea.

El mensaje de Daphne no da pie a réplica:

Daphne:
Ponte algo negro,
baja en veinte minutos
y no me salgas con excusas tipo
«tengo al gato encima» o
«no me quedan bragas limpias».
Tengo ginebra, chismes y
un vestido que hace llorar a los hombres.

Podría ignorarlo y decirle que estoy cansada, que tengo trabajo, que Voldemiau me retiene como rehén bajo su pelusa, pero sé que no serviría. Daphne es como el servicio de emergencias: no pregunta si quieres ayuda, aparece igual.

Media hora después, estoy sentada frente a ella en un bar del Lower East Side con más neones que alma, sujetando un gin-tonic que sabe a lima y a traición. Me he puesto un vestido ajustado por presión externa y una sonrisa por compromiso moral, aunque ninguna de las dos me queda bien.

—Cariño, tienes cara de funeral. ¿Quieres que te enseñe las tetas para animarte?

—No, gracias. Ya he tenido suficiente material traumático últimamente.

Daphne alza una ceja, coge la copa y se la lleva a los labios sin dejar de mirarme.

—No me provoques, Swan. Estoy a una decepción masculina más de convertirme en tu *sugar mommy*.

—Tendrías que pagarme bien —respondo sin energía.

—Por ti lo haría. Pero solo si me llamas «señora Daphne» y me planchas la ropa interior.

Intento sonreír. Lo intento de verdad, pero el gesto me sale torcido, vacío, mecánico. Daphne lo nota al instante y deja la copa sobre la mesa con más fuerza de la necesaria y me suelta, sin adornos:

—Vale. ¿Qué coño te pasa?

Podría hacer una broma y lanzarle otro chiste sobre *sugar mommies* y sujetadores de encaje. Pero en lugar de eso, suspiro y le suelto la verdad sin adornos:

—No es solo un hombre, tía. Era… algo más y lo arruiné o… me arruinó. Ya no lo sé.

Ella se queda callada y eso, viniendo de Daphne, es lo más parecido a una alarma de incendio.

—¿Te has enamorado?

Trago saliva y muevo mi copa y el hielo choca con el cristal. No sé si es el sonido o la pregunta lo que me atraviesa.

—Creo que sí —murmuro—. Pero a mi manera. Ya sabes… tarde, mal y a pecho descubierto.

—¿Y él?

—Él se construyó una muralla y me dejó fuera o dentro, pero luego me echó... Ni siquiera estoy segura.

Daphne me mira como si buscara en mi cara alguna resquicio de la Bianca de siempre, esa que se burlaba de los dramas con ironía y del amor con cinismo.

—Podría llevarte de viaje a Lisboa, a Berlín o a la Conchinchina si hace falta. Podría presentarte a veinte tíos y podrías follarte a todos, reírte en su cara.

—Podría —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero no quiero.

Y en esa frase está el problema.

El trayecto de vuelta a casa dura doce minutos y medio. Lo sé porque los cuento. Doce paradas del metro, medio andén lleno, un vagón con olor a cebolla, tres canciones tristes en bucle en mi cabeza y una sensación cada vez más nítida de estar yendo a ninguna parte.

Cuando salgo del metro, la humedad neoyorquina se cuela por el cuello del abrigo y se instala en mi nuca. Mi barrio parece dormido, pero sé que no lo está. Las ventanas encendidas me lo gritan, la vecina del quinto sigue viendo su telenovela latinoamericana a todo volumen y el chico del segundo vuelve a fumar en la escalera de incendios. Todo sigue igual menos yo.

Subo los peldaños de mi edificio con esa especie de peso en los muslos que no viene del cansancio físico, sino del emocional. La llave gira en la cerradura y al empujar la puerta, Voldemiau está ahí esperándome inmóvil con ese aire de superioridad felina, que a veces me resulta tan irritante, pero que hoy me parece casi tierno.

—Ya estoy en casa —murmuro, aunque no sé si se lo digo a él o a mí.

Voldemiau se me acerca con lentitud, se me pega a las piernas y se deja coger en brazos sin protestar. Pesa más de lo que recordaba, o quizá soy yo la que pesa menos por dentro. Camino hasta la cama con él, me dejo caer de espaldas y no me molesto en desvestirme. Me echo encima la manta del sofá y Voldemiau se acurruca en mi pecho. Su ronroneo no es una canción de cuna, pero es lo más parecido que tengo. Cierro los ojos y en la oscuridad que ya no me protege, me golpea la verdad. Daphne lo ha intentado. Ha hecho todo lo que una mejor amiga con agallas, tetas perfectas y lengua afilada podía hacer. Me ha arrastrado a un bar, me ha hecho reír, me ha ofrecido viajes, futuros, ligues y ginebra, pero nada ha funcionado, porque ni siquiera ella puede salvarme. Pero, si ni Daphe puede salvarme, ¿quién demonios podrá?

Capítulo 27

Logan

Son las tres cuarenta y siete de la madrugada. La ciudad duerme, pero yo no. Unas luces se apagan y otras se encienden. El tráfico nunca desaparece del todo, solo se vuelve más lento, como si incluso los coches bostezaran. En cambio, mi cabeza no aminora el paso, ni tiene intermitentes, ni frenos.

Estoy sentado en el sofá, descalzo, con la camisa desabrochada y un vaso de whisky en la mano que lleva horas calentándose. No bebo, solo lo sostengo. El hielo que puse ha muerto hace rato.

En el televisor, una cadena financiera emite en bucle un resumen de mercados que no me interesa lo más mínimo. Lo dejo puesto como quien deja sonar un metrónomo, para no escuchar lo que realmente hace ruido: las frases de Bianca repitiéndose en mi cabeza como una alarma interna que no cesa.

«No me acuesto con hombres que se arrepienten antes de que yo termine de vestirme».

«No soy un pasatiempo, señor Kingsle»y».

«No sé si me arruinaste tú o me arruiné yo».

Después, el peor de todos los sonidos: su ausencia. Ese hueco que ha dejado, que antes solo era molesto… pero ahora es insoportable.

En algún momento, me levanto del sofá y camino hasta la ventana. Apoyo la frente contra el cristal frío y dejo que la ciudad me corte la piel desde fuera. Podría llamarla, escribirle o enviarlo todo a la mierda y aparecer en su casa como un idiota arrepentido con un ramo de flores y una disculpa en los labios. Pero ella no necesita flores, ni excusas. Necesita una verdad y yo, por primera vez, estoy dispuesto a darla.

Cuando el reloj marca las cinco en punto, apago la televisión, dejo el vaso en la mesa y cruzo el apartamento sin encender ninguna luz. Me ducho rápido con el agua hirviendo. La corbata que elijo es negra y el traje, gris oscuro, de los que uso cuando tengo que cerrar acuerdos imposibles. Me lo pongo como una armadura, aunque por dentro ya no me queda nada que proteger.

Al salir al pasillo, los ascensores aún no funcionan y los porteros ni siquiera han llegado, porque Manhattan todavía bosteza, pero yo ya estoy en marcha.

La oficina está en silencio cuando llego, pero no ese silencio literario que la gente suele imaginar. Es un silencio técnico, hueco, el de los servidores arrancando, el del aire acondicionado que exhala desde las rejillas del techo y el de las puertas automáticas que se abren solo para mí a estas horas.

Paso la tarjeta por el lector y accedo a recepción. El lugar donde ella solía estar, pero ahora no es más que una mesa vacía que se me clava en el pecho. El mármol del suelo refleja mi silueta sin compasión. Subo a la planta cuarenta y dos y entro directamente en mi despacho. Hoy no hay ni luz natural, ni café, ni buenos días. Abro el portátil, me conecto al sistema de agenda y cancelo todas las reuniones que tenía programadas para hoy sin dar explicaciones.

—Hoy no estoy disponible para nadie —susurro—. Hoy solo tengo un objetivo.

Me digo sin convicción y me recuesto en la silla, la misma desde la que he decidido despidos, operaciones millonarias y planes quinquenales que han hecho temblar a media competencia. Pero hoy, ninguna de esas decisiones me parece difícil, porque lo jodido empieza ahora.

Abro una carpeta nueva en el escritorio digital y la titulo: «Confesión». No escribo un subtítulo, ni le añado un logo corporativo. Solo escribo eso, una palabra que jamás he usado en público. Lo siguiente que hago es ir al directorio del equipo creativo. Selecciono tres diseñadores con los que he trabajado en las campañas más impecables de los últimos años. Les escribo un correo breve, seco y directo:

«Necesito que preparéis una presentación especial. Lo único que os enviaré son textos. Vosotros elegid tipografías, fondo y ritmo. No debe parecer una presentación corporativa, pero tampoco un poema ñoño. Quiero que sea impactante. Confío en vuestro criterio. Adjunto el material».

Ellos no harán preguntas, aunque quizá piensen que es para un *pitch* emocional con algún cliente de moda o una marca de perfumes. No obstante, no pienso hacerles ninguna aclaración.

Arrastro hasta el correo los fragmentos que tengo guardados de Bianca. No los más explícitos, ni los más provocadores. Elijo las frases que me desarmaron cuando creí que podía jugar con ventaja y las que ya hablaban de algo que yo no quería ver. Junto a cada una, anoto lo que nunca dije.

«Lo quiero de rodillas» escribió ella en uno de los primeros correos. Yo contesto al margen: «Lo estoy, pero no delante de ti, sino por dentro».

«Hay días en los que detestarte me resulta más fácil que ignorarte». Mi nota: «Ojalá pudiera decir lo mismo».

«El ascensor aún espera». Respondo: «Yo también.»

«Tu escritorio aún huele a mí». Escribo: «Nunca lo ventilo. No quiero que se vaya».

Guardo el archivo y lo envío.

Después, llamo a Wade, un amigo del departamento técnico, que madruga más aún que yo y es uno de los pocos que todavía me soporta fuera del entorno laboral. Me debe un par de favores desde una noche de borrachera en Boston. Me contesta a la tercera señal.

—¿Qué necesitas? —pregunta con voz de resaca.

—Montar una confesión en una sala entera.

—¿Es una metáfora o estás hablando de pantallas?

—Pantallas, proyectores, sonido envolvente… Todo. Quiero que alguien entre en esa sala y no pueda ignorar lo que le digo. Quiero que lo sienta en la piel y que no tenga escapatoria.

—¿Es para una mujer?

—Sí.

—Joder, Kingsley… Vale. Cuenta conmigo.

Wade se presenta en Kingsley & Co. dos horas después, cargado con una mochila que parece una bomba de diseño industrial. Yo lo acompaño a la sala 3B, una de las de juntas más grandes, con paredes móviles, cristaleras opacas y capacidad para impresionar a cualquier ejecutivo. Hoy no habrá ejecutivos, sino un idiota intentando que alguien no lo olvide.

—¿Aquí? —pregunta Wade, examinando el espacio.

—Sí. Quiero proyectores en tres paredes, que el texto se mueva, pero que no parezca una clase de literatura, sino que respire.

—¿Son solo frases o hay imágenes?

—Algunas imágenes. Un par de localizaciones: el ascensor, mi despacho y la planta de recepción.

—¿Y música?

—No lo sé. Algo discreto y sin letra.

Wade asiente, murmura algo sobre HDMI y potencia lumínica, y se pone a trabajar. Mientras instala cables y prueba proyectores, yo me dedico a controlar lo único que puedo: los márgenes, el orden y el ritmo.

Cada frase que aparece en la pared me atraviesa como si no la hubiera leído nunca.

«No quiero que me toques si vas a arrepentirte después».

«A veces deseo que me mires como miras los contratos: con hambre».

«Te odio, pero no hay un solo día que no quiera que vuelvas al ascensor».

Me coloco frente a la pared central con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Mi traje ya no es una armadura sino una jaula. El nudo de la corbata me asfixia y me la aflojo, la primera vez que hago algo así en horas de trabajo fuera de mi despacho.

Wade me mira de reojo desde el portátil.

—¿Esto va en serio?

—Nunca he hecho nada más serio en mi vida.

—¿Y si no aparece?

—Aparecerá.

—¿Y si aparece pero no entra?

—Entonces me quedaré dentro con el proyector encendido y los restos de mi dignidad por el suelo.

Wade sonríe, pero no dice nada más. Termina de ajustar el sonido envolvente, conecta los proyectores al sistema central y me entrega un mando con un solo botón.

—Solo tienes que darle al *Play*, nada más.

—Gracias.

Se encoge de hombros.

—Suerte, cabrón.

Cuando se marcha, la sala queda vacía. Solo yo, las frases proyectadas en blanco sobre negro y un mando en la mano que ahora me pesa como si cargara con una tonelada de piedras.

Me siento en una de las sillas del fondo y observo las imágenes que se funden con las palabras. El ascensor. Una captura de su primer correo. Un fotograma de mi escritorio con el sujetapapeles torcido. El puto sujetapapeles que ella tocó aquel día.

Todo parece una película que no reconozco pero que me está destruyendo por dentro, porque mi bandeja de entrada ya no recibe sus correos, ni sus pasos atravesando el *hall* de recepción, ni su nombre aparece en los registros y ni siquiera sé si volverá a cruzar la puerta de entrada de la Kingsley Tower. Pero si lo hace, si vuelve, aunque sea por error… esta sala será mi única oportunidad. No sé hablar con flores ni con lágrimas, porque lo único que he sabido hacer siempre ha sido explicar cosas, vender conceptos, exponer… Así que voy a exponerme con mi lenguaje y en mi idioma.

Me levanto, me coloco frente a la pantalla y aprieto el botón. La primera frase aparece proyectada sobre el fondo blanco: «El ascensor aún espera». Cuando la leo, me quedo en silencio y trago saliva con dificultad.

—Y yo también —murmuro.

El botón aún tiembla en mi mano cuando la última diapositiva se apaga. La sala se queda en penumbra, iluminada solo por la luz que entra desde el pasillo. Me paso una mano por la nuca. Estoy sudando. Hoy no puedo fingir nada.

Vuelvo al despacho y cierro la puerta tras de mí con un clic sordo. Necesito encontrar el modo de hacerla venir. No puedo

enviarle un correo, porque no va a contestarlo, ni tampoco puedo llamarla, porque no tengo su nuevo número. Todo lo que era accesible antes, ahora está cortado.

Me quedo de pie, apoyado contra el cristal, observando cómo el mundo se sigue moviendo sin ella. La ciudad no ha notado su ausencia, aunque yo sí cada vez que paso por recepción, o que entro en la oficina.

Rebusco entre los antiguos registros internos de personal y solo encuentro un dato: la empresa de eventos con la que colabora desde que se fue. No tengo la dirección, pero hay algo que aún poseo: contactos, influencia y una necesidad tan descomunal que ya no me importa quedar como un loco.

Marco un número.

—Amelia —digo, seco, directo a una de mis secretarias.

—Sí, señor Kingsley.

—Quiero encontrar a Bianca Swan y necesito que me ayudes.

Se queda en silencio durante unos segundos.

—¿Para qué?

—Para decirle lo que nunca le dije y hacer lo que debí haber hecho el día que la besé en el ascensor.

Capítulo 28

Bianca

Llego a casa con la cabeza embotada después de otro día en mis nuevos trabajos. He estado coordinando horarios, diseñando montajes imposibles para gente imposible y fingiendo sonrisas automáticas, que me desgastan por dentro más que cualquier jornada en la recepción del rascacielos. Ni siquiera recuerdo si he almorzado. Solo sé que el metro olía a humedad y a aire viciado, y que mis pies laten de cansancio dentro de las botas.

Subo los peldaños de la entrada a la portería, mientras oigo cómo Voldemiau maúlla desde alguna ventana de mi apartamento como un centinela implacable. Cuando abro el buzón, espero las facturas de siempre, algún folleto de pizzería barata o quizás una carta extraviada de algún vecino. Pero, para mi sorpresa, me encuentro con un sobre cerrado y anónimo.

Es un sobre blanco, sin remitente, de esos que no sabes si abrir o quemar directamente. Lo sostengo en la mano, dándole vueltas, mientras las llaves tintinean contra el metal del buzón. La caligrafía con mi nombre es neutra, impersonal y de imprenta. Subo las escaleras hasta mi casa, porque el ascensor sigue sin funcionar y a estas alturas ya he perdido la esperanza de que lo arreglen, con el sobre en la mano. Voldemiau me recibe justo al abrir la puerta de mi apartamento, con la cola en alto y la mirada acusadora. Cierro la puerta tras de mí, dejo el bolso en la silla de la cocina y abro el sobre con un abrecartas que no uso desde no recuerdo cuándo.

Dentro hay tres cosas. Una hoja blanca, doblada en dos, con una sola frase escrita en tinta negra: *«El ascensor aún espera»*, y una tarjeta magnética del Kingsley Tower, idéntica a las que usábamos para subir a las plantas privadas. También encuentro un plano impreso del edificio con una sala marcada en rojo.

Observo lo que tengo entre las manos con el ceño fruncido y el corazón latiendo desbocado en medio de mi pecho. Sé de quién viene. No hace falta que el papel tenga una firma, ni una dedicatoria, ni perfume en el papel como si fuera una carta de amor adolescente. Sé de sobras quién es, es él.

Lo dejo todo sobre la mesa y me quedo de pie un momento, con las manos apoyadas en el borde, mirando todo lo que contenía el sobre misterioso como si fueran un puzzle que me devolviera una vida que no sé si quiero recuperar.

Siento que se me tensa el estómago con una mezcla de rabia y nervios. ¿Qué pretende? ¿Qué significa esto? ¿Una trampa? ¿Una despedida? ¿Una disculpa? ¿Un espectáculo de su ego desbocado? Mi cerebro trabaja con todas esas preguntas, pero mi cuerpo va por delante: ya está acelerado, inquieto y respondiendo.

Me siento en la silla dejándome caer con un golpe seco. Voldemiau salta al fregadero y me observa con esa mirada de superioridad felina, que tiene reservada para mis peores momentos, esa que dice «te lo advertí» sin abrir la boca.

—¿Tú qué opinas, minino del demonio?

Maúlla, largo y grave, como si me diera la orden. Me río con una risa rota al escucharle y acaricio la tarjeta con la yema del pulgar mientras pienso. Aceptar esta invitación, no sé si ir sería humillarme o mi única oportunidad de escuchar lo que nunca dijo. Tampoco tengo muy claro si estoy dispuesta a verlo otra vez para que me rompa un poco más. Pero también sé que no puedo seguir con este vacío en medio del pecho sin, al menos, haberlo intentado.

Voldemiau me mira, parpadea lentamente, baja del fregadero y se acurruca en mi regazo sin pedir permiso. Su peso es un ancla y su ronroneo, un metrónomo que me ayuda a volver a la realidad. Me apoyo en el respaldo y cierro los ojos un segundo. La decisión empieza a formarse sola dentro de mi cabeza.

Esta vez no voy a ir como víctima, sino como yo.

Me levanto de la silla con una decisión que no digo, pero que me retumba en todo el cuerpo. Cojo el sobre, la tarjeta y el plano, y los dejo sobre la encimera. Voy hacia el baño y me desnudo sin prisa, pero con determinación, aunque también con el miedo que

precede a los momentos importantes. Me desabrocho los vaqueros, dejo caer la camiseta al suelo y me paso las manos por los hombros como si necesitara recordar que soy real, que tengo carne, piel e historia y, sobre todo, que ya no soy solo la mujer a la que Kingsley le hizo daño.

Abro el grifo de la ducha. El agua tarda en salir caliente, como siempre. Me meto dentro antes de que esté templada, porque hoy necesito que el agua fría me dé una sacudida de realidad.

El agua resbala por mi espalda, mientras me enjabono el cuerpo con lentitud, como si con eso intentara borrar las huellas que dejó. No las físicas, sino las otras, las que se quedan en la nuca cuando alguien te mira y te desnuda sin tocarte, o las que se clavan en la boca del estómago cuando alguien te besa con hambre y luego se marcha sin mirar atrás.

Cuando salgo, el vaho lo ha invadido todo. Paso la mano por el espejo, dejando una franja limpia en el centro y me miro. Tengo el pelo mojado y desordenado, los labios más pálidos de lo normal y las ojeras dicen todo lo que llevo semanas callando.

—Bianca Swan —susurro—. Esta noche no vas a tartamudear, ni vas a agachar la cabeza, ni vas a dejar que te rompan otra vez sin decir nada.

Elijo la ropa con una calma que no siento, porque no quiero parecer que he ido a ceder, aunque tampoco a declararme. No quiero que me vea como una provocación ni como una rendida. Necesito equilibrio y que, cuando me vea, sepa que vuelvo a ser yo, aunque me siento rota, pero no me arrastro. Deseo dejarle claro que he vuelto porque quiero respuestas, no porque me falte orgullo.

Me pongo una falda tubo negra y ceñida, aunque sin ser vulgar, un jersey de cuello alto gris oscuro, de esos que insinúan sin enseñar, unas medias negras tupidas y unos zapatos de tacón. Elijo un abrigo largo. Pero no me pongo nada rojo, ni nada lencería, ni nada que diga «ven y cómeme». Esta vez, quiero que cuando me tenga delante piense: «Mierda, la he perdido».

Me seco el pelo con rapidez y me lo dejo suelto, con ese punto de indisciplina que siempre he tenido. Me maquillo como si pintara un escudo: me aplico una base de impecable, un colorete

apenas visible, máscara de pestañas y delineado firme en los ojos. Nada más. El pintalabios lo dejo para el final. No es rojo, ni rosa, sino de un tono intermedio que da la impresión de que es el color natural de mis labios, pero mejor.

Me observo de nuevo en el espejo y ya no veo a la chica del sofá que lloraba con Voldemiau encima. No está la recepcionista que se reía sola en el ascensor, ni la mujer que escribía correos para aliviar su libido y su frustración. Tampoco está, exactamente, la Bianca que él conoció. Ahora ya soy otra, ahora soy yo.

Cojo mi bolso y meto el sobre con todo lo que llevaba dentro: la carta, el plano y la tarjeta. Voldemiau me sigue hasta la puerta y se sienta justo delante, con la cola moviéndose de un lado a otro, como si supiera que lo que va a pasar esta noche cambiará algo más que mis pestañas. Me agacho y lo acaricio entre las orejas.

—Cuida la casa. Si no vuelvo… cómete todas mis plantas.

Maúlla, aunque no tengo muy claro si en señal de burla o de aprobación. Abro la puerta. El frío de diciembre me recibe de lleno y aprieto mi bolso contra el pecho. Voy a ver a Logan una última vez y, esta vez, si me vuelve a hacerme daño, que lo haga mirándome a la cara.

Cruzar Brooklyn en dirección a Manhattan en una noche helada de diciembre debería bastar para disuadir a cualquier mujer en su sano juicio. El metro va lleno y los vagones parecen más claustrofóbicos que de costumbre. Pero yo me aferro al pasamanos y a mi bolso, como si ambos pudieran evitar que me derrumbe.

No reviso el plano por enésima vez, porque no lo necesito. Mi cuerpo recuerda el camino. Lo ha hecho durante meses, cada mañana y cada tarde. Podría llegar al Kingsley Tower con los ojos cerrados, contando pasos, reconociendo los sonidos del vestíbulo y las vibraciones del ascensor. Todo eso sigue dentro de mí, como una coreografía aprendida a fuerza de repetición y deseo durante todo el tiempo que trabajé para él.

Cuando salgo a la calle, la noche me muerde la cara con dientes de escarcha. Me subo el cuello del abrigo hasta taparme la nariz. Manhattan brilla como siempre: taxis amarillos, luces en los

escaparates, parejas que caminan con las manos entrelazadas y ese ruido de fondo que nunca desaparece del todo, ni siquiera cuando se acerca Navidad.

Camino con paso firme, o al menos eso intento. Pero hay algo en mis piernas y en mi pecho, que tiembla, pero no de frío, sino de anticipación, miedo. De esa clase de adrenalina que se activa cuando sabes que estás a punto de saltar al vacío y sin red.

Al fondo de la avenida veo la Kingsley Tower igual de imponente, elegante y fría que siempre. Es un edificio que siempre me pareció un castillo vertical con sus puertas de cristal y sus hombres trajeados entrando y saliendo como si el mundo girara en torno a sus Excel. Entro sin dudar con la tarjeta en mano. El portero no me reconoce o finge no hacerlo y eso me da una punzada de orgullo absurdo. Paso directa hacia los ascensores privados, el lector de tarjetas pita al acercar mi tarjeta al lector y el acceso se desbloquea con un sonido seco y elegante. Me digo que aún estoy a tiempo de dar media vuelta, porque nada me obliga a subir y esta historia se acabaría en este mismo momento, pero no lo hago. Subo al ascensor y las puertas metálicas se cierran con un susurro metálico.

La sensación es tan familiar que me remueve las entrañas, porque en este lugar empezó todo. Aquí escribí fantasías, imaginando cosas que luego se cumplieron de formas más violentas y dulces de lo que jamás creí posibles. Respiro hondo y observo cómo las luces del ascensor parpadean con cada planta que sube. El corazón me late en la garganta. No hay música de fondo, por lo que único que escucho es el sonido de mi respiración y el leve zumbido que acompaña a todos los ascensores de lujo del mundo.

Cuando las puertas se abren, no hay nadie esperándome. Solo el pasillo largo y elegante, con moqueta gris y luces empotradas en el techo, y al fondo, una puerta entornada. No la reconozco, porque no pertenece a ninguna sala de juntas que haya conocido, ni es su despacho, porque esta no es la planta de dirección.

Camino despacio, aunque mis pasos quedan amortiguados por la gruesa moqueta, aunque dentro de mí todo resuena con una

claridad, que me resulta dolorosa: los recuerdos, las frases, las miradas que me dejaban sin aire, los silencios que hablaban por sí mismos, el cuerpo de Logan sobre el mío, sus manos, su boca, su frialdad y su distancia… Cuando llego frente a la puerta lanzo un suspiro y apoyo la palma sobre la madera, sintiendo la vibración al otro lado o quizás solo me lo imagino. Tal vez Logan me espera dentro o quizás no. Cierro los ojos un segundo. «El ascensor aún espera», decía la nota, pero esta vez… soy yo quien tiene que decidir si entrar o no y no pienso quedarme en el pasillo.

Empujo la puerta sin pensar demasiado, como si detenerme un segundo más me hiciera retroceder. Al cruzarla, lo primero que me golpea no es una imagen, ni una voz, ni siquiera su presencia, es la atmósfera. Frente a mí tengo una sala completamente vacía, amplia, de techos altos y paredes lisas. Tampoco hay butacas, ni sillas, ni una mesa de juntas. Aquí solo estoy yo en el centro de la estancia, y las paredes proyectadas que empiezan a rodearme con un ritmo lento y casi hipnótico.

La primera imagen que veo es una de mis frases: «Lo quiero de rodillas, aunque no por sexo, sino por rendición». Mi estómago se contrae y mi primer impulso es girarme y marcharme, pero no me muevo. Me quedo con los brazos a los lados, sintiendo cómo la sangre sube a mis mejillas y algo más profundo y que no tiene nombre se me instala en el pecho.

Aparece una segunda imagen. Es uno de mis primeros textos. Un párrafo torpe y rabioso, que recuerdo que escribí una noche en la que necesitaba desahogarme.

«A veces lo odio tanto que me excita. A veces me excita tanto que lo odio» y junto a esa frase, una anotación escrita a mano. Reconozco su letra al instante: «Yo también. Desde el principio». Trago saliva y me doy la vuelta y veo otra pared con otro fragmento: «El ascensor aún espera». Al lado, con la misma caligrafía de antes, veo también solo dos palabras: «Yo también».

La luz cambia y el foco proyectado se desplaza y muestra ahora una imagen que reconozco al instante: su despacho, la mesa, los ventanales y el sillón de cuero. Me tiemblan las rodillas, porque sé lo que viene ahora: «Me folló sobre su escritorio». Debajo no hay

texto esta vez, sino solo una frase proyectada en la pared opuesta, como si respondiera desde otro ángulo: «Nunca fue solo eso». Al leerlo, el corazón me da un vuelco.

No sé si está aquí, ni si me observa. Tampoco tengo ni idea de si esto es una confesión o una despedida. Pero lo que sí sé es que mis piernas quieren flaquear, y que lo único que me mantiene en pie es esa mezcla de rabia, ternura, vergüenza y algo muy parecido al amor, aunque me haya prometido no llamarlo así nunca más.

Las paredes siguen vivas y de repente aparece una foto con una imagen del vídeo de vigilancia del ascensor. El instante antes de que él entrara. Aparezco yo sola, con la espalda contra el espejo, los ojos cerrados y el cuerpo en tensión. Nunca supe que esa imagen existía. Bajo la fotografía, su letra de nuevo: «Así te vi por primera vez y así me jodiste la cabeza».

Me llevo una mano a la boca, porque esto no es una presentación, sino un puto desgarro. Es Logan Kingsley abriéndose el pecho y mostrando sus vísceras, pero con PowerPoint y su estrategia funciona.

De repente también aparece otra frase, pero esta vez más tenue y desgastada, como si perteneciera a una versión anterior de mí: «Ojalá me hubiera pedido que me quedara» y la respuesta, esta vez proyectada justo delante de mí, a mi altura, como si hablara directo a mis ojos: «Quédate. Esta vez sí te lo pido.»

Al leer esa frase, el cuerpo me falla. No me caigo, pero me siento en el suelo, sin pensar, sin dignidad y sin escudo frente a esto. Me abrazo las piernas, aunque aún no lloro, solo me rindo un segundo ante todo lo que me está haciendo revivir y sentir lo que tengo frente a mis ojos.

Todo esto lo ha hecho él. El hombre que solo sabía hablar en cifras, en contratos y en cláusulas. El hombre que me rompió a base de silencios y ahora intenta recomponerme con mis propias palabras. No obstante, lo peor o… lo mejor de todo, no lo sé, es que está funcionando. Porque en algún rincón de este montaje o en alguna esquina de esta sala sin ventanas, él está diciendo lo que nunca dijo. Lo que siempre quise oír y lo que me aterra creer.

—Pensé que no vendrías.

Su voz suena detrás de mí, grave, contenida y vulnerable. Me giro despacio y veo que no hay foco que lo ilumine, ni entrada triunfal. Solo está frente a mí, apoyado contra la pared más lejana, con las manos en los bolsillos y el nudo de la corbata ligeramente torcido.

La última vez que lo vi tenía una máscara de hielo, pero hoy no lleva ninguna. En su gesto, sólo encuentro unos ojos cansados y un gesto torcido que intenta parecer firme, pero se derrumba en cuanto nuestras miradas se encuentran.

—No sabía si querías verme —le respondo, con la voz ronca.

—Quería que vieras esto —dice, señalando las paredes aún encendidas—. Porque nunca supe cómo decírtelo.

—Te va mejor con PowerPoint que con palabras —intento bromear, aunque me tiembla la mandíbula.

Logan da un paso hacia mí y luego otro hasta que llega a mi lado, pero cuando lo hace, no me toca. Solo se agacha y se sienta frente a mí en el suelo.

—No sabía que te habías rendido… —murmura—. Pensaba que eras tú la que jugaba conmigo, la que se reía y la que tenía el control.

—Y tú te aseguraste de quitármelo todo.

—Porque tenía miedo y no sabía estar contigo sin ponerme la coraza. Porque eras todo lo que no sabía manejar.

Lo miro y no encuentro arrogancia ni soberbia en su mirada, solo hallo un hombre sentado en el suelo, con los hombros caídos y los ojos llenos de heridas que me resultan dolorosamente conocidas.

—Me dejaste sola —le digo—. Cuando más lo necesitaba.

—Lo sé.

—No dijiste nada ni luchaste.

—Porque estaba demasiado ocupado intentando no sentir. Bianca —dice él, por fin usando mi nombre sin sarcasmo—. No sé hacer promesas bonitas, ni llevarte a París en *jet* privado, ni decirte cada mañana lo preciosa que estás… Pero sí sé una cosa.

—¿Cuál?

—Que desde que te fuiste, no soy yo. No duermo, ni como, ni pienso, ni funciono… y no estoy diciendo esto para que me perdones, sino porque es verdad. Me rompiste, aunque tú sí que mereces una puta presentación.

Nos quedamos uno frente al otro, en el suelo de una sala, rodeados de frases que escribimos para no leernos de verdad.

—¿Y ahora qué? —susurro.

Él se inclina, pero no me toca. Sus ojos buscan los míos con una intensidad que me desarma.

—Ahora… tú decides.

Justo en este momento lo entiendo todo. Esta vez, no ha venido a conquistarme, ni a retarme, sino a entregarse, a ofrecerme el control y a rendirse por fin, aunque no en una fantasía, ni en un correo, sino en la vida real.

—Estoy muy enfadada contigo —le digo, con el corazón desbocado.

—Lo sé.

—Me hiciste daño.

—Lo sé.

—Y sigo queriéndote.

Él cierra los ojos un segundo y cuando los abre, veo que los tiene húmedos.

—Gracias a Dios.

Nos quedamos sin beso de película, sin fuegos artificiales y sin música épica. Solo él y yo, sentados en el suelo, rodeados de nuestras propias palabras y con la certeza de que nada será fácil, pero que por primera vez hemos dejado de escondernos.

Alzo la mano y le acaricio la mejilla. Tiene la piel fría, los ojos calientes y su boca tiembla al rozar la mía.

—Vuelvo contigo, Logan Kingsley —susurro.

—No. Esta vez vuelvo yo contigo —me susurra justo antes de besarme.

Nos besamos, pero no como enemigos, ni como amantes rotos, ni como jefe y empleada, sino como dos personas que han aprendido que el verdadero poder no está en dominar, sino en dejarse llevar y abrir el corazón al otro.

Capítulo 29

Logan

La sala está vacía, pero siento que ya hay mil ojos clavados en mí. Los proyectores, alineados con precisión, lanzan destellos sobre las paredes blancas, aún en reposo. No hay imágenes en movimiento todavía. Solo el zumbido sordo de la maquinaria esperando que ella entre.

Camino de un extremo al otro con las manos en los bolsillos, pero no hay forma de disimularlo: estoy nervioso. No de esa forma elegante y controlada, que uno puede camuflar tras una sonrisa segura y un par de frases astutas. No. Esta vez el temblor va por dentro y eso no hay ni traje ni corbata que logre enmascararlo.

He negociado fusiones millonarias sin parpadear, cerrado acuerdos con magnates en tres idiomas distintos sin que se me moviera un solo músculo de la mandíbula. Pero ahora… tiemblo de pies a cabeza, porque una mujer puede mirarme a los ojos y decirme que no.

Supongo que este debe ser el puto vértigo de la vulnerabilidad.

Reviso, por décima vez, cada detalle del montaje. Las pantallas laterales, las frases seleccionadas y las imágenes proyectadas a escala real. Todo está programado al milímetro. Fragmentos de sus correos, los más viscerales y los más dulces también. Anotaciones que escribí a mano en la madrugada como un adolescente confesando su amor por primera vez. Incluso algunas fotografías del despacho, del ascensor, de la recepción… Cada escenario donde ella y yo dejamos marcas de nosotros.

Uno de los proyectores parpadea y me acerco sin pensarlo. No porque haya fallado, sino porque necesito ocuparme de algo, de lo que sea, para no pensar, no anticipar su reacción y no desmoronarme antes de que siquiera llegue.

Me miro en el reflejo opaco del cristal que recubre el panel táctil. El traje oscuro, impecable sobre mi cuerpo, pero noto la tensión en el cuello, en la garganta y en las sienes. No importa cuán perfecta sea la corbata, porque no puedo disimular los estragos de haberla perdido.

Me paso una mano por el pelo y permito que me caiga un poco más de lo habitual sobre la frente. Lanzo un hondo suspiro. No tengo ni idea de si ella va a venir, porque ese es el riesgo cuando dejas de jugar a ganar. Cuando no se trata de vencer, sino de sentir y de intentar reparar algo que tú mismo destrozaste.

Recuerdo la última vez que la vi en el pasillo, con la mirada helada y la voz firme.

«No me acuesto con hombres que se arrepienten antes de que yo termine de vestirme».

Esa frase me acompaña desde entonces como un cuchillo afilado justo bajo la piel. Tengo claro que no hay negociación posible cuando el daño ya está hecho, pero también sé que en su mirada quedaba algo más. Había dolor, sí, pero también verdad y eso es a lo único a lo que puedo aferrarme ahora.

Camino de nuevo hacia la mesa de control, reviso los tiempos del pase, las pistas de audio y los fundidos entre imágenes. Todo encaja, todo tiene un orden, una lógica y una estructura. El mundo Kingsley funcionando como debe, excepto yo, porque lo que estoy a punto de hacer no encaja en ningún modelo de negocio, ni en ninguna estrategia a largo plazo, ni se calcula en beneficios, ni en margen de error. Se mide en riesgo emocional y estoy jugando con todo lo que tengo y con todo lo que soy.

El reloj digital de la consola marca las 19:43. Llevo aquí desde las seis. No porque la cita sea a esa hora, de hecho, no hay una hora exacta, sino porque no podría soportar llegar después que ella. Ni tampoco podría con la idea de que entrara, me buscara, no me encontrara… y se diera media vuelta. Así que estoy aquí esperando como un idiota con traje caro y el corazón roto.

He repasado esta presentación mentalmente tantas veces que podría recitarla sin imágenes. Podría cerrar los ojos y escuchar su

voz leyéndome de nuevo aquel correo: el del ascensor, el de la sala de juntas y el de su maldito deseo por controlar al controlador. Palabras que me daban rabia entonces, aunque me excitaban también, pero que ahora me rompen de otra forma. Porque entre línea y línea no había solo sexo, sino también anhelo, ternura, aunque también miedo, pero yo lo ignoré todo.

La carpeta de los correos sigue guardada en mi portátil. No he tenido el valor de borrarla, ni pienso hacerlo. Es el archivo más real de toda mi carrera profesional. El único que no habla de cifras, ni de cláusulas, ni de intereses, sino solo de nosotros y de algo que aún no sé si puedo recuperar. Porque tal vez no se trata de volver a lo que tuvimos. Tal vez se trata de ofrecerle algo que nunca le di: una versión de mí sin escudos. Un Logan sin distancia, sin sarcasmos y sin muros de protección, una versión jodidamente real de mí. Y esa es la que va a ver esta noche si aparece y no lo manda todo a la mierda, porque cree que ya es tarde para arreglarlo.

Las luces del techo se ajustan solas al caer la tarde, y la sala adquiere un tono más íntimo y casi teatral. El espacio es diáfano, sin sillas y sin mesa. Cada detalle lo he escogido con precisión. La primera diapositiva es una imagen fija del ascensor de la cámara de seguridad retocada para verse nítida. Ella aparece de espaldas y yo entro. Nuestras figuras no se tocan, pero se presienten. Junto a la imagen, su frase: «La próxima vez que subas en este ascensor, recuerda que puedo leerte desde el reflejo del acero». Abajo, mi anotación manuscrita: «Nunca dejé de leer tu reflejo. Solo tenía miedo a mirarlo de frente».

El sonido de los proyectores reseteándose me saca del ensimismamiento. Camino hacia la entrada de la sala, contengo la respiración y echo un vistazo al pasillo. Nada, ni un ruido, ni un paso, ni un puto indicio de que vaya a venir. Pero voy a tirar adelante esta presentación, aunque ella no cruce esa puerta. La haré para mí mismo como castigo, porque a estas alturas, no tengo nada más que perder, solo a ella y eso ya sería perderlo todo.

De repente, la puerta emite un leve zumbido al abrirse. Un sonido mínimo, casi inofensivo, pero que corta el aire. Cuando lo escucho,

no necesito girarme, porque sé que es ella.

Mi espalda se tensa de forma involuntaria, porque el cuerpo me traiciona antes que la mente. Una corriente eléctrica me recorre desde la nuca hasta la base de la columna, ese tipo de descarga que no proviene del miedo ni del deseo, sino de algo más primitivo: el reconocimiento. Como si cada fibra de mí supiera que acaba de entrar en la sala la única persona capaz de desordenarme desde dentro.

Me giro despacio y me obligo a parecer tranquilo. La veo de pie en el umbral, sin dar un paso más, ni hacer ningún gesto, solo me observa. Esta casi inexpresiva, solo tiene esa mirada de Bianca que puede derribar imperios o levantar un muro en un solo parpadeo. En este mismo instante entiendo que he sido todo lo que ella no necesitaba y nada de lo que merecía.

—Has venido —susurro, rompiendo el silencio, aunque no sé si es un alivio o una maldición.

Ella asiente de forma apenas perceptible.

—No tenía claro si debía —me responde con la voz firme.

—No tengo claro si merezco que lo hayas hecho —admito y esa frase me quema la lengua como un whisky mal curado.

Durante unos segundos ninguno de los dos se mueve. El eco de nuestras ausencias pasadas flota en el aire: todo lo que no dijimos, lo que nos rompió y lo que nos sigue manteniendo en pie en este momento.

Entonces, doy un paso hacia el centro de la sala y levanto la mano hacia el panel de control.

—Antes de que digas nada. Solo míralo —le digo y pulso en botón.

Las luces bajan ligeramente y las paredes se iluminan al instante. La imagen del ascensor aparece a nuestra derecha, grande, silenciosa e ineludible. El texto proyectado junto a la imagen brilla en letras blancas. Ella lo reconoce y sus ojos se agrandan un poco, pero no dice nada.

En la pared de enfrente, un nuevo fragmento aparece: un extracto de uno de sus correos. «Quiero que deje de fingir que no me ve, porque yo lo veo todo y me duele más que excita. A veces».

A su lado, mi respuesta manuscrita, digitalizada por el equipo de diseño: «Yo también te vi. Todos los días. Cada gesto y cada uno de tus sarcasmos, pero creía que no tenía derecho».

Bianca da un paso más hacia el interior. Sus tacones suenan distintos en esta sala vacía, como si cada pisada marcara una frontera nueva entre lo que fuimos y lo que podríamos ser.

—¿Qué es esto, Logan?

—Mi presentación —respondo—. Pero por primera vez no es para cerrar un trato. Es para abrirme en canal y que decidas si quieres quedarte a mi lado o marcharte para siempre.

Ella parpadea con un movimiento es mínimo, pero el gesto la humaniza y la rompe levemente.

—Esto no lo arregla todo.

—Lo sé.

—No borra lo que hiciste.

—Tampoco pretendo eso.

—Entonces, ¿qué quieres?

Su pregunta me atraviesa. Respiro y me humedezco los labios. Miro de frente a la única mujer que ha conseguido desprogramarme.

—Quiero que sepas que lo que empezó como un juego para mí, se convirtió en lo único que ha sido real en años. Que los correos me hicieron reír, sí, y me calentaron, también, pero lo que me desarmó fue lo que había detrás, lo que escondías, lo que sentía y lo que escribiste sin saber que alguien lo leería. Esa parte tuya que nadie en esta torre conocía y que yo tampoco merecía ver.

—Entonces… ¿por qué te callaste? —me pregunta con la voz temblorosa—. ¿Por qué me trataste como si no importara?

Mi voz baja y esta vez ya no puedo contener nada.

—Porque me daba miedo que me importaras demasiado.

Ella baja la mirada durante un segundo, aunque no lo hace para huir, ni para esquivar el golpe. Sino como si tuviera que sujetarse desde dentro para no romperse.

Yo, en cambio, ya estoy hecho trizas. Porque la valentía no es sacar músculo en una sala de juntas, ni resistir una tormenta de prensa o defender un contrato con cláusulas imposibles. Valentía es

esto: estar frente a una mujer que conoces hasta la médula y admitir que la jodiste desde el primer paso. Valentía también es hablar aun sabiendo que tal vez no haya redención posible.

La siguiente diapositiva se activa sola. Es una imagen captada por las cámaras de recepción que la muestra a ella en su mostrador con el pelo recogido y con el cuello ladeado como cuando se enfada y no quiere que se note. Una nota en un lateral: «La forma en la que colocas los post-its no tiene lógica, pero cada día busqué una excusa para acercarme a mirarlos».

Bianca traga saliva, aunque sigue con los brazos cruzados y el cuerpo en guardia, pero hay algo en sus ojos.

—¿Sabes cuántas veces me planteé borrarlo todo? —le pregunto—. Los correos, las cámaras, tu imagen en mi mente... Pensé que si me mantenía ocupado, si enterraba tu voz en informes y reuniones, conseguiría dejar de sentir.

—¿Y por qué no lo hiciste?

La respuesta sale de mi garganta con una crudeza que ni yo sabía que tenía dentro.

—Porque ya estabas debajo de mi piel y no podía abrir el portátil sin pensar en ti. Porque me jodía que te doliera, pero no sabía cómo no dolerte. Porque cada frase tuya me dejaba sin aliento y cada silencio mío te alejaba un poco más y no supe parar.

Ella respira hondo. Su pecho sube y baja con un ritmo que me resulta familiar, aunque no por deseo, ni por dolor, sino por todo lo que no nos dimos.

—Entonces… ¿esto qué es? —me pregunta—. ¿Un intento de limpiar tu conciencia? o ¿Una forma de hacer las paces?

—No —niego—. Esto no es por mí, sino por ti. Porque no quería que tu historia terminara en una bandeja de entrada. Porque mereces que alguien te vea entera y yo… yo he tardado, pero por fin te veo.

Nos quedamos en silencio, mientras las imágenes continúan proyectándose: frases suyas mezcladas con mis notas, recuerdos en forma de fotogramas, y pedazos de todo lo que fuimos, o intentamos ser. No hay narrador, ni música. Solo verdad visual, cruda e íntima.

Bianca da un paso más y su cercanía me arrastra sin tocarme.

—¿Y ahora qué? —me pregunta—. ¿Esperas que me lance a tus brazos y todo vuelva a ser como antes?

—No espero nada —respondo—. Solo quería que supieras que por primera vez en mi vida no estoy negociando, sino que estoy rogando, pero no tu perdón sino tu mirada.

Ella me mira a los ojos.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto, Kingsley?

Mi corazón se encoge.

—Que aún queriéndote mandar a la mierda… he venido.

Sus palabras son un golpe y una caricia a la vez. Cuando acaba de hablar, se da la vuelta y camina hacia la puerta. Mi corazón martillea en medio de mi pecho, la garganta me arde y cada músculo de mi cuerpo está preparado para asumir lo inevitable: que se marche, que esto haya sido solo su cierre y que no haya redención posible.

Pero en el último segundo, justo antes de tocar el pomo, se detiene, se gira despacio y me mira.

—El ascensor aún espera, ¿no? —me dice y su voz me atraviesa.

Asiento y ella respira hondo.

—Entonces… veamos si sigue funcionando.

La puerta del ascensor se abre ante nosotros como una promesa contenida en paredes de acero. No es solo un lugar, sino el símbolo de todo lo que empezamos mal. Todo lo que hicimos arder y todo lo que aún puede arder de nuevo.

Bianca da un paso dentro sin mirarme. El movimiento de su pelo, el ligero giro de su cuello, la línea firme de su espalda… Cada gesto es un golpe directo al pecho. Yo la sigo, entro tras ella y las puertas del ascensor se cierran. No hay números iluminados que indiquen pisos, ni hay música de fondo. Lo único que se escucha es el sonido de nuestra respiración compartida, un leve zumbido eléctrico y la memoria viva del deseo.

Durante unos segundos no decimos nada. Ella se apoya contra la pared, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente

inclinada hacia un lado, como si se permitiera por fin el lujo de no ser fuerte.

—¿Y ahora qué? —me pregunta sin mirarme.

—Ahora… lo que tú decidas —le respondo acercándome un paso hacia ella.

Gira la cara hacia mí y veo que sus ojos brillan, aunque no por emoción, ni por las lágrimas, sino por algo mucho más jodido: honestidad. Esa que no concede tregua.

—¿Y si decido que no quiero más promesas? ¿Que no creo en redenciones en el formato PowerPoint?

—Entonces me quedaré aquí contigo —respondo—. Hasta que me eches o hasta que me creas. Lo que ocurra antes.

Se ríe con una carcajada rota, como si no supiera si abofetearme o besarme o ambas cosas.

—Joder, Logan… —murmura—. Eres el hombre más desesperante del puto planeta.

—Lo sé.

—Y aun así…

Se calla y la frase se rompe en su garganta.

—¿Aun así…?

Ella parpadea y da dos pasos. Ya no hay distancia entre nosotros, solo ella, yo y este puto ascensor.

—Aun así te echo de menos —susurra.

Con esa frase, el mundo entero se desmorona, porque no hay contrato que me proteja de eso, ni cláusula que me salve, ni hay traje ni corbata que amortigüe el impacto de lo que acabo de escuchar.

Mis manos la buscan con reverencia, como quien toca algo que no merece, pero que ha decidido no soltar jamás, y la beso sin miedo. Su boca responde con un temblor de alivio, como si el ascensor, por primera vez, nos llevara a algún lugar donde no hace falta fingir.

La rodeo con mis brazos y ella se deja caer contra mí. No hay piel, ni escritorio de por medio, solo ella y yo y esta jodida rendición que sabe mejor que cualquier conquista.

—¿Qué haces mañana? —pregunto con la boca aún rozando su labio inferior.

—Depende —responde, sin abrir los ojos—. ¿Vas a intentar sobornarme con más frases proyectadas?

—No, pensaba proponerte algo mejor.

—¿El qué?

—Una cita.

Ella abre los ojos y me mira, divertida e incrédula.

—¿Una cita?

—Sí, solos tú y yo. Sin correos, ni ascensores, ni jefes, ni recepcionistas.

Ella sonríe sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Dónde?

—Donde quieras. Siempre que vengas como tú.

—¿Y tú?

—Yo… —respiro hondo—. Yo vendré como lo que sea, con tal de que no vuelvas a irte.

Capítulo 30

Bianca

Hay un momento en el que mi cuerpo deja de defenderse. No sé si ocurre antes o después del beso, ni si es cuando sus dedos rozan mi cuello, justo bajo la oreja, o si es antes, cuando su respiración roza la mía y todo se tensa en ese instante. Solo sé que, en algún punto, dejo de protegerme, de poner distancia y de fingir.

Sus dedos se detienen sobre mi piel como si no supieran si aún tiene derecho de tocarme, aunque no muestra ni hay prisa, ni presión, sino un gesto tembloroso y contenido. El pulgar me roza de forma leve, casi torpe, aunque no es solo una caricia, también es una disculpa sin palabras. Un «lo siento» que no busca redención, sino solo ser escuchado y, entonces, me besa de nuevo con todo lo que aún no sabemos si se puede recomponer. No hay prisa, pero sí una necesidad que lleva demasiado tiempo aguantando la respiración.

Mi cuerpo, que había aprendido a mantenerse firme, a no ceder y a no confiar, se curva hacia el suyo. Me dejo ir. Sus brazos me rodean con fuerza y me sujetan como si pudiera romperme en cualquier momento, como si él creyera que estoy hecha de piezas mal soldada y, pese a eso, me abraza.

Su boca se abre contra la mía y yo respondo como si recordara el camino, como si todo el daño no nos hubiera dejado cicatrices justo ahí donde ahora se tocan nuestras lenguas.

Me alza lo justo para que deje de sostenerme a mí misma y empiece a apoyarme en él.

Mis dedos se clavan en su nuca y mis uñas le arañan levemente la piel. Su respiración es desordenada, como si llevara horas corriendo para alcanzarme y nuestro beso crece y se vuelve más hondo y feroz, pero no salvaje. Solo… nuestro.

La moqueta desaparece, los proyectores se borran y la luz tenue deja de importar. No hay nada más que este beso que no estaba planeado y que no nos atrevimos a imaginar así, pero que sucede y nos salva.

Separamos los labios lo justo para mirarnos y darnos cuenta de que estamos aquí y que nos atrevemos a seguir adelante, pero ahora uno de la mano del otro. Sin pensarlo y sin miedo, le respondo con otro beso, porque ahora ya no necesito más argumentos ni promesas y todo lo que importa está ya en este instante, en cada palabra que me escribió al margen, en cada frase que no dijo y en cada vez que esperó, en silencio, a que yo volviera.

Me abrazó con datos, me gritó con presentaciones, me habló con mi propio lenguaje y me dio la única cosa que jamás se le exige a un hombre como Logan Kingsley: vulnerabilidad.

No sé cuánto tiempo pasa, quizás un minuto u horas. Sólo sé que no me muevo, porque ahora ya no quiero huir.

Cuando por fin me separo lo justo para respirar y para mirarle con esa distancia pequeña que permite entender sin hablar, sus manos se quedan sobre mis caderas, pero no me aprietan, ni pretenden dominarme, solo quieren sostenerme.

—No tengo discursos —me dice en voz baja—. Ni excusas, ni promesas vacías… solo esto —añade y levanta la barbilla levemente. Asiente hacia el proyector, que aún emite un brillo tenue en la pared, porque la presentación ha terminado, pero la luz sigue encendida.

—Lo sé —respondo.

Porque tengo la certeza de que no he regresado a su despacho, ni a la Kingsley Tower, ni a la versión anterior de mí. He vuelto a nosotros o, mejor dicho, a lo que somos ahora. A esta versión nueva, más cruda, sincera y herida… pero también más libre. Porque lo que teníamos nunca fue un juego entre jefe y empleada, ni un coqueteo con fecha de caducidad. Lo que teníamos era un incendio mal contenido, de los que empiezan por error, se alimentan de orgullo y solo se apagan cuando alguien, por fin, se moja entero y él lo ha hecho.

Yo escribí correos para aliviar la rabia. Él proyectó respuestas para desnudar el alma y ahora estamos aquí sin trajes, sin escudos y

sin la arrogancia de fingir que no nos importa.

Cuando salimos de la sala, lo hacemos en silencio, porque no hay palabras que puedan explicar esto, ni hay frases que quieran adornarlo. Caminamos uno junto al otro y, en ese momento, tengo claro que no me ha pedido que me quede, sino que me ha construido un lugar al que volver.

Capítulo 31

Logan

He reservado la planta entera, aunque no ha sido una decisión impulsiva, sino totalmente meditada. He llamado al equipo de seguridad a las seis de la mañana, antes incluso de que el sol asomara entre las torres de cristal de Manhattan, y les he dado instrucciones precisas: quiero la planta 38 completamente libre, sin reuniones, sin asistentes, sin personal de limpieza y sin ruidos ni interrupciones. Solo necesito la sala de juntas, una hora para ella y para mí.

La mesa de juntas es la misma donde he cerrado acuerdos multimillonarios, donde he desmantelado egos, trazado estrategias, despedido traidores y firmado cláusulas blindadas. Pero hoy no hay portátiles ni pantallas encendidas, ni socios, ni apretón de manos. Hoy solo hay una carpeta negra en el centro de la mesa con un documento dentro sin logos, ni números, un contrato de otro tipo, que nunca creía que escribiría.

Apoyo las manos sobre la mesa y respiro hondo. El cristal está frío o quizás soy yo quien no termina de entrar en calor por los nervios.

El zumbido del proyector, aún encendido desde la noche anterior, llena la sala con su vibración tenue. Las luces, en tonos cálidos, crean una atmósfera que no es del todo corporativa, pero tampoco doméstica. Es neutra como si la sala misma no supiera si estamos aquí para negociar o para confesar pecados, aunque yo sí que lo sé.

Me ajusto el nudo de la corbata, pero de repente me detengo y me la quito. La doblo con precisión y la dejo a un lado. Esto no es una reunión, ni un juego de poder, así que no necesito el uniforme de batalla.

He rehecho mi imagen pública mil veces. Me han aplaudido en revistas, me han copiado en Harvard, me han temido en el parqué de Wall Street. Pero lo único que deseo ahora es que Bianca me mire y vea a un hombre y no al jefe, ni al estratega, ni al cabrón controlador que le hizo daño. Deseo que solo me vea a mí, sin máscaras, ni disfraces corporativos.

Camino dando vueltas alrededor de la mesa hasta que me obligo a parar. Cada vez que imagino que entra sin decir nada, me falta el aire. No porque tema que me grite, porque lo insoportable sería que no me dijera nada, que leyera el documento con un gesto de «esto ya no me afecta», y que luego se fuera sin dejar que me defendiera. Aunque sé que no tengo defensa posible después de ignorarla y de jugar con sus emociones.

Me acerco a la carpeta, la abro y releo las cláusulas «Contrato Interno de Exclusividad Creativa y Afectiva:

Artículo 1. Queda terminantemente prohibido romperme el corazón sin previo aviso.

Artículo 2. Se autoriza besar al CEO en horario laboral (incluidos ascensores y escritorios).

Artículo 3. La empresa facilitará mimos no solicitados en caso de resaca emocional o lunes particularmente odiosos.

Artículo 4. El firmante se compromete a no volver a dejar escapar a la única mujer capaz de domar su arrogancia.

Cierro la carpeta y me paso una mano por el pelo.

—Joder —digo tras un resoplido.

He negociado cláusulas más duras que estas con tiburones de Hong Kong y nunca me había temblado el pulso como lo hace ahora.

El sonido del ascensor y el de la campanilla que anuncia algo más que su llegada me pone en alerta. Me coloco junto a la mesa en silencio y con los ojos fijos en la puerta cerrada. No pienso hablar primero. Esta vez, le toca a ella decidir si firma.

La puerta se abre sin previo aviso y la veo. No lleva tacones de venganza, ni abrigo de diva despechada. Tampoco ese moño perfecto con el que solía desafiar las normas de vestimenta de la torre. Hoy lleva el pelo suelto, ondulado y rebelde como ella. Un jersey oscuro, ceñido y sin adornos, un vaquero negro y botas.

Ningún maquillaje que no sea el justo para que parezca que no lleva nada y aun así, nunca ha estado más guapa. O quizás soy yo quien ha estado demasiado tiempo ciego.

—¿Qué es esto? —me pregunta al entrar, sin moverse más allá del umbral—. ¿Otro PowerPoint con frases sacadas de contexto?

No sonríe del todo y sarcasmo sigue ahí como su escudo y su forma de preguntarme si pienso volver a hacerle daño.

—He considerado hacer una presentación con gifs —respondo con voz calmada y sin dejar de mirarla—. Pero esta vez me he limitado a papel. Nada digital, ni viral, ni editable.

Bianca da dos pasos lentos y recorre la sala con la mirada, como si esperara una trampa, pero no la hay. Aquí solo estamos la carpeta y yo.

—¿Esto es un juicio o una encerrona? Porque te aviso que no me he traído abogado.

—Te propongo una alianza estratégica.

Se le arquea una ceja. Eso es buena señal. La ceja irónica de Bianca Swan es el preludio de la curiosidad y con esta mujer, la curiosidad siempre ha sido más poderosa que el miedo.

—¿De qué tipo?

—Profesional y emocional, pero puedes negociar los términos.

Bianca se detiene junto a la silla más cercana. Apoya la mano en el respaldo, sin sentarse, mira la carpeta y luego me mira a mí.

—¿Me estás diciendo que has redactado un contrato de reconciliación?

—Te estoy diciendo que, por una vez en mi vida, quiero algo sin subterfugios.

Extiendo la mano hacia la carpeta, la abro con calma y giro el documento hacia ella.

—Léelo y si después de eso quieres darme un portazo, al menos que sea con conocimiento de causa.

Bianca duda. No porque no quiera leerlo, sino porque sabe que el momento en que sus dedos toquen ese papel va a cambiarlo todo. Hay líneas que no se pueden desleer y frases que no se olvidan. Yo he memorizado las suyas. Veremos si ella está dispuesta a leer las mías.

Finalmente, se sienta, acerca la carpeta hacia ella y la abre. Sus recorren el título del contrato y se detienen un segundo más de lo necesario.

—¿Contrato Interno de Exclusividad Creativa y Afectiva?

Asiento sin hacer ningún gesto más. Ella sigue leyendo en voz alta. Pero esta vez, lo hace con una voz que no me deja adivinar si está cabreada o enternecida.

—Artículo 1. Queda terminantemente prohibido romperme el corazón sin previo aviso. Artículo 2. Se autoriza besar al CEO en horario laboral… Incluidos ascensores y escritorios. Artículo 3. La empresa facilitará mimos no solicitados en caso de resaca emocional o lunes particularmente odiosos. Artículo 4. El firmante se compromete a no volver a dejar escapar a la única mujer capaz de domar su arrogancia.

Hace una pausa, mira la última línea y luego alza la vista y me mira. Hay humedad en sus ojos, pero no retrocede, ni huye.

—Me niego a firmar sin mis cláusulas añadidas —añade.

Al escucharla, sonrío por primera vez en días.

—¿Cómo cuáles?

—Post-its de colores. Chocolate obligatorio en las reuniones y veto absoluto a las corbatas grises.

—Negociable —respondo.

No se ríe, pero el labio le tiembla y levanta la barbilla con esa dignidad tan propia de ella y que ya uso para aguantarme desde el primer día y la misma que casi me hace perderla para siempre.

—¿Esto es en serio?

—Lo es.

—¿No hay cámaras? ¿Ni clientes detrás del espejo?

—No hay nadie. Aquí solo estamos tú, yo y este contrato que solo tiene sentido si lo firmamos los dos.

Bianca cierra el documento y lo deja sobre la mesa, pero no se levanta. Se limita a apoyar los codos en el borde de la mesa, entrelaza los dedos y me mira.

—¿Por qué ahora?

—Porque antes era demasiado idiota para saber que ya te había perdido. Y ahora… prefiero perder la empresa antes que volver

a perderte a ti.

Bianca parpadea despacio, como si necesitara unos segundos más para procesar lo que acabo de decir e inclina la cabeza, apoyando la mejilla sobre el dorso de una mano.

—Tienes gracia, Kingsley. Nunca pensé que acabarías confesándote por escrito.

—Ya sabes —me encojo de hombros—. Soy más de contratos que de flores.

—¿Y no hay una cláusula de indemnización por daños emocionales?

—Esa está en la letra pequeña. Pero puedo incluir una enmienda o una adenda emocional con efectos retroactivos.

—¿Con firma notarial?

—O con mordisco.

Ella sonríe.

—¿Y qué pasa con mi carrera? ¿Con todo lo que he hecho después de irme?

—No quiero que vuelvas a recepción —respondo sin vacilar—. Quiero que crezcas, que hagas lo que amas y que montes tu propia escuela de interpretación. Aquí en la planta 38 de la Kingsley Tower, por eso he desalojado toda la planta.

—¿Perdona?

—He hablado con el equipo de arquitectura. El espacio será tuyo. Te pondremos el nombre que tú elijas. Te dejaré elegir cada alfombra, cada foco y cada jodido tablón de madera. No quiero que trabajes para mí, sino para ti.

—Estás loco.

—Lo sé.

—¿Y si te digo que no quiero volver?

—Te deseo suerte intentando convencerte a ti misma de eso.

La miro, pero sin arrogancia en mi tono, solo certeza. Bianca se ha pasado la vida huyendo de todo lo que la hacía sentir demasiado, y yo he sido un experto en construir muros de distancia emocional. Pero esta vez, no hay barricadas entre nosotros, sino solo una mesa, un contrato simbólico y una verdad demasiado grande para negarla.

—Lo he montado todo sin presionarte —añado, sin apartar la mirada—. No hay logos, ni nombres, ni cámaras, ni prensa, ni discursos. Solo el espacio y la posibilidad.

—¿Y tú qué ganarías?

—Verte brillar desde primera fila con una copa en la mano y, si tengo suerte, en mi cama después.

Bianca se ríe.

—Mira que eres gilipollas.

—Pero constante.

Ella se levanta despacio, sin dejar de mirar el contrato. Lo dobla con cuidado, como si fuese algo frágil y luego camina hacia mí, despacio, hasta detenerse a un palmo de distancia.

—¿Y si lo firmo?

—Te conviertes en la socia mayoritaria de este caos.

—¿Y si no?

—Seguiré mandándote tarjetas, chocolate y cláusulas semanales. Hasta que te aburras o te rindas.

—Eres muy pesado —resopla.

—Eso lo dicen todos, pero nadie se queja en las cláusulas *spicy*.

Ella alza la mano. No para apartarme, ni para empujarme, la apoya sobre mi pecho y siente los latidos desbocados de mi corazón, pero no me importa.

—No me rompas otra vez —me susurra, casi sin voz.

—No pienso hacerlo.

Bianca cierra los ojos un segundo, luego se pone de puntillas y me besa. Aunque este no es un beso que se parezca a los de antes, porque este no arde, pero cura, no pide, pero se entrega y se queda. La rodeo con los brazos sin calcular nada. No hay estrategias ni hojas de ruta, solo una mujer que acaba de estampar su firma invisible en el único contrato que me importa.

Nos besamos entre risas, lágrimas y palabras no dichas.

—A la próxima, te devuelvo el contrato lleno de pos-its —me dice separándose unos centímetros, con los labios hinchados y la mirada turbia.

—Los leeré todos.

—Incluso los pasivo-agresivos.

—Sobre todo esos.

Seguimos abrazados en mitad de la sala de juntas como si no importara nada más y el mundo entero se redujera a ese espacio de cristal, al papel doblado sobre la mesa, a su perfume agarrado a mi camisa y al temblor sutil que todavía le recorre la espalda. Sabe que esta vez no es una tregua, sino un pacto.

—Entonces… ¿esto es oficial? —me pregunta mientras no deja de mirarme con los mismos ojos que me han sacado de quicio durante semanas.

—Tanto como un acta notarial, pero con cláusulas más interesantes.

—¿Puedo añadir una más?

—Dispara —asiento con la cabeza.

—Si te pones tenso otra vez, me reservas el ascensor sin cámaras y sin límite de tiempo.

—Aprobado, pero con anexo de represalias si tú usas esa lengua para hacerme un chantaje emocional.

—Mi lengua no chantajea. Solo convence —suelta alzando una ceja con gesto pícaro.

Me río en voz baja con el tipo de risa que no sabía que era mía hasta que ella apareció y que no uso en ninguna reunión, ni con ningún socio, solo con ella.

Bianca se aparta un poco de mí y pasea los dedos por el borde de la mesa, como tanteando el terreno, hasta detenerse frente a la carpeta y la abre otra vez. Sus labios se mueven en silencio mientras relee las cláusulas, como si quisiera memorizarlas. Luego coge el bolígrafo que hay junto a la carpeta y firma. Cuando acaba, me tiende el boli.

—Tu turno, socio.

Firmo sin mirar el papel. No porque no me importe, sino porque ya no necesito leer nada más. Lo que importa está aquí de pie, a un metro de mí y sonriéndome con ironía.

Ella se sienta sobre la mesa, cruzando las piernas y yo me apoyo a su lado. Podríamos parecer los protagonistas de una campaña publicitaria para un bufete moderno o para una comedia

romántica que nadie creería del todo… excepto que aquí no hay cámaras. Solo dos personas que han cometido errores, que han jugado con fuego, que se han quemado y han vuelto a encenderse.

—¿Y ahora qué, Kingsley?

—Ahora eres oficialmente parte del consejo de administración.

—¿Con derecho a voto?

—Con derecho a roce.

—¿Y a mordisco?

—Y a todo lo que venga.

Apoya la cabeza en mi hombro, la rodeo con mis brazos mientras seguimos en silencio con la certeza de que no necesitábamos una excusa, ni siquiera un contrato, solo necesitábamos volver a empezar sin corbatas, ni armaduras, ni condiciones. Ahora que lo tengo claro, pienso cumplir cada maldita cláusula de ese contrato simbólico y añadir muchas más, porque Bianca Swan no es una nota a pie de página en mi historia, sino la firma al final de todo.

Capítulo 32

Bianca

No sé en qué momento le he cogido la mano. Tal vez ha sido después del último beso junto al ascensor o justo cuando he metido el contrato simbólico en el bolso como si fuera lo más valioso que tengo. El caso es que, mientras caminamos hacia mi apartamento, no le suelto y él a mí tampoco.

—¿Estás segura? —me pregunta Logan al llegar a la puerta de mi casa, con un tono de voz grave que me remueve por dentro.

Lo miro de reojo mientras rebusco las llaves. Aún lleva la camisa remangada y el nudo de la corbata medio deshecho, pero algo en sus ojos ha cambiado. Ya no me observa como un jefe, ni como un estratega en plena negociación. Me mira como un hombre que ha decidido quedarse conmigo y esa certeza, aunque me acojone, también me hace sentir en casa.

—Lo estoy desde que vi tu cláusula número cuatro.

Él sonríe. No es esa media mueca arrogante que solía dedicarme desde su trono de mármol, cristal y de acero en Kingsley & Co., ahora su sonrisa es más humana, real, aunque también más peligrosa.

Cuando abro la puerta, el primero que nos recibe es Lord Voldemiau, con su pelaje de aristócrata y su alma de demonio, se planta en mitad del pasillo como un guardia imperial. Nos estudia a mí, con resignación y a Logan, con desprecio felino. Luego, con toda la dignidad de su especie, se da media vuelta y se marcha con el rabo en alto.

—Es una especie de prueba —comento mientras cierro la puerta—. Si no te ignora, no le gustas.

—Me identifico con su carácter —responde Logan sin pestañear.

Su tono es seco, pero la comisura de su boca traiciona la risa contenida. Me hace gracia que justo él, tan hermético y metódico, haya decidido enfrentarse no solo a mí, sino a mi gato y en mi territorio. El territorio, por cierto, no se ha molestado en disimular su caos. La chaqueta que dejé esta mañana sigue colgada en la silla. El portátil permanece abierto sobre la mesa con una pestaña de Spotify aún reproduciendo una lista de jazz melancólico. También hay una taza de café frío al lado del microondas y unos calcetines huérfanos asoman bajo el sofá. Todo muy yo y muy poco Logan.

Pero no dice nada. Recorre el espacio con la mirada como si fuera un lugar sagrado o al menos, distinto. De repente, Voldemiau se sube a la encimera con toda la parsimonia del mundo, lanza un bolígrafo al suelo como declaración de guerra, y después se sienta exactamente encima de la carpeta del contrato, que he dejado ahí. Logan lo observa con atención.

—Entiendo que esta es tu forma de marcar el territorio.

No puedo evitar reírme con ganas. La escena es tan absurda, tan íntima y ridícula a la vez, que me desarma, aunque lo más sorprendente es que él también se ríe con las comisuras de los ojos arrugadas y la mandíbula relajada. En este momento, siento que el hombre que tengo delante no es el Logan Kingsley de las juntas ni el Logan Kingsley del ascensor. Es el Logan que me ha escrito frases en los márgenes a mano, el que ha leído cada una de mis fantasías sin juzgarme y el que ha construido un espacio solo para mí para que yo pudiera volver.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto mientras me descalzo con alivio.

—Solo agua, gracias.

—¿Agua? ¿No quieres un whisky carísimo con nombre impronunciable?

—Hoy no necesito anestesia.

Esa respuesta, tan escueta y honesta, me deja clavada al suelo durante unos segundos. Lo observo mientras se acerca a la ventana del salón y observa las luces de Brooklyn. No inspecciona, ni pretende tomar el control del lugar, se limita a estar sin más y eso, viniendo de él, me llega al corazón.

Le llevo el vaso y él lo coge con una mano, pero no bebe, solo me mira y yo también.

—Puedes quedarte a dormir… si firmas el anexo al contrato —le susurro sin pensar demasiado, como si el humor fuera la única defensa posible.

—¿Y qué dice ese anexo? —me responde también susurrando.

—Dice: «No se permite fingir que esto no importa».

No sonríe, ni me responde con una réplica sarcástica. Simplemente asiente y en ese consentimiento mudo, hay más verdad que en todos nuestros correos juntos.

Me acerco un paso, él da otro y. nos encontramos en mitad del pasillo. Un metro cuadrado de parquet desgastado que, ahora mismo, podría ser un altar. Mi espalda choca con la pared y dejo escapar una exhalación, no por la fuerza, sino por el modo en que me mira cuando me toca. Como si no le bastara con tenerme delante y necesitara comprobar una y otra vez que esto está pasando de verdad.

Sus manos se quedan en mi cintura, como si aún dudara de tener derecho a más. Así que soy yo quien da el siguiente paso y llevo mis dedos a los botones de su camisa y los voy soltando uno a uno, con la misma calma con la que él solía estudiar mis movimientos desde su despacho, como si cada gesto mío ocultara un enigma. Esta vez no hay misterio, solo hay piel y deseo contenido que ya no necesita excusas.

—No me gusta fingir —murmuro contra su boca—, y menos cuando estoy a punto de acostarme con el hombre que me volvió loca con una cláusula de contrato.

Él deja escapar una risa grave que se mezcla con la mía. Su torso queda expuesto y no tardo en pasar la yema de los dedos por la línea que va desde su esternón al vientre. Él cierra los ojos y apenas respira.

—No sabes cuánto me dolió no pedirte que te quedaras —murmura entonces, con una voz tan rasgada que no parece suya.

La frase se queda suspendida en el aire, flotando entre nosotros, y cargada de todo lo que nunca nos dijimos. No respondo con palabras, sino con mi boca sobre la suya, con mis brazos

rodeando su cuello y mi cuerpo pegándose al suyo como si pudiera borrar el tiempo que hemos perdido.

Vamos avanzando a tientas por el pasillo, torpes de ansiedad, chocando con la esquina del mueble, con los marcos mal colgados, y riéndonos entre besos que no saben si son un saludo o una disculpa. Él me alza en brazos justo antes de cruzar el umbral de mi dormitorio, como si necesitara formalizar el cambio de escenario y marcar la diferencia entre lo que fuimos y lo que estamos a punto de ser.

Cuando me deja sobre la cama, no se lanza sobre mí. Se queda de pie, observándome con el cuerpo tenso. Yo, tumbada con la blusa medio abierta, el sujetador todavía en su sitio, el pelo revuelto y el pulso desbocado.

—¿Qué pasa? —le pregunto, incorporándome un poco sobre los codos.

—No quiero cagarla —responde, simplemente.

Por primera vez desde que lo conozco, me doy cuenta de que este hombre, que puede comprar empresas con un chasquido, está temblando. Me incorporo del todo, me acerco a él y lo abrazo con todo el cuerpo. Me pego a su pecho, al calor de su piel y a su respiración entrecortada.

—No puedes cagarla —susurro contra su cuello—. Ya estamos aquí. No hay guion. Ahora solo existimos tú y yo.

Él me acaricia la espalda, me besa la sien, y cuando se inclina para tumbarme de nuevo, lo hace con una reverencia muda, como si mi cama fuera un altar y yo, una diosa caprichosa a la que por fin ha decidido rendirse.

Me desnuda sin prisa. Cada botón que desabrocha es una caricia y cuando por fin estamos piel con piel, entre sábanas desparejadas y cojines que se caen al suelo con cada movimiento, ya no nos importa nada más, ni la primera vez en su despacho, ni los retos, ni la humillación de aquel correo, ni la espera. Ahora solo nos importa este momento, en el que nuestros no pelean, ni se desafían, sino que se buscan y se reconocen. Logan me acaricia y me besa en el cuello, en los hombros, en la curva de la cintura, y

luego me susurra que le dé permiso, aunque no hace falta, porque ya lo tiene.

Cuando me penetra, lo hace con una suavidad que no conocía en él y con una lentitud que bordea lo insoportable. No quiere ir rápido, porque quiere estar, sentir, quedarse y yo le dejo.

Me aferro a su espalda, le muerdo el labio y grito su nombre cuando el placer se mezcla con la emoción y me atraviesa de arriba abajo como una descarga. Él gime también y me besa como si se le fuera la vida. En nuestro vaivén lento y húmedo, en el que nuestros cuerpos se hablan más claro que nuestras bocas, entiendo por fin por qué me dolía tanto no tenerlo. Porque lo que había entre nosotros no era sexo sino amor sucio, complicado, terco, desordenado, pero amor.

Cuando todo termina, aunque mi cuerpo aún vibra por dentro por el placer gozado, su respiración sigue caliente contra mi cuello y mis piernas lo envuelven no decimos nada, porque no es necesario. Me quedo tumbada sobre él, con el rostro apoyado en su pecho, escuchando los latidos que por fin han encontrado su ritmo.

Logan me acaricia la espalda con una mano, mientras con la otra me sostiene por la cadera, como si todavía temiera que me deshiciera entre sus dedos. Yo cierro los ojos y me dejo cuidar por él por esta vez.

A los pies de la cama, Voldemiau ha decidido que puede concedernos una tregua. El muy capullo ha saltado sobre el colchón sin pedir permiso y se ha acomodado sobre mi edredón favorito, ocupando medio espacio y haciéndose el dormido como si no hubiera visto ni oído nada y nosotros no acabáramos de follar a escasos centímetros de su bigote altivo.

—¿Eso significa que me aprueba? —me pregunta Logan, aún con la voz ronca.

—Significa que no te va a asesinar mientras duermes —respondo, intentando no reírme—. Que para él ya es mucho.

Él se gira apenas para mirarlo y Voldemiau le devuelve una mirada cargada de desprecio felino, se lame una pata y se acurruca en la esquina, como si nos hiciera el favor de tolerarnos en su espacio.

—Me encanta tu gato —murmura Logan—. Tiene más carácter que medio consejo de administración.

—Es un dictador peludo —respondo, girándome de lado para mirarlo—. Pero tiene buen ojo.

Justo cuando acabo de hablar Logan me mira como si me viera por primera vez y todo lo que ha vivido antes no importara, porque lo único real fuera esto: mi cara sin maquillaje, mis muslos enredados con los suyos, el caos de mi habitación y el calor que todavía arde entre nosotros.

—¿Y ahora qué? —susurro, porque la pregunta flota entre nosotros y me quema en la lengua.

Logan no me contesta de inmediato. Se incorpora un poco, toma la colcha que cuelga del borde de la cama y me envuelve con ella. Después me abraza con los dos brazos, sin reservas. Como si me estuviera diciendo: te tengo. Te quedas.

—Ahora… empezamos —responde por fin, con la voz baja y firme.

Lo beso en el cuello y no digo nada, porque no hace falta. Ya he firmado. No con un bolígrafo, ni con tinta azul, sino con cada centímetro de piel que ha tocado esta noche y con cada parte de mí que él ha aprendido a leer, incluso sin palabras. Mientras me acurruco contra él, con Voldemiau como testigo dormido y la ciudad palpitando al otro lado de los cristales, tengo por fin la certeza de que esta historia no termina aquí, sino que empieza en esta cama, con esta colcha y con este hombre que por fin ha aprendido a amar sin corbata.

Capítulo 33

Logan

Me despierta un maullido que ni es humano, ni viene de la cama y, desde luego, no es erótico, aunque tiene la misma exigencia de alguien que está acostumbrado a que el mundo gire a su alrededor. Parpadeo, desorientado, y lo primero que veo son dos ojos dorados fijos en mí desde la mesita de noche. Lord Voldemiau, el gato y el tirano doméstico que guarda esta cama con más celo que el servicio secreto.

La cama en la que estoy tumbado con Bianca Swan hecha un ovillo sobre mi pecho, con la respiración tranquila y la pierna enredada entre las mías como si hubiera decidido que el CEO del Kingsley Tower es ahora parte de su inventario personal. Me llevo una mano al pelo y respiro hondo. No hay ni rastro de mi traje, ni de mi agenda, ni de mi maldito despertador, solo el ritmo constante de su respiración, el calor de su cuerpo desnudo sobre el mío y un gato cabreado que parece estar evaluando si clavarme las garras por haber osado ocupar su territorio.

—Hoy no me voy —susurro, sin pensar, solo porque la frase me brota sola de entre los labios, como si llevara siglos esperando a salir.

Bianca murmura algo que suena vagamente a «ya era hora» y se acomoda mejor, aunque sin abrir los ojos, ni falta que hace, porque está en paz y yo también.

Durante años, me he despertado solo en áticos que valen lo mismo que una flota de deportivos. Sin embargo, aquí, en un piso pequeño de Brooklyn alquilado, con un cojín sin funda y un gato con complejo de emperador romano, me siento más en casa que nunca.

Me muevo con cuidado para no despertarla. Voldemiau me sigue con la mirada, sin moverse del sitio. Me levanto y, en lugar de vestirme o repasar mentalmente correos pendientes, camino hacia la

cocina. Cuando llego observo que es un desastre funcional, con cajones a medio cerrar, vasos mezclados con botes de especias y una sartén con el mango medio suelto, pero, aún y así, sonrío.

Empiezo a buscar ingredientes: harina, huevos, algo que se parezca remotamente a levadura… Encuentro un bote de canela, pero lo ignoro.

El gato aparece, por supuesto, y se instala en la encimera con un salto ágil y se sienta justo frente a mí, juzgando cada movimiento que hago, como si se tratara de una auditoría gastronómica.

—¿Tú también tienes opiniones sobre las tortitas?

Me responde con un maullido ronco y grave, que pretende ser amenazador, aunque se queda lejos de conseguirlo.

—Lo tomaré como un «menos canela y más sirope».

Revuelvo la mezcla mientras el gato no me quita ojo. Nunca pensé que cocinar bajo presión significara estar vigilado por un felino, pero aquí estamos: yo, Logan Kingsley, CEO de un emporio empresarial, haciendo tortitas vigilado por un gato con nombre de archienemigo mágico.

La sartén se empieza a calentar y yo me concentro en la tarea que tengo por delante. No es tan distinto de firmar una adquisición millonaria: precisión, control del tiempo y temperatura exacta. Solo que esta vez hay harina en mis dedos en vez de tinta en un contrato.

Entonces escucho pasos y antes de que pueda girarme, la veo. Apoyada en el marco de la puerta, con una bata abierta sobre una camiseta enorme que le llega a medio muslo, el pelo revuelto y una sonrisa cargada de ironía y algo más peligroso: ternura.

—¿Estoy soñando o Logan Kingsley está cocinando en mi cocina sin corbata ni amenaza de despido?

—Cuidado —respondo sin mirarla del todo, dándole la vuelta a una tortita con el tipo de concentración que no había ejercido desde que el Nasdaq amenazó con desplomarse—. Tengo una espátula y no dudaré en usarla.

Ella se ríe, se acerca, se pone de puntillas y me roba un beso que dura menos de lo que debería.

—Esto es oficialmente lo más doméstico que has hecho desde que te licenciaste en Harvard.

—Mentira. Una vez lavé una cuchara… de postre, aunque no lo repetiría.

—Me gusta —respondo, robándole un poco de masa con el dedo y probándola sin vergüenza—. Sobre todo si te dejo solo con el delantal.

—Ten cuidado. El delantal viene con cláusulas de uso.

—¿En serio?

—Artículo uno: no se permite distraer al cocinero con besos no consentidos.

—Entonces estamos en guerra.

Me muerde suavemente la espalda. Un gesto inesperado, doméstico y salvajemente sexy.

—Esto es acoso laboral, Swan.

—No si eres tú quien hace las tortitas.

Sonrío de medio lado. No puedo evitarlo. Hay algo en su voz y en su risa, que me desarma más que cualquier declaración firmada ante notario.

Mientras sigo cocinando, ella prepara el café. Sabe dónde está cada cosa y no hay poses, ni guion en lo que hace. Aquí solo estamos nosotros en una cocina pequeña jugando a ser normales, aunque, por primera vez en mi vida, no tengo la sensación de estar jugando, sino disfrutando.

Coloco las tortitas en dos platos mientras ella termina de preparar el café, y aunque es un gesto simple y cargado de una normalidad que no me pertenece, lo siento casi obsceno. No por lo que implica, sino por lo que me despierta. Servirle el desayuno, verla caminar descalza con esa camiseta enorme que amenaza con deslizarse por su hombro en cualquier momento, y sentarse en esa mesa minúscula con las piernas recogidas y los ojos aún entornados por el sueño… pero me resulta tan íntimo que no sé si estoy cocinando o firmando, en silencio, un acuerdo de permanencia emocional.

Se lleva la taza a los labios, la rodea con ambas manos y me observa por encima del borde de la porcelana. Su mirada no busca

respuestas rápidas, ni excusas, ni promesas de las que se escriben con tinta invisible. Solo constata el hecho, como si no acabara de creerse que estoy aquí.

—¿Has desayunado tortitas con alguien alguna vez? —me pregunta, con una mezcla de ironía y ternura tan propia de ella.

Apoyo la cadera contra la encimera y me cruzo de brazos antes de responderle.

—¿Cuentan los *brunchs* ejecutivos con vistas a Central Park?

—No.

—Entonces no. La gente que ha dormido conmigo no suele quedarse para el desayuno.

—Romántico nivel ejecutivo.

—Era eficiente. Hasta que dejó de ser suficiente —le suelto encogiéndose de hombros.

No dice nada solo tuerce la sonrisa en una mueca entre divertida y melancólica, como si pudiera ver, justo detrás de mi sarcasmo, la grieta por la que se me escapa la verdad.

—¿Y ahora qué ha cambiado?

—Ahora quiero quedarme, cocinar y escucharte hablar con tu gato como si tuviera un máster en derecho.

Voldemiau, instalado en la encimera como si fuera el auditor jefe de nuestra relación, ladea la cabeza y se lame una pata con desdén. Me pregunto si algún día conseguiré pasar su examen.

—Dice que si sigues cocinando así, puedes quedarte —traduce Bianca, dejando la taza en la mesa—. Pero que no invadas su cojín.

—Negociaré los términos. Siempre he sido bueno con los acuerdos imposibles.

Ella deja escapar una carcajada breve, como si no se atreviera aún a reírse del todo, no vaya a ser que esta escena perfecta desaparezca con el primer movimiento brusco. Estira una pierna bajo la mesa y la apoya contra mi muslo. Me acaricia sin y ese gesto, tan simple y jodidamente cotidiano, me desmonta más que cualquier correo, fantasía o beso salvaje.

—¿Estás pensando en quedarte más días o solo hasta que se acabe la harina?

—Estoy pensando en levantarme contigo todos los días.

La frase se escapa de entre mis labios sin pasar por ningún filtro, sin revisión previa ni cláusulas de salvaguarda emocional, pero no me arrepiento. Bianca parpadea y se le encoge el gesto durante un segundo y su mirada, habitualmente afilada, se suaviza.

—Te juro que nunca imaginé que acabaría desayunando con un tipo que da miedo en una sala de juntas —dice, con voz más baja — y mucho menos que me haría reír mientras lo hace.

—A veces soy un hombre lleno de sorpresas.

—Y de contratos con cláusulas ridículamente románticas.

—Lo del contrato era simbólico.

—Lo sé, por eso lo guardé.

Se queda en silencio un momento. Luego se levanta, se acerca a mí con lentitud, empuja suavemente mi silla hacia atrás con la rodilla y se sienta a horcajadas sobre mí. La camiseta le sube por los muslos y el calor de su cuerpo me envuelve.

—Me gusta esto —susurra, con la boca apenas a un suspiro de la mía.

—¿Montarte sobre mí o desayunar conmigo?

—Ambas cosas, pero por motivos diferentes.

—¿Quieres añadir una cláusula más?

—Artículo 5: el CEO queda oficialmente autorizado a besar a su novia cada mañana, antes del café.

Me detengo en esa palabra. «Novia». No porque me incomode, sino porque jamás pensé escucharla en este contexto, con esta naturalidad y en este lugar en el que ya no hay máscaras ni estrategias.

—¿Novia?

—¿Tienes objeciones?

—Solo me sorprende que uses esa palabra sin hiperventilar.

—También puedo decir «pareja», o «lío emocional con contrato», o «ese hombre que ronca pero hace tortitas».

—Prefiero novio por ahora…

Ella sonríe y me desarma sin aviso.

—Por ahora me vale.

Me besa con lentitud, intención y con ese tipo de deseo que ya no busca solo excitarme, sino también quedarse. El contacto de su boca sobre la mía no exige, ni hiere, solo me dice: esto es real.
Cuando se separa apenas, con la frente apoyada en la mía, susurra:

—¿Y ahora qué hacemos? —me pregunta separándose un poco de mí, aunque todavía con la frente apoyada en la mía.

—Podemos dejar que las tortitas se enfríen, revisar cláusulas o volver a la cama.

—¿Tienes preferencia?

—Tengo ideas.

Se ríe, me muerde el labio, se levanta despacio y camina hacia el dormitorio de forma sugerente.

—Trae el café, Kingsley —dice, justo antes de desaparecer por el pasillo—. Tenemos una cláusula pendiente sobre recreos prolongados entre las sábanas.

Cojo las tazas y camino tras ella, porque no quiero estar en ningún otro sitio.

El dormitorio de Bianca no es grande ni minimalista ni perfecto. Sin embargo, cada objeto, desde el cojín arrugado con forma de croissant hasta la pila de libros sin ordenar en la mesilla, me parece más real que cualquier suite de hotel en la que haya dormido en los últimos diez años.
Ella se sienta en la cama y estira las piernas sobre las sábanas revueltas de anoche. Me hace un gesto con la mano, como si me invitara a entrar en su fortaleza privada, pero no como un conquistador, sino como alguien que ha pasado todas las pruebas, incluso la más temible: la de Voldemiau.

Le tiendo su taza, da un sorbo y hace una mueca por lo caliente y luego sonríe.

—Te ha quedado medio decente —me dice.

—Traducción: nivel aprobado por el jurado.

—Por los pelos, aunque si ahora me traes una tortita caliente, igual te doy un sobresaliente.

—Exigente —le respondo alzando una ceja

—¿Qué esperabas? Has puesto el listón muy alto con lo del contrato romántico.

Me siento junto a ella, dejo mi café en la mesilla y me estiro hacia atrás, con las manos detrás de la cabeza. Ella se acuesta a mi lado, apoya la mejilla en mi pecho y traza círculos lentos con un dedo sobre mi abdomen, justo por debajo del ombligo. Ese roce, tan pequeño, me altera más que cualquier provocación explícita.

—¿Te has dado cuenta de que esta es la primera vez que no discutimos antes de acostarnos? —me pregunta en voz baja.

—¿Eso significa que vamos a echar de menos las broncas?

—No. Significa que ahora sabemos cómo discutir sin destrozarlo todo.

—Y que sabemos que vale la pena salvarlo.

Ella se incorpora un poco, se apoya en un codo y me mira de frente, seria.

—¿Tú también tienes miedo?

—¿De qué?

—De que esto se nos escape de las manos, de no estar a la altura o de que, por mucho que queramos, volvamos a jodernos.

—Sí —le respondo sin dudar—. Pero no más que de no intentarlo.

Bianca asiente y me besa con suavidad, como si cada vez que lo hace confirmara una decisión que ya tomó hace tiempo.

Nos tumbamos de lado, frente a frente, y durante unos segundos, no hay necesidad de más palabras. Solo ella y yo, desnudos de todo, incluso del pasado. La beso despacio, con los labios apenas rozando los suyos. Ella gime bajito y ese sonido, suave y profundo, me eriza toda la piel de pies a cabeza.

—Te deseo —murmuro, sin teatralidad.

—Entonces deja de hablar —responde con una sonrisa torcida — y haz lo que se te da mejor.

—¿Dirigir empresas?

—Provocarme hasta que pierda el norte.

—Eso puedo hacerlo.

Ella se sienta a horcajadas sobre mí, despacio, con ese ritmo suyo que no busca impresionar, sino torturarme con cada centímetro de su piel. El cabello color fuego le cae por los hombros y me roza el pecho. Sus pezones, duros, apenas me rozan mientras se inclina

hacia delante para besarme. Nos movemos con lentitud, sin prisas, ni rabia, solo con la necesidad envolvente de estar dentro del otro, de sabernos piel contra piel y sin barreras. Mis manos recorren su espalda, bajan hasta sus caderas y se aferran ahí como si pudiera anclarla a mí para siempre. Ella se mueve sobre mí con un ritmo suave, íntimo, casi ceremonial.

—Mírame —le pido y me sostiene la mirada mientras me rodea con su cuerpo y su alma y me lleva al límite sin perder nunca el control. Pero esta vez el control no es un arma sino una ofrenda.

Su cuerpo tiembla, y el mío responde con una necesidad que me quema bajo la piel. La acaricio despacio, con la torpeza de quien tiene miedo de hacer daño y, al mismo tiempo, una urgencia que ya no sé disimular.

Su boca está tan cerca que me cuesta pensar. La beso con hambre y ella me susurra algo que no entiendo del todo, pero que me hace perder la respiración. Le contesto con un gemido contenido, con mis manos sujetándola por la cintura. La forma en que se arquea encima de mí me desarma. Su piel tiene el sabor exacto del peligro. La deseo y la temo a partes iguales, y eso me enciende más que cualquier fantasía.

Nos movemos juntos. Bianca se aferra a mis hombros, y yo me pierdo en su mirada, en el sonido de su voz cuando dice mi nombre y en el temblor de sus muslos alrededor de mis caderas. Cuando llegamos al final, no es un estallido, sino una implosión. Nos quedamos pegados, respirando el mismo aire y con los labios buscándose. Sigo dentro de ella un instante más, sin moverme y sin decir nada. Cuando la mira, no hace falta decir nada, porque ambos sabemos que nos pertenecemos. Ella se deja caer sobre mí y tarda un segundo en recuperar el aliento y yo la envuelvo con mis brazos, sin necesidad de pensar en nada más.

Voldemiau se sube con delicadeza a los pies de la cama y se acomoda con la indiferencia de quien ya ha visto suficiente.

—Nos está juzgando —murmura Bianca.

—Que espere a la segunda ronda.

—Estás optimista.

—Estoy feliz.

Ella se apoya en mi pecho, me acaricia el abdomen otra vez, pero esta vez lo hace con la yema del dedo y con ternura más que con deseo.

—¿Y ahora qué?

La pregunta queda flotando en el aire. Es una curiosidad suave, abierta y vulnerable. Tiro de la colcha y la cubro con ella, como si ese gesto bastara para protegerla de cualquier duda, de cualquier miedo y de cualquier mundo exterior que intente colarse en nuestra burbuja.

—Ahora empezamos.

Capítulo 34

Bianca

Mi estudio aún huele a cartón y a cinta adhesiva. No hay cortinas, ni focos instalados, sin embargo, la pared blanca y desnuda parece decirme: *hazme tuya*. Como si todo este espacio vacío estuviera deseando que lo llene con caos, ideas, improvisaciones y vida.

Estoy de rodillas en el suelo, sí, ya sé que es una postura poco glamurosa, aunque muy apropiada para una actriz sin decoradora, intentando pegar una guirnalda ridícula de luces y hojas verdes de enredadera artificial. He atrapado un extremo con la grapadora industrial que Logan me consiguió, aunque, por lo que parece, solo dispara grapas cuando le da la gana.

—Oh, venga ya, ¿también vas a ignorarme tú?

A mi lado tengo un café a medio terminar, una *playlist* de indie suave sonando desde mi portátil, y tres cajas abiertas con etiquetas como *atrezzo emocional*, *decoración tentativa* y *cosas que aún no sé dónde van, pero que no pienso tirar*. Me siento feliz, aunque también agotada, sudorosa y ligeramente pegajosa por la cinta de doble cara que he usado como solución de emergencia.

Este lugar ya no es una fantasía, ahora ya es real y mío. Si tuviera que elegir una palabra para describirme ahora, con los dedos llenos de purpurina y la espalda dolorida de tanto mover cajas… sería *invencible*.

Hasta que llaman a la puerta.

Me quedo quieta, con la enredadera falsa colgando de la oreja como si fuera una elfa drogada en Nochevieja. Voldemiau, que dormía dentro de una caja de focos, levanta la cabeza con expresión inquisitiva, ronronea y luego se despereza con un movimiento digno de un desfile en Milán.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto mientras me quito los restos de cinta del pelo.

El gato me lanza una mirada que traduzco claramente como: «*hazme el favor de no ser ridícula*».

Finalmente, abro la puerta y ahí está Logan, con un traje oscuro, el abrigo abierto y una mirada que debería estar penada por la ley. En las manos sostiene una caja negra y en la cara tiene una expresión que mezcla la calma de un CEO en plena junta de accionistas con el brillo pícaro de alguien que está a punto de hacer algo que podría llevarlo a juicio por obscenidad o por amor. Todavía no lo tengo claro.

—¿Eso es para mí? —le pregunto, sin disimular la sorpresa—. ¿O vas a montar una bomba en mi primer día como empresaria?

Logan inclina la cabeza apenas un milímetro, el tipo de gesto que haría temblar a medio Wall Street.

—Técnicamente, lo segundo también es posible.

Le dejo pasar, cierra la puerta y deja la caja sobre la mesa.

—¿Puedo abrirla sin explosivos de por medio?

—Eso depende de tu tolerancia al riesgo.

—Ya sabes que me gusta el mundo de la interpretación, Logan. Me arriesgo a diario.

—Entonces adelante.

Destapo la tapa y lo primero que veo me hace reír. Dentro está la carpeta original. *Esa* carpeta. La de los correos impresos, los subrayados, las fantasías no tan ficticias y las frases que nunca debieron llegar a su bandeja de entrada… pero que cambiaron mi vida.

—Eres un nostálgico de mierda.

—Soy un hombre con buen archivo. Sigue mirando.

Debajo, envueltos en terciopelo rojo, hay… juguetes, pero no del tipo inocente, sino con múltiples velocidades, texturas improbables y funciones que parecen diseñadas por ingenieros aeroespaciales en celo.

Alzo una ceja y me cruzo de brazos.

—Logan Kingsley… ¿estás intentando sobornar a tu inquilina con consoladores de última generación?

Él no pestañea.

—Estoy intentando recordar a mi novia lo creativa que puede llegar a ser cuando se lo propone.

Mi risa estalla antes de que pueda evitarlo. Es una risa sucia, traviesa y dulce al mismo tiempo. Me agacho, saco uno de los sobres acolchados y lo agito en el aire como si fuera una baraja de cartas ganadora en una timba con mucho whisky y humo de Habanos.

—Esto es ilegal en al menos siete estados.

—Por suerte, estamos en Nueva York.

Sigo rebuscando y encuentro una nota pegada a la carpeta. Está escrita con su letra elegante, sobria y de abogado millonario que probablemente ha firmado más contratos de confidencialidad que promesas de amor.

«Artículo 5: Se permite reinterpretar las fantasías archivadas en contextos favorables para el placer mutuo. Condición: que la actriz en cuestión tome el control».

Mis mejillas arden, pero no de vergüenza. Saco uno de los correos impresos, lo leo con el tono que usaba en clase de interpretación cuando me tocaba hacer de *femme fatale* con un cuchillo en la liga.

—«Lo quiero sentado en su trono de cuero, derrotado y con las manos atadas a los brazos de la silla mientras yo marco el ritmo…».

Levanto la vista y veo que ni sonríe, ni se burla, me observa, inmóvil, como si acabara de activar un interruptor que llevaba semanas esperándome.

—Eso fue pura ficción —dice, con la voz más grave de lo habitual.

—Error, señor CEO. Fue una profecía.

Él da un paso y yo dos. Cuando estoy frente a él, lo empujo con suavidad hasta la silla giratoria que aún no he estrenado. Se deja caer y las ruedas se deslizan un poco sobre el suelo y chirrían. Me subo a horcajadas sobre él, con los muslos firmes sobre sus caderas y las manos en su pecho.

—¿Quieres comprobar si la fantasía aguanta el paso del tiempo?

—No estoy seguro de poder resistirme.

—Entonces no lo intentes.

Sus manos vuelan a mi cintura, aunque no le dejo tomar el control. Acaricio sus muñecas con suavidad y se las llevo hasta los brazos de la silla.

—¿Confías en mí, Logan?

—Nunca he dejado de hacerlo.

—Buena respuesta. Incorrecta, pero buena.

No uso cuerdas, porque no me hacen falta. Él no se mueve, porque es como si supiera que esta escena exige otra clase de atadura que no se ve. Bajo el ritmo y paso los dedos por su cuello, rozo su mandíbula y trazo un camino lento hasta el primer botón de su camisa hasta que lo desabrocho y luego continuo con el siguiente. Mi boca sigue el mismo recorrido con calma, como si cada beso fuera un sello que deja constancia de que este hombre, este cuerpo, este cabrón emocionalmente analítico… me pertenece.

—Esto es abuso de poder, Swan —murmura, con la voz tan tensa que podría romperse.

—¿Y tú crees que no has abusado ya bastante del tuyo?

Lo beso sin darle tiempo a responder. Es un beso sin permiso y sin más preludio que la combustión acumulada desde aquel primer correo maldito. Él gime contra mi boca y sus dedos se tensan sobre los brazos de la silla, pero no se mueve. Me inclino hacia su oído y le doy un pequeño mordisco en el lóbulo.

—Artículo 6: Se autoriza a la directora de escena a improvisar si el actor secundario tiembla demasiado —le susurro.

—Estoy temblando por tu culpa.

—Entonces el sistema funciona.

Le arranco la camisa con una eficacia que sorprendería incluso a una estilista de *backstage*. La tela cae al suelo. Lo dejo medio desnudo y sentado en la silla de oficina más afortunada de Nueva York. Mis dedos recorren su pecho sin prisa, ni órdenes. Solo una voluntad que lo atraviesa y lo obliga a mirarme como no ha mirado a nadie.

—Nunca me imaginé así —me dice con la voz ronca.

—¿Así cómo?

—Tan a merced de alguien.

—No soy alguien. Soy yo.

—Exacto.

Me inclino hacia su torso, paso la lengua por la línea que divide sus abdominales y noto cómo se le contraen los músculos. Luego le muerdo justo debajo de las costillas. No por provocarlo, sino porque quiero dejarle una marca real. Poco después, mi camiseta acaba en el suelo y me quedo solo con el sujetador negro y las ganas de quedarme aquí para siempre. Mis caderas se mueven lentas, frotándose contra su pantalón aún abrochado. Él jadea con la respiración agitada, pero no me puede tocar, ese es el trato.

—¿Quieres romper el artículo siete?

—¿Cuál es?

—«No se permite fingir que esto no es amor».

Su mirada se oscurece, pero no por miedo, sino por rendición.

—Entonces lo romperé.

—Demasiado tarde.

Bajo la cremallera de su pantalón con un tirón suave y provocador y él cierra los ojos. Apoyo la frente en la suya y respiramos al mismo ritmo.

—Bianca…

—Dime.

—Te juro que esta vez… no pienso salir corriendo.

—Te creo.

Justo en ese momento, siento cómo él aparta mi ropa interior y me penetra hasta el fondo de una sola y certera estocada. Yo empiezo a moverme encima de él mirándole a los ojos. Nos fundimos entre jadeos y risas entrecortadas. La silla gira con un chirrido que arranca una carcajada justo en mitad del placer. Su intento de incorporarse se ve frustrado por mi mano que lo mantiene abajo.

—Tranquilo, jefe. Hoy no te toca tomar decisiones.

Continúo moviéndome sobre él con hambre y cuidado. Él muerde mi cuello y yo le araño la espalda. Aumento el ritmo de mi galope y él me toma por las nalgas tratando de contener mi ritmo acelerado, aunque yo no cejo en mi empeño y poco después ambos estallamos de placer mientras nos besamos. Después, nos

quedamos pegados, abiertos, torpes y sinceros. Una fantasía convertida en carne. Una escena escrita con tinta invisible que, al fin, se lee con el cuerpo. Terminamos riendo, empapados, despeinados, con las mejillas rojas y el corazón en manos del otro.

Me dejo caer sobre su pecho, agotada y eufórica. Él me envuelve con los brazos, como si temiera que me desvaneciera con la misma rapidez con la que llegué a su vida.

—Dime que esto no ha sido solo sexo disfrazado de teatro —murmura, con voz rasgada.

—¿Lo ha sido alguna vez?

Me levanto despacio de su regazo, no por pudor, sino porque mis piernas aún tiemblan como si hubieran corrido una maratón en tacones. Logan me mira desde la silla giratoria con el torso desnudo, el pelo revuelto y la expresión de derrota absoluta que solo tiene cuando gana sin quererlo. Parece menos jefe, más humano y, sobre todo, más mío.

Recojo la carpeta del suelo. La misma que hace semanas marcó el inicio del desastre, que está abierta con los papeles desordenados, algunos con esquinas dobladas. La hojeo sin intención real de leer. Solo por el placer de tocar algo que antes me asustaba y ahora me hace sonreír.

—Lo que empezó siendo un error —murmuro, mientras doblo con cuidado uno de los papeles impresos— acabó siendo lo mejor que he escrito nunca.

Logan no me responde enseguida, solo me observa desde su trono giratorio como si acabara de descubrir una nueva ley de la física emocional y aún no se creyera que estoy aquí, desnuda, sudada y tranquila, y que no hay rastro de resentimiento en mis movimientos.

—¿Y cómo se titula esa historia? —pregunta al fin, con voz grave y sucia.

Cierro la carpeta. Me acerco a él sin prisa y me siento de nuevo sobre su regazo. Esta vez no hay deseo ansioso, ni provocación. Solo ganas de quedarme, de respirar en su cuello y de que su cuerpo me recuerde que no tengo que huir de nada.

—No lo sé aún —respondo mientras le muerdo el lóbulo—, pero tengo la sensación de que la historia… aún no ha terminado.

Él me rodea con los brazos, apoya la barbilla en mi hombro y deja escapar un suspiro que me eriza la piel. No es un suspiro de agotamiento, sino de alivio. Nos quedamos así un rato, en silencio y con la luz del atardecer colándose entre las persianas del estudio. Afuera, la ciudad sigue rugiendo, ajena a esta escena íntima que nadie verá jamás, pero que yo guardaré con más cuidado que cualquier premio o contrato. Aquí, en este rincón a medio decorar, sin cortinas ni muebles completos, hay más verdad que en todos los despachos donde alguna vez me sentí invisible.

—Me gusta este sitio —dice Logan en voz baja.

—¿Porque hemos follado sobre la silla o porque huele a pintura fresca?

—Porque estás tú, huele a ti y porque, por una vez, no soy yo quien tiene el control.

—¿Te preocupa?

—Me excita.

Me río, me acomodo mejor en su regazo y le paso los dedos por el pelo, enredándome como una idiota que ha olvidado todo el dolor anterior. Pero no lo he olvidado. Solo he decidido que ya no es más importante que esto.

—¿Quieres ver tu mesa de trabajo?

—¿Tengo una?

—Tú dijiste que este espacio era mío.

—Lo es.

—Entonces tu mesa es la del rincón, junto a la ventana. Está llena de mis notas y de tus tazas de café robadas.

—¿Y tengo acceso al despacho principal?

—Solamente si vienes sin corbata.

—Negociable.

Nos volvemos a besar, pero ahora sin prisa, sin hambre y sin necesidad de demostrar nada. Solo porque podemos y queremos, y no hay ninguna cláusula que lo impida y porque el contrato, aunque simbólico, ha sido firmado con piel, sudor y carcajadas.

Me levanto al fin, desnuda y despeinada, con la carpeta en la mano y un plan en la cabeza.

—Voy a colgar esto en la pared del fondo.

—¿La carpeta?

—El error que lo empezó todo. Será mi talismán para que nunca olvide que a veces equivocarse es la forma más directa de encontrar lo que importa.

Logan se levanta también. Busca su camisa entre las ruinas de lo que una vez fue un intento de orden, me la pone sobre los hombros y me la abrocha sin dejar de mirarme con la misma devoción con la que un actor se pone su primer vestuario antes de salir a escena.

—¿Y si alguien pregunta qué representa?

—Diré que es una historia de amor que empezó con un correo electrónico… y terminó en una silla giratoria.

—¿Terminó?

Me giro para encararlo.

—Bueno… Digamos que aún estamos en los títulos de crédito.

Colgamos la carpeta en la pared con una chincheta dorada que Logan encuentra en uno de los cajones del escritorio. Queda ligeramente torcida, pero no la enderezo. Me gusta así.

Desde el fondo del estudio, Voldemiau observa la escena como si se tratara de una obra de teatro en la que él es el crítico invitado. Tiene el rabo en alto y las orejas erguidas, como si estuviera valorando si este último acto merece su aprobación.

—¿Quieres que le ponga una alfombra aquí? —pregunta Logan mientras señala el hueco junto al ventanal.

—¿Para el gato o para ti?

—Para los dos, aunque me preocupa que él se la apropie antes.

—Deberías estar más preocupado por tu silla, porque ya la ha declarado propiedad privada.

—Entonces tendré que ganarme su respeto con más chuches y caricias.

—Bienvenido a la paternidad compartida.

Nos miramos sin risa esta vez, con ese brillo silencioso que aparece cuando ya no queda nada más que decir, pero aún quedan mil cosas por sentir. Logan se acerca, me acaricia el pelo y me besa la frente. Un gesto tan tonto, íntimo e impropio de nosotros que me dan ganas de llorar.

—Vamos a casa —dice, y esa palabra *casa* hace que se me encoja el pecho.

—¿Nuestra casa?

—Donde tú estés siempre será mi casa también.

Meto a Voldemiau en el trasportín, que llevará Logan, y cierro el estudio con llave y me la guardo en el sujetador, justo encima del corazón. Logan se acerca por detrás y me rodea con un brazo, sin decir nada. Caminamos hasta el ascensor tomados de la mano. Cuando las puertas se abren y bajamos, siento que algo ha cambiado. La ciudad sigue ahí afuera, con sus luces, su ruido y su ritmo de urgencia permanente, pero ahora ya no tengo miedo de hacerle frente, porque ahora ya no estoy sola.

Al pisar la acera, me doy cuenta de que ya no soy la recepcionista con fantasías prohibidas, ni la chica que escribía correos en secreto para sobrevivir a los días grises. Ahora soy la mujer que escribió su propia historia, que tachó escenas, quemó finales que no la representaban y aun así tuvo el valor de reescribirse, pero sin máscaras, ni miedo, ni permiso.

Logan me mira como solo él sabe hacerlo: con deseo, pero también con algo más profundo. Como si viera en mí a la protagonista de su vida, y no solo a la chica que una vez le rompió los esquemas. Le aprieto la mano y seguimos caminando entre taxis que pitan, bolsas de papel que vuelan y neones. Manhattan sigue siendo un caos… pero por primera vez, no quiero que pare.

Nos detenemos en la esquina, justo antes de cruzar. Él me gira con suavidad, me acaricia la mejilla con los dedos helados y sonríe.

—Tengo una última cláusula que añadir al contrato —dice, con voz baja y una chispa peligrosa en los ojos.

—Queda terminantemente prohibido despertar de esto —me dice clavando la mirada en mis ojos.

Le beso antes de que acabe de decirlo, con la sonrisa aún en los labios y el corazón latiéndome en las costillas. A nuestro alrededor, el mundo sigue girando: Voldemiau maúlla desde el transportín, deseoso de llegar a casa. El semáforo cambia a verde, los coches arrancan y el ruido vuelve, pero nosotros empezamos un nuevo camino tomados de la mano.

Capítulo 35

Logan

La ciudad se despereza con sus luces habituales: los neones de Broadway, las farolas que se reflejan en los charcos y las ventanas de oficinas que siguen encendidas, aunque ya no haya nadie dentro. Pero yo no estoy mirando todo eso, sino que estoy observando el *rooftop*.

Desde mi despacho, observo la terraza que parece un escenario flotante. Un oasis moderno suspendido entre rascacielos, con sus hileras de luces cálidas, las velas eléctricas bien alineadas, los centros de mesa rústico-elegantes y ese cartel luminoso que reza: Swan Creative**.**

No puedo evitar tensar la mandíbula, no porque no me guste lo que veo, al contrario. Lo que me jode es que esta vez no soy yo quien ha montado el espectáculo. El evento, la empresa es suya, el nombre y la idea son suyos. Todo lo que ocurre ahí fuera, desde las copas de champán, a los socios que van llegando y el grupo de jazz en vivo afinando sus instrumentos lleva su sello, su energía, su carácter y hasta su caos funcional.

Hoy yo solo soy el invitado inesperado que va a subirse a hablar en público sin que ella lo sepa.

—Brillante plan, Kingsley—murmuro para mí mientras me ajusto el reloj de muñeca.

Siento el nudo en el estómago antes incluso de coger el micrófono y eso ya dice suficiente. He cerrado contratos millonarios en cuatro idiomas, he discutido con tiburones financieros y he despedido a ejecutivos con más experiencia que yo por una mala cifra trimestral. Pero esto me acelera el pulso, porque por primera vez en toda mi vida, no estoy luchando por poder, ni por dinero, ni por control sino por una mujer que me desarma con solo alzar una ceja y no sé si voy a estar a la altura.

Me saca de mis pensamientos el sonido de unos nudillos en la puerta. Me giro y veo que es una de mis secretarias que me tiende el micro.

—¿Seguro de esto, señor Kingsley?

Trago saliva, respiro hondo y niego con la cabeza.

—En absoluto.

Ella aprieta los labios. Parece que va a decir algo, pero se contiene y me dedica una inclinación breve con la cabeza antes de salir.

Me quedo solo con mi reflejo y las luces de Manhattan al otro lado del cristal con el miedo clavado bajo el esternón. Apoyo una mano sobre el cristal y la veo en medio del *rooftop*, con su vestido negro de tirantes finos y un moño que estoy seguro de que se lo ha hecho deprisa, pero que le queda impecable. Habla con Daphne, gesticula y se ríe. No tiene ni idea de lo que está a punto de pasar, aunque yo tampoco y esa, precisamente, es la parte divertida del descontrol.

La noche anterior, durante la última reunión de producción, alguien preguntó quién presentaría el acto. Bianca propuso a una actriz de su antigua escuela. Los demás asintieron, pero yo levanté la mano.

—Lo haré yo.

Se giró hacia mí como si hubiera escuchado mal.

—¿Tú? ¿Quieres presentar *mi* evento?

—Tengo experiencia hablando en público —le respondí, encogiéndome de hombros.

—Y *cero* carisma —replicó sin pensarlo.

—Precisamente por eso será memorable.

Pensé que insistiría, que lo discutiríamos y que acabaría diciendo que no. Pero se limitó a mirarme durante unos segundos, escaneándome con esos ojos que todo lo ven, y dijo simplemente:
—Haz lo que quieras, Kingsley. Pero si haces el ridículo, lo pienso grabar.

No lo he olvidado y tampoco lo que significa que no me lo prohibiera.

Abro la puerta de mi despacho y veo que el pasillo está vacío. Lleno los pulmones de aire y camino hacia el ascensor. Cuando las puertas metálicas se cierran conmigo dentro, me meto la mano en el bolsillo interior de la americana y toco el micrófono, mientras una frase no deja de dar vueltas dentro de mi cabeza:

«No pienso hacer una declaración de amor, sino una rendición formal».

Cuando se abren las puertas, el aire de la terraza me recibe con una mezcla de jazz suave, perfumes caros y la electricidad propia de los eventos en los que todo puede pasar. Camino entre los asistentes sin que muchos me reconozcan al principio, porque voy sin corbata, con el primer botón de la camisa abierto y no hay ni rastro de sarcasmo en mi sonrisa.

Bianca no me ha visto aún. ¡Perfecto! Así que subo con discreción al pequeño escenario lateral donde están los músicos, tomo el micro y lo enciendo. Mi voz suena antes de que los asistentes reparen en mi presencia.

—Buenas noches.

Un murmullo recorre el *rooftop*. Me aclaro la garganta lo justo para frenar el temblor de mi voz, no para esconderlo.

—Soy Logan Kingsley. Algunos me conocen como el tipo que nunca sonríe y otros, como el jefe que daba miedo. Supongo que no es habitual verme aquí arriba —empiezo—. Ni con micrófono, ni en eventos sociales y mucho menos sin guion.

Se escuchan algunas risas nerviosas de fondo.

—Durante años, este edificio ha funcionado bajo una norma simple: eficiencia. Nada de sorpresas, ni de ruido, ni de sentimientos. Solo cifras, contratos y resultados. Hasta que un buen día… apareció una recepcionista con labios rojos, melena pelirroja y una lengua afilada.

Alzo la mirada y veo que Bianca ha girado la cabeza. Está en mitad de la terraza con una copa de vino blanco en la mano, los labios entreabiertos y los ojos clavados en mí con una mezcla incredulidad, miedo y ternura… aunque también podría ser puro pánico escénico.

Sigo hablando.

—Y ella… —miro directamente hacia Bianca—. Ella llegó a recepción y convirtió mi edificio en su patio de recreo.

Al instante, escucho más risas y algunas palmas cómplices, pero solo la miro a ella.

—Me confundió desde el primer día, me sacó de quicio y me hizo perder el control más veces de las que aceptaría ahora mismo, pero, por suerte, … también me rompió la coraza.

Ella baja la vista y veo cómo la copa tiembla entre sus dedos y yo doy un paso hacia el borde del escenario.

—Hoy no estoy aquí como CEO, ni como jefe, ni como el hombre que siempre tiene un plan —digo con la voz temblorosa, aunque no quiero disimularlo—. Estoy aquí como el tipo que dejó escapar algo importante y que ha tenido la suerte de que lo dejaran volver.

Todos los asistentes se mantienen en silencio.

—Bianca Swan no solo trastocó mi sistema, sino que lo dinamitó desde dentro. Me desafió, me provocó y me hizo perder el control tantas veces que pensé que me volvería loco. Pero en ese descontrol… encontré algo que ni sabía que buscaba.

Hay un murmullo que se expande entre el público. Siento un nudo en mi estómago, que durante años he sepultado bajo el ego y los trajes a medida. Hoy no lo disfrazo, sino que lo comparto.

—Swan Creative es más que un nombre bonito para una nueva empresa —añado, mientras la miro directamente, como si el resto de asistentes se hubiese desvanecido—. Es la prueba de que el talento puede nacer en los lugares más insospechados, que la creatividad puede ganarle al control y que a veces… la mejor inversión no es un fondo, sino una persona.

Ella parpadea y sonríe apenas un milímetro, pero lo noto y me basta.

—Así que bienvenidos —concluyo, bajando ligeramente la voz —. Bienvenidos al primer evento de Swan Creative. Espero que estéis preparados para un futuro menos predecible, más humano y un poco más caótico.

Los aplausos no me sorprenden. Lo que me desconcierta es que, entre la ovación, hay una especie de orgullo cómplice en los

ojos de gente que antes solo veía a Logan Kingsley como un tiburón de los negocios. Algunos aplauden de pie. Daphne grita un «¡Ya era hora, gilipollas!» que provoca una carcajada general. Pero mi mirada sigue fija en Bianca, que ha bajado la copa, aplaude y me mira como si viera por fin al hombre que lleva semanas intuyendo, el de verdad, no el jefe, ni el CEO. Solo yo.

La puerta del piso de Bianca se cierra a mi espalda con un clic sordo. Ella va delante en silencio, descalza desde que salimos del ascensor y con los tacones colgando de una mano y los hombros un poco más caídos de lo habitual, como si el peso y los nervios de la noche se le hubieran quedado adheridos a la piel. El moño se le ha empezado a deshacer y le caen por la espalda algunos mechones pelirrojos de forma tan sexy que me resulta indecente. Tiene purpurina en la clavícula, huellas de la celebración que acabamos de dejar atrás, pero en ella no hay rastro de euforia, solo una calma que no sé si es paz o contención.

Camina hasta el baño. No me dice nada, ni se gira, pero deja la puerta entreabierta. No sé si es una invitación, pero me quedo, apoyado en el marco, observándola en el reflejo mientras comienza a desmaquillarse con movimientos lentos, casi ceremoniales, como si más que limpiar la piel estuviera desprendiéndose de la máscara de la noche.

—Has estado brillante —le digo al fin, con la voz más baja de lo que pretendía.

Ella levanta la mirada hacia el espejo y me mira en el reflejo.

—Tú has sido temerario.

—Puede. Pero ha funcionado —me encojo de hombros.

Ella presiona los labios y se gira despacio, como si le costara girar no solo el cuerpo, sino todo lo que está sosteniendo por dentro.

—¿Y si no hubiera funcionado?

—Lo habría repetido. Una vez o las que hicieran falta hasta conseguirlo.

Durante unos segundos, se queda en silencio. Deja el disco de algodón sobre el lavabo, se abraza el cuerpo con los brazos, y

cuando baja la mirada siento un vértigo tan familiar como insoportable. No hay rabia, ni ironía, solo vulnerabilidad.

—Te tenía miedo —confiesa.

—Yo también me tenía miedo a mí mismo —respondo con honestidad.

Ella respira hondo al escucharme.

—¿Y ahora? —me pregunta sin levantar la mirada.

Doy un paso y luego otro sin precipitarme. No necesito invadir su espacio, porque ya estoy dentro de él. Cuando estoy lo bastante cerca de ella, alzo una mano y le acaricio el brazo, como si necesitara confirmar que sigue aquí.

—Ahora solo me da miedo perderte.

Ella me deja rodearla con los brazos y apoya la frente en mi pecho y, por un instante, el mundo entero se reduce al peso de su cuerpo encajando contra el mío y al perfume tenue de su pelo desordenado. Rodeo su cintura, apoyo la barbilla en su coronilla y respiro.

—Nunca pensé que te vería así —susurra—. Tan… humano.

Cierro los ojos.

—Nunca me he dejado ver.

—Pues no te tapes otra vez.

Entonces levanta la mirada y mira nuestro reflejo en el espejo, la imito y lo que veo reflejado no es el Logan Kingsley de las revistas ni el de los pasillos del rascacielos, ni siquiera el de mis propios recuerdos. Ese Logan Kingsley es alguien nuevo sin armadora y sin miedo a temblar un poco si eso significa sentirlo todo.

—No puedo prometerte estabilidad —le digo al oído—, pero sí vivir el caos contigo de la mano.

Ella no me contesta con palabras. Me rodea la cintura, apoya la cabeza en mi pecho y, por primera vez desde que la conocí, no necesito más que ese gesto para saber que me ha perdonado.

Apaga la luz del baño y la penumbra nos envuelve. Después, su mano, tibia y firme, me guía sin decir nada hasta la cama. Esta vez, no hay contratos ni cláusulas ni verdades pendientes. Solo dos cuerpos que por fin han dejado de fingir que el amor era un juego.

Horas más tarde, me despierta el ronroneo de Voldemiau. El cabrón ha trepado a la cama y se ha colocado entre nosotros como si también le perteneciera este pedazo de paz. Abro los ojos despacio, sin querer romper la escena.

Bianca sigue dormida, boca abajo, con una pierna enredada entre las mías, la camiseta subida por la espalda y el pelo extendido como una constelación doméstica sobre la almohada. Me incorporo un poco para mirarla mejor y me detengo en los pequeños detalles que antes habría ignorado: la comisura de sus labios curvados, la forma en que su mano reposa sobre mi pecho y el leve temblor de sus pestañas mientras duerme.

Me levanto con cuidado, apartando al gato con una caricia rápida, y camino hacia la cocina. Aún hay platos sucios del día anterior, y sobre la encimera, la carpeta con el contrato simbólico que nunca guardamos del todo. Paso la yema de los dedos sobre la portada y la abro. Sigo leyendo las cláusulas que escribí. Algunas con ironía y otras con miedo, pero ahora, cada una me parece un recordatorio de algo que ya no necesito esconder: que no soy invulnerable y que nunca quise serlo con ella.

Cojo un bolígrafo, lo giro entre los dedos y debajo del último artículo, escribo: «Anexo final: Esta historia no tiene cierre. Solo capítulos por venir».

Vuelvo al dormitorio con el contrato bajo el brazo. Ella sigue dormida, así que cierro la puerta del dormitorio con cuidado, coloco la carpeta en su mesita de noche, me tumbo a su lado y la abrazo desde atrás. Al rodearla con mis brazos y mi cuerpo, la siento respirar y en mi vida. Y, por primera vez, no me importa no tener el control, porque lo que tengo es mejor: a ella.

Capítulo 36

Bianca

Hay carpetas que pesan más que otras, aunque estén vacías y sean de cartón barato. Esta es negra, intensa, descarada y casi burlona. La dejo sobre la superficie recién instalada de mi escritorio en Swan Creative y la miro como si fuera una vieja amiga a la que no sabes si abrazar o abofetear. El evento ha terminado, los socios han brindado, Daphne se ha reído con champán en mano y Logan ha cumplido su parte del trato con creces. Pero esa carpeta… es otra cosa.

La abro despacio, no porque tema lo que hay dentro, sino porque sé exactamente lo que voy a encontrar. Mis fantasías. Esas que escribí sin pensar, sin filtro, ni protección. Esos correos que marcaron el inicio de nuestra guerra absurda, caliente, pero también maravillosa. Logan los ha impreso todos, página por página. Con el mismo tono negro en el cuerpo del texto… y un tic en rojo al lado de cada una. Como si estuviera corrigiendo deberes o hubiera evaluado cada idea, cada deseo y cada versión rota de mí que le lancé sin querer.

Me río al ver uno de los primeros: «Quiero que se arrodille por orgullo y por hambre. Quiero verle los ojos desde arriba». Marcado con un tick rojo y al lado, en su caligrafía inconfundible: «Concedido. Varias veces».

Paso páginas con los dedos temblando y veo otro que dice: «Que me coma contra su escritorio, que pierda el control y me arranque mi nombre como si fuera suyo».
Anotación de Logan: «Versión mejorada pendiente. Posiblemente en la nueva mesa de juntas».

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y me ruborizo, sonrío y vuelvo a temblar. Pero entonces aparece una hoja distinta, que no tiene marcas, ni anotaciones, ni está tachada, ni doblada, ni

subrayada. Solo un texto breve y sincero: «Hacer el amor sin fingir, sin guerra, sin máscaras. Solo con él».

Siento que el corazón se me resquebraja en el pecho, justo por el centro. Esa era la última de mis fantasías. La más corta, pero también la más honesta y sigue ahí, intacta e intocable, porque aún no ha ocurrido. Todo lo que hemos tenido hasta ahora ha sido fuego, torbellino y deseo disfrazado de desafío. Incluso cuando nos rendimos, fue desde el agotamiento, desde el vértigo y desde esa manía compartida de ir siempre un paso por delante del otro. Pero esto es otra cosa.

Esto pide piel sin coraza, amor sin armadura y un cuerpo sobre otro sin querer ganar nada.

Cierro la carpeta con el convencimiento de que esta noche, no quiero sexo, sino hacer el amor y que, por una vez, no suene cursi.

Mi apartamento huele al jazmín de las velas que me regaló Molly y que he ido guardando sin atreverme a encender. Pero esta noche, lo hago y pongo una en la cocina, otra en el dormitorio y dos más en el alfeizar de la ventana. Son luces suaves y acogedoras.

Dejo el portátil cerrado, apago el móvil y tampoco pongo música. Solo dejo que se cuele el murmullo lejano de la ciudad por las rendijas de la ventana.

Me ducho sin prisas, me seco el pelo y me pongo un conjunto lencero que no tiene encajes, ni aros, ni nada que apriete. Es cómodo, bonito y mío.

Cuando termino, me siento en el borde de la cama. Voldemiau me mira desde la cómoda con esa cara de juez felino que no perdona ni una. Se sube al alfeizar sin hacer ruido, se enrosca en el cojín y me da la espalda. Su forma de decir: «Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo bien.»

Respiro hondo y, justo en ese momento, llaman a la puerta. Me levanto y camino descalza por el pasillo, con el corazón acelerado por la emoción. Al abrir la puerta, me encuentro de frente con Logan vestido con un traje, pero sin corbata y con el pelo ligeramente revuelto, como si hubiera venido corriendo. Me mira y me escanea. No digo nada, porque sé que no es necesario, me ha entendido.

—Ven —le digo extendiendo la mano para tomarle la suya.

Logan me da la mano sin decir palabra y noto su palma tibia y firme. Sujeta la mía y lo conduzco hasta el dormitorio. No hay música, ni guion, ni coreografía ensayada, solo una cama con sábanas suaves, un gato dormido sobre la cajonera y dos personas que, por fin, han dejado de huir.

Logan observa el espacio en silencio. No lo recorre con la mirada buscando escapatoria ni se acomoda el cuello de la camisa con gesto nervioso. Solo se queda quieto, con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo que no encuentra forma de decir.

—No es una trampa —susurro, mientras me acerco despacio a él y paso los dedos por el borde de su chaqueta—. No hay reto, ni castigo. Esta vez no quiero que me folles, sino que te fundas conmigo.

Él cierra los ojos un segundo y cuando los abre de nuevo, ya no es el Logan del despacho, ni el del *rooftop*, ni el del contrato con cláusulas emocionales. Es solo él: *mi* Logan. El que se derrumbó aquella noche frente a la pantalla, el que me hizo reír con una espátula en la mano y el que dijo: «Hoy no me voy».

Sus dedos se alzan, lentos, hacia mi cara y me acaricia la mandíbula con el dorso de la mano, como si estuviera tocando algo sumamente delicado.

—Estás preciosa.

Me río bajito, más por nervios que por coquetería.

—Estoy en bragas.

—Por eso.

Nos besamos sin ansia. Nos damos un beso lento y cálido, que sabe a hogar. Sus labios se mueven sobre los míos como si tuvieran todo el tiempo del mundo y ya no hiciera falta demostrar nada. Solo estar.

Mi cuerpo reacciona con una oleada de calor que no es ansiedad, ni deseo contenido, sino es ternura, alivio y ese «por fin» que tanto tiempo llevábamos posponiendo.

Le desabrocho los botones de la camisa con calma, uno a uno. Me detengo en su pecho y lo acaricio con la yema de los dedos.

Le noto temblar, pero no se aparta. Deja que lo toque y lo descubra sin prisas. Él me ayuda a quitarme la ropa como si estuviera desenvolviendo un regalo que no sabe si merece. Me besa los hombros, las clavículas y la curva del pecho, sin buscar nada más que estar cerca.

Nos tumbamos en la cama y las sábanas crujen como una bienvenida. Nos miramos y nos sonreímos. Es la primera vez que lo hacemos sin ninguna excusa entre medias.

—Esto es lo que más miedo me da —le confieso, acariciándole la cara—. Porque ahora eres tú, sin máscara y yo… yo también lo soy.

—Entonces estamos en paz.

Sus manos descienden por mi espalda y me acaricia con una dulzura que me deja abierta en canal. Me hace sentir no solo deseada, sino amada. No solo conquistada, sino elegida.

Me acomodo sobre él y noto cómo su cuerpo responde y se tensa con un gemido bajo. Pero no me apresuro. Esta vez, no hay ritmo frenético, ni competencia. Solo respiración y contacto.

Mis caderas se mueven con suavidad. Logan me sostiene por la cintura, me guía y me sigue a la vez. Me observa como si no pudiera creer que esta escena esté ocurriendo. Como si, por fin, entendiera que esto también es amor.

—Eres tú —murmuro, contra sus labios—. Siempre fuiste tú.

—No digas eso… —responde él, con la voz rota.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo vivir sabiendo que lo he estado jodiendo todo este tiempo.

Lo beso, porque sé que no hay respuesta que lo consuele más que esa. Porque ya no importa lo que fuimos antes, sino lo que estamos siendo ahora juntos.

Hacemos el amor como si estuviéramos aprendiendo a hacerlo por primera vez. No desde el cuerpo sino desde el alma. Desde esa parte vulnerable que tanto hemos ocultado bajo capas de orgullo, ironía y deseo desbordado durante todo este tiempo.

Logan me toca como si pudiera memorizarme con las yemas. Me besa los párpados, el hueco del cuello y la curva de la espalda.

Yo le respondo bajando las defensas y abriéndome del todo. No me escondo, solo estoy y él también.

Nos movemos en sincronía, con un ritmo lento que parece ajeno al mundo. Todo se reduce a este instante, a su respiración mezclada con la mía, a su voz ronca diciendo mi nombre, a sus manos sujetándome sin fuerza, pero sin intención de soltar, como si ahora supiera que lo nuestro, no se mide en intensidad, sino en permanencia.

La habitación se llena de calor, de caricias suaves, de pequeñas risas entre besos y de jadeos que no buscan romper el silencio, sino llenarlo. Cuando me coloco sobre él y nuestros cuerpos se funden del todo, no hay gritos, ni clímax teatral, solo un suspiro hondo, largo y compartido.

Me dejo caer sobre su pecho, me abraza y no nos decimos nada porque ya lo hemos dicho todo. Porque por fin, por fin, no hace falta hablar para entendernos.

Me despierto más tarde con la cara pegada a su piel, como si el sueño me hubiera rendido justo en mitad de una caricia. Logan respira profundo con una de sus manos en mi cintura y la otra enredada en mi pelo. La ventana abierta deja pasar el murmullo de la ciudad, pero por primera vez no me molesta. Forma parte de este nuevo nosotros y de esta paz rara que nos ha invadido.

Me muevo despacio, sin querer romper el hechizo, y me incorporo lo justo para mirarlo. Tiene el ceño relajado, los labios entreabiertos, una sombra de barba que me hace sonreír y ese pelo revuelto que, en otro momento, habría intentado domar con agua y rabia.

—Esta no la tacho —susurra de pronto, sin abrir los ojos.

Me quedo congelada al escucharle.

—¿Eh?

Entreabre un ojo, ladea una sonrisa y me acaricia el muslo sin dejar de mirarme.

—La última fantasía que estaba aún sin marcar. Hacer el amor sin máscaras… Esta no la voy a tachar.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—La voy a enmarcar.

La emoción me golpea tan rápido que tengo que esconder la cara en su cuello para que no me vea temblar.

—¿Y eso?

—Porque quiero repetirla contigo —responde él, bajito—. No una vez, ni dos. —Quiero que se convierta en costumbre, en contrato vitalicio y con renovaciones automáticas cada vez que me mires así.

Sonrío y le muerdo en el cuello, suave.

—Eso son muchas cláusulas, señor Kingsley.

—Estoy dispuesto a firmarlas todas.

Nos quedamos un rato enredados, sin prisa, ni agenda, ni ningún lugar hacia el que salir corriendo. No sé cuánto tiempo pasa, solo sé que cuando me incorporo y me estiro para alcanzar la carpeta que hay sobre la mesita, Logan me observa como si supiera exactamente qué voy a hacer.

Abro la tapa y miro la hoja. La que no estaba marcada. La que escribí sin cinismo, sin juego, sin adorno. Solo una frase.

«Hacer el amor sin fingir, sin guerra, sin máscaras. Solo con él».

Tomo un rotulador grueso, que tengo en el cajón, lo destapo, pero no pongo un tick, sino que escribo una sola palabra en mayúsculas: «ENMARCADA».

Le enseño la hoja y él asiente, solemne.

—Así me gusta.

—¿Y ahora qué? —pregunto, apoyando la cabeza sobre su pecho.

Logan me cubre con la colcha. Me besa la frente y su voz suena más ronca, más suave, más suya que nunca.

—Ahora… empezamos.

Capítulo 37

Logan

Nunca imaginé que llegaría este momento sin un maldito plan, sin un cronograma, sin una lista de tareas codificadas por colores o sin una estrategia de contingencia por si algo salía mal. He vivido mi vida según normas, márgenes, plazos y estructuras que me garantizaban el control absoluto o, al menos, la apariencia de tenerlo. Pero esta noche, mientras recorro el salón de su apartamento con las manos en los bolsillos y el corazón desacompasado, lo único que tengo claro es que quiero arriesgarme sin red. No porque confíe en el vacío, sino porque confío en ella, en su caos, en su risa y en su manía de mirarme como si no fuera el cabrón inquebrantable que todos creen que soy.

Sobre la mesa auxiliar hay una caja pequeña de terciopelo negro, sencilla y elegante. Nada ostentoso, porque no necesito demostrar nada. El anillo que descansa dentro no está pensado para llamar la atención, sino para encajar con la mujer que va a llevarlo: Bianca Swan, la única capaz de desordenar mi mundo y convertir ese caos en algo donde quiero quedarme a vivir.

He preparado una cena. Improvisada, sí, pero con más intención que técnica. Velas encendidas en puntos estratégicos, una botella de vino que alguien me aseguró que era «decente sin pretensiones» y jazz suave de fondo. Me he pasado más de una hora ajustando la luz de la cocina, alineando los cojines del sofá y repasando cada detalle como si la perfección pudiera servirme de escudo para lo que estoy a punto de hacer.

Sin embargo, cuando alargo la mano hacia el aparador para coger la caja… no está. Parpadeo, vuelvo a mirar y nada. Frunzo el ceño, reviso los bolsillos y abro el cajón. Vacío. Mi mandíbula se me tensa. Camino hacia el sofá con pasos lentos, mientras una punzada de pánico me recorre la espalda. Rebusco entre los cojines. Muevo la

manta. Me agacho. Nada. Pero entonces lo oigo. Ese ruidito suave y sigiloso, pero inequívoco, que anuncia problemas en forma de cuatro patas y arrogancia felina.

Suelto un suspiro entre dientes justo en el instante en que veo su cola desaparecer bajo el sofá, arrastrando consigo un objeto pequeño, oscuro y con el brillo traidor del terciopelo. El cabrón tiene la caja. Me dejo caer de rodillas sobre la alfombra y meto medio cuerpo bajo el sofá. Mi brazo se estira hasta el límite, la cara se me llena de polvo y la única certeza que tengo es que este no era el puto plan.

—Dame eso, bola de pelo con instintos criminales —gruño, mientras tanteo a ciegas y trato de no perder un ojo en el intento.

Entonces, escucho una voz, *su* voz, justo detrás de mí.

—¿Debería preocuparme o te estás entrenando para una fiesta temática de yoga felino?

La frase flota en el aire con la cadencia burlona que solo ella sabe usar. Me quedo congelado. La caja sigue en mi mano, pero mi dignidad no. Saco la cabeza del sofá con gesto contenido, despeinado y con mi rodilla derecha protestando, justo a tiempo para verla de pie en el marco de la puerta, con las cejas arqueadas y los labios apretados para no reírse, aunque no lo consigue.

—A ver si lo entiendo bien —empieza, cruzando los brazos mientras su mirada baja lentamente de mi pelo lleno de pelusas a mis rodillas marcadas por la alfombra—. ¿Me estás pidiendo matrimonio con un anillo robado por mi gato y restos de polvo en el pelo?

—No era exactamente así como lo había planeado.

—¿Había un PowerPoint?

—Varias versiones. Una incluso tenía gráficos en 3D.

La risa que suelta me atraviesa el pecho como un disparo suave y me recuerda por qué demonios estoy aquí. Por qué este momento, aunque esté cubierto de polvo y acompañado de un gato con complejo de notario, vale más que cualquier presentación perfecta, porque es real y nuestro.

Me incorporo del todo, me sacudo el pantalón y dejo la caja sobre la mesa. No necesito arrodillarme otra vez. Ahora solo quiero

mirarla a los ojos y ver su mirada sin filtro ni escudo que la proteja.

—¿Quieres seguir desordenándome la vida? —Hago una pausa. No porque dude, sino porque no quiero que suene a frase hecha—. Pero legalmente.

No me responde de inmediato. Ladea la cabeza, me observa con ternura, y se acerca despacio. El vestido que lleva es sencillo, con tirantes finos y tela ligera, pero en su cuerpo parece una declaración de intenciones. No hay joyas, ni peinado elaborado, solo ella radiante e inconfundible.

Se detiene a un paso de mí e inclina la cabeza con aire pensativo, como si estuviera valorando una adquisición arriesgada.

—Solo si aceptas las cláusulas adicionales —responde al fin, y en su voz hay una sonrisa que no necesita mostrar con los labios.

—¿Más pos-its?

—Posiblemente un anexo entero con revisiones trimestrales y margen de renegociación.

—Siempre supe que firmar contigo sería una condena contractual de por vida.

—Pero con beneficios.

—¿De los que requieren preservativo o los que se declaran en Hacienda?

—Ambos —dice, y se pone de puntillas para rozarme la boca con un beso breve, travieso y eléctrico.

El beso me desarma más que cualquier discurso que pudiera haber preparado. Es como si todo lo que he hecho antes de conocerla hubiera sido ensayo general para esto. Para estar de pie en un salón que no es mío, con un gato que me odia, frente a una mujer que me ha desbordado por completo y a la que, sin saber cómo, he acabado queriendo con una intensidad que da vértigo. Justo en esta fracción de segundo en que creo que el momento no puede volverse más simbólico, Voldermiau salta al regazo de Bianca y se acomoda con descaro, lanzándome una mirada que podría haber salido de una junta de accionistas.

—El gato lo aprueba —declara ella, acariciando al animal sin apartar los ojos de mí—. Lo que en esta casa equivale a un sello notarial.

Me llevo una mano al pecho, con fingido dramatismo.

—Menos mal. Temía tener que pasar otra vez por el comité de bienvenida.

—¿Crees que estaba siendo fácil contigo?

—Estás hablando con un hombre que esta tarde ha encendido velas, ha programado una *playlist* de jazz y ha considerado comprar flores sin provocarse urticaria. Créeme, Swan. He cruzado la línea de no retorno.

Ella se ríe, como si toda su ironía se hubiese rendido, por fin, ante la ternura. Dejo la caja abierta sobre la mesa, me acerco a ella y la rodeo con los brazos y apoyo la frente contra la suya.

—No sé si esto es amor o síndrome de Estocolmo.

—¿Y qué más da?

—Lo que tengo muy claro —murmuro, bajando la voz hasta hacerla invisible para el mundo— es que nunca he sido tan jodidamente feliz de perder el control.

Bianca se deja abrazar. No dice nada, y no hace falta. La forma en la que hunde la nariz en mi cuello, como si conociera cada centímetro de piel por dentro y por fuera, ya lo dice todo. Me acaricia la nuca con los dedos, laseguridad arrogante que solo tienen las personas que saben que ya te tienen. Pero no desde la posesión, sino desde la elección. Porque estar aquí, juntos, ha sido todo menos fácil y, sin embargo, seguimos eligiéndonos día tras día, puñetera cláusula tras cláusula.

El gato emite un bufido, salta de su regazo y desaparece por el pasillo como si hubiera firmado y sellado su aprobación con una última mirada de desprecio.

Bianca se ríe en mi cuello.

—Creo que nos ha cedido la habitación.

—O ha ido a afilar las garras, por si me paso de listo.

—No lo descartes.

Me separo un poco, solo lo justo para poder mirarla a los ojos. Hay una calma nueva en su cara, una mezcla de picardía y ternura que me resulta tan adictiva como desconcertante.

—¿Quieres que cenemos antes o después de que te quite el vestido?

Ella no pestañea. Se muerde el labio, como si estuviera considerando seriamente la agenda.

—¿Hay postre?

—Solo si te portas bien.

—Entonces, mejor el postre primero —responde, mientras se aleja en dirección al dormitorio con ese paso entre desafiante y felino que debería estar penado por la ley.

Yo la sigo, por supuesto que la sigo, sería idiota si no lo hiciera. ¿Y qué clase de idiota renunciaría a desvestir a una mujer que, con una sola mirada, ha conseguido desmontar todos los principios sobre los que creía haber construido mi vida?

Cuando llegamos a la habitación, ella se sienta al borde de la cama y me mira como si estuviera a punto de interrogarme en una sala de juicios, donde solo se admite la verdad.

—No me pidas que sea perfecta, Kingsley.

—¿Quién quiere perfección cuando puede tenerte a ti?

Bianca parpadea y sonríe. No es una sonrisa burlona, ni irónica, sino de las que salen de dentro y que logra llegarme al corazón. Se levanta, me coge de la camisa y la desabrocha sin prisa ni ceremonia. Cuando llega al último botón, no se detiene. Me acaricia el torso con las palmas abiertas, como si necesitara memorizarlo todo otra vez. Como si este cuerpo, ahora fuera algo más: refugio.

—Nunca he querido casarme —dice, sin levantar la voz—. Pero tú… tú no eres una ceremonia, eres un caos que sabe a hogar.

El nudo se me forma en la garganta con tanta facilidad que apenas me da tiempo a tragar. No es una declaración con fanfarrias ni fuegos artificiales, sino es una como ella, sin filtros, ni poses. Dándome lo único que no supe pedir: la verdad sin envoltorios.

Le acaricio el rostro con el dorso de la mano. Se me antoja irreal que esta mujer, la misma que un día me escribió una fantasía sexual de diez párrafos con amenazas incluidas, ahora esté frente a mí hablándome de casa, de caos y de quedarse.

—Yo tampoco creía en esto —murmuro—. Pero tú has sido la única ecuación que no necesito resolver.

Ella me besa con un beso lento, hondo, de esos que no buscan encenderlo todo, sino sostenerlo y de los que no se apagan cuando se separan los labios, porque siguen latiendo en el cuerpo.

Nos tumbamos sin desnudarnos del todo y, aunque su vestido sigue en su sitio, su alma está completamente expuesta. Yo me quedo en vaqueros y sin camiseta. La acaricio como quien recorre el mapa de un lugar donde siempre ha querido vivir y ella se deja hacer con los ojos cerrados y la boca entreabierta, susurrando mi nombre como una oración sin dogma.

—Quédate esta noche —me dice, al oído—. Pero no como antes. Quédate como si fuera para siempre.

—¿Eso va antes o después del postre?

—Eso es el postre, Logan.

Entonces, sí, el mundo desaparece.

Bianca se sienta a horcajadas sobre mí, su piel contra la mía, caliente, suave y familiar. Me mira con ese fuego en los ojos que he aprendido a leer y a temer, aunque hoy no siento esa amenaza, porque hoy ese fuego no quema: abriga.

—¿Sabes qué pensé la primera vez que te vi? —pregunta, mientras me acaricia el pecho con la yema de los dedos.

—Que era el jefe más insoportable del edificio.

—No. Eso lo pensé la segunda vez. La primera… pensé que parecías de hielo, intocable e inevitable.

—Y tú entraste como un incendio sin permiso.

—Y lo volvería a hacer.

Su voz es suave, pero firme. Se inclina sobre mí y me besa. Primero en los labios, luego en la mandíbula y después en el cuello. Cada centímetro de piel que recorre parece dibujado por la misma necesidad con la que yo la sujeto de las caderas, con la que la invito a moverse encima de mí hasta que nuestras respiraciones dejan de distinguirse.

Cuando se arquea y deja que la penetre, sus ojos se cierran con un suspiro que no es solo placer, sino que también es alivio, destino y hogar. El ritmo no es rápido, sino constante, intenso y perfectamente imperfecto como nosotros. Ella se mueve sobre mí con una cadencia casi hipnótica, como si bailara una canción que

solo nosotros podemos oír, mientras yo la sujeto por la cintura, pero sin apretar, porque no quiero dominarla, sino sostenerla.

Me inclino, le muerdo suavemente los pezones y le acaricio la espalda mientras la oigo gemir mi nombre. El mundo entero podría desmoronarse a mi alrededor ahora mismo y no me importaría, porque tengo a Bianca Swan amándome sin miedo, sin máscaras y sin condiciones.

—Joder… —murmuro, con la voz rota.

Ella sonríe, me sujeta la cara con las dos manos, y entre jadeos susurra:

—Me encanta follarte con amor, Kingsley.

La risa me estalla en la garganta con la certeza absoluta de que no hay lugar mejor que este. Que no hay orgasmo que se compare al vértigo de saber que me he entregado por completo a esta deliciosa mujer.

El clímax nos alcanza sin fanfarrias ni gritos. Es una explosión interna, compartida, silenciosa y absoluta. Me corro dentro de ella con los ojos clavados en los suyos, mientras su cuerpo tiembla sobre el mío y nuestras respiraciones se entrelazan en una única exhalación que parece decir: «Ya está. Ya no hace falta fingir».

Se desploma sobre mí, con la mejilla apoyada en mi hombro, el pecho pegado al mío y los muslos aún temblando. La rodeo con los brazos y le beso el pelo sudado, el cuello y las clavículas.

Ella no habla y yo tampoco. Durante un rato, solo respiramos. Me dejo envolver por l calor de su cuerpo, el peso de su entrega, el murmullo lejano de la ciudad allá fuera... Todo es tan jodidamente real que me duele pensar que alguna vez pude preferir la soledad a esta maravilla.

Pasan minutos o quizá horas. No lo sé, lo único que tengo claro es que no cambiaría este desorden por nada.

Ella levanta la cabeza y veo que tiene la cara ligeramente enrojecida, los labios hinchados y el pelo hecho un desastre. Pero está más preciosa que nunca.

—Dime que no vas a joder esto, Kingsley.

Le acaricio la mejilla y la beso en la frente.

—Solo si me ayudas a no hacerlo.

Asiente, me sonríe y se deja caer otra vez sobre mi pecho como si ese fuera el único lugar donde quiere quedarse. Yo la abrazo y cierro los ojos con la certeza de que desde que todo esto empezó, no tengo miedo del mañana, porque ahora sé que no estoy solo en él.

La mañana siguiente amanece sin prisa, con la luz colándose a traición por la ventana del dormitorio, aunque las cortinas medio corridas consiguen suavizarla. Me despierto antes que ella, algo que ya empieza a convertirse en costumbre. Bianca duerme de lado, con la pierna enredada en las mías, la espalda descubierta por la sábana que se ha caído hasta el suelo durante la noche.

No tengo ninguna prisa por moverme. De hecho, desde esta perspectiva, todo parece increíblemente sencillo: un domingo sin alarmas, una mujer que me respira encima, un gato que desde la esquina del colchón me mira con cara de «a ver si no la cagas esta vez, Kingsley».

Me incorporo con cuidado, sin despertarla y recojo mis pantalones del suelo, los calzoncillos, y cruzo hasta la cocina con los pies descalzos y la cabeza llena de imágenes que preferiría no olvidar jamás.

Voy a preparar café, aunque no hay ningún contrato que lo exija, ni cláusula alguna que me obligue. Pero quiero hacerlo, porque deseo ser el hombre que le prepara el café a Bianca Swan mientras ella duerme tras una noche en la que no hubo guerra ni derrota, solo rendición mutua.

Encuentro la cafetera en el mismo armario de ayer. Aprieto el botón, abro el armario de las tazas y reconozco la suya enseguida: una con el logo de Swan Creative pintado a mano. También hay una roja sencilla, que me la regaló ella hace semanas con una nota absurda que decía: «Para que no digas que todo en tu vida es blanco o negro».

Mientras el café empieza a gotear, noto cómo algo me roza la pierna. Miro hacia abajo y veo a Voldermiau, que me observa con esa mezcla entre desprecio y tolerancia que solo los gatos y algunos socios del bufete saben manejar tan bien.

—Tranquilo. No pienso usurpar tu cojín preferido —le digo.

El muy cabrón parpadea con lentitud y luego salta a la encimera como quien se toma la libertad de inspeccionar al invitado. Lo dejo hacer. A estas alturas, ya me ha evaluado tantas veces que sospecho que tiene una hoja de seguimiento conmigo.

Sirvo el café en las dos tazas y regreso al dormitorio.

Ella sigue dormida, pero ahora está boca arriba, con el pelo revuelto sobre la almohada y una pierna colgando fuera del edredón. Dejo las tazas sobre la mesilla y me siento a su lado para observarla unos segundos más. Me pregunto cuántas veces me he perdido esto por vivir encerrado en una torre de cristal, convencido de que no necesitaba a nadie.

—Si me estás mirando con esa cara desde hace rato y no me has traído café, vamos a tener un problema —murmura sin abrir los ojos.

Sonrío.

—He traído café y, al parecer, también aprobación felina.

Ella se despereza. Abre un ojo y luego el otro.

—¿Voldermiau ha firmado el acuerdo?

—Con una mirada pasivo-agresiva que interpreto como consentimiento.

Se incorpora y se acomoda la sábana sobre el pecho, aunque la expresión de su cara dice que lo hace por instinto más que por pudor. Coge su taza, la huele y le da un sorbo.

—Mmm… —gime—. Empiezo a pensar que vivir contigo no va a ser tan horrible.

—¿«Vivir contigo»? ¿Eso es una sugerencia o una amenaza velada?

—Una hipótesis… de momento.

Nos miramos por encima del borde de las tazas. Yo arqueo una ceja y ella se muerde el labio inferior.

—No pongas esa cara, Kingsley. Me gustas más cuando sonríes.

—¿Y cuándo no?

—Cuando estás con traje o cuando estás sin ropa. Aunque he de admitir que tu punto fuerte es la combinación de ambas cosas.

—El sexo con corbata te ha afectado, Swan.

—No lo niego.

Baja la taza. Se inclina hacia mí y me besa despacio con sabor a café en la boca y sueño en los ojos. Y de repente, lo tengo claro: ya no hay tronos, ni castillos, ni puestos de CEO que valgan más que esto. Esto es el jodido poder y lo tiene ella, aunque yo se lo entrego gustoso.

Bianca se acomoda sobre mi pecho cuando terminamos de desayunar en la cama, entre sábanas que huelen a piel y a café. Tiene la taza apoyada en el vientre, las piernas sobre las mías y la mirada perdida en algún punto entre el techo y mis labios.

—Tienes una arruga nueva —me dice, acariciándome el entrecejo con el dedo índice.

—¿En serio? —pregunto, capturándole la mano antes de que se le ocurra seguir analizándome.

—Tranquilo. Me parece sexy.

—¿Eso piensas de todo lo que no puedes controlar?

—De casi todo —susurra, y me lanza esa sonrisa—. ¿En qué piensas? —pregunta, estirándose para dejar la taza en la mesilla.

Tardo un segundo en responder, porque quiero decirlo bien y. no en forma de contrato, sino solo con verdad.

—Pienso… en que quizá no necesito que todo esté bajo control para sentir que tengo algo valioso. Pienso que esto, lo que estamos haciendo, esta vida improvisada, podría ser el mejor plan que he tenido nunca.

Bianca no responde de inmediato y me mira con una seriedad tan limpia que, por un momento, creo que va a llorar, pero no lo hace.

—Joder… —susurra—. ¿Sabes que eso ha sido casi romántico?

—Estoy evolucionando.

—¿Como un Pokémon?

—Como un idiota que por fin ha entendido de qué va esto.

Me inclino y la beso. Nos quedamos así un rato, mientras fuera la ciudad late. Voldermiau salta sobre la cama y se acurruca a los pies, como quien se permite por fin una tregua.

—Nos ha aceptado oficialmente —dice Bianca en voz baja.

—¿Y eso significa…?

—Significa que estás dentro del cojín, de mi casa y de mi vida.

Sonrío y le acaricio el muslo, la cadera y el costado como si pudiera memorizar cada curva para no perderme nunca más.

—¿Seguro que sabes en lo que te estás metiendo, Swan?

Ella me mira con los ojos encendidos.

—¿Y tú?

La pregunta queda suspendida en el aire. Pero esta vez, no necesito una respuesta, porque ya la tengo. Porque no me importa perder el control, siempre que sea ella quien lo tome. Porque estoy jodidamente listo para compartir el poder, el desorden, la cama y la vida con la única mujer que ha sido capaz de desordenarme el mundo y hacerme feliz en el proceso.

—No sé si esto es amor o síndrome de Estocolmo —murmuro, enterrando la cara en su cuello mientras la rodeo con los brazos—, pero joder, Swan… nunca he sido tan feliz de perder el control.

Ella se ríe, me besa y yo cierro los ojos. Porque ahora ya no necesito ver el futuro para saber que quedarme con ella es lo mejor que puedo hacer.

Epílogo

Un año después

Bianca

Nunca pensé que un correo que escribí con la certeza de que nunca lo enviaría, acabaría cambiándome la vida, pero lo hizo. No solo la cambió, sino que la transformó en una historia que ahora, un año después, tiene nombre propio, focos apuntando al escenario y entradas agotadas para las próximas tres semanas. La ironía no se me escapa. Yo, Bianca Swan, antigua recepcionista con talento para los líos, ahora soy fundadora de una escuela de interpretación en el corazón de Manhattan. La protagonista de una obra de teatro que me arranca el alma y me la devuelve en carcajadas cada noche.

La obra se llama: *Manual de supervivencia para recepcionistas con jefes sexys.* Lo sé, es un título largo, un pelín obsceno y ridículamente preciso. Fue idea de Daphne, por supuesto, que lo soltó entre brindis de champán y carcajadas tan escandalosas que hicieron que hasta Voldermiau abandonara el sofá con la dignidad ofendida.

—Si no puedes reírte de tus propias fantasías, es que no has vivido lo suficiente —dijo mientras brindábamos con copas de plástico y vestíamos camisetas personalizadas con mi cara impresa sobre un fondo rosa chillón. Sí, también esa fue idea suya y no me permitió negarme.

La obra mezcla escenas de oficina, correos algo subidos de tono (ficcionalizados, según mi abogado, aunque todos sabemos que no tanto), y una historia de amor tan improbable que nadie termina de creerse que haya ocurrido de verdad. La gente ríe, llora y aplaude. Incluso hay mujeres que me paran por la calle para contarme que ellas también han fantaseado con sus jefes y que también han mandado correos a la persona equivocada o a la

correcta en el momento equivocado. Yo les sonrío, escucho y, por primera vez en años, siento que estoy exactamente donde siempre he querido estar.

Mi empresa, *Swan Creative*, va como un tiro. He contratado a varios profesores, incluida una ex de Logan que ahora da clases de expresión corporal y que, lejos de odiarme, me trae *brownies* veganos los viernes. Daphne lo llama karma elegante, aunque yo prefiero pensar que es una especie de redención estética. En mi escuela dirijo, organizo y actúo. Me paso el día entre ensayos, alumnos despistados y pizarras llenas de ideas caóticas. Por las noches, vuelvo al ático. Sí, ese ático. El mismo que un día fue el escenario de nuestra guerra más sucia y ahora es… bueno, sigue siendo un campo de batalla, pero con sábanas de lino, cenas tardías y un gato que decide quién duerme en qué lado de la cama.

Logan ha colgado en su despacho una de las piezas más valiosas de su colección privada: el primer correo. *Ese*, el infame. Lo ha impreso en papel grueso y lo ha enmarcado incluso con un paspartú. Lo tiene colgado justo al lado de una lámina japonesa minimalista, que no recuerda haber comprado, y de una planta, que se mantiene viva únicamente porque yo me encargo de regarla cada domingo.

A veces le sorprendo mirándolo. No a la planta moribunda, ni a la composición de arte zen, sino al correo. Como si intentara descifrar en él una clave secreta o una ecuación emocional que aún se le escapa.

Yo tampoco termino de creerme a veces que esto sea real, que estemos bien y que hayamos aprendido a tocarnos sin miedo, a mordernos sin hacernos daño, a mirarnos sin levantar muros.

Excepto cuando me envía un correo como ahora. Estoy en la ducha envuelta en vapor y espuma hasta el cuello, cuando siento la vibración insistente de mi teléfono. Lo tengo en la repisa, justo al lado del gel de jazmín, que Logan asegura que huele a *mi en domingo*.

Miro la pantalla y veo que como remitente aparece su nombre y en el asunto: «Urgente». Alargo el brazo, cojo el teléfono y abro su mensaje:

«Ven al despacho. Lleva puesto solo tu orgullo».

Tardo tres segundos en reírme, cuatro en salir de la ducha y cinco en decidir que no voy a ponerme la bata.

Entro en el despacho con el pelo húmedo, la piel aún caliente y el corazón aún más. En los brazos, llevo a Voldermiau, que me mira como si supiera exactamente a qué clase de invocación le estoy arrastrando. El cabrón está tan acostumbrado a nuestras dinámicas que ya ni se inmuta cuando oye palabras como «urgente», «solo tu orgullo» o «Kingsley en modo jefe».

Logan está sentado frente al portátil con la chaqueta colgada en el respaldo de la silla y la camisa blanca remangada hasta los codos. El cuello desabrochado y la mirada fija en la pantalla. No me mira, todavía no, aunque yo sí, siempre lo hago. Porque aún, después de un año, me cuesta creer que ese hombre, ahora sea el que me envía correos para que entre desnuda al despacho de casa.

Cuando por fin levanta la vista, sus ojos recorren mi cuerpo con esa calma depredadora que nunca ha perdido, aunque ahora vaya envuelta en ternura, y cuando se detienen en mis ojos, se le escapa esa media sonrisa torcida, que no aparece en fotos, porque que es mía, solo mía.

—¿Así que solo mi orgullo? —le pregunto, bajando a Voldermiau con cuidado hasta la alfombra persa que él mismo ha reclamado como trono felino.

Logan se apoya hacia atrás, despacio, con los brazos sobre los apoyabrazos de la silla. Toda una *performance* de poder informal que debería intimidarme, pero ya no lo hace. No desde que he visto su cara dormida en mi almohada, ni desde que me leyó en voz alta una fantasía a las tres de la mañana con voz ronca y pantalón de chándal.

—No era una sugerencia —dice, con tono bajo—. Era una orden.

Me cruzo de brazos y me acerco un par de pasos a él. Los suficientes para que la luz de la lámpara de escritorio acaricie mi piel desnuda.

—Entonces has olvidado con quién estás casado, Kingsley.

—Con la única mujer que es capaz de convertir una orden en una oportunidad para provocar una guerra civil.

—¿Y tú te casaste con una actriz o con una revolucionaria?

—Con una mujer que me escribe correos que acaban colgados en la pared y marcados a fuego en mi cuerpo.

Me acerco hasta él, aunque no se mueve, solo me observa. La pantalla del portátil se apaga por inactividad y el despacho se queda en penumbra, solo con la lámpara de sobremesa encendida.

Voldermiau salta a la mesa, pasa entre nosotros y tira un bolígrafo al suelo. Se sienta sobre una pila de papeles importantes con la dignidad de un emperador aburrido, aunque Logan ni yo nos inmutamos.

Me siento en su regazo y él me rodea la cintura con una mano y me apoya la otra en la nuca. Baja la cabeza y respira cerca de mi cuello, sin tocarlo, solo rozándolo con el aliento.

—Lo peor de ti —murmura— es que siempre consigues exactamente lo que quieres.

—No. Lo peor de mí es que tú ahora también lo disfrutas.

Se ríe, pero no se separa. Su risa es baja e íntima con sus labios, a milímetros de mi clavícula.

—No tienes idea de cuánto.

—Pues haz que me entere —susurro, justo antes de girarme y atraparle la boca con la mía.

El beso no es el de dos adultos que llevan un año compartiendo techo y lavadora, sino de dos que siguen eligiéndose a pesar de saber demasiado el uno del otro. El beso de los que han hecho las paces con su caos y ahora lo celebran con lengua, dientes, con gemidos bajos que quedan atrapados entre mordidas suaves y miradas oscuras.

Logan me aprieta contra él, me levanta sin esfuerzo y me sienta sobre la mesa, entre papeles que ya no importan y un gato que maúlla con fingida indignación.

Yo me río y él me imita. En nuestras risas está la verdadera clausura de todo este viaje que aún no hemos terminado.

—Voldermiau nos está juzgando —susurro contra su boca, justo cuando Logan me atrae hacia el borde de la mesa con la

naturalidad de quien lleva meses aprendiendo el mapa de mi cuerpo de memoria.

—Que mire —responde, con una voz tan grave que me provoca un escalofrío lento por toda la columna—. Ya ha visto cosas peores.

—Eso seguro —me río, rodeándole con las piernas.

La carcajada muere entre sus labios. Él me atrapa con una mano en la nuca y con la otra desciende por mi muslo. Su mirada ya no bromea ni su boca tampoco. Nos besamos como si el mundo acabara de empezar y volviéramos a ser aquellos dos que se desafiaban entre escritorios, pero con la diferencia de que ahora no hay estrategia.

Mi espalda choca con la madera de la mesa y los papeles crujen. Su respiración se acelera y yo me arqueo hacia él, buscando más.

Logan se separa unos centímetros y me observa. Sus pupilas están dilatadas. Me acaricia el muslo con hambre domesticada.

—Podríamos estar haciendo esto en la cama —me susurra.

—Podríamos, pero la cama no tiene historia. Esta mesa, sí.

—Estás loca.

—Tú también.

—Perfecto.

Sus manos recorren el cuerpo como si cada centímetro de mi piel guardara un recuerdo. Sus labios bajan por mi cuello, yo cierro los ojos y dejo que la sensación me atraviese. No hay música de fondo, la única melodía que nos acompaña es el murmullo de la ciudad filtrándose por los ventanales y el sonido de nuestras respiraciones aceleradas. Solo nosotros, otra vez, convirtiendo un despacho en el centro del universo.

Entonces él se detiene, me mira y me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos.

—¿Sabes cuál es mi cláusula favorita de todas las que escribiste?

—¿Cuál?

—La que no estaba escrita. Esa que decía: «Quiero que te quedes, aunque no lo diga».

Yo no respondo, porque no hace falta. Porque ya me he quedado, estoy aquí y él también.

Me bajo de la mesa despacio. Lo tomo de la mano y lo arrastro conmigo hasta el sofá. Nos dejamos caer entre cojines. Me acomodo sobre él, nos reímos, nos tocamos y nos quedamos en silencio. Cuando, más tarde, Voldermiau decide unirse a la escena tumbándose en nuestros pies con la dignidad de un monarca satisfecho, sé que ese es el final perfecto o mejor aún: el principio de verdad.

Pero antes del fundido a negro y del cierre definitivo, Logan me mira con una intensidad que ya no me asusta.

—¿Te das cuenta, Swan?

—¿De qué?

—De que todo empezó con un correo, que leí por error.

Me río y apoyo la cabeza en su pecho.

—No fue un error. Fue un prólogo.

Y justo cuando creo que ya está, que ya no queda nada más que decir, él añade:

—Tu gato me odia y tu cuerpo me adora, pero tu correo me cambió la vida.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si nos dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, nos ayudas mucho a que podamos seguir publicando.
¡Muchas gracias!
Sarah Valentine y Rosie Promise

Nota de las autoras

Querida lectora:

Si estás leyendo estas líneas es porque has llegado al final de esta historia, y queremos darte las gracias de corazón por haber acompañado a Bianca y Logan hasta aquí.
Gracias por abrir las puertas de tu imaginación, por emocionarte, por reírte (esperamos que muchas veces), por sonrojarte (esperamos que unas cuantas también) y por quedarte hasta el final, porque sin ti, todo esto no tendría sentido.

Nos hace inmensamente felices imaginarte leyendo este libro en una tarde de sofá, en el metro, en una noche de insomnio o en cualquier ratito robado al día.

Así que, si esta historia te ha tocado el corazón, te ha hecho suspirar o reírte sola, te animamos a que dejes tu opinión en Amazon o lo compartas en tus redes sociales. Cada reseña, cada mensaje y cada recomendación es un pequeño milagro que nos ayuda a llegar a más lectoras. A ti te puede parecer un gesto pequeño, pero para nosotras es gigantesco. Gracias por eso también.

Nosotras seguimos escribiendo y siempre con la esperanza de volver a encontrarte pronto entre las páginas de otra de nuestras historias. Una de esas, donde el amor no siempre sea perfecto, pero sí inolvidable. Porque ya sabes… lo prohibido siempre sabe mejor.

Con cariño infinito,

Sarah Valentine y Rosie Promise

¿Dónde puedes encontrarnos?

Sarah Valentine

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Rosie Promise

Instagram: @rosiepromise.escritora
TikTok: @rosiepromise.escritora
Facebook: Rosie Promise
En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com

Encuentra aquí nuestras novelas